CAPA Y ESPADA



VASCO EL NEGRO

CORSARIOS DE LOS REYES.

JR ESCUDERO

VASCO EL NEGRO

Corsarios de los reyes

Serie Vasco nº2

J.R. Escudero

©Todos los derechos reservados

A Ana, mi editora de cabecera, y a Jorge

SINOPSIS

En esta segunda entrega de la serie las Aventuras de Vasco el Negro, el espadachín recibe el encargo de reclutar a un pintoresco grupo de facinerosos para una peligrosa misión.

Tras batirse en duelo en favor del hijo de un conocido comerciante florentino, Vasco se ve envuelto por mediación de Gonzalo Fernández de Córdoba en otra peligrosa aventura que lo llevará a aceptar la propuesta del mismísimo duque de Medina Sidonia y convertirse en corsario de los reyes.

En la azarosa y fascinante Sevilla de 1483, entre trifulcas, tabernas, garitos, intrigas y estocadas, la aventura pondrá en juego la vida de los amigos de Vasco, embarcándolos en un ajuste de cuentas entre dos grandes señores de las Andalucías.

Aunque documentada con algunas situaciones reales, «Corsarios de los reyes» es una novela cuya historia y personajes son en su mayor parte ficticios. También son imaginarias las acciones que en algún momento se atribuyen a personajes reales.

Contenido

Apuntes del autor

Preámbulo. En el Alcázar de Sevilla

I. El duelo

II. Dos mochuelos

III. Una extraña alianza

IV. Leonor de Zúñiga

V. Secretos de palacio

VI. La encomienda

VII. Por las calles del Arenal

VIII. Las Tres Blancas

IX. El Manco Zuzuaga

X. La celebración

XI. El gabinete del mercader Berardi

Interludio. Tánger

XII. Amina la tuerta

XIII. Corsarios de los reyes

XIV. Punta Malabata

XV. La fodida carraca

XVI. Piratas

XVII. El abordaje

XVIII. En la posada del Cacereño

XIX. Un Día de toros

XX. La emboscada

XXI. La plazoleta de San Leandro

XXII. Una noche de bruma

XXIII. La posada del Potro

Sobre el autor

APUNTES DEL AUTOR

Cuentan los cronistas de la época que venía la reina en días de Consejo a una amplia sala de sus Alcáceres sevillanos, en un estrado alto se sentaba, en una silla cubierta de un paño de oro; y mandaba que se asentasen en un lugar bajo de donde ella estaba, a la una parte los prelados y caballeros, y a la otra los doctores de su Consejo y de su corte. Y mandaba que todos sus secretarios estuviesen delante de ella, y tomasen las peticiones de los agraviados, y que hiciesen allí en público relación de ellas, y mandaba asimismo estar ante ella los alcaldes y alguaciles de su corte, y a sus ballesteros de maza. Y luego mandaba hacer a todos los querellantes cumplimiento de justicia, sin dar lugar a dilación.

En uno de esos Consejos se hallaba nuestra reina doña Isabel en lo que fue sin duda uno de los preámbulos de la historia que me dispongo a narrar a vuestras mercedes, y, en la que, sin quererlo, nos vimos envueltos mi fiel Mateo y el servidor que suscribe estas crónicas, junto a mi amo, en una suerte de aventura que tuvo origen primigenio en las intrigas palaciegas y en las cuchilladas que se daban por la espalda los señores de las Andalucías para ganarse el favor de sus reyes. Unas Andalucías que, allá por el año de Nuestro Redentor de mil cuatrocientos ochenta y tres, hacían de frontera con el reino nazarí de Granada, con África y con el vecino Portugal, y en las que se vivía a salto de mata pues eran tiempos duros los que nos tocaron, en los que cada uno hacía lo que podía para llevarse algo de manduca al buche antes de que el día terminase. Unas Andalucías de Ponces y de Guzmanes, de señores que disimulaban sus

diferencias con cortesías no exentas de fingimiento a la luz del sol y cuando llegaba la noche ya eran otras formas y otros cantares —no precisamente los de gesta—. Y, con unos reyes, poderosos y excelentes, que tenían habilidad para rescatar fidelidades dudosas en la guerra con los moros, Dios mediante, pues decían prelados y nobles que daban nuestros monarcas una de cal y otra de arena para llevar sus voluntades a buen término. Y, quizás, y hasta donde yo llego, no les faltaba razón. Contaba nuestra reina Isabel que era tan justa, tan santa empresa esta guerra que le quitaba el sueño, que entre todos los príncipes cristianos no podía ser más honrada, ni que más digna fuese, para que, haciéndose debidamente, se tuviese la ayuda de Dios y el amor de las gentes.

Y porque la Historia es luz de la verdad, testigo del tiempo, maestra y ejemplo de la vida, mostradora del pasado: recontaré la certeza de las cosas, en las cuáles verán los que esta crónica leyeren, la utilidad que trae saber los hechos acontecidos, que nos muestran en el discurso de esta vida lo que debemos saber para lo seguir, y lo que debemos huir para lo aborrecer.

Me permitirán pues vuestras mercedes que narre las cosas según las viví, y las que no viví, según me contaron, y las que no me contaron, según me imaginé en ratos de dispendio entre cuartillos de vino en la Posada del Potro con mi amo. Mas, como se sabe, lo que aviva el espíritu caprichoso del poeta no siempre es lo que gusta a los lectores.

Al asunto que nos ocupa, sin más circunloquios.

PREÁMBULO. EN EL ALCÁZAR DE SEVILLA

*

Juntaba Isabel los dedos de las manos, entrelazándolos, y asentía con calma, el rostro hierático —como le habían enseñado desde pequeña allá en las frías tierras de Arévalo, cuánto echaba de menos la meseta— a los dimes y diretes de los doctores que, con pompa y boato en sus discusiones, cada vez alzaban más la voz. Suspiró levemente cerrando los párpados durante tres latidos. Sentíase Isabel cansada, hastiada, de los asuntos burocráticos del Consejo Real de Castilla. No tenía ánimo para escuchar las diatribas de clérigos y licenciados. Salvo por un par de asuntos su presencia era meramente ornamental, empero, su siempre fiel Chacón le había mentado que allí era donde debía estar la reina de Castilla, dando ejemplo a su pueblo y a sus consejeros. Y, como casi siempre, siguió el razonable parecer de su mentor.

Escudriñaba desde su asiento a los miembros del Consejo allí presentes. Se detuvo en la cara alargada, cetrina y ojerosa del prelado Juan Rodríguez Daza que presidía la asamblea regia desde su reforma en las Cortes de Toledo. Firmaba este con diligencia los legajos que le había entregado uno de los escribanos más jóvenes: una remisión a galeras para unos salteadores de caminos que atosigaban a los judíos que salían de Sevilla en desbandada buscando sustento y nuevos horizontes en el vecino Portugal, o donde fuere; decían que los había incluso que embarcaban hacia África, a los presidios lusos de Ceuta y Tánger. Sin duda, unos facinerosos

hideputas estos bandidos que se aprovechaban del mal ajeno, en las galeras sicilianas encontrarían su redención si no la muerte. Mal ajeno del que ella misma había sido partícipe, su conciencia se lo recordaba cada vez que salía a colación el asunto de los judíos. Pobres diablos, eran también sus súbditos y nada más pudo hacer por ellos. Que ya los hubieran expulsado en naciones vecinas, Francia e Inglaterra ya lo habían hecho hacía tiempo, no era una excusa, sino un acicate para la Inquisición y sus partidarios.

Se abanicó. El calor del mediodía menguaba su fortaleza, y la pereza le alcanzaba el pensamiento. Por Cristo que hacía una canícula del demonio en esa Sevilla que tan bien los acogía. La sala olía ya a cuadra pues apenas corría el aire y había hacinadas allí más de dos docenas de personas.

Tenía buenos amigos judíos. Abrahán Seneor, rabino mayor de Castilla, principal tesorero de la Hermandad y de los Caudales para la guerra de Granada, Samuel Abolafia a su cargo el suministro y pertrecho de las levas, Vidal Astori platero del mismísimo rey. Incluso las hablillas decían que hombres de la camarilla de su esposo, los intrigantes aragoneses López de Conchillos y Miguel Pérez de Almazán no eran cristianos viejos. Su propio galeno, Lorenzo Badoq, era judío, y, para dar ejemplo, lo había obligado a convertirse y jurar la fe de Cristo Nuestro Señor, a él, a su esposa y a sus hijos.

Sabía de sobra que habían contravenido la tradición de los reyes cristianos mostrando benevolencia con los judíos, tanto Fernando como ella, a la hora de permitirles ejercer oficios que les estaban prohibidos desde las «Partidas de Alfonso X». Pues decían estas, bien las recitaba Tomás de Torquemada alegando que si el rey apodado el «Sabio» lo dijo por algo sería, que en castigo por haber matado a Jesús «ningún judío nunca tuviese jamás lugar honrado ni un oficio público con que pudiese apremiar a ningún cristiano en ninguna manera». Y, los habían murmurado y criticado por ello, nobles, prelados y eruditos de Castilla y las Andalucías. Y, no tardaron estos en cobrarse su desquite. Era una batalla perdida, incluso Fray Hernando había desistido en su empeño de convertir judíos a la fe de Cristo Nuestro Señor.

Se santiguó sin darse cuenta y las miradas de los miembros del Consejo se volvieron hacia a

ella, la zozobra asomando en su semblante, pues platicaban ahora sobre las nuevas sisas para los comerciantes de carne del alfoz sevillano y quizás pensaban que le resultaban abusivas a su reina.

—Mi señora, hay que financiar la Hermandad… —se excusó acalorado el que exponía el asunto. Un hombre grueso, de papada prominente y rostro rasurado. Juan de la Fuente, recordó su nombre; era un consejero comedido a la par que locuaz en sus intervenciones. Se secó este el sudor que le caía por las mejillas con una tela de lino.

—Y las levas de las guerras con los moros... —apuntó Rodríguez Daza con voz cascada, tamborileando sus dedos sobre la mesa. Llevaba toda la mañana contrariado y presuroso. Habría que bajarle los humos. Con la reina siempre hay que tener mesura—. Y sus bastimentos y recuajes, pues no pocas son las mulas y morrales que hay que disponer para que el altísimo rey y los nobles señores talen las vegas de Granada.

En eso tenía razón Rodríguez Daza. En la última escaramuza emprendida por el rey habían partido del real de Almodóvar hasta diez mil hombres a caballo, a la gineta y a la guisa, y veinte mil hombres a pie, y otros treinta mil peones diputados solamente para talar, al frente su esposo y los más altos señores de las Andalucías.

—Solo le pido a Dios por las almas de esos desgraciados que van a ir a galeras. —Los aplacó Isabel con una sonrisa beatífica que encandilaba a nobles y plebeyos por igual. Nada podía salir de sus labios sobre sus pensamientos y las almas de los hebreos.

—Nuestra reina es misericordiosa —añadió Chacón de pie a su lado, manos entrelazadas, santiguándose a continuación. Quizás intuía algunos de sus pensamientos, pues a veces creía que su «padre» podía leerle la mente, y también parte de su corazón, lo cual podía ser suerte o desgracia según se diera el caso.

—Recemos por el alma de esos impíos, el Señor los perdone —alzó la voz y el cuello Fray Hernando de Talavera que se hallaba de pie entre el público. Barbudo y greñudo, parecía el monje un eremita dentro de su saya raída más que uno de los confesores y hombres de confianza de la reina. Una pena que tuviera que partir para Salamanca, pues había aceptado el cargo de

administrador de la diócesis, sospechaba ella que hastiado de los tejemanejes de la Corte y de la Inquisición.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala y los allí presentes se fueron santiguando imitando el gesto de su soberana, siempre tan pía, y pidiendo por los desgraciados que iban a galeras.

Asintió Isabel moviendo la cabeza en un gesto de gratitud, y agarró el báculo que descansaba sobre su regazo girándolo entre sus manos.

Continuó la plática sobre las sisas a la carne, sin embargo, sus pensamientos volvieron donde estaban.

Torquemada podía ser muy convincente cuando se lo proponía, y mostrábase el hideputa cada vez más atrevido pues lo refrendaba la Iglesia y el propio rey, su esposo, que había trocado de parecer con los judíos según cambiaban los vientos en la Corte. Tenía Fernando menos escrúpulos que ella a la hora de cambiar sus pensamientos y voluntades. Quizás debiese aprender de él. Desde luego que podía reprocharle muchas cosas como esposo, no tantas como rey, pues tenía que reconocer que ejercía el arte de la política con maestría en interés de la Corona; al menos en algo estaban de acuerdo: en que había que asentar los cimientos de un reino fuerte y unido. Y, católico, eso por descontado, la Iglesia era y continuaría siendo uno de los pilares de esa unión.

La había desafiado Tomás de Torquemada y le había ganado la partida, por ahora, en Córdoba, Cádiz y Sevilla. Cría cuervos y te sacarán los ojos. Fue el clérigo confesor de su alma en otros tiempos, pero su ambición desmesurada, su odio hacia todo aquello que oliese a judío y sus tejemanejes le habían aupado en menos de un lustro a ser nombrado Inquisidor General de Castilla. Un lobo con piel de cordero. No lo vio venir, ni de lejos. Un regusto amargo le subió por el esófago, tuvo que hacer un esfuerzo para que no le llegase al paladar y tragarse su propia bilis.

En los últimos tiempos había tenido que claudicar con la Inquisición y la nobleza andaluza. Por el bien del reino, por el bien de la Corona, por el bien de nuestras gentes. Pues decía su

verriondo esposo, sin duda influenciado por nobles y prelados, que los maravedíes para las guerras con los moros no crecían en los almendros de los alcáceres y en algo tenían que ceder a los deseos de los señores de las Andalucías y contentar asimismo a la Santa Madre Iglesia. El propio cardenal Mendoza había acudido a ella para que finalmente amainase en sus pretensiones de mantener a los judíos con los mismos derechos que sus gentiles, insinuándole que era deseo del Papa que ese reino en ciernes que llamaban de las Españas fuese un reino católico de cabo a rabo. La caída de Constantinopla había levantado ampollas en toda la cristiandad y desde Roma se esperaba que Isabel y Fernando se erigiesen como el ariete que expulsase a los musulmanes de la península y fundasen un reino en que sus gentes rezasen a un único y verdadero Dios. Por ello habían proclamado la Guerra Santa, la Cruzada contra los nazaríes de Granada. No eran pocos los maravedíes que recibían de Roma y de los reinos de la cristiandad, y no pocos eran los caballeros y soldados de fortuna que venían de todos los rincones de Europa —franceses, ingleses, tudescos, italianos y borgoñeses— buscando riquezas, gloria y la salvación eterna que prometía el Papa.

Eran gentes instruidas en letras y ciencias, los judíos, a buen seguro que la Corona los echaría en falta, a la larga. Suspiró hondo; era una fodida Trastámara, la reina de Castilla, y las reinas tenían que tomar decisiones, a veces dolorosas. Si quería Granada, tenía que hacer concesiones a sus nobles y a la Iglesia. El reino debía estar unido, sin fisuras que lo desgarrasen por dentro, y todos, incluidos los reyes, debían dar ejemplo, pues sin duda que venían tiempos aún más difíciles.

Le dolía la espalda, los brazos le pesaban y apenas podía mover el cuello. El viaje la había dejado exhausta y había pasado mala noche pues la pequeña María se había empecinado en dormir en su lecho y apenas había conciliado el sueño, su hija no había parado de darle pataditas. Esta noche María dormiría con su aya.

Sus pensamientos divagaban de un asunto a otro sin orden aparente, no conseguía concentrarse aquella mañana. Y, ella, en lo más hondo sabía por qué. No era por el cansancio del viaje ni por la noche en vela. Era por don Gonzalo. Aun se le removían las entrañas por dentro

cuando pensaba en él. Bien conocía Dios que había evitado a su Capitán en lo posible durante el estío. Lo envió a Porcuna a que hiciese de perro guardián de Boabdil y lo escoltase en sus idas y venidas de Córdoba a su cautiverio, en parte porque no quería tenerlo en la Corte y en parte porque no había muchos hombres en los que pudiera confiar tal labor, era demasiado lo que se jugaba la Corona en esta guerra con Boabdil. Y ella puso tierra de por medio, mientras su esposo corría las tierras de los moros, partió a la ciudad de Vitoria en busca de otros aires más frescos, entendiendo en la justicia y buena gobernación de aquellos montañeses, pues la ausencia de los reyes había dado osadía a las gentes de aquellas partes, y cometían delitos y hacían fuerzas con poco temor de la justicia real.

Empero, a la vuelta de su periplo por el condado de Vizcaya, se hubo presentado ante ella don Gonzalo con el mismísimo Enrique de Guzmán, duque de Media Sidonia, y había pedido este audiencia en privado con los reyes para maliciarles sobre su eterno rival, Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz.

Se sonrió Isabel, parecía que los dos grandes señores de las Andalucías se mostraban amigables y corteses en público y, en cuanto se daban la espalda, se lanzaban cuchilladas viles y traperas. Extraño equilibrio de poder se había asentado en estas tierras. No se fiaba ni del uno y del otro, aunque un poco de más de don Enrique de Guzmán, pues siempre había sido leal a su causa, algo era algo. Si conseguían mantener el equilibrio podían sacar tajada de ambos. En eso el rey era un consumado estratega y no le hacía ascos a ninguno.

Resultaba pues, según las fablas de don Enrique, que durante el día el marqués de Cádiz se dedicaba a guerrear a los moros en la frontera enarbolando los pendones de Castilla, cual héroe de caballería, y por las noches entraban sus hombres mercancías por la costa evitando pagar el quinto real a la Corona. Suspiró. Al menos, ambos señores la habían apoyado en la estrategia a seguir con Boabdil; aun sabiendo los lazos que habían unido en el pasado al marqués de Cádiz con Muley Hacén, este se había mostrado proclive a liberar a su hijo Boabdil y propiciar una guerra civil dentro del reino de Granada.

Volvió su mirada hacia los ventanales lobulados, se oteaban desde allí las copas de los árboles

frutales de los opulentos jardines del Alcázar. En esos jardines, estarían sus retoños jugando con las ayas entre ese laberíntico vergel de flores y fuentes. Apenas había tenido un día de descanso para estar con sus hijos desde su venida de Puerto Real donde habían visitado los progresos de la villa. Fue buen consejo el de Chacón y Cabrera de fundar la villa de Puerto Real, obedeciendo entre otras causas concordantes a que con ella se creaba un puerto realengo, imprescindible entre los otros puertos señoriales de la bahía. Pues Cádiz y Rota pertenecían a la casa de Arcos; Sanlúcar de Barrameda y Chipiona, a los Medina-Sidonia; y el Puerto de Santa María, a los Cerda. También, con Puerto Real, la Corona tendría un punto de embarque muy conveniente para las guerras contra los moros que se avecinaban. Los moros. Siempre Granada en su cabeza, ay, cuándo caerá. Boabdil permanecía en Porcuna a la espera de ser llevado junto a su madre Aixa y su hermano Yusuf en Almería o cerca de Granada, eso aún estaba por ver. Pues su padre, Muley Hacen había recuperado Granada, y su tío el Zagal comandaba la tropas moras con mano de hierro. Se pinzó el entrecejo, esas guerras intestinas de los infieles... le recordaban tanto a las que había librado con su hermano Alfonso y su medio hermano Enrique, en paz descansen. Pero Dios había querido que fuese ella quien portase la Corona.

Oyó unas risas de niños que venían de los jardines y los gritos de las amas que corrían detrás levantando sus faldas. Eran sus hijos montando gresca, reconocería sus voces y su algarabía incluso en medio de un campo de batalla. Ahmed, el vástago de Boabdil, el «infantico» como lo llamaban ya en la Corte, jugaba también con los suyos; era un buen muchacho, de genio alegre y vivaracho que había hecho buenas migas con Juana. Esperaba que Boabdil cumpliera su promesa, no le deseaba ningún mal a ese crío que habían tomado como rehén. Apenas hacía una semana que habían firmado el tratado por el que el rey granadino capturado en la batalla de Lucena, por la gracia de Dios, se declaraba vasallo de la Corona. Se comprometía el nazarí a liberar a cuatrocientos cautivos cristianos, viéndose a pagar un tributo de doce mil doblas anuales y comprometiéndose también a luchar contra su padre en favor de la causa del reino de Castilla y Aragón, dando paso seguro y pertrechando a los ejércitos cristianos por las tierras y ciudades donde gobernase. Pobre infeliz, Boabdil, se veía a la legua que no tenía temple adecuado para ser

rey ni para la guerra. Más parecía poeta que caudillo, y no estaban los tiempos para los versos ni para la pluma en las marcas de la frontera. Desde Lorca hasta Tarifa habían enviado mandar a todos los adelantados, duques, marqueses, condes, y ricos hombres, que moraban aquellas tierras y a todas las ciudades y villas y lugares de aquellas comarcas qué estuviesen apercibidos, que hiciesen guerra de los moros y enviasen su gente a aquellos capitanes mayores que dejaban por fronteros con sus poderes reales.

Se arrebujó en su asiento y se ajustó la corona sobre la cofia de lino blanco que cubría su cabello —la de Castilla era una corona que pesaba, cada día más—, y posó sus manos encima de los brazos del trono y volvió a los asuntos del Consejo. Se había perdido mientras otorgaban licencias para andar en coches y sillas de manos a la condesa de los Molares y una provisión para que el corregidor pusiese en libertad a una novicia a petición de un hermano.

De nuevo el griterío de los niños jugando en los jardines. Se acarició el crucifijo de plata. Sus hijos. Crecían muy deprisa y apenas podía pasar tiempo con ellos. Suspiró al pensar en la joven y díscola Isabel que había rehusado despedirse de ella cuando partió hacia Lisboa, las campanas repicando por toda Sevilla, a cumplir con su destino de infanta de Castilla y Aragón. Apretó los puños y arrugó la nariz. Qué pensaba, qué podía renunciar a su condición de princesa y elegir marido por gusto o por amor. Ilusa. Haber nacido Trastámara podía ser una bendición o una condena, una tenía que amoldarse, e Isabel terminaría por acatar su destino. En cierto modo se veía reflejada en ella. Además de su nombre tenía su carácter. Si la cosa no se torcía, esa hija suya podía llegar a ser reina de Portugal. Y qué, si para ello tenía que casarse con un niño, ese niño llegaría a hacerse hombre y rey, y engendrarían herederos que serían príncipes. Y, si era paciente y jugaba bien sus cartas, sería una mujer poderosa y conocida en toda la cristiandad.

Esta hija suya ya tenía futuro y porvenir, ahora tocaba pensar en el resto de su progenie. El futuro de la estirpe Trastámara estaba en ese chicuelo que correteaba por los jardines. Había enviado embajada a tierras navarras con el doctor Rodrigo Maldonado para hablar del casamiento de su pequeño Juan con Magdalena de Francia, hermana del gazmuño Luis, y madre de Catalina de Foix, heredera al trono de navarra después de la conveniente muerte de su

hermano Febo —quería haberlo casado el malquisto del rey de Francia con la Beltraneja—. Empero, había rechazado la puta vieja alcoholada su oferta diciendo que había una diferencia de edad a tener en consideración entre el príncipe y su hija. El diablo se la lleve… cuándo la edad había sido un impedimento para emparejar a príncipes y reinas. Le habían llegado nuevas de sus espías mentando que el rey de Francia quería casar a Catalina con Juan de Albret. Por vida de Dios que no había ni un día de calma en su existencia; eran tiempos extremadamente convulsos los que le habían tocado vivir.

Carraspeó Gonzalo Chacón, siempre ataviado en ropajes sobrios, a su lado, donde debía estar el verriondo de su esposo que andaba de cacería con el marqués de Cádiz, pues adulador y atrevido como él solo se había acercado a Puerto Real con su cohorte para ganarse los favores de los reyes.

Observó el rostro anguloso de su mentor, las arrugas que surcaban su piel y las canas que blanqueaban su cabellera. Había envejecido, como todos, aunque su mirada seguía destilando inteligencia y sagacidad ya no era tan agudo como antes, y, desde que se había casado con esa jovenzuela que bien podría pasar por su hija, ay si doña Clara levantara la cabeza, andaba soñoliento y despistado.

—Mi señora... —susurró acercándose a su oreja—. Es el penúltimo asunto a tratar, sobre la carta-puebla de Puerto Real... y requiere vuestra venia. Si estáis cansada podemos posponerlo.

Siempre era el penúltimo asunto.

—Chacón, terminemos con esto cuanto antes —suspiró ojeando al fondo de la sala al denostado cronista Hernando del Pulgar que parecía tomar nota de todo cuando acontecía en aquel Consejo.

Se irguió como un palo al observar que el cronista fijaba su mirada aguda en ella y garabateaba en sus papeles. Hizo un gesto solemne con la mano para que Juan Rodríguez Daza continuase la exposición con su voz cascada. Después revisaría las notas de Pulgar para que no hubiese nada fuera de lugar en esas crónicas.

»...Puerto Real tendrá un mínimo de doscientos vecinos. El Concejo estará integrado por dos

alcaldes ordinarios, regidores, alguacil y procurador. Igualmente, habrá picota, horca, cepo, cuchillo, y cadena, así como sayón y pregonero. También podrá tener puertas torreadas. Para cumplimiento de la presente carta-puebla, se comisiona al licenciado Juan de la Fuente, aquí presente, alcalde de casa y corte y del Consejo real, y a Mateo Luzón, contino del Rey, para que procedan a la población de Puerto Real, señalando lugares para la parroquia, plaza pública, calles, solares para las casas de los vecinos, terrenos para labranza, pastos y prados, y como necesario complemento fijar los términos de la nueva villa con el oportuno amojonamiento. Se manda especialmente que esta provisión real se publique en Jerez…».

Asintió con la cabeza Rodríguez Daza cuando terminó su lectura, parecía satisfecho de su plática, y uno de los escribanos más jóvenes se levantó a por el legajo y se lo llevó a Chacón. Este lo leyó de cabo a rabo, Chacón era muy meticuloso en los documentos en los que tenía que estampar el sello real. Una punzada le atravesó la sien. Últimamente tenía demasiadas jaquecas. Válgame Dios, cuanto podía tardar Chacón en leer el refrendo de la carta, matizaban algunos detalles de la original, eso era todo. Y su esposo cazando venados o lo que se terciase, había que foderse.

Finalmente le tendió Chacón el documento y le señaló este con su huesudo dedo donde debía estampar el sello real.

En ese momento se abrieron las puertas de roble macizo y penetró una corriente de aire fresco en la sala, y con ella venía don Gonzalo Fernández de Córdoba. Al fin. Alzó la mirada su Capitán para encontrarse con la suya y sintió la reina como sus mejillas se tornaron bermejas, por un par de latidos. En un parpadeo recuperó la compostura, confiaba en que ni Chacón se hubiese percatado.

*

Los guardias, uniformados con casco, loriga y calzas en gualda, cortas y abombadas, le dejaron paso franco alzando sus alabardas, y el ujier abrió las puertas macizas de roble adornadas con motivos florales haciendo rechinar sus goznes, pues tenía este orden expresa de permitir la

entrada al insigne caballero cordobés y capitán de la reina.

Un haz de luz entraba por el ventanal de la sala del Consejo iluminando el rostro de su soberana y los brocados en oro que ribeteaban su vestido azul turquesa. Sus miradas se cruzaron por unos instantes y ella pareció arrebolarse dentro de la cofia de blanco inmaculado. Allí en alto estaba Isabel, mostrando una regia estampa, la reina de Castilla, su señora y su amada Isabel —ay qué funesto destino el suyo, amar a quien no se puede—. Detrás de ella un enorme tapiz con el escudo de armas de la Corona, y el cuervo de Gonzalo Chacón a su diestra torciendo el gesto.

Los doctores lo observaron con recelo, pues había interrumpido sus asuntos. A un gesto de Gonzalo Chacón reculó el Capitán un par de pasos y se colocó tras de uno de los escribanos que mojaba la pluma y trabajaba en letra de trazo grande sobre un legajo apuntando la última cuestión tratada. A su lado estaba el fraile Hernando de Talavera y ese erudito de Lebrija de cara larga y arrugada, ese que había desplazado a Juan Álvarez Gato del favor de la reina. La mirada de halcón de Chacón le penetró hasta lo más hondo, como siempre hacía desde aquella noche en Córdoba, rebuscando vergüenza y culpa.

Isabel alzó su báculo y habló con ese tono áspero y cortante que tan bien conocía cuando ejercía su labor como soberana. Un tono que no admitía réplica en el reino salvo la de unos pocos.

—Hemos terminado por hoy, doy las gracias a vuestras mercedes por la diligencia mostrada en los asuntos de este Real Consejo de Castilla.

Prelados y doctores se miraron unos a otros con sorpresa, los que iban con prisas recogían ya sus papeles, el resto permaneció a la espera. Parecían grajos, cavilaba Gonzalo, todos vestidos con ropajes oscuros y sobrios, solo alguna gorguera entre los más atrevidos.

—Alteza... —carraspeó uno de los clérigos, de espesas cejas y pelo que le salía por las orejas, el conocido Rodríguez Daza—. Aún queda un último asunto... Las sisas para la Hermandad...

La reina apretó la mandíbula y ese gesto pareció suficiente para que el prelado bajase la testa y claudicase de sus intenciones. Parecía cansada Isabel, percibió Gonzalo dos surcos violáceos bajo sus párpados. Aunque algunas arrugas horadaban ya su tersa piel, aún era una mujer

hermosa, de una belleza dura y fuerte como el mármol, y, a pesar de sus cuatro partos — y uno fallido—, conservaba cierta lozanía de su juventud.

—La reina ha hablado, el Consejo se pospone hasta mañana a la hora tercia —remarcó un siempre oportuno Chacón con rotundidad manifiesta.

—Así sea la voluntad de la reina —concedió el clérigo Rodríguez Daza tras un parpadeo.

Los ujieres abrieron las puertas y los guardias alzaron las alabardas para que comenzase la procesión de consejeros y gentiles que abandonaba la sala del Consejo con un murmullo apagado.

Permaneció el Capitán en su sitio, quedando en la amplia estancia la reina en su trono, Gonzalo Chacón y el denostado cronista Hernando del Pulgar, antiguo secretario real, que esparcía unos polvos sobre sus legajos. Observó el Capitán a este anciano de cabello ralo y rostro afable que había replicado al cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, a favor de los marranos; su valentía le costó ser degradado del puesto de secretario real al de cronista, oficio que ejercía con denuedo a petición de su soberana.

Estiró la reina la mano y acudió presto Gonzalo para arrodillarse y besarle sus delicados dedos.

—Don Gonzalo, os estábamos esperando.

*

Sus ojos azules emitieron un breve destello y sus labios se arquearon en una leve sonrisa. Demonios se os lleven, condenado Gonzalo, caviló Isabel, mis entrañas se remueven por dentro por el leve roce de vuestra piel. Hacía dos meses desde la última vez que yacieron juntos, parecía una eternidad, un mundo. Qué locura insana, pensar siquiera en aquello. Chacón se había interpuesto con atino, pues el escándalo hubiera sido mayúsculo y hubiera socavado los cimientos del reino de las Españas. Y, hubiera sido su desgracia. Sin embargo, más que vergüenza y culpa sintió como la ira crecía por dentro… Su verriondo esposo podía fornicar con quien le plugiera y engendrar bastardos a lo largo y ancho del reino. Solo por haber nacido

hombre podía satisfacer sus deseos carnales y hacer de ella la reina cornuda de Castilla.

Se acarició el crucifijo de plata que colgaba de su cuello. Por Cristo que el pecado de la carne había anidado también en ella. Quizás fuese algo que se pegase y se lo hubiere pasado su esposo como una enfermedad. Santo Dios y Santa Virgen. Tragó saliva y respiró hondo. Se abanicó. Aquellos pensamientos pecaminosos no podía contarlos a sus confesores. Sin poder evitarlo, en su cabeza emergió el recuerdo de las manos callosas del Capitán sobre sus senos, de su torso desnudo y de su boca recorriendo su cuerpo. Rezaría cien avesmarías si hacía falta para mitigar esa comezón. Se estremeció por dentro y se irguió aún más en su trono intentando aparentar algo de solemnidad regia.

—Mi señora —levantó la cabeza el Capitán.

—Podéis alzaros, don Gonzalo.

Así lo hizo el Capitán ajustándose la jaqueta bermellona y se volvió hacia Gonzalo Chacón que lo escudriñaba con la mirada severa.

—Consejero.

—Capitán.

Ambos hombres mantuvieron su mirada firme y acerada durante unos latidos más de lo necesario.

—Vayamos a dar un paseo. —Los apremió la reina—. Es mi deseo respirar un poco de aire fresco.

*

Caminaba Isabel por los jardines del Alcázar escoltada a la diestra por su Capitán y a la siniestra por su siempre fiel Gonzalo Chacón. Unos pasos por detrás venía Hernando del Pulgar platicando fogosamente con Fray Hernando y Antonio de Lebrija, los habían encontrado en la puerta de los jardines, sobre la nueva obra de gramática en la que estaba trabajando el erudito andaluz. Echaba de menos las chanzas y la sagacidad de Juan Álvarez Gato, sus damas de compañía también, pero el madrileño nunca había congeniado con el rey ni con los prelados y él

solo se había buscado que lo marginasen. Este lebrijano, amigo de Fray Hernando, parecía hombre recto, sabio y docto en varias ciencias y era de los pocos que gustaba de hablar con ella en latín. Debía tener cuidado con esas ideas que le venían sobre interpretar los textos sagrados a partir de los originales hebreos y griegos y no del latín, los inquisidores ya murmuraban sobre ello.

Sus damas iban más atrás, en procesión, comentando entre risas y chanzas el último escándalo de la Corte con el Adelantado y su esposa la condesa de los Molares —debía hablar con el rey sobre el asunto e intentar mediar entre las familias—. Sabía que algunas de sus damas de compañía suspiraban vientos por su Capitán y se lo recontaban en confidencias, y ella se tenía que morder la lengua y no perder la compostura prometiéndoles que lo invitaría a la próxima cena de palacio.

Y, cerrando la comitiva, iban dos hombres de los Monteros de Espinosa, pues había acordado Chacón que no podía andar sin guardias por los jardines del Alcázar, sobre todo cuando don Gonzalo estaba cerca.

—El duque espera una respuesta, mi señora —comentó don Gonzalo con fría voz, quizás demasiado. Después de contarles sobre las últimas nuevas de Córdoba y su concejo, había ido directo al asunto. Era una de las cosas que le gustaban de él, entre otras muchas: se dejaba de vagos circunloquios y no tenía pelos en la lengua.

Se volvió la reina para alzar la mano y que los otros aminorasen el paso. Lo que tenía que tratar con el de Córdoba no se prestaba a más oídos de los necesarios.

—¿Os habéis reunido con él? —inquirió Chacón.

Asintió don Gonzalo.

—Hace unos días que regresó de Puerto Real.

—Desde luego que no le placería que el rey se quedase de cacería con el marqués de Cádiz —comentó Chacón limpiándose el sudor de su rostro con un trozo de lino.

—Estaba algo molesto sin duda, por decirlo de una forma suave, por las atenciones que dispensa vuestro esposo, mi reina, a don Rodrigo Ponce de León. Y más cuando manda a su hijo

al frente de un ejército a guerrear en las talas con los moros.

—El duque siempre está molesto con las atenciones al marqués y el marqués con las atenciones al duque —musitó Isabel con desdén. Avivó la reina el paso recogiéndose el dobladillo del vestido y se adentraron en un pasadizo bajo unas enredaderas que daban sombra —. Son tal para cual. Hay que mantener el equilibrio de poder y las apariencias, don Gonzalo.

Eso fue lo que argumentó el verriondo de su esposo, que había que mantener el equilibrio de poder entre los dos grandes señores, para quedarse unos días cazando puercos y venados en el bosque de las Rocinas, y lo que se terciase; pues de sobra le habían llegado a sus oídos, por la gracia de los espías del duque de Medina Sidonia que a su vez lo habían mentado a una de sus damas, como agasajaba el marqués de Cádiz al rey. Con todos los honores. Tenía siempre el marqués halagüeñas razones y recompensas para asegurarse aliados, y se advertía a la legua de su facilidad para atraer voluntades con su aspecto cordial, sus frecuentes convites o su habilidad para excitar a la perversión el ánimo de los hombres.

—Dejo la política a quien sabe de política —repuso el de Córdoba con voz neutra—. Yo me limito a servir a mis reyes.

—Y también hay que dar ejemplo —terció Chacón quizás con doble intención. No solía dar puntada sin hilo su consejero.

—Cuánta razón tenéis, Chacón. Todos debemos dar ejemplo con nuestros actos… —apuntó la reina cogiéndose de su brazo como haría una hija con un padre que le da consejo—. El marqués de Cádiz no puede saltarse las leyes por muy señor que sea. Y, más en tiempos de guerra con los moros.

—El duque os ha mostrado las pruebas de que el marqués está en tratos con los mercaderes genoveses y los portugueses —apuntó el de Córdoba.

—Esta noche hablaré con mi esposo —suspiró ella. Había en frente una cuadrilla de jardineros que podaban unos almendros. Tomaron el sendero de la izquierda, el de las rosas, los jazmines y las orquídeas venidas de oriente—. Si es que regresa hoy.

—Lo hará, mi señora —comentó Chacón—. Confiad en él, es vuestro esposo a los ojos de

Dios y de los hombres.

Arrugó la nariz la reina de Castilla y se soltó del brazo de su amigo y «padre». Todos estaban empeñados en que debía perdonar a Fernando por sus calenturas, pues era hombre y los hombres, hombres son, con un rabo entre las piernas. Ay, eran malos tiempos para haber nacido hembra, pero bien sabía que no cabían más lamentos ni más lloros.

En ese momento sonaron las trompetas por la puerta del Alcázar y una algarabía recorrió las almenas de las murallas voceando la llegada del rey y su cortejo.

—Parece que el rey os estuviera escuchando, Chacón —apuntó la reina.

—Hemos de ir a recibirlo —repuso el consejero encaminándose hacia la puerta.

A un gesto de su reina las damas de compañía siguieron los pasos de Gonzalo Chacón entre risillas malévolas pues muchas de ellas tenían puestos ojos y deseos en los caballeros del rey. Alguna también hubo que miró de soslayo al de Córdoba.

Se volvió Isabel hacia Gonzalo rozándole levemente el dorso de la mano, pues la atención de todos, incluida la guardia de los Monteros de Espinosa estaba puesta en otra parte.

—Mañana tendréis la carta de marca con el sello de Castilla y Aragón, don Gonzalo.

*

Fernando dio un sorbito a la copa de oro, contenía esta el vino que el marqués había tenido a bien regalarle, sin duda alguna de los mejores caldos de Jerez. Lo paladeó gustoso y de seguido cogió la mano de su esposa, fría como la piel de un lagarto. Acarició la palma con el pulgar, haciendo circulitos, sin que esta le prestase la menor atención. Sabía cuánto le molestaba que lo hiciera, empero, en público no alzaría la voz ni le haría reproche alguno.

A la luz de las antorchas observó su rostro ovalado, bien proporcionado, su busto turgente y su cabello trigueño recogido en unas trenzas, y ella le dedicó una de sus cínicas sonrisas, perfectamente ensayadas frente al espejo para los eventos de la Corte. Admiraba a su esposa, como reina, y la había amado como mujer, ponía a Dios por testigo que había estado enamorado de ella hasta las trancas. Aun la amaba y la deseaba, a su manera. Isabel era una mujer bella

donde las hubiera, audaz y con una sagacidad impropia de las hembras. Empero, él era un varón brioso y, diantres, todos los reyes lo hacían, disfrutaban de los placeres de la vida, y también de sus esposas... Fodida sangre la de los Trastámara, orgullosa y rebelde. No tenía suficiente con haberle dado cuatro hijos y que comandase los ejércitos de Castilla en las talas con los moros. Diablo de mujer.

Dio otro tiento y aspiró hondo. Liberó la mano de su esposa.

Ahora, su matrimonio era una farsa, pero su reino no. Las Españas eran una realidad fehaciente, la esperanza de la cristiandad, en palabras del propio Papa. Y, era con esa mujer con quien compartía tamaña responsabilidad. Ambos forjarían un reino para que sus hijos y los hijos de sus hijos gobernasen un Imperio. Pondría todo su empeño en ello, vida de Dios que lo haría, aunque tuviese que guerrear con todos los infieles de África.

Alzó su copa Fernando cuando López de Conchillos lanzó un viva el rey; el resto de comensales, azumbrados por el vino, lo corearon con alegría y entusiasmo. No era para menos, pues la mayoría de los presentes se llenaban el buche y vestían finos ropajes gracias a los dispendios de la Corona. Isabel se limitó a asentir con un cabeceó, abrió sus labios y dejó entrever sus blancos dientes en un gesto que rozaba el desdén.

Observó de nuevo de soslayo a su reina, a su esposa. Estaba radiante aquella noche, embutida en un brial blanco con ribetes dorados muy ceñido a la cintura, y una tiara de plata adornando su cabello trenzado. Y, olía condenadamente bien, a agua de murta. Aspiró hondo embriagándose de su olor. Era una mujer que levantaba pasiones entre el pueblo y la nobleza; por sus hombres sabía que aun enardecía el ánimo de las levas y de sus capitanes cuando cabalgaba su montura o paseaba por los jardines de palacio. Sintió como su miembro se movía y crecía de tamaño al imaginársela en su lecho recibiendo sus embestidas. Llevaba sin yacer con ella varios meses, había perdido la cuenta, pues Isabel le negaba la entrada a su alcoba desde que se enteró de que se consolaba con la hermosa e intrigante Beatriz de Solís — pardiez, qué hembra la Solís, indómita y salvaje donde las haya —. La había mandado la reina a las Canarias, a los asentamientos castellanos, bien lejos de él y de la Corte. Diablos se lleven a esta esposa mía que

me priva de los pequeños placeres de la vida; tan sabia como un erudito, decían algunos, y terca y obstinada como una mula. No le entraba en la cabeza que los hombres tienen por naturaleza apetitos que hay que satisfacer, diferentes a los de las mujeres.

—¿Habéis disfrutado de vuestra cacería, mi rey? —inquirió Isabel en tono mordaz.

Enarcó Fernando una ceja. Eran las primeras palabras que cruzaban fuera del teatrillo habitual desde su llegada.

Presidían ambos en alto la cena de bienvenida. A sus pies los hombres de confianza del rey disfrutaban de las viandas con las damas de compañía de la reina, que sonreían escandalizadas y se tapaban la boca, unas más y otras menos, a los comentarios picantes de los aragoneses.

—Los venados eran abundantes y los jabalíes grandes como bueyes —dio un eructito y cogió con los dedos un trozo de carne de perdiz en salsa.

—No lo dudo —se retiró un mechón que le caía por la frente y mojó sus labios en su copa de vino—. Me han llegado rumores sobre las piezas que os habéis cobrado —dijo con retintín.

A punto estuvo de atragantársele la perdiz.

—No sé a qué os referís —sonrió inquieto, entornando los párpados. Se acarició su anillo con el rubí engastado en el anular y observó los posos de su copa.

—A esas esclavas guineas con las que habéis pasado noches en coyunda... —susurró áspera y cortante como una daga. Observó Isabel al fondo de la sala como una de sus damas se acodaba en la mesa a contarle alguna malicia a su Capitán, y desde luego que el cordobés no le hacía ascos al asunto. María Manrique. Inteligente y agraciada. Le había indagado esta a la reina en varias ocasiones por Gonzalo.

—¡Que cayese un rayo del cielo sobre mí si tal cosa hubiese pasado!

—Me apartaré de vuestro lado pues estáis a punto de chamuscaros.

—Voto a Dios que, si esto que digo yo, no es verdad, que no es verdad lo que está escrito en la misa. —repuso Fernando cargado de indignación fingida. Por Cristo que esa mujer que tenía por esposa siempre acababa por enterarse de cuanto acontecía—. Os juro por lo más sagrado, Isabel, que desde aquel malentendido con Beatriz no he vuelto a seros infiel. — A buen seguro

que lo juraría por nuestro Redentor, por la Virgen o por la madre que lo parió. No era momento de que la reina montase en cólera ante sus hombres y sus damas. La última vez lo dejó en ridículo delante de los Monteros de Espinosa, de Torquemada y de ese fraile que parecía un ermitaño, y los cuchicheos en la Corte no cesaron durante semanas. Cómo iba un rey a comandar ejércitos sino podía manejar a su esposa. Cristo.

—Vida de Dios... —arrugó la nariz y alzó Isabel la voz más de lo preciso—. ¡Ni mentéis a esa víbora, malquisto! —apretó los puños.

Cesaron las conversaciones y los hombres del rey la miraron de soslayo. Al fondo, el Capitán retiró la mano de la joven que tenía aprisionada entre sus dedos. Hubo un momento de silencio, denso e incómodo, salpicado de un amago de carcajada por un ebrio Peralta, pero, al final se contuvo el navarro.

Una suave brisa entró por los ventanales avivando las llamas de las antorchas y haciendo ondear los pendones que colgaban del techo. Controló su respiración y aplacó los latidos de su corazón. Isabel asió la mano de Fernando, alzó la copa con la otra y dio un trago largo antes de añadir:

—Bebamos a la salud de mi querido esposo que de vuelta está de las talas de Granada... ¡Por nuestro amado rey! —. Ahí estaban los Peralta, Almazán, López de Conchillos y el resto de los caballeros navarros y aragoneses, compañeros de farra de su esposo, lanzando vivas por Isabel y Fernando. Tampoco ella tenía ánimo para montar una escena. De nada iba a servirle. Estaba en la naturaleza de Fernando, tenía ya que estar bien acostumbrada a ser la cornuda de más alto linaje del reino de las Españas. Aguantaría estoicamente mientras su esposo le entregase Granada y fuese buen padre y buen rey. Ay, cuánto lo había amado en su juventud. Y, ahora... casi sentía pena más que ira o cualquier otro sentimiento dentro de ella. Pena de ella misma. Una reina que no podía amar y ser amada. Empero, era lo que conllevaba el peso de la corona de Castilla—. ¡Qué sirvan los postres! —hizo un gesto a los sirvientes y el maestresala voceó al pasillo que daba a las cocinas de palacio.

—Gracias, Isabel —le susurró su esposo alzando la mano para que el copero mayor le vertiese

más vino.

Cogió la reina un trozo de queso y le dio un mordisquito. Tenía que hacer de tripas corazón.

—Podéis devolverme el favor, mi rey —repuso presta.

—Un favor… —enarcó una ceja—. No dais puntada sin hilo… —sonrió—. Lo que mi reina disponga.

—Debemos darle un escarmiento a vuestro amigo el marqués de Cádiz.

—Por aquello que nos contó el duque…

Era hombre avispado su marido, no había que repetirle las cosas dos veces. Asintió Isabel acariciando su crucifijo de plata. Al fondo el maestresala cataba ya los pasteles y las dulzainas, rodeado de los ballesteros de maza, antes de servirlos en su mesa.

—No puede saltarse las leyes. Nadie puede. Hay que dar ejemplo en los tiempos que corren.

Se mesó la barba Fernando dando otro eructito.

—Empero, también hay que tenerlo de nuestra parte, Isabel. Es noble y esforzado caudillo en tierras de frontera, y práctico en asuntos de la guerra como fecundo en planes para ejecutarla. En el real Loja fue de los más valerosos caballeros cristianos.

—De nuestra parte estará, esposo. —Se retiró dos palmos del aliento del rey. Quién diantres había sazonado con ajo el venado... Iban a rodar cabezas en la cocina—. Pero, el que descuida lo que se hace por lo que debe hacerse, antes afecta su ruina que su preservación.

—Sabias palabras, mi señora.

—Solo digo que hay que darle un escarmiento. Nadie está por encima de la Corona. Eso debe quedar claro, tanto al duque como al marqués.

Desde luego que habiendo presentado el caso el mismísimo duque ya no podían mirar hacia otro lado.

—¿Qué proponéis pues?

—Soléis decir que hay que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos…

Sonrió Fernando al oír sus palabras girando el anillo sobre su anular.

—¿Seguir el plan que pergeñó el de Medina-Sidonia?

Asintió Isabel.

—Solo debéis estampar vuestro sello en una carta de marca y represalia. Del resto ya me encargo yo.

Desvió la mirada y apretó la mandíbula Isabel y esta vez no era por él.

Siguió el rey su mirada centelleante hasta el fondo de la sala. Gonzalo Fernández de Córdoba. Tenía a una de las damas de la reina sentada sobre sus rodillas y ambos reían solaces. Como no, su Capitán, como ella lo llamaba. Sabía de la devoción que sentían el uno por el otro, y sabía por las hablillas que habían acontecido algo más que palabras en sus tiempos mozos cuando el cordobés sirvió como paje de su hermano Alfonso. Escudriñó a Isabel con interés renovado. Sus ojos emitían un fulgor especial, un fulgor que él bien conocía. Por Cristo... No podía ser... de la reina de Castilla, tan beata, tan religiosa, tan pura... Era descabellado. Nadie podría esconder semejante secreto, se hubiera enterado de alguna forma; en la Corte, bien lo sabía, cualquier rumor, por pequeño que fuere, tenía las patas largas, todo terminaba saliendo a la luz. Algo así, sobre todo. Podría ser un escándalo mayúsculo, podría tambalear a todo el reino, podría... se rebulló en su silla acariciándose la perilla. Tendría a Isabel a su merced…. Quizás, hubiera encontrado una debilidad en la reina. Una grieta en su coraza que podía aprovechar en un futuro. Todos ven lo que aparentas, querida esposa, empero pocos advierten lo que realmente eres.

Sonrió ladino.

—No veo impedimento, mi señora. Mañana tendréis la carta.

—Celebro que estéis de acuerdo. El fin justifica los medios.

—Todo sea por complacer a la reina de Castilla —dio otro sorbo a su copa.

Lo observó esta con recelo.

—¿Cuándo partís para la vega de Granada? —preguntó cambiando de tema a la par que el maestresala les servía las dulzainas.

Cató Fernando un trozo de oblea de leche y vino blanco.

—Pronto, hay que hacer los preparativos para levantar las levas. Es necesario llevar mulas y

bastimentos al conde de Tendilla para que aguante en Alhama, y seguir con las talas, y quemar molinos, huertas y alcarrias. Hasta que liberemos a Boabdil hay que mostrarles a los moros nuestra voluntad de hacer la guerra, y qué mejor momento que este —cogió otra oblea.

No gustaba a Isabel de esquilmar los pastos y las cosechas del vulgo, ya fueren cristianos o moros, pero era lo que tenía hacer la guerra, había que emplear todas las herramientas que Dios les pusiese a mano, aunque acarreasen hambre y penurias a los más desgraciados. Guerra justa es aquella que es necesaria, decía Chacón. Y es que después de la humillante derrota sufrida por el marqués de Cádiz y el maestre de Santiago, y de otros grandes señores y capitanes en la Axarquía, tuvieron estos que salir por patas de los ventisqueros de la sierra de Almijara dejando atrás a muchos hombres buenos, el rey había tomado decisión de encabezar las talas en la vega del Guadaxenil, despensa de los nazaríes. Suspiró Isabel, al fin y al cabo, la sabiduría consistía en saber distinguir la naturaleza del problema y en elegir el mal menor.

—¿Quién irá con vos?

—Comandarán batallas el duque de Nájera, el duque de Alburquerque, y el Maestre de Santiago, y también nos acompañan en la retaguardia el Marques de Villena, y el Marques de Cádiz y el Conde de Cabra y don Pedro Puertocarrero.

—Una fuerza considerable.

—Así es, pues después de Alhama iremos a tomar la villa de Tajara; dicen que estos moros atacan Alhama cuando les place.

Asintió Isabel acariciándose el crucifijo.

—¿Me esperaréis en Sevilla? —inquirió su esposo.

Negó la reina con la cabeza.

—Partiré en unos días hacia Madrid, pero volveré a Sevilla en unas semanas a revisar las nuevas sisas para las tierras de los señores, y nos despediremos de la ciudad que tan bien nos acoge como Dios manda.

—¿Madrid?¿A qué viene tanta premura, mi señora?

—La tardanza nos roba a menudo la oportunidad y roba nuestras fuerzas... Ha sido notificado

al Consejo que algunos de los cargos nombrados no administran como debieren los oficios y los dineros de la Hermandad. He mandado juntar a los diputados de las provincias y a los procuradores de las ciudades en la villa de Pinto, a poner orden y dar ejemplo.

—Pardiez —carcajeó el rey—, cómo sois, esposa mía, no dejáis pasar una.

—Bien sabéis que es mejor actuar y arrepentirse que no actuar y arrepentirse, mi rey —ojeó Isabel de nuevo al fondo de la sala, el capitán los escudriñaba desde la distancia con la bella Mariana Estrada sentada en sus rodillas riendo a alguna chanza que contaba uno de los aragoneses. Sintió una punzada de celos en el bajovientre. Mejor sería olvidarse de él por esta noche. Tenía otras cosas de las que preocuparse—. Voy a pedir préstamos a los señores de la meseta... Alguien tiene que pagar todos estos dispendios, mi rey... Todas estas fiestas, las embajadas, nuestros sirvientes, nuestros peones y nuestros ejércitos para la guerra con los moros.

—Es lo que me gusta de vos, Isabel... —sonrió su esposo—. Vuestro ánimo nunca cesa de pensar, ni vuestra persona de trabajar en hacer dineros.

— Hay que trabajar por nuestro reino y nuestro legado, Fernando.

— En eso estamos de acuerdo.

Esta vez fue Isabel la que cogió su mano sin pensar. Por un latido parecióle el rey aquel joven apasionado que la hubo encandilado de moza con sus modales caballerescos, su planta de aguerrido soldado y sus promesas de fundar un reino. Por un latido.

I. EL DUELO

El sol del amanecer surcaba el firmamento inundando el prado de una claridad nívea y mate. El gorjeo de palomas, tórtolas y zorzales, revoloteando entre las ramas, anunciaba una mañana esplendorosa a las afueras de la ciudad de Sevilla. La torre del campanario del monasterio de San Jerónimo se alzaba al fondo entre las copas de pinos y robles, con su nido de cigüeñas que parecía tocar el cielo añil, desvaído, de nubes altas y desgalichadas de mediados de agosto.

Recuerdo que el raso se encontraba tapizado de malas hierbas, cardos y boñigas, pues Mateo se había arañado la pantorrilla con unas espinas y yo había metido la alpargata en un cagajón hasta el fondo.

Fue allí mismo, en ese descampado que servía de abrevadero de bestias y viajeros, donde a la postre se desarrollaría la escena que me dispongo a narrar a vuestras mercedes y que constituye el primer compás de este segundo capítulo de las memorias de Vasco Cortés de Astorga —y que, en cierto modo, también son las mías—. Escena que en mis retinas tengo guardada de forma nítida y precisa, como si hubiese transcurrido ayer mismo. ¡Qué caprichosa es la memoria! Apenas recuerdo con qué llené el buche en el desayuno y, sin embargo, ciertas imágenes, texturas y olores aparecen demasiado vívidas en los recovecos de mi mente, rememorando entre gozos y sombras un pasado casi olvidado. Un pasado que me propongo inmortalizar con unas manos por momentos temblorosas y los finos trazos de una pluma de ganso. No me andaré por las ramas, pues; el tiempo de vuestras mercedes a buen seguro es tan valioso como los excelentes

de oro que habían prometido los Berardi al, por aquel entonces, mi patrón y mi amo. Sin más circunloquios vayamos al asunto del duelo con el que comenzó esta historia.

Con un semblante sereno desenvainó el leonés la ropera junto al chorro de la fuente encalada. Alrededor de la alberca, el firme terroso se hallaba aplastado por el ganado, los caballos y las ruedas de los carros. Comenzó a ejercitarse flexionando las rodillas y dando rápidas estocadas al aire alargando el brazo, pinchando a un oponente imaginario, o dibujando amplios arcos que cortaban la brisa. Zas, zas, zas. Todo ello para atemperar músculos y articulaciones, bajo la circunspecta mirada de unos Berardi trasojados e inquietos.

Mateo y yo observábamos ojipláticos, el corazón golpeando nuestro pecho, recuperando el resuello de la carrera, escondidos entre las jaras de un bosquete aledaño plagado de alcornoques de tronco pelado y coscojas de ramas picudas. La hierba estaba mojada y, si uno aspiraba hondo, como era nuestro caso, aun se percibían los rescoldos de humedad dejados por la tormenta en la madrugada. Apenas habíamos pegado ojo en la noche, los truenos nos despertaron cuando de la duermevela nos adentrábamos en un sueño ligero, y ya no hubo forma de conciliar descanso. Entre las emociones del viaje —nunca antes habíamos salido de Córdoba—, y las cuitas internas que nos creaban cierta zozobra —en esa mañana de agosto nos jugábamos mucho—, nuestra cabeza era un hervidero de ideas y, sobre todo, de ensoñaciones sobre el futuro más inmediato. Ay, qué caprichoso es el destino, con sus revueltas y sus inesperados giros; ni por asomo imaginábamos como terminaría el entuerto, ni para nosotros ni para Vasco.

Habíamos dejado a don Anselmo roncando a pierna suelta sobre el mullido catre de la posada sin decirle ni pío, siempre que el cura cataba el vino no había Dios que lo despertase hasta bien pasada la hora tercia. Se había empeñado el dominico en acompañarnos a Sevilla so pretexto de visitar las obras de la catedral y a su hermano Braulio que era uno de los maestros canteros que allí laboraban. Tampoco era que se fiase del todo de las intenciones del leonés, todo sea dicho, pues ambos tenían sus más y sus menos en cuanto a su forma de ver la vida. El uno oteando hacia el Altísimo y el reino de los cielos en cada homilía de domingo, y, el otro, que demasiado a menudo se las veía encarando al mismísimo diablo. Eran ambos hombres de carácter, a su

manera.

En cuanto sentimos el chirrido de la puerta de nuestro amo abriéndose y sus botas pisando los maderos crujientes de las escaleras de la corrala, nos dispusimos a seguirlo por una ciudad que despertaba bien temprano, y hasta aquel descampado cercano a San Jerónimo nos llevó el sonido de los cascos de su caballo tordo. Buena carrera nos dimos esquivando a pajes, sirvientes, panaderos, comerciantes, tenderos, lavanderas, carboneros, carreteros, y a cuantos se hallaron en nuestro camino. Me viene a la memoria que al cruzar por la Puerta de la Macarena casi lo perdemos —quizás hubiera sido lo mejor, quien sabe—, pues un carro cargado de aceite y trigo se quedó atrancado entre los guardacantones de una callejuela del arrabal, tuvimos que pasar a gatas y con cuidado de que los bueyes no nos aplastaran alguna articulación. Pero, finalmente, conseguimos nuestro propósito que no era otro que ser testigos del duelo, pues todo lo que le ocurriese a nuestro amo también nos afectaba a nosotros.

El caballo de Vasco bufaba y agitaba la cola mientras el joven Berardi, visiblemente nervioso, resoplaba y se movía indeciso con pasos cortos adelante y atrás, se ocupaba de atar las monturas alrededor del tronco de un roble de luengas barbas de liquen gris. Terminada la tarea se acercó a su padre y como dos pasmarotes se plantaron brazos en jarras a observar las estocadas imaginarias que emprendía el leonés para ejercitarse.

El duelo había tardado en celebrarse y se suponía que iba a quedar en una pantomima para restaurar el honor de la familia agraviada. Parecía que los ánimos se habían templado por ambas partes, conscientes de que lo que estaba ya hecho no se podía deshacer por mucha sangre que se derramase, y de que una criatura germinaba en el vientre de la joven Mariana Estrada, así se llamaba la dama a la que había preñado el mamerto de Giuseppe Lorenzo Berardi. Dicho sea de paso, la tal Mariana estaba enamorada hasta las trancas del joven petimetre florentino, que, bisoño y malcriado, aún andaba escaso de luces, pero no de atributos.

Vasco detuvo sus ejercicios y se acarició la perilla y el mostacho. Observó paciente a los tres jinetes que se acercaban al trote por el camino bajando la suave y larga loma. Se hubo acordado

lugar discreto para el lance; no es que hubiera nada malo en ello, al contrario, en aquellos tiempos, tanto como en estos, era práctica habitual resolver asuntos de honor espada en mano —ya fuera la propia o la de unos matarifes como era el caso—. Solo había un pequeño detalle, de más o menos importancia según se mire, y que serviría de excusa al gran señor implicado en el entuerto; y era el hecho de que los reyes habían prohibido los duelos con el pretexto de que sus mesnadas no menguasen de hombres valientes y gallardos dispuestos a empuñar armas. Y, aunque se hacía la vista gorda en los lances a primera sangre, nunca sabía uno quien podía irse de la lengua.

He de hacer un aparte para referir aquí que durante gran parte del mil cuatrocientos de nuestro Señor, los lances de honor estuvieron permitidos y amparados por la Corona. Sin embargo, las decenas de muertes de oficiales y soldados, valiosos hombres que podrían combatir contra los infieles, motivaron que nuestras graciosas majestades los prohibieran allá por el año ochenta más menos. Las leyes promulgadas, los legajos lo aguantan todo, castigaban con la muerte a los retadores y con el destierro a quienes aceptaran el combate. No obstante, como digo, los duelos a primera sangre se solían pasar por alto, sobre todo si era cosa de ajustar el honor de una familia de señorío. Ya saben vuestras mercedes que las normas no son iguales para nobles, caballeros e hidalgos que para sus lacayos, pajes, sirvientes y el vulgo en general. Una pena que los tiempos fueran así y que con el imperio sigan siéndolo, quizás aún más, y que la justicia se ponga la venda para el rico y se la quite para el pobre.

Vayamos ahora al asunto.

Giannotto Berardi se acercó al leonés intentando ocultar su zozobra.

—Ya vienen —constató pasándose la mano por su cabello ralo, de fondo las campanas del monasterio anunciaban la hora prima.

Suspiró hondo el leonés.

—Eso parece.

—¿Y vuestro brazo? —asintió el florentino preocupado a la par que preguntaba apretando los labios. Sus ropajes eran austeros para la ocasión, pero de calidad, al igual que los de su vástago:

zapatos de cuero en punta y finas sayas de seda adornadas con motivos geométricos grises y beis en cuello y mangas.

—No será problema —respondió hosco el leonés estirando el cuello.

Mateo y yo dábamos fe de ello. Habíamos presenciado como Vasco se había ejercitado en los campamentos militares de Córdoba con Rafalito Matallanas, todo pundonor y fuerza bruta, y con Juanillo Ponce de León, pícaro y astuto como él solo. Si en los primeros días se mostró el leonés torpe, fallón y falto de fuerzas, en los últimos envites dio buena cuenta de los dos espadachines superándolos en destreza en cuantos lances habían acometido. Yo aún no entendía mucho de filos y aceros, pero se percibía a la legua que nuestro amo era un formidable espadachín aun con el brazo bueno mermado.

Berardi hijo se acercó con la cabeza gacha.

—Padre, quizás no sea demasiado tarde para evitar... —comenzó a articular el bueno de Giuseppe Lorenzo, Pepe para los más allegados.

—No abras esa bocaza hasta que esto acabe, que bastante lío has montado, mendrugo —le espetó Giannotto Berardi con autoridad. Hizo ademán de darle una colleja pero se contuvo—. ¿Capisci?

El otro cabeceó sin abrir la boca y dio un paso atrás.

—¿Tenéis preparado los dineros que me corresponden? —preguntó Vasco con esa voz ronca y quebrada, sin ápice de tacto, su mirada gris y templada como el acero toledano que portaba.

Se acarició la falquitrera de cuero negro el orondo comerciante. Los recién llegados se apeaban ya de las monturas a unos prudentes treinta pasos. Ambos grupitos se miraron con expresión desafiante.

—En cuanto resolvamos este entuerto será vuestro según convinimos —respondió el patriarca florentino.

Vasco sonrió esquinado, se descolgó la capa y se la tendió despreocupado al joven Berardi que, tras un momento de duda, la cogió con expresión sandia y la plegó a cuatro en su regazo sin rechiste alguno. De lejos tenía Pepe el porte apuesto y arrojado, de lejos, de cerca, más lo

primero que lo segundo. Era bueno, al fin y al cabo, Pepe Berardi, aunque con la cabeza llena de serrín e ínfulas —con los años llegué a conocerlo y a compartir cuartillos de vino y confidencias —.

Con movimientos precisos enlazó Vasco los cordeles del viejo coleto de cuero de piel de vaca y se lo ajustó a su gusto y medida. Por su mueca torcida, supe que el leonés disfrutaba con los mohines del heredero de la fortuna Berardi. Pues resultaba que la hija mayor del clan estaba ya casada y con dote en tierras florentinas. Y era en Giuseppe en quien su padre tenía depositadas esperanzas de que continuase incrementando negocios, empresas y dineros en las Andalucías. Pero, para eso tenía que casarlo con la bella Mariana Estrada, hasta hacía mes y medio prometida con el primogénito de los Fonseca.

Y era que el ánimo de estos Fonseca, una familia de terratenientes venidos a menos que se cobijaban bajo el ala del duque de Medina Sidonia, ya no estaba tan caldeado, y el encuentro de esa mañana se preveía como una forma decorosa de dar por zanjada la cuestión de los cuernos. A priori.

Vestían los recién llegados ropajes oscuros y austeros, pero incluso a ojos de unos zagales inexpertos en estas lides, estaba claro quién era quien. El del bonete gris, pelo canoso y rostro chupado, era el patriarca. Y, el joven de la barba rasurada y mirada altiva era el agraviado, o el cornudo Fonseca, como se le conocía por media Sevilla y parte de Córdoba, un tragavirotes que no dejaba de tocarse el pomo de su espada y otear a Giuseppe como si fuese a batirse él mismo. Por supuesto que este pollastre, también había encontrado un matachín para que se batiese el cobre por él. Y, acongojaba solo de verlo.

Asentí al tirón del brazo y a los gestos preocupados de Mateo.

—Sí, como el Matallanas —susurré paciente—. Es grande... y tiene un espadón enorme, pero ya has visto cómo se las gasta el amo con su pincho afilado.

Suspiró azorado el mudito, ambos éramos conscientes de que si Vasco perdía el envite todo se podía ir al traste. No habría oro y no habría comida caliente, ni arrumacos de la Rosarito, ni ropa

decente. Tendríamos que irnos a las calles de nuevo, a dormir bajo el puente y a sobrevivir entre malandrines de tres al cuarto. Ese era, de entre los posibles, el peor escenario que se dibujaba en nuestras mentes. Y, es que uno se acostumbraba pronto a desayunar gachas y queso, y a las buenas garbanzadas de la Rosarito. Desde luego que nos tenía Vasco con el corazón en un puño.

—Avézate a esta nueva vida, Mateo —le dije con una media sonrisa tremulante—. Para lo bueno y para lo malo.

Para lo bueno y para lo malo, yo era el optimista y Mateo el pesimista, en un equilibrio entre ambos estaba la virtud, decía don Anselmo; y Vasco, bueno Vasco era Vasco, el Negro dependiendo del humor con que se levantase de la cogorza afrontaba el día de una manera u otra. Al menos, cuando se trataba de abordar una encomienda o un duelo dejaba a un lado los cuartillos de vino y se preparaba a conciencia. En las dos últimas semanas se había mantenido sobrio y se había ejercitado varias horas al día en el arte de la espada y la daga —y también con las malas artes que su manejo conllevaba—, lo cual incluía clases de esgrima para Mateo y para mí. «Si me vais a servir más os vale que estéis preparados», nos decía mientras ponía en nuestras manos dos cañas de pastorear para que no nos hiciéramos más daño que los moratones y magulladuras que lucíamos con orgullo cuando volvíamos a la posada del Potro.

Era un hombretón calvo y fornido de piel olivácea, con una barba descuidada y abundante —y, sí, pardiez, casi tan grande como Matallanas—, el que se quitó la caperuza y dejó caer al suelo un manto plagado de piojos. A fe mía que el mediano de los Fonseca, tan altivo y tan gallardo, aunque otro se jugase el pellejo por él, no hizo ademán alguno de recogerlo. Vestía el matarife un coleto tachonado de cuero sin nada por debajo, dejando al descubierto sus fuertes y peludos brazos. Comenzó a hacer molinillos con el espadón curvo mientras Fonseca hijo sonreía abiertamente y el padre se acercaba a Giannotto Berardi.

Vasco oteaba a su oponente en la distancia, ojos entrecerrados, calibrando su hombría y su destreza.

—Parece moro —apuntó Berardi padre en un murmullo atusándose el fino mostacho.

De un tajo cortó el gigante sin aparente esfuerzo un ramón del roble a cuya sombra se

cobijaba el cornudo tragavirotes. El matarife miraba hacia Vasco sin reparo, mostrando unos dientes picados y algún hueco entre ellos.

—Puede ser —se mesó la barba el leonés haciendo caso omiso de las provocaciones—. Apostaría que un azamor.

Así eran llamados lo esclavos musulmanes capturados en el reino de Fez y en las berberías de levante fruto de las cabalgadas que emprendían los castellanos —sobre todo antes de la paz de Alcazobas— para dar entretenimiento a los portugueses de cuidar sus posesiones.

—Y es fuerte y grande como un toro.

—No os preocupéis por eso, Berardi. El tamaño a veces importa, a veces no —repuso Vasco tranquilo—. En cuestiones de filos, vale más el hombre astuto y diestro.

—Como vos.

—Más o menos.

—Parecéis confiado —se repasó con la mano el florentino su fino cabello trigueño.

—Si hay algo en lo que confío en este mundo es en el acero que porto —enfundó el leonés su tizona y posó sus dedos en el cazo arañado, repiqueteando levemente.

Se acercó el patriarca de los Fonseca hasta la altura de Berardi padre, el terruño crujiendo bajo sus botas. Ambos eran del mismo porte, hombres pequeños pero ricos y acaudalados.

—Zanjemos esto cuanto antes —ladró Luis de Fonseca mirando al frente, mandíbula apretada.

—Así sea —respondió el florentino—. Las condiciones son las que ya pactamos. —No era una pregunta si no una aseveración.

—Habrá un cambio de última hora en las condiciones a que os referís. —Se caló el bonete.

—¿Un cambio de última hora? —preguntó Berardi frunciendo el ceño.

Asintió tranquilo Luis de Fonseca.

—En efecto, y avalado por el mismísimo don Enrique de Guzmán. —Sonrió enseñando una fila de dientes amarillentos, era la suya la mirada de la raposa que ha cogido desprevenida a la gallina en el corral y no tiene escapatoria.

—No entiendo… —balbuceó Giannotto Berardi.

—No se van a ir los Berardi de rositas habiendo preñado a una sobrina del duque de Medina Sidonia… por muy enamorada que esté del mamerto robaperas que tenéis por vástago —escupió al suelo.

Ni Giannotto ni su hijo portaban aceros. Una actitud bastante inteligente la adoptada por el comerciante, hombre de argucias más que de acción, sobre todo por si se daban lances imprevistos como los que acontecían; así no podían dar ninguna excusa a los Fonseca para que se derramase su sangre florentina.

—Os he pagado lo pactado —protestó Berardi con escaso brío. Se le veía incómodo en aquella situación.

Vasco observaba la escena en segundo plano como si no fuera con él, brazos cruzados, el corazón calmado, sin perder detalle del moro calvo y barbudo y de los mandobles que lanzaba al aire como si fuera un molinete en una ventisca. No es que le sorprendiera al leonés el rumbo que tomaban los acontecimientos, curtido ya como estaba en estas lides nada podría cogerle con las calzas bajadas, pero sopesaba como sacarle partido a la situación.

—No sé cómo haréis las cosas en vuestra Florencia natal, Berardi… pero, poco me parecen dos saquitos de oro para resarcir el honor de una dama de señorío andaluza —arguyó Fonseca padre haciéndose el ofendido, sus ojos oscuros clavándose en el azul de los Berardi.

—El honor de la dama es cosa suya… y nuestra, pues se va casar con mi hijo.

—Cuestión de perspectiva y de costumbres…

—Aun así, resulta irregular vuestro apremio por cambiar nuestro acuerdo en el último momento —tragó saliva el comerciante florentino.

—No es del honor de la casa Fonseca de quien estamos hablando ahora, Berardi, si no del honor de la propia casa de Medina Sidonia —concluyó solemne ajustándose el tahalí del que colgaba su tizona.

Berardi, además de mercader astuto, era hombre práctico y razonable. No hizo aspaviento alguno ni replicó a las palabras, sin duda ofensivas y meditadas del patriarca de los Fonseca. Se

limitó a aceptar la nueva situación y a secarse el sudor que le caía por la frente. Le hizo un gesto con la cabeza a su hijo, visiblemente inquieto zapateaba adelante y atrás, para que se mantuviera a raya y, sobre todo, no abriera su bocaza.

—¿Cuáles son pues las nuevas condiciones? —preguntó.

—Si vos perdéis el lance... —Hizo una pausa cogiéndose las manos detrás de la espalda—. Vuestro hijo volverá a Florencia con la dama Estrada —sonrió caustico cabeceando—. Si vos ganáis... podrá andar por donde le plazca.

—Así de simple —de nuevo tragó saliva y se frotó las manos el bueno de Giannotto.

—Así de simple lo requiere el duque —precisó el otro.

—El duque de Medina Sidonia…

La situación se tornaba peliaguda para los Berardi. Era una buena encerrona.

—El mismo —sonrió ladino.

—¿Y el oro que os he dado? —insistió el florentino.

—Ese acuerdo fue por la reparación hacia nuestra familia, esta reparación ya os mento que no es cosa mía —sus palabras argüían una cosa, empero su mirada decía otra.

Infló el pecho Giannotto Berardi y exhaló el aire muy lentamente. Se atusó el bigotito antes de añadir:

—No es que no me fíe de vos... Pero, el duque debería ratificar vuestras palabras...

—Podréis demandar al duque en persona lo que vos mismo estiméis oportuno —alzó la mano y señaló con el dedo engarzado en oro a tres jinetes que se acercaban al trote a lomos de tres espléndidos corceles.

Mateo me tiró de la manga, escondidos detrás de las jaras observábamos sin perder detalle.

—Será mejor que nos vayamos —me dijo, ceñudo, usando nuestras señas.

Negué con la cabeza. Ni por asomo estaba dispuesto a perderme el desenlace de la escena, como si se tratase del acto final de una comedia en una corrala de ahí no me movía. Después de ver a Vasco darle una tunda sí y otra también a Matallanas y a Ponce de León juntos, estaba convencido de que podría ganar al mismísimo Cid Campeador. Créanme vuesas mercedes

cuando les digo que en aquellos años de rapaz idolatraba a mi señor más de lo que debiera.

Empero, aquello, no era una corrala, era la vida real, y no tardaría en darme cuenta de mi error.

—No podemos irnos sin que nos vean —argüí, no era del todo mentira.

Mateo rezongó algo ininteligible en una especie de gemido apagado y volvimos a lo nuestro, a otear sin ser vistos.

El duque y sus dos acompañantes, a todas luces hombres de armas, se colocaron a una distancia prudencial sin apearse de los caballos en la linde del camino. Vestía una jaqueta beis y una boina ancha de terciopelo con una pluma roja engarzada. Y oro. Porque oro era lo que relucía a la luz del sol en la garganta de la vaina que le pendía del costado, igual que en las riendas del corcel que montaba y alrededor del broche que sujetaba la oscura capa. Era el duque de Medina Sidonia uno de los hombres más ricos y poderosos de las Andalucías. Tanto, que se rumoreaba que los reyes, a pesar de su aparente fidelidad —había sido partidario de la causa de Isabel durante las guerras castellanas—, y recelosos de su poder y de su riqueza, habían tratado de asesinarlo, pero habían errado en el intento. Era solo un rumor que corría por tabernas y mentideros que incluso un rapaz como yo había oído mentar en las calles.

La mirada del noble andaluz se paseó por el prado para terminar posándose sobre los dos patriarcas. Levantó el mentón a modo de saludo.

Fonseca, acto seguido, alzó la mano con un gesto satisfecho y, Berardi, a esas alturas no le quedaba otra que seguir con la trama orquestada por ese hidalgo hideputa, alzó la suya.

—¿Y bien? —preguntó el terrateniente, sus labios conformando una afilada sonrisa.

Tragó saliva Berardi, consciente de que la encerrona en la que se hallaba podría significar un duro golpe a su familia y a su porvenir.

—Sea pues la voluntad del duque —concedió—. No seré yo quien se oponga a ella.

Y es que, todavía, en la turbulenta Sevilla de finales del mil cuatrocientos de nuestro Señor, la voluntad de don Enrique de Guzmán era justo la que iba por detrás del Altísimo y de la Corona,

y a veces por delante de ambas.

Se volvió Berardi y dio unos pasos hasta hacer un aparte con su espadachín, sus ojos se movían inquietos al igual que sus manos.

—¿Cómo lo veis?

—Difícil —repuso un Vasco estoico, entornando los párpados y torciendo el gesto. Los acontecimientos se precipitaban esa mañana a velocidad vertiginosa. Si se iba a batir bajo la mirada del duque de Medina Sidonia, y en su contra, desde luego que habría que intentar sacar tajada.

—¿Difícil? —rio entre dientes un nervioso Berardi con voz trémula—. Hace unos instantes decíais que no me preocupase.

—Eso era hace unos instantes —remarcó el leonés con parsimonia ajustándose los guantes de cuero gastado, echando una ojeada de soslayo al moro loco que no dejaba de dar risotadas a la par que hacía molinetes en el aire y asestaba tajos cortando el viento. Realmente su estampa era temible—. Las cosas cambian.

—¿Más oro? —enarcó una ceja el florentino.

—Eso puede ayudar.

—Fottuto figlio di puttana —masculló.

—Un redomado hideputa que os va a sacar de un buen atolladero —replicó en un susurro cortante—. Si queréis ver crecer a vuestro nieto en tierras de las Andalucías será mejor que mostréis generosidad con quien se va a jugar el pellejo por vuestro hijo y va a servir de divertimento al duque de Medina Sidonia.

Gruñó algún otro improperio el comerciante, en florentino cerrado, pero finalmente aceptó:

—Añadiré a vuestra bolsa cinco excelentes castellanos. ¿Suficiente?

—Sea —repuso Vasco al instante esbozando una sonrisa afilada.

—Duelo a primera sangre —anunció el patriarca Fonseca, los dos contrincantes separados a unos cinco pasos frente a la alberca asintieron con la cabeza, espada en mano—. Al primer corte se

acaba el lance.

Se retiró Luis de Fonseca con cautela, y, sin mediar más palabra se abalanzó el moro hacia el leonés intentando partirle la crisma con un grito que me heló el alma. Sentí como Mateo a mi lado también se estremecía ante el alarido de esa mala bestia. A Vasco, perro viejo en esas lides, no le pilló desprevenido el ataque del azamor. Era una arremetida de fuerza bruta para amedrentar más que otra cosa. Retrocedió el leonés un paso en el mismo latido que el otro levantaba el acero, alzó el filo de la ropera por encima de su cabeza en ángulo, se estiró y se colocó de perfil haciendo que la cimitarra de su contrincante chirriase al chocar con su herreruza. Con agilidad le dio un pequeño empujón al moro y ambos quedaron separados a tres pasos. El matarife frunció el ceño, el sudor le resbalaba ya por la frente. Asió la espada firme el hideputa, con ambas manos, y de nuevo arremetió contra el leonés esta vez asestando dos tajos oblicuos, zas, zas, de diestra a siniestra, el primero, y de siniestra a diestra el segundo. Eran ataques potentes pero burdos, a los que Vasco no tuvo problema alguno en esquivar sin apenas chocar aceros, y que, en el fragor de un campo de batalla, a buen seguro hubieran hendido armadura y partido huesos en soldados inexpertos. Pero, no estaban en un campo de batalla y el contrincante del azamor no era un soldado inexperto.

Al tercer intento sin cortar carne se detuvo el moro jadeante, dio un par de zancadas atrás, frunció el ceño resoplando y atisbó con recelo al hombre de mirada glauca y nariz torcida que esquivaba sus mandobles sin esfuerzo aparente.

A esas alturas, la mente de mi señor analizaba casi de un modo inconsciente las debilidades de su adversario, posibles fintas, defensas y estocadas para salir airoso del lance.

Un trazo blanco, fino, esquinado apareció entre el bigote y la perilla de Vasco. Provocaba ahora el leonés al azamor.

De nuevo arremetió el gigante esta vez blandiendo la cimitarra como si fuera un ariete, con la punta dirigida al vientre de mi amo, desde luego no con el propósito de hacer solo sangre. Vasco se adelantó un parpadeo a sus intenciones, echó hacia atrás el pie derecho y retiró el izquierdo hacia el lado exterior y, sin interrumpir el movimiento, dio una zancada adelante formando un

paso de arco. Al mismo tiempo, siguiendo el giro de su cuerpo, dirigió la punta de su espada en línea curva por delante de su rostro, hacia atrás y hacia abajo, para pinchar como una centella el antebrazo del moro, con la palma hacia arriba, concentrando la fuerza en la punta de la tizona. Todo ello que cuento transcurrió en un par de latidos. Había quien decía, entre ellos el literato Juan Álvarez Gato, que cuando Vasco empuñaba la espada y se empleaba a fondo en un duelo era como presenciar poesía en movimiento.

Sangre. Primera sangre. Y eso fue lo que brotó de la piel del esclavo sarraceno, que se miró la herida, incrédulo, sin saber aun como el de la nariz torcida había conseguido en un suspiro esquivar su acero y trinchar carne. Gruñó cejijunto, escudriñando a Vasco y a su amo alternativamente.

Berardi hijo dejó de hurgarse dentro de la nariz, arqueó sus labios en una medio sonrisa y su padre lo cogió del brazo zarandeándolo para que guardase las formas.

Era apenas un rasguño, no fue la intención de Vasco cebarse con el bereber más de la cuenta, empero según las reglas establecidas de antemano ahí se debiera acabar el duelo. El leonés se volvió hacia los patriarcas y oteó de soslayo al duque que se mesaba la barba entrecana, pensativo, sin apearse de su corcel. Fonseca padre a su vez frunció el ceño, el gesto avinagrado, y observó a unos risueños Berardi, que no podían ocultar su alivio; se las prometían ya muy felices los florentinos campando por las Andalucías y emparentados con la Casa de Medina Sidonia —aunque fuera en segundo grado y de forma poco decorosa, eso abriría muchas puertas cuando las heridas restañasen—.

El duque de Medina Sidonia seguía sin moverse de su silla, uno de sus acompañantes que venía de platicar con Luis de Fonseca le susurró algo al oído y el noble asintió levemente. También lo hizo Fonseca padre oteando hacia el moro. Este resoplaba inflando los carrillos, sus ojos cargados de odio se hendían en la nuca de un Vasco que no perdía detalle de la escena ni de la sombra de su adversario, ni tampoco había envainado la espada que descansaba en guardia baja, la punta rozando el firme.

El azamor empuñó el espadón con ambas manos y en un movimiento rápido y acompasado,

acompañado de un quejido gutural, alzó el acero y dio un par de zancadas dispuesto a partirle la crisma a nuestro amo. Era una maniobra vil y rastrera. Pero, así eran algunos duelos, sobre todo aquellos en los que el honor de la nobleza terminaba arrastrado por los suelos a la altura de la mierda de buey.

De pronto vislumbré los sesos de nuestro benefactor esparcidos por el suelo y nos vi a Mateo y a mí durmiendo debajo del puente, cazando ratas de río para la cena y sin los guisos de la Rosarito. El pánico se apoderó de mi entendimiento y no pude por menos que dar un pequeño grito desde nuestro escondrijo en el mismo latido en que Vasco, girando su cuerpo y dando un paso hacia atrás, se apartaba de la trayectoria del filo de la cimitarra, que, en vez de cortar huesos y carne, hendió el viento. Zaaaasss. Era rápido el malquisto para su envergadura y no bajó el acero del todo, sino que giró su cuerpo, sorprendiendo a Vasco, y se abalanzó de nuevo hacia el leonés dando un descomunal mandoble semicircular de arriba a abajo que esta vez iba derecho a cercenar su omoplato y partirlo en dos, si no fuera porque mi amo dio un paso atrás y alzó la herreruza a medio palmo de su frente. Clanc. El acero de Vasco se quebró por la mitad. Era lo que tenían los espadones de batalla, podían romper espadas roperas, mucho más finas y livianas.

Consiguió el leonés parar el golpe, pero cayó trastabillado sobre el lodo al lado de la alberca, a la par que el moro quedó desequilibrado, su enorme cuerpo descompensado hacia adelante, durante un parpadeo. Aquello fue lo único que necesitó Vasco para incorporarse, desenfundar la daga rodela con la zurda, flexionar todo su cuerpo y lanzar un gruñido y una estocada profunda que hendió el acero un palmo entero dentro del vientre de su contrincante. Retorció el pincho ante el grito ahogado del moro y lo volvió a sacar y meter en sus tripas. El pobre infeliz, que solo unos latidos antes se las prometía muy felices, soltó la cimitarra, tosió profusamente una mezcla de babas y sangre, y cayó de rodillas intentando taparse los agujeros con las manos. No era Vasco de los que acostumbraba a disfrutar del sufrimiento ajeno, así que para terminar con la agonía del hideputa que había estado a punto de mandarlo al infierno, se colocó por detrás suya, le alzó el cuello con la diestra y le rebanó el gaznate con la daga ensangrentada.

II. DOS MOCHUELOS

A todo hay maña sino a la muerte, dicen las viejas, y a fe mía que así es. El cuerpo del moro cayó a plomo entre estertores y gemidos ahogados, intentando sujetarse el mondongo, boqueando como pez fuera del agua. Al poco dejó de respirar y moverse. Bien muerto estaba, más seco que una mojama y camino de encontrarse con las vírgenes en el paraíso que prometía su profeta.

Mateo me apretó la muñeca casi hasta cortarme la sangre. Tuve que darle un empellón para sacarlo del trance.

—Está muerto —resoplé aliviado.

—Menos mal —secundó Mateo en cuclillas, lívido, usando nuestro particular lenguaje—. Ya me veía pidiendo limosna por las escaleras de Santa María para volver a Córdoba.

—Y yo robando monedas en la alhóndiga… Corriendo delante de los corchetes y los alguaciles…

Nos sonreímos ambos, cómplices. Pero, aquello aún distaba mucho de haber acabado.

Los juglares cantan en las plazas que los muertos se van al suelo que bien los acoge; y con los ojos abiertos y vidriosos quedó el matarife sobre el frío suelo mirando a un Vasco que envainaba su daga al tiempo que se arrodillaba a coger el espadón curvo. Se encaminó el leonés, su camisa adornada de manchas carmesíes de sangre ajena, directo a un Fonseca padre que, la frente perlada en sudor, se llevó la mano al pomo de su acero. Empero, el señor sevillano no cometió el error de sacar ni medio palmo la herreruza. Sería que la mirada acerada del leonés le advertía que

no lo hiciera. Los Berardi, ojipláticos y boquiabiertos, se retiraron a unos prudentes cinco pasos asiendo las bridas de sus monturas, no fuera que ese que llamaban Negro tuviera uno de esos arrebatos de los que les había advertido Rafalito Matallanas medio en broma y medio en serio, y más, después de que a traición un moro hideputa le hubiese querido madrugar con malas artes. Fonseca hijo se quedó pasmado debajo de la sombra del roble, acariciándose el bozo escaso de vello, quizás calibrando si ese espadachín, sin duda un matarife consumado, podría acabar con su padre y dejarle en herencia haciendas y palacios; ni un músculo movió el joven hidalgo.

El duque escrutaba paciente el desenlace de la refriega montado en su corcel negro. Uno de sus secuaces había desaparecido de nuestra vista, no me percaté de donde había ido el fulano hasta que fue demasiado tarde. Empero, créanme vuestras mercedes cuando les digo que la tensión se podía cortar en el ambiente con un cuchillo de mantequilla. Solo se oía el agua que brotaba del caño de la alberca.

—Se acabó el duelo —afirmó Vasco rompiendo el silencio, sus ojos fríos y grises atravesando a un Luis de Fonseca que, tembloroso y tras volverse hacia el duque (este dio su beneplácito con leve gesto de desdén), asintió con la testa.

—Así es, esto... esto... mi esclavo... actuó de forma poco decorosa. —Se disculpó frotándose las manos con un atisbo de sonrisa nerviosa. Evitaba mirar al moro muerto—. Y, por cuenta propia, que conste —añadió con premura por si al espadachín le quedaban ganas de gresca y el asunto se iba de madre.

Durante diez interminables latidos Vasco sopesó lo que había ocurrido apuntando la punta de la cimitarra al suelo, valoró pros y contras y optó por la opción más ventajosa para los vivos.

—La afrenta está reparada, pues —le ofreció el leonés una salida para alivio de todos.

—Totalmente reparada, no lo dudéis —aseveró Luis de Fonseca a trompicones.

Vasco escupió un gapo que cayó en la punta del zapato picudo sin que el noble señor Fonseca dijera ni pío. Espadón en mano dióse la vuelta y caminó hacia los Berardi.

—Esto os costará más oro —gruñó a dos pasos de los florentinos—. No fue un duelo a primera sangre.

—Más oro habrá, de eso no tenéis que preocuparos —Giannotto Berardi respondió sin un atisbo de duda, su orondo rostro bañado en sudor—. El doble.

El doble de oro era mucho oro. Mateo me dio un codazo para que agachara mi cabezón. Algo tarde, pues en ese momento se dirigió la mirada de Vasco hacia las jaras tras de las cuales nos escondíamos y cabeceó hacia uno y otro lado en señal de desagrado. Desde luego que se había percatado de nuestra presencia y no parecía complacido.

Y desde luego que no fue el único.

Ajenos a tal hecho, Mateo y yo suspiramos al unísono, nos miramos y, sin querer, nuestros labios curvaronse hacia arriba, el alivio dibujado en nuestro semblante. Qué ilusos éramos, dos pobres rapaces que no entendíamos ni de la misa a la media de lo que acontecía ni de lo que estaba por acontecer, pensábamos que la aventura había terminado y, sin embargo, no hacía más que empezar. Lo único que importaba en aquel instante era que Vasco había salido con vida del entuerto y que iba a cobrar el doble de las monedas convenidas. Un buen oro de los Berardi.

No escuchamos las botas que aplastaban la hierba húmeda hasta que fue demasiado tarde. Unas tenazas enguantadas nos apretaron las orejas y nos levantaron, la punta de nuestras abarcas rozando el suelo. Nos arrastró el secuaz del duque hasta sacarnos del escondrijo.

—¡Mi señor! ¡He pescado dos renacuajos! —gritó el calvorota con voz quebrada hacia su señor—. ¿Qué hacemos con ellos?

El noble de la casa de Medina Sidonia espoleó el corcel negro que montaba hacia donde nos encontrábamos, seguido de su otro esbirro que, por si las moscas, ya había desenfundado su tizona.

—Dos renacuajos... bien grandes —tenía una voz sibilante el noble sevillano, como si le costase trabajo respirar—. ¿Quiénes diablos sois?

Mateo y yo nos miramos sin saber qué decir, las orejas a punto de estallar. Teníamos delante de nuestras narices las botas relucientes de uno de los señores más poderosos de Castilla y de las Andalucías.

—Responded, bribones —nos arrojó a los pies de los caballos el lacayo del duque.

—Lucas Expósito de la Iglesia, mi señor... para servirle —dije incorporándome, quitándome el polvo de la saya—, y este es Mateo —gruñó mi compinche acompañando mi respuesta, a la par que me tendía una mano para que lo ayudase a levantarse—. No es que se le haya comido la lengua el gato, es mudo, el pobre no puede hablar.

—Un lenguaraz y un mudo... curiosa alianza —sonrió el noble divertido, estirando sus extremidades sobre los estribos. Alcé la cabeza. De estatura mediana y pasada la cuarentena parecía en buena forma el duque, aunque algo pálido de tez—. ¿Y qué hacen dos trotacalles como vosotros espiando detrás de unos arbustos?

Ambos nos giramos hacia nuestro amo.

—Vienen conmigo. —Vasco se había adelantado unos pasos.

Enrique de Guzmán y Meneses, II duque de Medina Sidonia, IV conde de Niebla y VII señor de Sanlúcar por la gracia de los reyes y de sus ancestros, se caló la boina emplumada y escrutó al hombre que se acercaba con parsimonia y cimitarra en mano, valorando la clase de espécimen que era. Sin duda ya le había quedado claro que se trataba de un consumado espadachín, de buenas y malas artes, y que tenía arrestos e hígados. Y que le gustaba el oro.

Quizás fuere en ese instante cuando los engranajes de su mente comenzaron a vislumbrar el plan, en el que ese peón, un mercenario al que se podía comprar con monedas, jugaría un papel determinante.

—¿Y quién sois vos que osáis a hablarme espada en mano? —No levantó la voz, no le hacía falta para mostrar autoridad, incluso el leonés paró en seco—. El duelo ya ha terminado y habéis matado a un esclavo valioso.

Ambos hombres mantuvieron su mirada alta.

—Vasco —respondió con un quejido.

—¿Vasco? ¿Simplemente Vasco? —sonrió sutil como lo haría una serpiente—. ¿Acaso no tenéis padre ni madre ni lugar de procedencia?

—Simplemente Vasco, por ahora. —No se amilanó nuestro amo, pero tampoco era cuestión de tensar una cuerda que se podía romper con un suspiro. Los dos lacayos hicieron ademán de

alzar sus aceros ante esa muestra de clara impertinencia, pero el de Medina Sidonia levantó la mano enguantada apaciguando los ánimos—. Mi señor duque ... —concedió el leonés bajando la testa.

Asintió el noble con gesto complacido.

—Me habéis causado cierto contratiempo esta mañana, Vasco.

—Yo solo cumplo con mi encargo, para eso me pagan. —Hizo una pausa—. Mi señor duque… Creía que era un asunto de honor entre los Berardi y los Fonseca.

Por cierto, que los Berardi ya estaban montados en sus caballos discerniendo entre susurros si dejaban las cosas como estaban y se iban con viento fresco o esperaban al final del desenlace.

—Y así lo era... pero todo tiene sus ramificaciones. —Se volvió a mirarnos con esos ojos negros que parecían penetrar dentro de uno como dos dagas de acero templado—. Y, estos dos mochuelos han sido testigos de un duelo prohibido por las leyes de Castilla, en el que, aunque de lejos, me veo implicado por mi sobrina.

—Los tengo bajo mi tutela —apuntó Vasco con un susurro pedregoso—. Uno es demasiado listo para irse de la lengua y el otro ya veis que no puede pronunciar palabra... Mi señor duque.

Carcajeó ahora el de Medina Sidonia con ganas la ocurrencia. Lo imitaron sus secuaces.

—Un lenguaraz, un mudo y un mercenario, habéis visto, Eustaquio y Calisto... Los caminos del Altísimo desde luego que son inescrutables...

Vasco no perdía detalle de los aceros de los fulanos del duque. Eran hombres de armas, y curtidos, de eso no cabía lugar a la duda por sus ademanes y su templanza. Uno de ellos montado en jaco y el otro de pie a un paso nuestro. También había que contar con el duque, tenía fama de buen soldado. Y los Fonseca a sus espaldas. Con los Berardi desde luego que no podía hacer cábalas. Así pues, todo quedaba en manos del noble, como siempre. Arrojó su espadón al suelo.

—Además de buen espadachín, sois hombre precavido y de buen entender, Vasco.

Bajó la cabeza el leonés y dio un pasito atrás en un gesto de falsa sumisión que le valió al de la casa de Medina Sidonia.

—Eso me ha mantenido con vida —repuso nuestro amo.

El duque observó pensativo a Vasco. Demasiado. Se apoyó en su silla y se acarició el bigote. Durante unos segundos hubo un incómodo silencio solo roto por los trinos de los pajarillos y el susurro del agua del caño.

—Los dos mochuelos se vienen conmigo —concluyó el noble—. Venid mañana a palacio y departiremos sobre lo que valen para vos. —Tiró de las bridas y su caballo se dio la vuelta coceando—. Cogedlos —ordenó a sus esbirros e hincó sus talones en la grupa del corcel.

Desde luego que nadie esperaba esa respuesta por parte del duque de Medina Sidonia. Y menos el pobre Mateo y un humilde servidor. Ambos tragamos saliva y nos miramos con el semblante serio. Vasco frunció el ceño y, sin soltar prenda, se mantuvo en una pose estoica mientras los dos secuaces nos asían de los sobacos como si fuésemos fardos y nos subían a lomos de sus monturas.

III. UNA EXTRAÑA ALIANZA

El ruido que hacían los maestros canteros resonaba en la distancia por encima de la barahúnda del mercado de los jueves alrededor de la parroquia de Santa Catalina. Clanc. Clanc. Clanc. Sus mazas y martillos picaban la piedra sin descanso. Con los postigos de la ventana abiertos de par en par se atisbaba la torre de la Catedral de Santa María, otrora minarete de mezquita musulmana, como un fino puñal hendiendo el cielo azul claro. Los lugareños se referían a ella como la Giralda, la señora de Sevilla, altiva y orgullosa cual noble dama andaluza.

Vasco cerró los ojos mientras la muchacha de mirada vivaz vertía otra cubeta de agua caliente a la tina.

—¿Todo a vuestro gusto, mi señor? —preguntó con voz cantarina mientras le quitaba la mugre del cuello con un paño rugoso, los labios muy cerca de su lóbulo derecho.

Vestía la moza del Cacereño delantal gris sobre una amplia falda de color verde, y una camisa de lino de cáñamo, el pelo recogido en un moño. Tenía un cuerpo menudo y fibroso, de piel tersa, no llegaría a los veinte, rumiaba mi amo, y parecía sonriente y servicial, dispuesta a complacer. Demasiado dispuesta.

«Sí, todo a mi gusto», pensó Vasco. «Si no fuera porque he metido el hocico en los derroteros del duque de Medina Sidonia». Cavilaba el leonés entre los vapores de la tina como sacarnos del atolladero, si por las buenas o por las malas. Más lo primero que lo segundo; no podía enfrentarse él solo a un duque, sería como si una avispa se enfrentase a un buey, la avispa podía

aguijonearle y causarle un leve hinchazón, pero moriría en el intento de un simple coletazo o aplastada bajo sus pezuñas.

Aun llevábamos poco tiempo a su servicio, pero nos había tomado cierto cariño ese al que llamaban el Negro, o así me gusta pensar desde la distancia que marcan los años.

—Vasco —sonrió levemente mientras observaba su escote desde abajo, el crucifijo de madera colgando le acariciaba su nariz torcida. Olía a pan recién horneado la muchacha, un olor agradable e intenso—. Llamadme Vasco, nada de señor.

—¿Todo a vuestro gusto, Vasco? —guiñó ella acompañando su respuesta, sus manos callosas masajeaban ahora los hombros del leonés con energía—. Parecéis tenso como un cordel, preocupado...

—Demasiadas obligaciones…

—Aquí encontraréis descanso y consuelo a vuestros desvelos —susurró.

Entrecerró sus párpados y dejó que sus pensamientos vagasen. La Posada del Cacereño le recordaba al establecimiento de Berenguela Hinestrosa y las manos de la aguadora a las caricias de la dama. No había vuelto a cruzar palabra con la bella cordobesa desde aquel día de Feria. La había visto el leonés en alguna ocasión, a una prudente distancia, mientras paseaba cogida del brazo de ese hebreo, que tenía edad y porte para ser su padre, por el barrio nuevo del Alcázar. Paco el Rana le contó que ese judío que la cortejaba había puesto tierra de por medio con los inquisidores reales y se había ido de la ciudad porque las cosas se tornaban cada día más negras; y la Rosarito que Berenguela rechazó su oferta de casamiento de forma tajante y poco decorosa delante de la servidumbre. No corrían buenos tiempos para los judíos y era cuestión de meses que los no conversos fueran expulsados también de Córdoba como había ocurrido en Sevilla. La Santa Inquisición trabajaba a destajo para ello, con el beneplácito de los Católicos, el clero y la nobleza. La Hinestrosa era mujer práctica donde las hubiera, se sonrió.

Creyendo que la sonrisa era para ella, la muchacha le devolvió el gesto con ojos chispeantes.

—Vais a dormiros y no han dado las campanadas ni el mediodía. —Le acarició el cuero cabelludo con las yemas de sus dedos.

Mi amo abrió los párpados.

—Tuve una mañana… complicada —masculló Vasco.

—Bien temprano os habéis ido a vuestros negocios… Os vi salir desde las cocinas —replicó pizpireta—. Dios está de parte de quien madruga.

—Hay quien diría que no por mucho madrugar amanece más aina —ronroneó moviendo el cuello a uno y otro lado.

—No es mi caso, pues me levanto antes que el gallo a preparar pan y calentar el agua.

—En el mío… un asunto apremiaba.

—He visto vuestra camisa, vais a necesitar una nueva, esas manchas son difíciles de quitar... —Alzó el mentón hacia el rincón de pared desconchada donde descansaban las prendas de Vasco sobre un taburete—. Veo que no es vuestra sangre —le acarició el pecho con las palmas de sus manos—. Lo celebro.

Vasco le acarició a su vez la mejilla y ella se sonrojó.

—Sois muy perspicaz.

—Solo cuando conviene. Normalmente me hago la tonta que trae más cuenta…

—Eso es de sentido común.

Carcajeó ella la ocurrencia. Tenía una cara bonita y una piel ligeramente bronceada, y sus pechos se aventuraban pequeños pero firmes.

—Llamadlo supervivencia.

Sonrió ahora Vasco, cómplice.

—Conseguidme una camisa nueva y os daré un vellón.

Masajeó ella más fuerte sobre los músculos del cuello.

—Por unas monedas más os puedo aliviar de vuestras preocupaciones... —dejó caer la joven. Sacó la puntita de la lengua acompañada de una mueca graciosa. Vasco se fijó en los surquitos y ojeras que le bordeaban los párpados. Quizás tuviera más de veinte primaveras.

—¿A qué os dedicáis exactamente en la casa? —quiso saber. Mejor era aclarar las cosas.

—A amasar pan... principalmente... —repuso arrugando la nariz. Sus manos expertas bajaron

a la entrepierna del leonés. El asunto se aclaraba por momentos—. ¿Sentís necesidad de alivio? Porque yo creo que sí... —acariciaba ya con vigor su miembro enhiesto como el palo de un estandarte.

—Apremiante —gorjeó Vasco.

La moza bajó su cabeza y besó sus labios dándole mordisquitos. Finalmente se fundieron en un beso húmedo, lascivo, de lenguas juguetonas.

—¿Y esas monedas? —jadeó ella—. ¿Cuántas van a ser?

Vasco la asió del cuello y metió las manos por dentro de la camisa de la mujer, entre sus dedos pinzó unos pezones empitonados. Ella emitió un gemidito.

—Antes tengo que comprobar la mercancía.

—Espero que sea de vuestro agrado.

—Lo es, no lo dudéis.

En ese momento chirriaron los goznes de la portezuela de madera y bajo el dintel de la misma se materializó la figura oronda de don Anselmo, que al ver lo que acontecía se puso colorado como un tomate, imbuido de vergüenza propia y ajena. Aún puedo imaginar la escena tantas veces contada por mi amo entre jarra y jarra de vino. Era el clérigo hombre de Dios y devoto donde los hubiera, al menos en apariencia. Se santiguó varias veces el bueno de don Anselmo moviendo la cabeza hacia uno y otro lado.

—¡Válgame Dios, válgame Dios, no quiero verlo! —Se tapó los ojos con la palma de la mano.

—¡Don Anselmo! Qué sustos dais, por Cristo... —masculló Vasco—. Las puertas están para algo...

—No blasfeméis, pecador —replicó con su característica voz de flauta abriendo una rendija entre sus dedos.

—Disculpad, pero tengo el corazón en un puño. —Guiñó un ojo a la joven que, visiblemente azorada, retrocedió un par de pasos—. Gracias a vos.

La supuesta panadera y aguadora de tinas se apartó ajustándose el delantal y remetiéndose la

camisa entre los faldones, también con un leve sonrojo aflorando en sus mejillas.

—Os dejo solo una mañana y sucumbís a los placeres de la carne... —bramó el sacerdote con ese tonillo en su voz que hacía que Vasco sonriese—. Julandrón, eso es lo que sois, un verriondo julandrón crapuloso y mangurrián... ¡Casquivano!

—Qué se le va a hacer, don Anselmo, cosas peores se pueden ser... Me confesaré con algún cura, y lucharé en las cruzadas, vuestro Papa ha dado bula para redimir a los pecadores como yo si saben matar infieles con holgura... —sonrió Vasco ladino recordando algunas condiciones de la bula papal otorgada a los Católicos para guerrear contra los moros—. Y con algunos excelentes de más hasta se alcanza el cielo, según cuentan en los altares de las iglesias...

Apretó los dientes don Anselmo, refunfuñando.

—El pecado ofende a Dios lo que perjudica al hombre. —Se hurgó la narizota para sacarse un moco, era esa una de sus costumbres cuando alguna situación lo soliviantaba en demasía—. A vos no hay cruzada que pueda redimiros.

—Es bien sabido que el Altísimo lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos predispone al pecado.

—Tenéis respuesta para todo —gruñó el clérigo.

—Soy hombre de mundo.

Los ojillos de don Anselmo recorrieron la estancia hasta posarse en la joven. Esta se volvió de cara al rincón tapándose el crucifijo que colgaba de su cuello. Sin duda que algo de vergüenza tendría la pobre ante un hombre de Dios como don Anselmo presentándose a joderle el negocio, nunca mejor dicho, con su capote y sus hábitos de dominico, despotricando sobre el pecado carnal.

—Os traeré una camisa nueva y unas calzas limpias, don Vasco... —cogió ella las prendas, las dejó dentro de un canasto de mimbre y bajó la cabeza al pasar ante el párroco.

De nuevo se santiguó el cura.

—Es sangre eso que tinta vuestras ropas... —observó don Anselmo al paso de la muchacha.

Se sumergió Vasco en la tina antes de levantarse erguido, su bandera aún a media asta.

—No es la mía, si es lo que os preocupa —masculló estirando los brazos—. Uno tiene que ganarse el pan que come y la ropa que viste.

Cogió un camisón gris y raído que había colgado en la silla pasando por delante del clérigo, se acercó este a la ventana para no seguir viendo el cuerpo desnudo de mi amo. De fondo se escuchaban los gritos de los comerciantes vendiendo mercancías y el repique de los canteros de la Giralda.

—Lo que me preocupa son estos dos rapaces que habéis tomado por mascotas. —El rostro de Vasco se ensombreció al instante, gesto que no pasó desapercibido para el dominico—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde están Mateo y Lucas? Llevó buscándolos un buen rato… Y nadie los ha visto. —Se cruzó de brazos dando un paso adelante—. Espero que se encuentren bien. —Ante el silencio de Vasco su voz se volvió más aguda—. Os juro por lo más sagrado que os excomulgaré si no me respondéis.

—Están todo lo bien que se puede estar con un duque —replicó al cabo de cinco latidos y sopesar su respuesta.

—Con un duque… —Sus espesas cejas se juntaron y meneó la cabeza—. Dios me dé contienda con quien me entienda... Explicaos —exigió, apoyando su orondo corpachón en el alféizar de la ventana, alzando su mirada al azul del cielo y santiguándose en la frente.

Vasco suspiró con un quejido y se sentó en la silla de madera.

—Me han seguido esta mañana, cuando se suponía que estaban bajo vuestro cuidado —observó con retintín—. Tenía que batirme en duelo... ya sabéis, para los Berardi, en un descampado a las afueras de la ciudad, donde San Jerónimo.

—Mala vida la que lleváis, muy mala... —Movió la cabeza y bufó como un cabestro—. No, si ya decía yo que esto tenía que pasar más pronto que tarde… Que meteríais a los zagales en vuestros embrollos...

—Tampoco vos os quedáis atrás, ¿cuántos cuartillos de la sangre de Cristo os bebisteis anoche? —Cogió un trozo de queso del platillo que había en la mesita junto a la silla—. Quizás si hubierais estado más despierto no se os hubieran escapado.

Hizo un aspaviento con la mano don Anselmo, como si estuviese espantando moscas.

—No exageréis, solo fueron dos vinos… y no os vayáis por las ramas. Contadme lo que ocurrió.

Aspiró hondo el leonés y torció el gesto.

—El asunto se complicó, resultó que don Enrique estaba allí con los baldragas de los Fonseca.

—Válgame Dios, ¿os referís al mismísimo duque de Medina Sidonia? —infló sus sonrosados carrillos.

—El mismo que viste y calza.

—¿Y qué hacía allí uno de los señores de renombre de Andalucía?

Se encogió de hombros Vasco.

—Pariente de la dama que ha dejado preñada el joven Berardi. Su tío, para más señas…

—Santo Dios —se quitó el bonete con la borlita y comenzó a abanicarse—. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—Y tanto.

—¿Conocíais tal circunstancia?

—Algo me habían contado, pero ninguno esperábamos que apareciese el duque con sus esbirros.

—¿Y qué habéis hecho para que el duque se lleve a ese par de zascandiles?

—Sobrevivir, lo que siempre hago.

—Matar —apostilló calibrando el asunto. De nuevo se hurgó dentro de la nariz con uno de sus dedos regordetes.

—Eso, don Anselmo, para hombres como yo forma parte de sobrevivir —aspiró hondo llenando de aires sus pulmones—. Me ha citado el duque mañana en su palacio. No sé lo que quiere de mí, pero me propongo recuperar a esos dos malandrines. He dado mi palabra de que me haría cargo de ellos.

—¿A quién si puede saberse? —carcajeó el cura más por nervios que por otra cosa.

—A mí mismo y con eso basta —repuso el leonés desabrido.

Asintió el párroco escudriñando a Vasco con sus ojillos de topo.

—En verdad... apreciáis a esos dos rufianes.

—Se dejan querer los jodíos.

—Los habéis alimentado y los habéis vestido, y los habéis sacado de las calles... aunque no comparto vuestros métodos ni vuestras enseñanzas y su futuro sea incierto, algo ya es algo.

—No todo son cruces y plegarias, don Anselmo. Ellos mismos tomarán el camino que deban tomar, y el futuro... futuro es.

—Quizás seáis un pecador irredimible, Vasco, pero creo en vuestras intenciones con Mateo y Lucas... —dio un pasito—. Vayamos a recuperarlos.

—¿Vayamos? —arqueó Vasco una ceja dando cuenta del último trozo de queso.

—Tener a Dios de vuestra parte siempre os será de ayuda —repuso con firmeza.

Lo observó Vasco con desgana.

—No me gustan los curas. —Se cruzó de brazos—. No soy dado ni a dominus ni vobiscum.

—Ni a mí me placen los matarifes —acarició su crucifijo—. Pero, aquí estamos, velando por los intereses de esos dos correcalles.

—¿No tenéis mejores cosas que hacer? —dejó caer—. ¿Ningún hermano al que visitar o alguna biblioteca de monasterio que admirar?

—Al igual que vos, les tengo cariño a esos rapaces, los conozco como si los hubiera parido... Y, si tuviesen algo de conocimiento los metería de monaguillos... Aun no pierdo la esperanza, al menos con Mateo —carraspeó balanceando su enorme corpachón en uno y otro pie. Ante el silencio de Vasco, que lo miraba impertérrito, continuó—. Dejadme ayudaros, Vasco, es lo menos que puedo hacer por ellos. Jamás me perdonaría que les ocurriese algo y que yo hubiese podido obrar de alguna manera para remediarlo.

—Todo este asunto me da mala espina, don Anselmo. —Se repasó el mostacho—, nada bueno puede traer que un duque se avenga a tratos con alguien como yo... Quizás veáis cosas que no os gusten. Quizás haya que chocar aceros y hacer sangre...

—Quizás os sorprenda, Vasco —replicó presto—, saber que no siempre fui hombre de

sacramentos y de salvar almas.

—¿A qué os referís? —inquirió ceñudo.

—A que, quizás, no tan bien como vos, pero también sé empuñar una tizona como Dios manda—sonrió abiertamente el bueno de don Anselmo que, como todo hombre con historia, tenía un pasado del que había renegado y que bien se había ocupado de ocultar.

IV. LEONOR DE ZÚÑIGA

Habíamos dormido juntos, Mateo y yo, encogidos en un camastro de paja dentro de un cuartucho con dos palafreneros del duque. Dos mozos eran, ya más hombres que muchachos, musculosos de piel tostada, cabello crespo y habla gutural venidos de unas islas lejanas de las que jamás había oído hablar, las Canarias, y que estaban al cuidado de las cuadras, de las mulas y los caballos. Y, a fe mía que apestaban como tales. Cuando Eustaquio nos soltó en el patio nos miraron recelosos, quizás pensaron que caíamos por aquellos lares a quitarles el sustento. Y, cuando nos preguntaron con palabras toscas qué hacíamos en el palacio del duque, no supe a ciencia cierta qué responderles, y se mostraron aún más cautelosos. Solo tenían órdenes de darnos cobijo y que no huyéramos durante la noche, por eso atrancaron la puerta con un madero y nos acomodaron en una esquina. Dormían como Dios los trajo al mundo, roncaban como bestias y se tiraban pedos como si respirasen por el culo. Aun así, conseguimos conciliar el sueño, pues fue aquella una jornada de emociones fuertes —no todos los días tenía uno el dudoso honor de que lo secuestrase un duque —, y nuestros cuerpos de rapaces necesitaban descanso.

El futuro se presentaba incierto y pendía ahora de un hilo tensado por nuestra bravuconería, la mala fortuna y los caprichos de un noble; y bien sabíamos, por lo que se contaba en las calles y mentideros, que estos últimos podían antojarse crueles y variados. ¿Qué era lo que pretendía don Enrique de Guzmán de Vasco? ¿Qué andaba trajinando el de la casa de Medina Sidonia? ¿Se avendría nuestro amo a razones? Eso nos habíamos preguntado sin cesar durante toda la tarde.

Tanto Mateo como yo concluimos desde luego que sería algo turbio, sucio, dado el oficio de nuestro amo y las habilidades que había observado el señor sevillano manejando el acero con la destreza de un maestro. Me olía que no tardaríamos en averiguarlo.

Nos levantamos bien entrada la hora tercia y asomamos nuestra testa a los portones de las cuadras pues se escuchaban las voces de los canarios y el ruido de un martillo golpeando el metal. Nos parecieron inmensas estas con tres enormes naves divididas por arcadas de columnas toscanas, a buen seguro podían albergar hasta un regimiento entero de infantería. Allí estaban ya los palafreneros entre los relinchos de las monturas del duque y sus esbirros ayudando al herrero a poner unos hierros a un espléndido dextrero tordo marcado en la grupa con el «segur», el emblema de la casa de Medina Sidonia. El más espigado le daba azúcar a la bestia mientras acariciaba sus crines y el otro, más achaparrado, sudaba a chorros sujetando la pata del animal para que el negro guineo de anchos hombros y pelo rizado pudiese trabajar a gusto. Más tarde me enteré de que tanto los palafreneros canarios, como el herrero y otra mucha servidumbre del palacio del duque no disfrutaban de la libertad de la plebe, sino que eran esclavos.

Es de recibo hacer en este punto un aparte y comentar a vuestras mercedes que, en aquel año de Nuestro Redentor de mil cuatrocientos ochenta y tres, la esclavitud estaba más que aceptada y bien vista en las Andalucías y en buena parte de la cristiandad, y permitida por los Católicos en los reinos que gobernaban, sobre todo en ciudades comerciales de costa o grandes urbes de interior como Sevilla o Córdoba. No era raro pues ver a hombres y mujeres privados de su libre albedrío realizando tareas de la más diversa índole en las casas de nobles y mercaderes con posibles. Esclavos eran, en su mayoría venidos de África, y desgraciados a mi modo de ver; pues estos seres humanos eran tratados como animales o como semihombres en el mejor de los casos. Las leyes de nuestros soberanos prohibían la esclavitud a todo aquel bautizado cristiano, empero, para el resto de bichos vivientes, ancha era Castilla. Y, no fue hasta años más tarde, en tiempos de descubrimientos en ultramar, cuando se dictó un primer reconocimiento del respeto a la dignidad y libertad de «todos» los hombres por parte de su alteza la reina Isabel. Apeló esta a las leyes de Dios y a su buena conciencia cuando a finales del año noventa y cuatro, Colón —sí,

aquel capitán genovés del que hemos hablado, ya convertido en Almirante de la Mar Océana— envió a los reyes una primera remesa de quinientos esclavos capturados en las tierras vírgenes que se creía eran las Indias Orientales, y nuestra reina, con buen tino, aunque un poco tarde —que se lo digan a los guineos y los azamores— los envió de vuelta arguyendo que, aunque de apariencia primitiva y extrañas costumbres, «hombres eran y en libertad debían vivir».

Curioso animal el ser humano, capaz de lo mejor y de lo peor; capaz de crear de la nada obras de arte para perdurar siglos con solo un martillo y un cincel, y capaz de esclavizar al prójimo y atormentarlo hasta límites inimaginables.

Al grano, sin más circunloquios lo intentaré. Centrándonos pues en la historia que pretendo contar, mis tripas rugieron como un lobezno hambriento. Se volvió el más alto de los canarios con el ceño fruncido, parecía un simio peludo y cejijunto.

—A buenas horas se levantan los señores. —Su acento era tosco como si se le trabase la lengua, y las palabras les costaba salir de su garganta. El negro guineo se ajustó el mandil, sonrió sudoroso y acarició el lomo del caballo que bufaba inquieto, susurrándole algo a la oreja para llevárselo al fondo del establo—. Id a las cocinas a que os den algo de yantar antes de que se acabe. —Nos encogimos de hombros pues no sabíamos movernos por la casa. Se volvió el canario hacia una mujercilla enjuta, de piel cetrina y entrada en años que daba de comer a las gallináceas dentro de una pequeña corrala—. ¡Fermina! —farfulló—. Llevad a los invitados del duque a las cocinas y dadles algo de comer —dijo con ínfulas.

—¿Quién lo manda si puede saberse? —respondió brazos en jarras echando un poco de pienso al aire sin volver la testa. Llevaba la vieja ropas oscuras, como si estuviera de luto y un pañuelo anudado a la cabeza.

—Eustaquio el Calvo me lo dejó encargado —repuso con brío, aunque parecía tener pocas luces no escaseaba de buen genio el mozalbete. Esbozó un mohín que se asemejaba a una sonrisa de satisfacción.

La otra se envaró al instante. El tal Eustaquio colegí que era el lacayo que nos pilló con las manos en la masa en el descampado. Era un fulano bronco, de mirada huidiza y de modales

endiablados que daba pescozones a diestro y siniestro a la menor excusa.

—Caminad conmigo, niños. —Nos hizo un gesto con las manos la tal Fermina, limpiándose en el delantal—. No sé qué tratos os traen por aquí, pero si venís con Eustaquio... —Movió la cabeza. Su rostro cuarteado tenía más arrugas que una pasa.—. Alejaos de él, es un mala sangre. Y le gusta que la de los demás hierva, especialmente la de los jovencitos tiernos como vosotros... —Me dio un pellizco en el brazo—. Esos brutos canarios no han probado su látigo y le tienen simpatía.

Eso ya lo sabíamos, lo de que era un malasangre, y nuestro cuero cabelludo daba fe de ello con algunos chichones mal repartidos. Lo del látigo sin duda que consternaba. El duque nos dejó a su cargo el día anterior y nos tuvo el condenado hideputa toda la tarde limpiando un pozo ciego mientras él se reía bebiendo cuartillos de vino y metiendo mano a unas hembras achispadas, más negras que el tizón, con el resto de hombres de armas de la casa.

—¿Sois esclavos? —me miró de soslayo la que se hacía llamar Fermina. Tenía unos ojos extrañamente blanquecinos, y andaba como de memoria, palpando paredes y columnas. Me di cuenta que estaba más ciega que un murciélago.

—No —respondí firme.

Se acercó mucho, echándome un aliento fétido y me tocó la cara con sus dedos rugosos.

—Ya me parecía a mí que, a pesar de vuestra mugre y vuestro mal olor, habíais sido bautizados —dejó de palparme el rostro y cerró los párpados durante unos instantes—. Tenéis buen fondo y viviréis mucho, muchas alegrías y muchas desgracias —se rio con la cara torcida.

—¿Qué queréis decir? —pregunté más acongojado que intrigado.

—Nada, niño, cosas de vieja chocha...

Se volvió Fermina y siguió caminando por el lateral del patio, pegada a la pared, sus dedos acariciando la piedra, canturreando en una lengua que discerní mora.

Mateo me miró y se encogió de hombros.

Seguimos a la singular anciana por un pequeño patio rectangular con una higuera que daba una amplia sombra y macetones de cerámica con helechos en las esquinas. Al otro lado atisbé

por el rabillo del ojo a una doncella, en esa edad indeterminada a medio camino entre mujer y niña, enfundada en un vestido azul cielo y de cabello largo y oscuro como el azabache. Sus dedos tañían un arpa, arrancándole dulces notas bajo la atenta mirada de un hombre en sayón negro, de barba gris y con abundantes entradas en su frente. De pronto, la joven doncella se volvió, quizás sintiendo mi presencia —eso quise pensar—, y me oteó fugazmente con una mirada valorativa y curiosa. De suaves curvas, rostro ovalado y piel clara como la leche, arqueó sus labios levemente cuando se percató que me sonrojaba.

Celestial. Hermosa. Armoniosa. Esas eran las palabras que venían a mi mente; como una amapola en un secarral en verano, como un castaño de hojas ocres en otoño, como la blanca nieve cubriendo la Sierra Morena en invierno, o como un jardín en primavera, como... como... Mateo me dio un codazo para que avanzara y dejase de comprometerme. Empero, la vieja quedóseme mirando, como si pudiera ver a través de esos ojos glaucos, con una sonrisa desdentada, a la par que nos abría las puertas de la humeante cocina, el segur tallado en la madera, como en todas las puertas del palacio.

—Vaya, vaya, apunta alto el arrapiezo —dijo con voz cascada y risa de ultratumba—. Aun no ensilláis, y ya cabalgáis... Si no me equivoco esa que toca el arpa y os emboba es la joven Leonor de Zúñiga, inalcanzable para alguien como vos. Y, a fe mía, que yo me guardaría de ella tanto como del cretino de Eustaquio —movió la cabeza—. Es solo un consejo de vieja...

En ese momento no sabía a qué se refería exactamente la anciana, ni lo podía imaginar siquiera, pero, esa niña se convertiría en mujer, y yo en hombre, y con los años desde luego que lo fui averiguando. Aun siento las mariposas revoloteando en mi vientre cuando entre mis recuerdos se cuelan las caricias y susurros de la bella y diabólica Leonor de Zúñiga. Pero, no me andaré por las ramas, para eso todavía queda mucha tinta que gastar. Esa mañana, aun éramos solo niños.

La vieja Fermina nos llevó a un rincón al lado del horno y nos dio unas rebanadas de pan, unos trozos de tocino caliente y unas jarritas de vino aguado. Las cocinas de palacio pareciéronme inmensas, tan grandes como toda la posada del Potro; y estaban trabajando allí

entre ollas y fogones no menos de diez mujeronas sudorosas que apenas nos prestaron atención imbuidas en sus quehaceres diarios, amasando, cociendo y horneando, mientras dábamos buena cuenta de las viandas.

Cuando volvimos a las cuadras, los palafreneros y el herrero no estaban, tampoco había rastro de Eustaquio el Calvo ni del resto de los hombres de armas. Se veían otros sirvientes y esclavos afanados en sus trabajos de carpintería y albañilería y un par de chuchos oliéndose el culo a la sombra de una lima. La anciana se encogió de hombros, se metió la mano en los pliegues del delantal y siguió echando alpiste en el corral de las gallinas.

—¿Qué hacemos? ¿Intentamos escapar? —me dijo Mateo utilizando nuestro particular lenguaje, dibujando signos con las manos.

Eché un vistazo alrededor. Nos hallábamos en el patio trasero de la casona, un cuadrado perfecto de gruesos muros encalados de blanco, el que daba a las cuadras, a los corrales y a los barracones de la servidumbre. El portón estaba cerrado, y las paredes eran altas. Había gente que entraba y salía de los talleres y que no nos prestaba atención. Pero, que se hubieran olvidado de nosotros no quería decir que fuésemos invisibles.

—Por ahora, no.

—¿Por qué? —insistió.

—Por dónde diablos propones que escapemos.

—Por la puerta —señaló con el dedo como si fuese algo evidente.

Desde luego que parecía que no hubiese nadie vigilando las trancas por dentro, lo que no conllevaba que no hubiera nadie observando o que las vigilaran desde fuera. Al fin y al cabo, era el palacio de un duque, y no uno cualquiera. Me imaginé a Eustaquio frotándose las manos al pillarnos de nuevo in fraganti y a su látigo restallando sobre nuestras espaldas.

—Mejor que no. Aquí estaremos bien hasta que venga el amo.

—El amo… —gimió a la par que gesticulaba—. Ahora tenemos amo… y, si no viene, y se marcha a Córdoba con el oro de esos florentinos…

—Confía en él, Mateo. Por ahora ha cumplido su palabra y se ha portado bien con nosotros.

—¿Por qué? —preguntó exasperado, un gemido ahogado acompañó sus gestos—. ¿Es por la doncella?

—No es por ella —refunfuñé. Mateo me conocía demasiado bien, para lo bueno y para lo malo. Desde luego que se había quedado grabado su semblante en mi retina, su piel de nácar, su cabello de filos hilos negros, y sus ojos azules como el cielo de agosto. En parte quizás fuera era por ella, pero en parte era por todo—. Es mejor no convertirnos en fugitivos del duque y tener a ese bruto del Calvo por detrás —le di una patada a un perro sarnoso que se acercó a olisquear mi alpargata, y me acerqué a la fuente a refrescarme y echarme agua por el cogote con un pañuelo mojado que llevaba anudado al cuello—. Vasco dijo que aguardásemos a que él viniese a recogernos.

—¿Desde cuándo sigues las reglas?

—Desde que estoy a su servicio y me viste y almuerzo y ceno caliente... y tu también deberías —le di un empellón con el dedo en el pecho.

—No me gusta este embrollo, Lucas —negó con la cabeza.

—Diantres, Mateo, ni a mí tampoco, pero es lo que hay —suspiré.

—La próxima vez… nos quedamos durmiendo con don Anselmo.

—Si no recuerdo mal... fue idea tuya —argüí recordando la conversación tumbados en el catre de la posada—. Tenemos que cuidar de nuestra inversión, mencionaste... Ahora, apechuga con tu parte de culpa.

Gruñó resignado el bueno de Mateo, que para una vez que llevó la iniciativa de una aventura bien pronto y mal se le fodió la empresa.

—¿Qué hacéis si puede saberse? —era una voz aterciopelada la que nos hablaba con unas leves trazas de sorna—. No paráis de mover los dedos...

Cuando me volví no pude por menos que emitir un gemido ahogado de sorpresa y un torpe:

—¿Vos aquí?

Era ella. El ángel caído del cielo. Leonor en persona, ataviada con su vestido de seda azul,

veraniego, con los hombros al aire, a juego con sus iris. Era algo más alta que yo, casi como Mateo, y sus rasgos eran angelicales, un rostro ovalado de frente despejada, una nariz recta, pómulos marcados y unos labios carnosos que contrastaban con la palidez de su piel. Al menos le echaba un par de primaveras más que las mías. El corazón me latía desbocado y sentía la boca seca como un pedregal.

—¿Nos conocemos? —preguntó despreocupada tocándose el hoyuelo del mentón.

Nos miró alternativamente a ambos, hasta que sus ojos me escudriñaron de arriba a abajo sin recato. Sentí las mejillas ardiendo. Mateo emitió una risilla y me dio una colleja.

—Antes… antes… —dije dubitativo. A mí que nunca me faltaron las palabras, cuando me miraba así, no solamente me escaseaban aquellas, sino que también me faltaba el aliento—. Os hemos visto en el patio de las cocinas cuando acariciabais el arpa.

Se cruzó de brazos y apretó los labios en un mohín.

—No recuerdo haberos visto en mi vida —en sus ojos azules rebosaba un atisbo de indiferencia.

Intenté recuperar la compostura.

—En verdad, que fue una sirvienta, Fermina, quien nos conminó a no molestaros en vuestras clases de música, es por ello que reparamos en vos—afirmé mi voz cuanto pude—. No por otra cosa.

Asintió con la cabeza y se pinzó el mentón.

—Debéis ser mozos de cuadra… o esclavos de la casa…

Se volvió y mojó los dedos en la alberca, despreocupada. Se retiró el lacio flequillo que le caía a la altura de unas finas cejas. Me fijé en sus pequeñas curvas, en la cintura y en sus incipientes senos; en aquel momento recuerdo que algo que no había experimentado se encendió dentro de mí, una llama, un fuego que aún hoy pervive en mi interior como un rescoldo del pasado y que de sobra sé que me acompañará hasta el final de mis días. Así debía ser y así fue. Los poetas cantan al amor, y los hombres y las mujeres lo anhelan, mas nadie sabe lo que es hasta que nos alcanza como una daga arrojada en la noche. Aún a pesar de todo el daño que me

hizo en vida y en muerte, se llevó mi corazón a la tumba, ni por todo el oro del mundo cambiaría ni uno de los momentos que pasé junto a Leonor, porque a la postre fue el amor de mi vida, un amor extraño y tormentoso, pero amor al fin y al cabo. Aunque, esa mañana, ni por asomo llegaba a atisbarlo.

—Invitados del duque —repliqué sacando pecho como el gallo que cloqueaba entre las gallinas detrás de Fermina.

Nos observó de nuevo de arriba a abajo, alzando una ceja, con esa mirada cínica que tanto la caracterizaba.

—Y yo soy la princesa de Aquitania.

Mateo gimió en algo parecido a una risilla. Yo, en ese momento, no entendí la chanza pues la historia no era mi fuerte.

—El duque nos cobija hasta que regrese nuestro señor —expliqué con una sonrisa forzada. Algo me decía que si quería llamar su atención tenía que mostrarme confiado—. Venimos de Córdoba. Y estamos de paso.

—Córdoba, Córdoba… Bonita ciudad, aunque algo decadente si la comparamos con Sevilla. Sevilla es el futuro y Córdoba es el pasado, eso dice mi tío. —No tenía ni idea de lo que significaban esas palabras ni de si la comparación con Sevilla era acertada o no, pero, ¿quién era yo para contradecir a un ángel? —. ¿Y quién es ese al que os referís como vuestro señor?

—Vasco Cortés de Astorga —respondí sin titubeos, orgulloso.

—¿Algún conde o señor cordobés quizás? —Enarcó de nuevo una ceja y apretó los labios en un mohín.

—Ni lo uno ni lo otro. Un espadachín al servicio de Castilla —repliqué. No era del todo mentira.

—Un espadachín… Qué interesante. ¿Y vos? ¿También sabéis manejar el acero?

—En ello estamos... no os quepa duda que seré un gran caballero.

Mateo movió la cabeza y Leonor se sonrió. Ella dio una media vuelta alrededor nuestra evaluándonos como si fuésemos corderillos.

—Y este amigo vuestro tan grandote y con cara de pan, ¿no habla?

Negué con la cabeza.

—¿Mateo? Es mudo. Ni una palabra brotará de sus labios por más que lo intentéis. Es por ello que desde pequeños nos dio por ingeniar un lenguaje para comunicarnos. Pero, entiende todo lo que decís, puede oír.

—Extraordinario —sonrió.

Fue aquella una sonrisa lenta, muy lenta, de displicencia, desdén y de sabiduría infinita a la vez, que ninguna niña ha tenido tiempo de aprender en su corta vida, sino que le son innatas a su acervo de mujer. Y, acompañada de una mirada lánguida y penetrante, como si con ella pudiera leer mis pensamientos. Ignoro cómo, con los pocos veranos que por aquel entonces tenía Leonor de Zúñiga, alguien podía llegar a sonreír como ella lo hizo esa mañana en el patio del palacio ducal, pero lo cierto es que así lo hizo, como si fuera una consumada cortesana. Aún la recuerdo y mis manos y mi pecho tiemblan al hacerlo.

—No me fío de ella —dibujó Mateo varios signos con los dedos de las manos. Tenía buen tino Mateo con los voluntos que le daba la gente—. Nos meterá en problemas.

Desde luego que tenía razón mi compadre, pero eso sería mucho más adelante. Esa mañana, la joven Leonor de Zúñiga solo estaba aburrida de sus clases de música y quería algo de distracción.

—¿Qué dice el bueno de Mateo? —preguntó ella intrigada.

—Que acariciáis muy bien el arpa. —En dos latidos encontré las palabras—. Vuestra música suena… celestial….

Carcajeó ella con ganas, y yo le seguí el juego.

—Mentís muy mal... pero que muy mal... joven caballero...

—Lucas, me llamo Lucas, para serviros —hice una reverencia exagerada como la que había visto hacer a los parroquianos cuando algún noble o el obispo visitaba la iglesia de San Juan.

—Y yo soy Leonor de Zúñiga, sobrina del duque... No me miréis con esa cara de asombro, no soy la que han dejado preñada, esa viene por otra rama... —Observó de soslayo la entrada

principal y al interior del palacio. Era el suyo un tono quedo y seductor, nada infantil—. A la postre esa puta es por lo que estáis aquí. —En sus labios la palabra puta sonaba aún más puta, mas nunca fue Leonor de evitar llamar a las cosas por su nombre—, vuestro señor, ese Vasco... fue el que se batió con el matarife de los Fonseca —carcajeó divertida.

—¡Leonor! ¡Leonor! —gritó una voz chillona desde dentro de la casa. Algunos sirvientes que pasaban con mazos y tablones se sonrieron al verla esconderse detrás de la fuente, no debía ser la primera vez que salía huyendo—. ¿Dónde estáis?

—Odio las clases de música y mucho más las de latín —farfulló—. El dómine Rodrigo es capaz de dormir a las ovejas y de aburrir al mismísimo diablo... —hizo un gesto con la mano—. No os quedéis ahí pasmados... ¿Queréis saber cómo conozco tantas cosas sobre vosotros? —asentimos como dos bobalicones, sorprendidos como estábamos de tan rocambolesca situación —. ¿Queréis tener nuevas de vuestro señor? —de nuevo asentimos—. ¿Sabéis guardad un secreto?

—Con nuestra vida —repuse intrigado, medio en broma medio en serio, llevando el puño a mi corazón.

Desde el corral, Fermina se volvió con una sonrisa desdentada dibujada en su semblante mientras cogía un pollo y le retorcía el pescuezo.

—Pues entonces, mi joven adalid... venid conmigo.

Ay, si hubiera prestado mayor atención a los detalles. Por aquel entonces no sabía lo menguados que podemos ser los varones cuando ciertas hembras se disponen a jugar con nuestro destino como si fuésemos marionetas de titiritero. De no pocos embrollos me hubiera librado; pero nadie nace aprendido y, quizás en eso la vida tiene su gracia, en aprender, o no, de los errores que uno comete.

Se dio la vuelta y encorvada se encaminó hacia una de las entradas laterales de los barracones de la servidumbre. Mateo y yo la imitamos acicateados por su enigmática actitud y, sin mediar palabra, fuimos tras ella como perritos falderos en pos de su ama, esa sería la primera de muchas veces.

V. SECRETOS DE PALACIO

Como perrillos falderos fuimos tras sus pasos por los pasillos que daban a los barracones de la servidumbre. Caminaba con zancadas rápidas y decididas sobre los tablones, levantando el mentón con ese aire altivo y orgulloso tan suyo. Cualquiera se ponía en su camino. Imbuidas en sus labores matutinas, las lavanderas, cargadas con cestos de ropa y sábanas limpias, nos dejaron paso franco, y los mozos que lijaban las vigas aupados a unas escaleras apenas repararon en nosotros sino para esbozar una leve sonrisa. Ni una vez Leonor volvió la vista atrás, confiada que la seguíamos.

En el portón de madera se detuvo y se llevó el dedo a los labios. Abrió la puerta, los goznes chirriaron y nos cedió el paso.

—¿Dónde nos lleváis? —susurré inquieto.

Mateo la observaba a medio camino entre la zozobra y la curiosidad.

—A ver a vuestro señor... al tal Vasco... —replicó presta arqueando sus labios para mostrar unos dientes blancos y perfectos—. ¿No es eso lo que queréis?

No pude por menos que asentir, consciente de que podía leer en mi interior como si fuera un libro abierto, y que posiblemente tenía ante mí a una criatura sobrenatural, una ninfa, un hada o un espíritu del bosque, de esas que aparecen en las historias que cuentan los juglares en plazas y corralas, y por las que los caballeros pierden la cordura, en el mejor de los casos, y la vida.

De nuevo tomó la delantera sobre un pasillo de zócalo blanco, con las paredes encaladas y antorchas sobre candelabros de hierro mohoso sin prender. Bordeaba este pasillo otro patio

interior con una pequeña fuente en el centro flanqueada por dos manzanos. Otrosí había figuras esculpidas en piedra repartidas por el atrio, de hombres y mujeres desnudos con sus partes pudendas al aire, y en los plintos que servían de basa a las columnas, bustos de bronce festoneados de rosas y laureles.

Espabilado como era, ya me había hecho una idea, muy somera, de la estructura del palacio del duque, por si, como rumiaba Mateo, había que poner tierra de por medio. Dos plantas, rectangular y con varios claustros interiores —había visto tres, más tarde pude constatar que eran diez—, que podían albergar a toda una compañía de soldados. Solo conocía la puerta de las caballerizas, aunque intuía que había dos más por lo que había escuchado en las cocinas. Enorme y majestuoso. Esas eran las palabras que lo definían a ojos de unos rapaces de doce años que apenas habían visto mundo. Nunca antes había pisado un palacio, y solo en mis sueños imaginaba tales lujos y dispendios. Fuentes, mármoles, jardines de plantas exóticas, estatuas de otros tiempos, cocinas como tabernas, sirvientes y esclavos, maestros de música y ninfas. El oro del duque podía hacer realidad todo aquello, e intuía que apenas había visto nada. Levantada sobre los pilares de una antigua mezquita almohade, era aquella la opulenta morada que los de Medina Sidonia adoptaron cuando los reyes obligaron a don Enrique de Guzmán a cederle el Alcázar de Sevilla que le servía de residencia. Fue aquello tan hablado una represalia por su rebeldía a la hora de entregar oro, baluartes y armas para la cruzada contra los moros. No fue el único señor que sufrió represalias, pues en aquellos tiempos los Católicos aplicaron sin contemplaciones una política de mano dura con los nobles andaluces, el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz como nombres más ilustres, que no acataban sus órdenes y mostraban tibieza de espíritu a la hora de sumarse a su causa y soltar maravedíes.

¡Bien viven nobles, señores y clérigos a costa de la sangre y sudor del vulgo! Ay, las cosas no cambian, aún con el paso de los años y el Imperio en ciernes, en esta santa tierra que llaman de las Españas, tan llena de contrastes y contradicciones. Los de arriba a enriquecerse con sus guerras, pactos y descubrimientos, y los de abajo destinados a ser los héroes anónimos que sostienen las vigas del reino. Mientras que la Iglesia mueve los hilos entre bambalinas auspiciada

bajo el poder y la influencia de Roma y las leyes sagradas de nuestro Señor.

Al asunto que nos ocupa, que mis pensamientos se van por las ramas y vuestras mercedes querrán saber dónde nos llevaban los pasos de la misteriosa damisela.

Se escondió Leonor tras la sombra de una columna de piedra cuando una señora de avanzada edad, cuello erguido, velo negro y moño canoso en alto, apareció al otro lado del patio. Seguían a la noble señora un clérigo con tonsura y una monja menuda y joven con expresión asustadiza.

—La abuela Isabel, ha terminado su confesión y ahora va al convento de las monjas a comprar dulzainas, son su perdición —susurró, y sonrió aviesa, dos hoyuelos horadando su mejilla. Encantadora como una serpiente—. Que no os vea, o nuestra aventura habrá acabado antes de empezar.

La imitamos y gateamos con sigilo bordeando el balaustre que circundaba el claustro, sobre la piedra grandes macetas de centaurea cuyas hojas nos ocultaban a la vista.

Al final del pasillo había otra puerta de madera. La abrió Leonor cuando la matriarca y su cohorte se perdían hacia otra de las estancias del palacio. Entramos tras el dobladillo de su vestido que ella se recogía con gracia para no arrastrarlo. El interior estaba en penumbra. Olía a incienso y a sebo, un olor que bien conocíamos Mateo y yo. Olor a misa, a homilía de domingo. El resplandor de los cirios alumbraba el altar de un pequeño templo con una luz tenue y anaranjada. Un Cristo crucificado al fondo, tallado en madera oscura, y una capillita escondida en el lateral, con un retablo de la Dolorosa ataviada con mantilla blanca ribeteada en oro, también alumbrada su imagen con pequeñas velas. Se santiguó arrodillada cuando pasó frente a la Virgen; al Cristo crucificado, nos observaba este con ojos lúgubres, le dedicó una corta plegaria, un padre nuestro de corrido y en latín, y una sonrisa de despedida.

Bordeamos el altar con pasos firmes. Detrás del retablo había un hueco entre la madera y la piedra por el que podía pasar de perfil una persona menuda —desde luego que don Anselmo y su panza se hubiesen quedado atorados—. En medio de la pared se descubría una abertura, se agachó Leonor y descorrió un pestillo que abría una pequeña portezuela. Había que franquearla a gatas, y a gatas tuvimos que subir los fríos y resbaladizos peldaños en espiral que conducían

hasta el tejado.

—Subid —susurró—. No tengáis miedo, la casa está plagada de pasadizos y escondrijos —lo dijo con cara de conocerlos todos.

—No lo tenemos —repliqué, la piel de gallina, temblando por el frío y también por algo de preocupación a que alguien nos descubriese siguiendo a la sobrina del duque por un pasaje secreto de palacio.

—¿A quién le suenan los dientes, pues?

Clac. Clac. Clac. Clac.

Era Mateo.

Me giré y le apreté los mofletes, dejó de castañear dando un bufido.

Apenas se filtraba un pequeño haz de luz procedente de alguna grieta entre las tejas, así que tuvimos que subir palpando la piedra y confiando en el juicio de una extraña, que espíritu o ninfa, comenzaba a parecerme de comportamiento errático. Siempre tuvo Leonor ese puntito de locura estrafalario que la hacía, aún más, una rara avis dentro de su género.

—Ya hemos llegado —bisbéo, el zureo de las palomas sobre nuestras cabezas. Se llevó el dedo a los labios.

De fondo se escuchaba la voz sibilante del duque departiendo con otro hombre, cuya habla no me resultaba desconocida. Era aquella una voz que había escuchado con anterioridad, pero aún no lograba identificarla, mi mente estaba en otras cosas. Me cogió de la mano Leonor para atraerme hacia ella, sentí un pequeño calambre y mi corazón se aceleró de nuevo. Nuestros rostros estaban separados por un palmo, podía percibir el calor emanando de su cuerpo, su aliento y su olor a lavanda, y el roce de su piel que siempre hizo que me estremeciera. Se imaginan vuestras mercedes que tanta proximidad me producía una gran perturbación, comparable a la ofuscación de los sentidos que causa el vino sin aguar. Quizás ella se percató de que los latidos de mi corazón se aceleraban porque al pronto soltó mi mano.

—Mirad por ahí—señaló una rendija entre dos maderos que apuntalaban el suelo de la buhardilla y por los que se filtraba la claridad desde abajo.

Pegué mi ojo al hueco.

Era una estancia amplia y luminosa la que se oteaba desde nuestro escondrijo. Las paredes se ocultaban con grandes tapices ocres representando escenas de caza, el suelo era blanco y marmóreo, y en la parte central se expandía un mosaico conformado con diminutas teselas de piedra de colores que mostraban a un hombre desnudo en diferentes poses enfrentándose a tareas y bestias de lo más extrañas. Más tarde supe que se trataba de un mosaico romano traído de las ruinas de la vieja Itálica, como las esculturas y bustos de los patios, que representaba los doce trabajos del héroe al que los hijos de Roma llamaban Hércules.

El duque platicaba con vehemencia ataviado con un justillo pegado de mangas acuchilladas, oscuro y de bordes dorados, y una camisola blanca de fino lino. Se mesaba la barba entrecana a la par que revisaba legajos sobre un mapa extendido que cubría parte de una mesa de escritorio de madera de roble. Sin duda había sido el de Medina Sidonia un hombre apuesto en su juventud, de mandíbula prominente y de buen talle, pero ya, mediada la cuarentena, había perdido algo de su porte y su piel despedía un tono macilento, decían que se estaba recuperando de unas fiebres. A sus pies descansaban dos mastines de pelaje claro achaparrados a ambos lados de la silla masticando sendos huesos de vaca.

Frente al noble, al otro lado de la mesa, había un hombre de pie, una década más joven, ataviado también con ropajes de calidad, capa de azul oscuro y saya corta carmesí. De rostro rasurado y proporcionado, melena castaña, pómulos salientes y nariz aguileña, lo reconocí como ese al que Vasco y Falito Matallanas mentaban «el Capitán», el mismísimo don Gonzalo Fernández de Córdoba. Era la segunda vez que veía de cerca al que sería gran héroe de la cristiandad —en algún desfile y juego de cañas había visto aparecer su figura gallarda ya conocida entre los gentiles y el populacho cordobés—. La primera, había sido hacía escasamente dos semanas, cuando se presentó en compañía del susodicho Matallanas en la Posada del Potro buscando a nuestro amo a eso de la hora del Ángelus.

Desde luego que no podía ser casualidad que estuviese allí don Gonzalo en el despacho del duque de Medina Sidonia. Recordé entonces que se acodaron al fondo de la taberna para beber a

solas unos cuartillos de vino. Mateo y yo, a una distancia prudente, limpiábamos las mesas antes de que llegasen los primeros parroquianos sin perder ojo de la pareja, mientras Matallanas se acercaba a la cocina a hacer de rabiar a la Rosarito, que freía esos torreznos con manteca de cerdo que hacían que los cordobeses acudieran en tropel a catarlos y a darle al gaznate, pues picaban como sus muertos. Vasco escuchó paciente y callado, atusándose el bigote, la plática de don Gonzalo. Por su semblante deduje que no le gustaba lo que salía de la boca del cordobés. No debió de terminar la cosa muy bien porque el Capitán salió al poco bufando y gruñendo por lo bajini algo como fodido Negro del demonio. Cuando Matallanas inquirió a Vasco sobre el asunto este se encogió de hombros y, con aplomo y una sonrisa torcida, le respondió que los Berardi le pagaban más oro.

Allí estaba ahora don Gonzalo, en el palacio de Medina Sidonia, urdiendo alguna intriga con el duque que a buen seguro tenía que ver con mi amo y señor.

Mateo me tiró de la pierna, pues estaba detrás y no se enteraba de la misa a la media. Le hice un gesto para que parase de incordiar y poco caso me hizo.

—¿Cómo sabéis de este sitio? —musité.

Sonrió Leonor traviesa antes de susurrar en mi oído:

—Me lo enseñó el hijo del duque —noté como sus mejillas se sonrojaban levemente, fue como una puñalada en mi corazón, realmente se había ruborizado—. Es un antiguo pasadizo construido por los moros. Hay algunos más en la casa... Ayer estuve aquí con el primo Juan —de nuevo se ruborizó—. Justo después del duelo, el duque parecía que echase fuego por la boca... Y, también estaba aquí ese tal don Gonzalo, fue donde convinieron que hoy se verían con vuestro amo... Y, que vosotros dos... seríais sus rehenes hasta que vuestro patrón terminase una peligrosa y difícil encomienda —lo soltó ufana, como si hablase del tiempo o del color del vestido que llevaba, tal era el carácter de Leonor con respecto de la plebe, a menudo éramos invisibles para ella, un mero pasatiempo.

No reparó en el efecto que sus palabras causaron en Mateo y un servidor, pues apenas logramos tragar saliva, nuestro corazón golpeando el pecho a ritmo de tambor.

VI. LA ENCOMIENDA

Mientras suspiraba tras el dobladillo de Leonor por los pasillos de palacio, más menos, debía andar Vasco por el barrio de San Vicente camino de encontrarse con el duque, acompañado de un don Anselmo que se había mostrado agudo a la hora de elegir una tizona para el leonés. Resultó que aconsejados por su hermano Braulio, el mampostero, habían desechado los aceros de los espaderos de la calle de la Sierpe y acudido a un herrero conocido suyo de cierta fama del barrio extramuros de Triana. Tenía este su yunque al otro lado del río, junto a una carpintería de espaldas a la fortaleza de San Jorge —convertida en cuartel general de los inquisidores de Castilla—. Al parecer este herrero abastecía de filos a los mejores comercios sevillanos y acudiendo a la fuente misma ahorraban algunas monedas, que Vasco aún no había tenido tiempo de acudir donde los Berardi a cobrar todo el oro, y tampoco era plan de pasearse por Sevilla sin tizona.

Era una buena ropera la que colgaba de su cinto, aunque no tan liviana como el acero toledano. Tenía esta la hoja algo más ancha y algo más de peso, pero esgrimida a una mano se sentía bien equilibrada a un palmo de la guarnición de medio lazo. El pomo estaba armado en madera, y a su alrededor se enrollaba un torzal de metal de cobre recubierto de terciopelo. Un arma más de punta que de corte, que era lo que le gustaba usar al leonés fuera de los campos de batalla, «donde no hay lorigas ni armaduras más vale un pincho que una maza o un mangual», argüía cada vez que Matallanas le sacaba el tema. «Roperas», era como llamaban a tales filos y, a

finales del cuatrocientos, comenzaban a ser populares entre caballeros, nobles, valentones y matarifes, tanto como aditamento de la vestimenta como arma de estoque. Ya aparecían estas tizonas en los versos del literato Juan de Mena cuando a mediados de siglo se refería al príncipe don Enrique:

«Di, Panadera.
Un miércoles que partiera
el príncipe don Enrique
a buscar algún buen pique
para su espada ropera,
saliera sin otra espera
de Olmedo tan gran compaña,
que con mui fermosa maña
al Puerto se retrujera… »

Con buena labia les vendió el herrero que era una ganga, destinada a un comerciante genovés que había perecido en un ataque de piratas berberiscos cuando volvía del reino de la Mina cargado de oro, esclavos y malagueta. No era como la espada que había diseñado él mismo en Toledo con ayuda del maestro Ermitaño y que había partido en dos el azamor, pero, por hora tendría que valerle. Me contó Vasco más tarde que don Anselmo había cogido la herreruza, la había sopesado con la diestra y había dado varios estoques a un muñeco de trapo y paja que tenía el herrero en el patio trasero para tales menesteres. Advirtió el leonés, con sorpresa y regocijo, que se movía bien el clérigo para ser un hombre de sacramentos y de envergadura, y que quizás no fuera tan descabellado pensar que podría prestar buen servicio si la situación se tornaba espinosa.

Ya de vuelta de la herrería, cruzaron el puente de Triana enfilando por los arrabales del Arenal para acortar camino. Pasaron por las murallas de una decrépita Torre del Oro que se caía a trozos, bordeando las casas de adobe y madera y las cochiqueras pegadas a los baluartes, por donde las atarazanas reales se pudrían por el desuso y la carcoma esperando tiempos mejores. Al

parecer, don Alfonso de Cárdenas, el por aquel entonces regente de la ciudad, les había encargado a la cuadrilla de mamposteros del hermano de don Anselmo, y a otra de yeseros de prestigio, que parasen durante un tiempo de sus obligaciones en la Catedral e intentasen adecentar la atalaya que daba la bienvenida a cuantas embarcaciones arribaban a Sevilla río arriba. En no menos estado cochambroso se encontraban las atarazanas reales, no había dineros para reforzar la flota, y menos aún para hacer nuevos barcos en Sevilla, pues había que darles uso a los astilleros de los señores de Cádiz y Huelva. En las diecisiete naves apenas faenaban tres cuadrillas de carpinteros que hacían malabares para reparar una carabela y una carraca de guerra. Eran estas parte de la menguada escuadra que guardaba el Estrecho de piratas y corsarios venidos del Mediterráneo y del norte de Europa —que como escualos olían el oro y las riquezas traídas de África—, y de las naves que portaban suministros a los nazaríes. Menguadas, pues se habían repartido barcos para guardar Sicilia del Turco y para conquistar la Gran Canaria. La contienda de Granada parecía engullir el resto del oro de Castilla, el poco que quedaba después de la guerra de sucesión al trono —con los portugueses y la Beltraneja de por medio—, y no había excelentes para reforzar los barcos. En demasiadas guerras nos habían metido los Trastámara, Dios mediante, y en más que nos meterían sus descendientes para forjar el Imperio. Muchos decían que debían tomar ejemplo los reyes en los ingleses y en otras naciones, que habían hecho semejantes armadas y especialmente los portugueses, los cuales, aunque de reino pequeño y caídos y vencidos de las guerras y estragos que padecieron en Castilla, empero que habían hecho armada e iban con ella en servicio de Dios y de su rey, y honra de su tierra buscando nuevos horizontes en África. Empleo mi preciada tinta en estos apuntes no por relleno si no porque es información a tener en cuenta en la historia que nos ocupa.

Barruntaba el leonés por el Postigo del Carbón alguna encerrona con el de Medina Sidonia, algún trabajo de matarife u otro duelo para salvaguardar el honor de la familia. Aunque no acertaba a vislumbrar el calibre de la misma.

—Todo saldrá bien, Vasco —intentó tranquilizarlo don Anselmo.

—Quizás sea un asunto de cuernos o de herencias… Aunque me da que no es ni lo uno ni lo otro.

—En esta empresa tenéis a Dios de vuestra parte, no desesperéis… —Se quitaba el párroco el polvillo negro que le había quedado en las hombreras de la capilla pues habían atravesado el postigo en plena ebullición a media mañana, y era esta la puerta por donde pasaban los carros cargados a vender el picón de la sierra para las cocinas—. Veréis cómo recuperamos a los zagales.

—Eso espero, don Anselmo, porque si no es así, me temo que los de Medina Sidonia tendrán que buscar heredero más pronto que tarde.

—Que no llegue la sangre al río, aun no... Seamos diplomáticos y veamos qué diantres quiere el duque.

—Fodidos señores del demonio —farfulló mi amo.

—Es el tiempo que nos ha tocado vivir, amigo mío —suspiró el clérigo.

Dieron un amplio rodeo, no gustaba Vasco de pasar por la explanada de San Francisco, pues malas memorias le traía, y por el empedrado de San Vicente llegaron al ensanche en obras, al fondo la iglesia parroquial de San Miguel. Los peones, sucios de polvo y sudorosos, pañuelos atados a la cabeza, apelmazaban la tierra y picaban canturreando con humor los muretes que bordeaban la casona de Medina Sidonia. Otros trabajadores se afanaban en arrancar de cuajo la misma calle. Dos mozos fornidos esgrimían picos, mientras otros cuatro formaban una cadena para pasarse los adoquines y amontonarlos en el firme. El capataz se hallaba cerca, apoyada la espalda en una carreta, estudiando unos legajos con bocetos de la obra.

Resultaba que el duque, benevolente y magnánimo, había cedido al concejo a modo de dádiva el patio de recibo del palacio para convertirlo en plaza pública. A buen seguro que algo recibiría a cambio don Enrique de Guzmán, pues no era hombre dado a regalar cosas de balde, y ya saben vuestras mercedes que las fortunas de los nobles no se forjan a base de dar.

Naturalmente, no faltaban los mendigos en las cercanías de tamaña casa cuyo flujo de visitantes era constante, y que se acercaban a pasos cortos o arrastrándose sobre sus muñones.

Procuraban evitar los infelices los golpes de lanza de los guardias que custodiaban las puertas del palacio. Por supuesto que muchos eran cojos, ciegos, mancos e impedidos fingidos, autoproclamados señores con mala fortuna que no limosneaban por necesidad, sino porque la suerte les había sido esquiva; y hasta debías excusarte con un cortés disculpe vuestra merced que no llevo vellones, si no querías verte increpado con malos humos.

—Nobles señores —gruñó el más espabilado, le faltaba una pierna y el ojo izquierdo lo tapaba un parche. Se podían ver los piojos saltando por su rala cabellera. Alzó un brazo velludo y mugriento para tapar el sol de mediodía—. Apiádense de los veteranos de las guerras de Castilla, en la batalla de Albuera dejáronme los hideputas portugueses lisiado de por vida, y ahora no tengo con qué ganármela. Mala fortuna tuve que hasta perdí mis tierras y mi hacienda.

—¿En qué flanco luchabais vos si puede saberse? —preguntó Vasco, ojos inquisidores y manos descansando en el cinto.

—Estaba con los cien lanceros del frente que apoyaban a los caballeros de la Hermandad —repuso sin titubeos el rastracueros, al que también le faltaban casi todos sus dientes. Su aliento hedía a vino amargo.

—Tuvisteis hígados de aguantar la primera embestida —apuntó Vasco.

—Tardó el obispo lo suyo en cargar, pero al final lo hizo.

Dio el leonés por buena la respuesta y rebuscó Vasco en su escarcela de cuero.

—Luchasteis con valor y honor en esa carnicería.

Escupió el otro al suelo una vez tuvo la moneda a buen recaudo y se alejó dando un saltito apoyado en su cayado.

—¡De nada me sirven ahora el valor y el honor! —Se volvió con un mohín—. Más me hubiera valido desertar y esconderme en los montes con mi Lucía a engendrar hijos, que luchar por ese Dios que nos tiene abandonados. —Clavó su ojo en el cura—, y esos hidalgos facinerosos que nos chupan la vida como sanguijuelas.

A fe mía, vuestras mercedes estarán conmigo, que hasta en su forma de mendigar se distinguen las naciones: los ingleses lo hacen con orgullo, pocas palabras y con la mano

sujetando el puñal, los italianos limosnean con mucha palabrería y maldiciendo a todo bicho viviente, los tudescos cantan en grupo sin gracia ni alegría, los portugueses entonan el mea culpa, los franceses parecen orar entre susurros, y los españoles deslenguados y faltones, lo hacen con amenazas y cojones. Así lo atestigüé a lo largo de mi larga vida y así lo recontaba mi amo.

—No blasfeméis, hijo —apuntó don Anselmo paciente—. Dios todo lo ve y todo lo oye, tendréis vuestra recompensa en el reino de los cielos.

—Ni hijo, ni la puta que lo parió, ni reino de los cielos —farfulló el zampalimosnas dando una mordida a la moneda que le había entregado mi amo—. Me he ganado con creces decir lo que me venga en gana en esta fodida tierra.

—En eso tiene razón, don Anselmo —terció Vasco esbozando una leve sonrisa.

—Rezaré por vuestra alma, hijo mío. —Se santiguó el párrafo.

—Rezad por vuestros señores, por el duque, por vuestros fodidos reyes o por los santos cojones del Papa, pero a mí dejadme en paz que ya he tenido homilías y oraciones para llegar al cielo y aquí me veis, tuerto y tullido…

Aspiró hondo el clérigo dando la callada por respuesta a la par que el pordiosero se alejaba en dirección a la taberna más cercana.

Les dio Vasco un real a cada uno de los menesterosos que se acercaron a pedir, mucho más comedidos que el tuerto. Cuando tenía la bolsa llena, o medio llena, era persona generosa con los necesitados. Pues bien podía ser él mismo el que estuviera allí mendigando unas monedas con las que poder echar un cuartillo de vino y un último revolcón con alguna barragana. Porca miseria, como decían los mercenarios venidos de Italia; toda la vida luchando por tus señores y por tus nobles para terminar en la fodida plaza de un duque pidiendo unas fodidas blancas. Puta mierda de vida, mascullaban los soldados castellanos.

Ay, la historia no cambia por mucho que la endulcen poetas y bardos. Y la vida tampoco.

Esperaron turno bajo la sombra de la balconada del palacio, escoltados por los guardias y las dos esculturas mitológicas que portaban los escudos de armas de la casa de Medina Sidonia —las dos

calderas jaqueladas en oro y gules, y gringoladas de siete serpientes en sinople—. Un hombrecillo calvo, encorvado y bajito, vestido en una saya larga y zapatos de cuero picudos, se presentó como golilla del duque al poco de anunciarse Vasco ante la cuadrilla de centinelas. Tenía la expresión avinagrada y era más feo que un gurruño, con un rostro desproporcionado y una mandíbula excesivamente acentuada rayando lo grotesco.

—¿Quiénes decís que sois? —preguntó con mirada despectiva.

Cavilaba Vasco que sabía perfectamente quien era.

—Vasco Cortés de Astorga —graznó—, el duque me apremió a que viniera esta mañana a tratar un asunto de su interés.

Frunció el ceño el adefesio.

—¿Y este hombre de Dios? —Su tono era un suspiro de fastidio.

—Me llamo don Anselmo, párroco de la iglesia de San Juan en Córdoba, y soy parte interesada en el asunto.

Negó con la cabeza el hombrecillo rascándose la verruga que le sobresalía en la mejilla izquierda. Tosió con fuerza, achacoso como judío en viernes, como si tuviese los pulmones atorados.

—El duque solo espera a una persona —consiguió articular.

—Viene conmigo —repuso Vasco casi al unísono con ese susurro de voz pedregosa—. Es parte interesada en el asunto, ya lo habéis escuchado.

Los guardias observaron al trotero esperando órdenes para intervenir. Suspiró este con una respiración quejosa. Por el color de su piel se deducía que el funcionario del duque no debía ver el sol en demasía o estaba aquejado de algún mal.

—Está bien —convino haciendo un aspaviento con la mano, agitando un pañuelo lleno de esputo—. Seguidme y ya veremos qué opina su excelencia —añadió azogado por la tos.

Subieron unas escalinatas de piedra hacia un pasillo con grandes ventanales adornado con tapices florales, grandes jarrones de cerámica y coronado por una bóveda encamonada de la que colgaba una gran lámpara votiva. El pasillo abarcaba casi un lateral completo del palacio y desde

luego que su función era empequeñecer a las visitas del duque.

Los sirvientes uniformados se apartaban al paso del funcionario y sus malas pulgas, el eco de sus pasos rompía el silencio acompañado de su tos estertórea.

Al final del pasillo custodiaban la puerta dos hombres armados que no les flanquearon la entrada.

—Esperad, don Juan, voy a anunciar vuestra llegada a don Enrique. Tiene una visita y ha dado orden que nadie lo interrumpa —aclaró uno de los ujieres, bien parecido y fuerte que, espada al cinto, abrió el portón, el escudo de la casa bien tallado en cada una de sus hojas, y lo cerró a sus espaldas. Eso pareció molestar al golilla, cuyas narices se quedaron a un palmo de la madera.

Al poco se abrió la puerta y el ujier permitió el acceso al funcionario ducal.

Desde las alturas observamos la entrada del lacayo agachando la cabeza. Expuso la situación a trompicones, pues la tos no le dejaba hablar de corrido. Se sorprendieron el duque y el Capitán de que un hombre de Dios acompañase a Vasco.

—¿Conocéis a ese don Anselmo? —inquirió el noble.

—De oídas —replicó don Gonzalo—. Pero no sabía de su relación con Vasco... Aunque... puede... —Se apoyó en la mesa—. Supongo que será por los mochuelos... —concluyó el Capitán que siempre fue agudo de mente y acertado en sus conclusiones.

—No me gusta embrollar a la iglesia en este asunto que nos traemos entre manos —agregó Enrique de Guzmán dando unos golpecitos a la mesa.

—Si Vasco lo ha traído con él... no le habrá quedado más remedio, tampoco es hombre que le guste mezclar aceite y agua —arguyó el de Córdoba.

—Está bien —gruñó el duque no sin cierto desdén—. No perdamos más tiempo, hacedlos entrar, Juan. —Hizo un aspaviento con la mano y el secretario reculó hacia la puerta.

A fe mía que la cara que compuso Vasco cuando entró al despacho del duque fue todo un poema.

Desde luego que no esperaba encontrar a don Gonzalo Fernández de Córdoba en las dependencias de la casa de Medina Sidonia.

—Vasco... —lo saludó el Capitán con voz neutra alzando el mentón sin un atisbo de sonrisa —. Un placer veros de nuevo.

Tardó unos segundos en responder el leonés, observaba atentamente a uno y a otro noble mientras don Anselmo se frotaba las manos, azorado.

—Don Gonzalo, qué sorpresa, lo mismo os digo —repuso Vasco con pareja indiferencia—. Mi señor duque... —añadió con una leve inclinación al cabo de unos latidos en los que un silencio plúmbeo se adueñó de la estancia.

Asintió Enrique de Guzmán retrepándose en su asiento. Con dos dedos asió una copa de vino del color de la sangre y se la llevó a los labios.

—Podéis retiraros, Juan.

Pareció sorprendido el golilla del duque, mas finalmente agachó la cabeza, casi más que la chepa, y se retiró de la reunión. Muy feo debía ser el asunto, cavilamos desde nuestro escondrijo, cuando el noble no quería servidumbre ni más testigos de la cuenta.

—¿Quién es vuestro acompañante? —inquirió don Enrique entrelazando sus dedos, escrutando con ojos de depredador al leonés y al cura—. Os esperaba solo, Vasco.

—Yo también, mi duque —dejó caer con sorna.

—Don Gonzalo es parte interesada en el asunto que os propongo.

—Supongo que sí, que a estas alturas no debería sorprenderme, siempre lo es... parte interesada… —replicó el leonés modulando un tono mordaz.

—Vasco... —intervino don Gonzalo paciente—. Esperad a oír la propuesta del duque antes de sacar conjeturas. —Observó el Capitán al clérigo—. Simplemente di vuestro nombre porque os considero hombre cabal y con hígados para llevar a cabo la encomienda que nos ocupa. Las casualidades nos han reunido hoy aquí.

Se adelantó un paso don Anselmo hasta situarse a la altura de Vasco.

—Permítanme vuesas mercedes que me presente... —declaró con esa voz que rayaba lo

mohíno—. Mi nombre es Anselmo, humilde párroco de la iglesia de San Juan en la vecina Córdoba y mi interés es meramente anecdótico... estoy aquí por Lucas y Mateo... —carraspeó—. Ellos callarán la boca de lo que vieron, os lo aseguro; es más, uno es mudo y el otro es de mente aguda, y sabe lo que le conviene sin ni siquiera decírselo...

Cruzaron sendas miradas el Capitán y el duque dando por buenas sus conjeturas.

—Estaban donde no debían los rapaces. Testigos de un duelo de honor… prohibido por las leyes de la Corona. Tendríais que haberlos atado en corto —sonrió con malicia el duque. Se desabrochó los botones de la camisa, un bocio sobresalía en la base del cuello. Me susurró Leonor que le había salido con las malas fiebres y que desde entonces su voz estaba afónica—. Ahora, son mis invitados y un incentivo que me guardo, uno nunca sabe... —Su mirada se posó en los ojos grises del leonés—. Y, podéis estar tranquilo con don Gonzalo, que no sabía nada de los mozos hasta esta misma mañana... Casualidades del destino.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —insistió don Anselmo—. Se sabe que sois un señor piadoso... —En verdad el duque tenía fama de todo lo contrario—. Conozco de vuestras donaciones a los franciscanos para repartir limosnas y al monasterio de San Jerónimo para adecentar el campanario. Todo el mundo habla de vos como un hombre de Dios... respetuoso de los evangelios... Y, dos rapaces inocentes que no tienen culpa de nada... Bien merecen la libertad.

Se repantingó el duque en la silla, satisfecho de los cumplidos, y escrutó a Vasco y al cura con aire aburrido.

—Haré lo que me venga en gana, eso no lo dudéis —replicó displicente—. ¿Estáis seguro, don Gonzalo, que este hombre vale toda esta pantomima? —gruñó el duque ahora desabrido.

—No se me ocurre nadie mejor para la encomienda que tenemos entre manos. —Se volvió hacia Vasco con voz segura—. Desde luego que sabrá hacer el trabajo y no abrirá la boca. Y ya sabéis de primera mano cómo se las gasta con la tizona.

—Está bien, está bien... —Movía los pulgares el noble, manos entrelazadas sobre su vientre —. Pero, este cura... ¡fuera de mi vista! —Dio un palmetazo en la mesa revolviendo legajos. Los

dos canes, hasta ese momento tranquilos comiendo hueso, alzaron el hocico y comenzaron a gruñir enseñando unos afilados colmillos—. Zapatero a tus zapatos... Es un asunto de hígados y cojones el que nos traemos entre manos. ¡Aquí no hay sitio para sermones ni monsergas!

Para sorpresa de todos, don Anselmo no se movió un ápice y dio un paso adelante para enfrentarse a un hombre al que muchos se referían como el duque de Sevilla.

—Acudiré al obispo, si es necesario, mi señor. Esos mochuelos, Lucas y Mateo, son cristianos nacidos libres, fueron bautizados por estas manos y no son esclavos de vuestra propiedad —lo dijo con valentía.

Todo el mundo contuvo la respiración. El Capitán y Vasco se llevaron las manos al pomo de sus aceros de forma casual, por si la cosa se iba de madre y había que lanzar estocadas.

El duque acarició a uno de los perros que había levantado el hocico estirando sus cuartos traseros, respiró hondo.

—Tenéis agallas, pater... Desde luego que sí. Y, es algo que valoro en un hombre, ya sea de Dios, de Mahoma o del mismísimo Belcebú. Pero, no me amenacéis en vano... —Su voz se tornó aún más sibilante—. El obispo, decís —rio—. Le he dado una jugosa aportación para las obras de esa catedral que parece no terminar nunca. No sé si vuestra plática y vuestras plegarias podrían competir con eso... —Hizo una pausa y clavó los ojos en el clérigo—. Podría mandaros a un hoyo y meter a una jauría de perros hambrientos... —lo dijo como si fuera algo que hubiese hecho antes, y daba la impresión que más de una vez—. Y, no quedarían ni los huesos —sonrió avieso—. Pero, no necesitamos vuestras plegarias, en este asunto necesitamos hígados y espadas...

No se amilanó el dominico.

—Fui hombre de armas en mi juventud, del bando del rey Juan contra los rebeldes catalanes —replicó el cura—. Me quitaré los hábitos y empuñaré un acero si con ello contribuyó a que nos devuelvan a Lucas y Mateo.

—Doy fe de ello —respondió Vasco inmóvil como una estatua de piedra, atento al vuelo de una mosca. Observaba al Capitán y a la puerta de soslayo. Muy feo debía de ser el asunto si los

había citado sin más testigos, se repetía, lo que no quitaba que en cualquier momento entrasen los guardias del duque dispuestos a prenderlos si las cosas se complicaban—. El padre Anselmo viene conmigo —graznó—. Si queréis contar con mis servicios… el clérigo viene conmigo.

—Creía que no os gustaban los curas, Vasco —terció don Gonzalo.

—Y así es, pero este en concreto comparte mis intereses, y ya que ha llegado hasta aquí, a base de empecinamiento, creo que en algo podrá ayudar este hombre de Dios… su presencia quizás sea una señal divina.

Arqueó el Capitán una ceja y se quedó observando al clérigo, los engranajes de su mente perfilaban la próxima jugada y como utilizaría ese nuevo peón que parecía agregarse al tablero.

Mateo y yo nos sentimos reconfortados desde las alturas. Desde luego que nunca antes habíamos pensado que nadie se arriesgaría tanto por nuestro devenir. «Parece que tenéis dos ángeles de la guardia que velan por vuestro bienestar», musitó la bella Leonor recogiéndose un cabello que le caía por la frente; «un cura y un soldado». En ese momento ambos pensamos, Mateo y el que escribe estas líneas, que, si salíamos de aquella, serviríamos a Vasco de por vida, aunque fuese recogiendo sus bacinillas y vaciando su mierda hasta que muriese de viejo o de una herida de vientre; y estudiaríamos las sagradas escrituras y los misales tanto como se le antojase a don Anselmo.

Tras un breve silencio el duque suspiró.

—Veo que la terquedad de las mulas se queda corta al lado de la vuestra.

Don Enrique se levantó estirando las piernas y se volvió a los ventanales para contemplar absorto las obras de la plaza a través de la cristalera.

El Capitán se acercó al duque y le susurró algunas palabras al oído. Don Enrique frunció el ceño al principio, pero después asintió con los labios curvados hacia arriba.

Parecía que el genio del señor de la casa de Medina Sidonia se calmaba por momentos. Los mastines, quizás advirtiendo el cambio de humor de su amo, volvieron a sus quehaceres afanados en triturar y deglutir huesos de vaca.

—Don Gonzalo me ha brindado una excelente idea… Sois sin duda un estratega, tanto dentro

como fuera del campo de batalla, y rápido de pensamiento que es lo más importante. —Le dedicó una sonrisa al Capitán y se giró hacia Vasco y don Anselmo—. Podemos aprovechar vuestras habilidades para la causa, pater... —Había trazas de desdén en sus palabras; según ya me había percatado, era aquella una cualidad habitual de la nobleza para con las personas de menor rango—. Venid. —Se acercó a la mesa donde había desplegado un mapa con las líneas del golfo de Cádiz y del reino de Fez. Era una buena cartografía dibujada con finos y precisos trazos y adornada con extraños animales en el África interior y con un dragón en el poniente. Otros papiros aparecían enrollados en el extremo de la mesa—. ¿Reconocéis estas costas?

Vasco se acercó y se acarició el mostacho y la perilla.

—Cádiz y el reino de Fez en África, y esas marcas son las guarniciones y presidios de los portugueses. Ceuta, Alzázarquivir, Tánger y Arzila. —Había una carabela dibujada que seguía una línea delgada hacia el sur. Más abajo se cortaba la carta.

—Sois hombre versado, Vasco —musitó el duque.

—Hay que estar al tanto de lo que ocurre en Castilla —replicó.

—Y, además fuisteis corsario con Íñigo de Arteta, según tengo entendido… —El leonés ojeó al Capitán de soslayo, ojos entrecerrados. No le gustaba el cariz que tomaba el asunto. Lo de Arteta fue un asunto personal y nadie debía saberlo—. Y, hace poco estuvisteis en Tánger y en Ceuta... en una misión para la Corona.

Dio un sorbito de su copa de vino y deslizó el noble su dedo índice, largo y huesudo, hacia el extremo sur del mapa, hacia la carabela.

—El caso es el siguiente —continuó el noble andaluz—, vuestro actual benefactor, Giannotto Berardi, se mueve en aguas pantanosas... —Vasco frunció el ceño—. Está asociado con otro comerciante florentino, un tal Marchionni, y, por extensión... con el marqués de Cádiz. —Cogió la copa de cristal y se la llevó de nuevo a los labios sin dejar de mirar la carta. Vasco se atusó el mostacho y tragó saliva. En buen berenjenal se estaba metiendo, los dos señores más poderosos de las Andalucías, después de los reyes, estaban metidos en el ajo—. Los hideputas fletan barcos portugueses desde el Algarve para partir hacia la Mina —apostilló e hizo una breve pausa—.

Pero, ya sabéis que dineros y diablos, no se pueden encubrir...

—Después de Alcazobas, los castellanos no podemos ni acercarnos a las costas africanas de la Guinea, pues pertenecen a Portugal —añadió don Gonzalo.

—Eso, en teoría, la práctica ya veis que es otra... El caso es que, para ir abreviando... —prosiguió don Enrique de Guzmán—. Estos malnacidos utilizan todas las argucias posibles para comerciar con oro, marfil y esclavos de la Mina, y traerlos a Sevilla en un goteo liviano pero constante, donde se enriquecen con estas mercancías. Desde que el verriondo hijo de vuestro Berardi dejó preñada a mi sobrina he estado investigando las actividades de los florentinos y... sorpresas nos da la vida, resulta que mantiene empresas con el marqués y que encima estafan a la Corona, evitando pagar el quinto real —carraspeó con una media sonrisa ladina. Sus ojos oscuros brillaban de entusiasmo—. Dos veces al año estos barcos portugueses arriban en secreto en algún lugar de la costa del Algarve y desembarcan negros guineos y oro, los esconden en las haciendas del marqués, cerca de Ayamonte, y luego los traen a Sevilla, engrosando las arcas de ese fantoche de Rodrigo Ponce de León —escupió el nombre con rabia—. Queremos, Vasco, que nos ayudéis a capturar el próximo navío; hay que darles un escarmiento a esos hideputas. Aún no sabemos la fecha exacta ni la ruta de arribo, y ahí es donde entráis vos... Y vuestro amigo el cura. Ya no podéis echaros atrás, pater, ninguno de los dos… —De nuevo se arquearon los labios del duque detrás de su tupida barba entrecana.

Dio un respingo don Anselmo al oír su nombre, pues no esperaba el clérigo que un asunto de tantas ramificaciones. Estaba claro que ya estaban metidos hasta el cuello en unas arenas movedizas que amenazaban con engullirlos, tanto Vasco como al bueno de don Anselmo. Lo que el duque en persona les había confiado no era cuestión baladí. Ambos eran conscientes de lo delicado de su situación. Ninguno podía recular.

—Le hablé de vos a don Enrique y le aconsejé que hiciese por conoceros en persona, de ahí que fuese a veros ayer... Azares del destino, os batíais en duelo por los Berardi en un delicado asunto que concernía a la familia de don Enrique —terció don Gonzalo que siempre había sido de hilar fino, pero que en esta ocasión lo bordaba. Hizo amago de sonreír, pero se quedó a

medias el segundón de la casa de Aguilar—. Vasco es un hombre… sólido, es el término adecuado. No abundan los valientes como él en Castilla; y estoy seguro de que con un empellón y algo de buena fortuna conocerá tiempos mejores.

Dirigió el leonés una mirada torva al de Córdoba, sobraban las palabras. Rumiaba mi amo que el Capitán no se había tomado a bien su negativa en la posada del Potro. Empero, si don Gonzalo estaba de parte de don Enrique significaba que la Corona también lo estaba, al menos la reina Isabel.

—A buen seguro que Berardi os abrirá las puertas de su palacete para casar a su vástago... —apuntó el duque.

—No estoy tan seguro, mi señor duque, no intimamos tanto —repuso Vasco sin un parpadeo —.

—Ni yo, y era esta cuestión un punto a solventar, pero he aquí la idea de don Gonzalo con vuestro cura… —Don Enrique de Guzmán clavó sus ojos en los de don Anselmo—. Hace semanas corrí la voz de que ningún sacerdote en Sevilla administrase sacramento a mi sobrina y al hijo del florentino… simplemente por dar por culo, pues no me gusta que me toquen los cojones y menos en un casamiento ya apalabrado... Ningún sacerdote... de Sevilla —matizó ladino—. Pero, Mariana está empecinada en tomar los votos del matrimonio en la ciudad que la alumbró, a toda costa parece, so pena de montar un escándalo y acudir a la reina en persona. Fíjense vuestras mercedes qué dilema… A estas alturas no me puedo retractar de mis palabras, pero tampoco quiero que las cosas se vayan de madre… —Se rascó el lóbulo de la oreja izquierda—. Así pues... don Anselmo, vos seréis la solución a mis problemas. Podéis ofreceros a Berardi y celebrar la ceremonia en la iglesia que mejor os convenga, una sin demasiado relumbre, hacédmelo saber y yo arreglaré el asunto en secreto. —Abrió las palmas de las manos —. ¿Haréis eso por mí y por los rapaces? Vuestro amigo Vasco os presentará a los Berardi y pondréis una condición banal antes de oficiar la ceremonia, con una mera insinuación bastará… como pago propondréis que os inviten al banquete, a los dos.

Don Anselmo cabeceó inquieto mirando de reojo a un Vasco que se mantenía impertérrito.

—En la celebración, Vasco —añadió el Capitán—, os las ingeniaréis, bien sabemos que vais sobrado de suerte y de ingenio... para entrar en el gabinete de Giannotto Berardi. Allí guarda sus documentos confidenciales y mapas con las rutas que siguen sus barcos. Habrá alguna pista que nos lleve a buen puerto, nunca mejor dicho —sonrió el Capitán.

—¿Y si no la hay? —inquirió Vasco calibrando pros y contras de la encomienda.

—Algo se os ocurrirá, dice don Gonzalo que sois hombre de recursos, y no solo con la espada —replicó el duque.

De nuevo oteó mi amo al Capitán con una mirada hosca.

—¿Y cuál es el pago por mis servicios? —dijo Vasco, de pie, las manos apoyadas en su cinturón, pues el de Medina Sidonia no los había invitado a sentarse.

—Cincuenta excelentes de oro a repartir —apuntó el duque apurando su copa.

—¿A repartir con quién? —inquirió el leonés al que la mención del preciado metal le había arrancado un atisbo de sonrisa.

—Necesitaréis ayuda para abordar la nao… —terció el de Córdoba.

Frunció el ceño mi amo.

—Tenemos una nave preparada para zarpar en cuanto sepamos la ruta —arguyó el noble—. Pero falta tripulación.

—Eso es piratería —respondió Vasco tras una pausa, ahora con voz glacial—. Y se paga con la horca, en Castilla y en Portugal.

Negó con la cabeza el Capitán.

—¿Conocéis al maestre Gómez Arias?

—No tengo el gusto —repuso el leonés. Por cómo se acicalaba el mostacho deduje que la situación lo inquietaba en demasía.

—Un buen asturiano, afincado en Sevilla desde hace unos años —apuntó el de Córdoba—. Hermano de Pérez de los Cabitos, el de la pesquisa real de las Canarias.

—Ni el uno ni el otro me dicen nada.

—El caso es que Gómez Arias posee una carta de represalia con el sello real, auténtica —

continuó el duque—. Y hemos convenido con él que se avenga a nuestra causa. Naturalmente, solo sabe que se trata de un barco portugués que viene cargado de esclavos y oro de las tierras de Guinea. Nada conoce de los tejemanejes de los Berardi ni del fodido marqués. Y, así debe seguir la cosa.

—Naturalmente —asintió Vasco circunspecto.

Era un plan diabólicamente bien pergeñado por una mente astuta como la del duque o la del Capitán —o quien sabía quién diantres más estaría implicado—.

—Gómez Arias aporta la nao y la tripulación, son buenos comerciantes y lobos de mar, pero no acostumbrados a las armas —remarcó el noble—. Para eso os queremos a vos, Vasco. Necesitamos hombres de hígados.

—Naturalmente —repuso de nuevo el leonés con un gruñido.

Le había faltado decir al duque que necesitaban carne de cañón, hombres que madrugasen sin pestañear y que fueran prescindibles, llegado el caso.

—Tendréis que reclutar una pequeña cuadrilla de matachines —añadió Gonzalo Fernández de Córdoba leyendo los pensamientos de Vasco.

Rumió Vasco su respuesta durante un par de latidos. No podía hacer otra cosa salvo aceptar, pues le habían contado demasiado.

—De acuerdo, acepto, con una condición —susurró sombrío el leonés.

—¿Una condición? —frunció los labios el duque, a buen seguro no era hombre acostumbrado a que se le impusieran condiciones.

—Quiero ver a los rapaces, que no se les toque un pelo, y quiero que se les trate como huéspedes distinguidos.

—¿Distinguidos esos arrapiezos? —inquirió el de Medina Sidonia a medio camino entre la sorna y la indignación—. Pero, si son poco más que correcalles, aprendices de malandrines de tres al cuarto.

—Malandrines o no, están a mi cargo —lo cortó en seco—. Les daréis ropas apropiadas, los alimentaréis bien y los trataréis con respeto.

—Con respeto… con respeto —farfulló. Se palpó el bocio que parecía enrojecido—. ¿Cómo os atrevéis?

Los labios del Capitán se curvaron levemente hacia arriba y asintió con la testa. Intuía Vasco que aprobaba el pequeño órdago que acaba de echarle al duque. Don Anselmo seguía el duelo dialéctico con los ojos abiertos como platos.

—Me atrevo porque es mi deber preocuparme por su bienestar, mi señor duque. Será una gracia de vuestra merced y un adelanto de mi salario.

Los perros gruñeron y enseñaron los dientes. Esas bestias parecían percibir el azoramiento de su señor.

Masculló Enrique de Guzmán algo ininteligible por lo bajini y se rascó el bulto del cuello con fruición. Por un momento, el de Medina Sidonia tuvo la cara desencajada de estar trasegando bilis por azumbres. Pero pronto se recompuso, quizás pensando en que no merecía la pena discutir por minucias.

Observó el duque la mesa cubierta de papeles como si en ella estuviera una larga y fatigosa condenación. Comenzó a garabatear algo en un legajo, más parecía que por buscar algo que hacer que por otra cosa.

—Cuidad vuestra lengua, Vasco… No sea que os la corten. Espero que vuestras insolencias valgan la pena. —Sus ojos centelleantes se clavaron en los de mi amo—. Llevaos a este hombre, don Gonzalo, antes de que me arrepienta —añadió con desdén acariciando a uno de los mastines por el pelaje que le colgaba del cuello—. Retiraos, tengo mucho trabajo por delante.

Caminaba Vasco dando grandes zancadas siguiendo el paso del Capitán por la calle de los Espaderos. Esta rúa comenzaba a ser conocida como calle de la Sierpe, por la serpiente encontrada en un callejón, del tamaño de un basilisco decían las hablillas, que hacía la digestión con un pequeño arrapiezo de las calles en su vientre. Nadie se imaginaba cómo había llegado allí el zagal, pero el caso era que, según los rumores, la bestía lo deglutía plácidamente cuando una vecina que tiraba las bacinillas dio la voz de alarma dando alaridos como si hubiese visto al

mismísimo diablo. Los alguaciles investigaban el terrible suceso sin mucho ahínco, pues el muchacho no era nadie ni tenía familia conocida. Los viejos lobos de mar decían en las tabernas que en las tierras de Guinea era el tamaño que tenían las serpientes y que algún navegante la habría traído. Y, el clero, por su parte, proclamaba a los cuatro vientos que el macabro suceso era una señal inequívoca y divina de que la ciudad se hallaba sumida en el pecado y que había que incrementar los donativos para finalizar las obras de la catedral cuanto antes. El caso es que la gente daba crédito a tales habladurías, porque, como bien saben vuestras mercedes frente a la seductora atracción del bulo, la verdad siempre lleva todas las de perder. Y, la verdad del asunto nunca se supo, pero ahí quedó la sierpe.

Don Anselmo caminaba dos pasos por detrás de ambos, intentando seguir el ritmo, recogiéndose la sotana para evitar que se ensuciase con la mierda de las acémilas de carga que llevaban mercancías a los comercios. Intentaba el clérigo darles aire a Vasco y al Capitán, intuía que tenían palabras que intercambiar, y no pocas.

—En buen embrollo me habéis metido, don Gonzalo —rezongó Vasco—. Era de recibo haber avisado.

—Bien que lo intenté en Córdoba, pero vos rechazasteis categóricamente cualquier avance, ni me dejasteis explicar el asunto ni para quien era… ahora, solo he aprovechado las circunstancias. —Sorteó con una finta el Capitán a un grupo de gentiles que observaban como un viejo tahúr desdentado movía los vasos en el suelo y los retaba a encontrar la moneda debajo de los cubiletes de madera—. Sois mi mejor hombre, Vasco... corren tiempos revueltos, hemos salido de una guerra y ahora libramos otra con los moros. Y necesitamos todos los recursos y todo el oro, la nobleza tiene que dar ejemplo.

—Las guerras de los fodidos Trastámara. A veces me pregunto qué hubiera sido de nuestros destinos si el hermano hubiera salido victorioso en las trifulcas de la meseta.

—Cuidad esa lengua, leonés. —Se le amostazó el semblante al de Córdoba—. No olvidéis con quien habláis.

—No lo hago.

Tenía presente Vasco la especial devoción, si no algo más, que don Gonzalo profesaba a la reina. Sabía por confidencias entre cuartillos de vino que, de mochuelos, el Capitán y su alteza Isabel, habían tenido ciertos escarceos amorosos, antes de la venida y el compromiso con don Fernando, y algún rescoldo de fuego de juventud había quedado. Pero, no fue hasta mucho después que supo de todo lo acontecido entre ellos.

—Voto a Dios… —farfulló—. Toda la cristiandad está pendiente de lo que ocurre en Castilla y las guerras con los moros, Vasco. Portugal y Francia acechan, bien para rapiñar de lo que quede de uno y otro bando, bien para alabar al vencedor; Inglaterra recela del reino en ciernes entre Castilla y Aragón; los teutones observan con interés; y Roma, pendiente de lo que hagamos, para combatir al Turco con más o menos ahínco.

—Todo eso me pilla muy lejos, Capitán.

—¡Por Cristo, Vasco! —se revolvió incómodo observando a un don Anselmo que seguía caminando detrás a una prudente distancia, hurgándose la nariz, sin abrir el pico pero poniendo la oreja—. ¡A vos sí, pero a mí no! Y he de servirme de lo que tengo a mano para resolver entuertos.

—¿Hasta cuándo me veré atado a vos? —preguntó con un quejido el leonés—. Ya he pagado la deuda del escaribel de Toledo con creces.

—Es algo tarde para lamentaciones.

—Después de que vuestra merced me haya metido hasta el cuello en la chacona, desde luego.

—Vasco, diablos, no me vengáis con esas otra vez, dejad de quejaos como una doncella de la corte a la que le han asignado en matrimonio un viejo verde —replicó el de Córdoba con malas pulgas—. Hasta que me salga de los cojones si me place estaréis a mi servicio, por las buenas o por las malas, bien sabéis que este tipo de deudas no se pagan con dinero... —aspiró hondo—. Nuestros destinos están unidos por un cordón invisible, leonés, desde las guerras de la meseta... —continuó suavizando el tono. Saludó con el mentón a un grupo de tres «caballeros de la venticuatría», miembros del concejo sevillano. Sentados en unas mesillas bajo un toldo en la esquina de San Francisco, ataviados con ropas de calidad, ahí estaban los Monsalbe, Ribadeneira

y Lando, que se quitaron el bonete e inclinaron la testa a su paso. Comenzaba a ser conocido el don Gonzalo también en Sevilla, sobre todo para las sanguijuelas que querían medrar en la corte —. Ambos somos hombres de hígados, Vasco. Y vais a ser generosamente recompensado por vuestro viejo verde.

—Me gustaría conocer a ese viejo verde, no creo del todo que seáis vos, ni el duque...

—Estáis más lenguaraz que de costumbre. —Frunció el ceño y apretó la mandíbula. Bien conocía Vasco ese gesto de contrariedad el Capitán—. Solo tenéis que ejercer vuestro oficio. Esto es mejor que batiros en duelo al amanecer por el honor de un petimetre que no sabe guardar su verga.

Hideputa. Se mordió la lengua Vasco recordando aquella mañana gélida de primavera cuando ambos servían en la hueste de don Alfonso, hermano de a la postre la reina Isabel, cuando el leonés salvó la vida de ese zagal que apenas nadie conocía todavía en aquellos lares, Gonzalo Fernández de Córdoba, el segundón de la casa de Aguilar, un valiente mancebo que anhelaba hacerse un nombre en la historia.

Los mozos preparaban la gradería en la explanada de San Francisco apuntalando maderos para correr los toros al otro lado de las pescaderías, los reyes querían que el pueblo recordase su estancia en Sevilla con varios juegos de cañas y corridas de astados en los que participarían los valientes hijos de los señores sevillanos. También preparaban un tablao para que tirasen bohordos con puntería. Vasco no gustaba de pasar por el ensanche, sentía una quemazón en el vientre cada vez que lo hacía, le recordaba el primer auto de fe de la inquisición y a los judíos quemados como corderos, una intriga de la que él formó parte y de la que se arrepentió durante el resto de su vida.

—No esperaba que metieseis a dos arrapiezos de por medio.

—Eso no fue de mi cosecha, fue del duque —matizó el de Córdoba—, os aseguro que no fue intriga de mi parte. Yo solo lo puse al corriente de que quién se batía por los Berardi era aquel que había rechazado el encargo. Ya habéis visto que están bien vestidos y bien alimentados.

Así había sido, pues justo después que terminara la reunión en el gabinete del duque bajamos

las escaleras del pasadizo con pies de gato y Leonor nos devolvió al patio de las caballerizas, donde nos esperaba el Calvo Eustaquio, látigo enrollado al cinto, dando collejas a los dos palafreneros canarios y gritando a Fermina que dónde nos habíamos metido. Al poco aparecieron Vasco y don Anselmo tras los pasos del golilla del duque. Un abrazo nos dieron ambos y unas palabras de ánimo intercambiamos. Y nos prometieron que íbamos a estar bien y que pronto vendrían a recogernos. Unas lágrimas se derramaron de los ojos de un servidor y en los de Mateo, lágrimas de alegría y regocijo por saber que realmente le preocupábamos a alguien, más que de miedo y congoja.

—Extrañas alianzas os buscáis, don Gonzalo.

—Como los tiempos que corren, querido amigo.

Sin perder el paso, antes de entrar por las callejuelas de la alhóndiga, sacó un saquito de cuero entre los pliegues de su jubón y se lo puso en la mano a un Vasco que lo sopesó y lo guardó en su falquitrera con disimulo.

—Un adelanto. Cuidad de esas monedas, cada vez escasean más.

—Así lo haré.

—A propósito, Vasco. Me he tomado la libertad de traer a Matallanas y a ese mochuelo con cara de raposa, Ponce de León, para que os echen una mano. No formáis mala cuadrilla con ellos. Les he dicho que se dejen caer mañana antes de la hora del ángelus por la puerta de Jerez.

Tras un momento de reflexión, añadió el leonés:

—Bienvenidas serán sus espadas.

—Ya sabéis dónde y cómo encontrarme.

—Y vos a mí.

Y, sin decir más, se adentraron por las bulliciosas calles de la alhóndiga, cada uno enfilando para un extremo, donde toda suerte de mercaderes gritones vendían todas las mercancías que uno podía comprar en aquella Sevilla de finales de siglo.

VII. POR LAS CALLES DEL ARENAL

El sol del ocaso teñía el cielo de colores ocres y violetas, y la tarde refrescaba con vientos con sabor a océano. Parecía que el verano daba sus últimos coletazos. La ciudad se recogía del día y abría sus fauces a las aves nocturnas. Había bullicio en las calles, pues la gente terminaba sus trabajos o estaba a punto de hacerlo y salían a disfrutar del fresquito vespertino charlando en las puertas de las tabernas o dando un paseo.

Había acudido Vasco según lo convenido con don Gonzalo a las murallas de la Puerta de Jerez para encontrarse con Rafalito Matallanas y Ponce de León. A todas horas del día con abundante trasiego de carros y comerciantes, era un buen lugar donde encontrarse y pasar desapercibidos. Poco les había contado el de Córdoba sobre la encomienda, solo que había un trabajo que hacer y que estarían a las órdenes de Vasco para toda circunstancia y menester. Y que se cuidaran de sacar la lengua más de lo debido, eso, sobre todo, iba para el rambleño Matallanas que, azuzado por el juego y por el vino, solía largar en tabernas y antros más que una vieja en una corrala. Tras unos abrazos firmes y los saludos de rigor les había conminado el leonés a que lo acompañaran a donde las Tres Blancas, un tugurio extramuros en los arrabales del Arenal, cerca de la desembocadura del Tagarrete, y cerca también del enorme estercolero de basuras e inmundicias que hacía que cuando soplaba el poniente, el olor a mierda traspasase los muros e inundase todo el alfoz sevillano de un hedor nauseabundo al que uno terminaba acostumbrándose —como se acostumbra uno a todo—.

Las calles de la urbe, a pesar de los recientes trazados y ensanches impulsados por la Corona,

conservaban las estrecheces y restos de épocas anteriores, siendo todavía los adarves frecuentes en las alturas —aun habiendo decretado los reyes su eliminación de las fachadas después de las revueltas de los nobles so pena de pagar un impuesto —. Por el contrario, las plazas aun no eran muy numerosas en aquella época. Y las moradas sevillanas parecían construidas con modestia, abundando los ladrillos de adobe, la cal y el yeso. Los corrales de vecinos eran la norma general, grandes casonas rectangulares en las que moraban la mayoría de las familias del vulgo, ya que solamente los sevillanos acaudalados podían permitirse el lujo de tener una casa para uso y disfrute propio. De tal guisa se presentaba la ciudad por la que caminaban los tres compinches.

Pintaban bastos, se decía el leonés para sus adentros. Esa encomienda venía de nalgas desde el comienzo. Barruntaba mi amo que metía la cabeza en cañiza de once varas y no iba a haber Dios que la sacase. Pero, era lo que había. El destino había repartido naipes y tocaban los del garrote.

Tenía seco el gaznate y tenía que reclutar a un grupo de facinerosos para que le acompañaran en la misión. En las Tres Blancas esperaba solucionar sus problemas tanto de sed como de hombres. Por ahora, la marea había arrastrado a su orilla al pater Anselmo, a Matallanas y a Ponce de León; cada cual tenía sus motivos, a cuál más dispar: el cariño, la lealtad y el oro pudieran ser, todos ellos igualmente válidos.

—Estáis más silencioso de lo habitual, Negro. Y, eso me retuerce las higadillas —bufó Rafalito Matallanas mesándose su tupida barba cobriza.

—A buen entendedor pocas palabras bastan, Falito —rezongó el leonés echándose a un lado para dejar paso a un carro cargado con tinas de aceite.

—Atesoráis esas palabras como un avaro acumula sus dineros… ¿No confiáis en Juanillo y un servidor? —inquirió Matallanas quisquilloso.

—Confío, Falito, en vuestros aceros y en vuestro buen hacer… que no es poco.

Caminaba el hombretón a la diestra de Vasco y Juanillo Ponce de León a su siniestra, dejando a sus espaldas el bullicioso Corral de Jerez y encarando el Postigo del Aceite, por donde entraban las grasas a la ciudad. Enfilaron por la rúa que bajaba al Arenal por el Corral de los Judíos, ocupado ahora por conversos y gentiles después de que los inquisidores, con el asentimiento de

la Corona, promovieran la deportación de los hebreos de la baja Andalucía.

Si la memoria no me falla, fue en enero de ese mismo año de mil cuatrocientos ochenta y tres cuando se publicó en las diócesis de Cádiz, Sevilla y Córdoba un precepto inquisitorial que conminaba a los judíos residentes en ellas a trasladarse a otros lugares del reino. Se pueden imaginar vuesas merecedes que estaban los caminos llenos de carros y familias buscando refugio donde hermanos y amigos tuviesen los descendientes de Abraham. En Sevilla se lo habían tomado los veinticuatro caballeros del cabildo más a raja tabla que en las otras ciudades. Fue esta una diáspora previa a la definitiva del año mil cuatrocientos noventa y dos —portentoso en otras facetas—, en la que sus católicas majestades expulsaron finalmente a todos los judíos del reino de las Españas. Dicen las crónicas de la época que fueron estas decisiones animadas y consensuadas por «perlados e grandes e cavalleros»—diría yo facinerosos hideputas, pues no hay grandeza en echar a padres, esposas e hijos de sus casas y quedarse con lo que dejan—, por el objetivo de lograr una ansiada unificación religiosa —siempre Dios mediante— que contribuyera al proyecto de nueva monarquía. Mercaderes, prestamistas, cambiadores, banqueros, médicos, boticarios y otros oficios de ciencia y entendederas que hacían bien a la Corona desde hacía generaciones se perdieron en esos aciagos días.

Y, he de comentar en contra del gremio que no pocos fueron los literatos que azuzaron el odio hacia todo lo que oliese a judío, acrecentándolo al trazar los escritores cortesanos un cuadro repulsivo de las costumbres de los hebreos, a los que para atraer inquina acumulada sobre sí ya les bastaba con ser publicanos y usureros, sin contar con los horrendos crímenes rituales que se les achacaban. Es sabido que el cardenal Pedro González de Mendoza, arzobispo de Sevilla y de Toledo, escribió a los reyes diciéndoles que los cristianos nuevos ni eran cristianos ni eran judíos, sino «ereges e sin ley», luego, como herejes, bien merecían punición que sirviera de ejemplo. El famoso cura de los Palacios, Andrés Bernáldez, resumió a la perfección los reproches que se les hacían:

«Nunca dexaron el comer a costunbre judaica de majarejos e olletas de adefinas e manjarejos de cebollas e ajos refritos con aceite; e la carne guisavan con aceite, e lo echavan en lugar de

tocino e de grosura, por escusar el tocino. E el aceite con la carne e cosas que guisan hace oler muy mal el resuello, e así sus casas e puertas hedían muy mal a aquellos manjarejos; e ellos esomismo tenían el olor de los judíos, por causa de los manjares e de no ser baptizados... No comían puerco sino en lugar forçoso; comían carne en las cuaresmas e vigilias e quatro ténporas en secreto. Guardavan las pascuas e sabados como mejor podian; enbiavan aceite a las sinagogas para las lámparas. Tenían judios que les predicasen en sus casas de secreto, especialmente a las mugeres. Tenian judios rabies que les degollavan las reses e aves para sus negocios...»

Otrosí el Libro del Alboraique, que circuló profusamente en copias manuscritas, hizo una disección desalmada del converso, tachándolo de hipócrita, pseudoprofeta, cruel, inhumano, engañador, facineroso, pomposo, soberbio y cien cosas más, hasta lanzar acusación de que «la sodomía es venida de los judíos», el pecado carnal por excelencia, la degeneración personificada. El autor del manuscrito —las lenguas viperinas decían que era cristiano nuevo— se atrevió a más, sosteniendo que entre los conversos de Castilla apenas se encontraría un hereje, mientras que «en el reino de Toledo, Murcia, Andalucía y Estremadura apenas hallaredes de ellos christianos fieles». Sin duda fue aquel autor desconocido hombre marcado por el odio y resentimiento.

A buen seguro ya se habrán fijado vuestras mercedes hasta qué cotas pueden llegar la inquina, la mezquindad y la estupidez del hombre azuzada por la religión, la envidia y las hablillas. Empero, es esta una historia de nuestro reino que iré relatando a cuenta gotas; porque bien es cierto que mi amo rara vez hablaba del asunto — quizás tenía cierto reconcomio por dentro — y tuve yo que enterarme por vivencias y por boca de otros. En una ocasión el Seco Vargas me contó que mucho tuvieron que ver ellos en los primeros autos de fe en Sevilla auspiciados por Ojeda, mal rayo lo parta, cuando los «cuatro profetas», en los que fueron ambos cómplices y partícipes. Ya que por orden y criterio de don Gonzalo se infiltraron en la llamada conjura de los conversos y desenmascararon al tal Pedro Fernández Benadeva. Se hizo Vasco pasar por un menestral convertido, expulsado de Segovia, y pronto se ganó su confianza. Quizás si Fernández Benadeva hubiera llevado hasta el final la conspiración se hubieran evitado muchas atrocidades.

Quizás si mi amo no se lo hubiese puesto en bandeja a don Gonzalo y este a la reina, y la reina al inquisidor Ojeda… Demasiados quizás, demasiadas quimeras se entrecruzan por mi mente ya ajada; vayamos pues al asunto y a lo que ocurrió en aquella tarde de verano, según cuentan, pues yo me hallaba en el palacio ducal, nada menos, disfrutando de una cena caliente en las cocinas y de mi condición de huésped, más pendiente de si veía aparecer a Leonor por los jardines y de evitar los pescozones del Calvo Eustaquio que de las tribulaciones de Vasco y compañía.

—Algo más deberíamos saber, don Vasco, si nos vamos a jugar el pellejo por esta causa… —terció Ponce de León con melindre, arrastrando las palabras como solía hacer el castellano cuando hablaba—. Que la última vez casi nos ensartan los moros y sin saber razón. —Se refería a la refriega con los asesinos enviados por el Zagal para acabar con el embajador de Aixa, la madre de Boabdil (pues quería esta negociar por la liberación de su hijo) y que terminó en carnicería en la posta de los Cuatro Vientos del camino de Granada.

—A su debido tiempo, Ponce… En boca cerrada no entran moscas. Esta vez no se trata de un asunto de infieles, es lo que os puedo decir por ahora.

—Si no se trata de infieles… más intranquilos nos dejáis —repuso el rambleño Matallanas.

—El Capitán solo nos ha contado que habrá oro a repartir —apostilló un siempre pragmático Ponce de León. Dedicó el castellano una sonrisilla a las muchachas que canturreaban unos versos mientras trabajaban el mimbre, piernas abiertas y blusas holgadas, los pechos asomando por su propio peso.

«De una Virgen hermosa
celos tiene el sol,
porque vio en sus brazos
otro sol mayor.
Cuando del Oriente
salió el sol dorado,
y otro sol helado
miró tan ardiente,

quitó de la frente

la corona bella,

y a los pies de la estrella

su lumbre adoró,

porque vio en sus brazos

otro sol mayor…»

Trenzaban las mozas los cestos bajo la mirada reprobatoria de una anciana enlutada en una túnica amplia, toquilla y pañuelo negro recogiendo el pelo ceniciento, que sobre una mesilla custodiaba obleas y barquillos, y alojas de refrigerio.

Eran aquellos los versos de Juan Álvarez Gato que se hacían populares entre las gentes de los arrabales. El literato se hallaba lejos de la Corte haciendo de mentor de las hijas del marqués de Mendoza en Guadalajara. Era Gato un buen amigo de mi amo, pero sus caminos se habían separado durante una temporada.

Se acercó Ponce a darle una moneda a la vieja a cambio de una oblea. Emitió esta un gruñido hacia una de las muchachas que apenas hizo ademán de levantarse para ofrecer al joven una jarrita de vino.

—Mientras menos sepáis, Matallanas, mejor —musitó mi amo hosco—. Y habrá oro a repartir, no lo dudéis, Ponce —era así como lo llamaba Vasco cuando estaba de buen humor al que a la postre se convertiría en conquistador del Nuevo Mundo, y cuando estaba de malas pulgas placía de llamarle «flaco» por su extrema delgadez y las ropas holgadas que la acentuaban.

Se acarició el pomo de la espada Juan Ponce de León con aire chulesco y cabeceó a modo de saludo al advertir que la moza con intenciones le guiñaba un ojo y le dedicaba una sonrisa insinuante. Era en aquellos tiempos un joven astuto y de pocas palabras, aunque certeras, Ponce de León, y gustaba de vestir ropajes oscuros que le daban un aire ciertamente misterioso o siniestro que parecía encandilar a ciertas damas.

—¿Hemos de matar? —inquirió el jovenzuelo sin perder el paso ni la sonrisilla de sus labios.

—Cuando no, Juanillo, cuando no —terció Matallanas socarrón, como si supiera de que iba la vaina—. En otro caso, ni Vasco, ni vos ni yo estaríamos aquí —en eso acertaba el hombretón.

En el siguiente ensanche un grupo de herreros descansaba con el torso desnudo, negro y sudoroso, pies descalzos y mugrientos, a las puertas de las Herrerías del Rey. Algunas chanzas contarían porque brotaban no pocas risas espontáneas. Comían pan con tocino y se refrescaban con vino y agua de botijo. Adentro de los portones entreabiertos se oía el repicar de los martillos labrando el clavazón para las espadas y pertrechos del ejército real.

Aun conservaban el buen humor los hombres y mujeres en esa Sevilla desteñida por el paso de las décadas de hambrunas, enfermedades y guerras; esa Sevilla de nobles señores y cortesanos que pastoreaban con parsimonia a la plebe dándoles las migajas de sus riquezas; esa Sevilla que esperaba tiempos mejores y que vendrían en unos años con las carabelas cargadas de tesoros y leyendas traídas de las tierras ignotas al otro lado del océano. Esa Sevilla que deslumbraría a la cristiandad. Pero, para eso, aún queda mucha tinta que gastar y muchas páginas que leer por vuesas mercedes. Tiempo al tiempo. La paciencia es una virtud a cultivar.

—Se trata de un asunto entre nobles —comentó finalmente Vasco.

Silbó Falito Matallanas escamado.

—Mal asunto pues, enemistarse con un noble.

—¿De parte de quien estamos? —preguntó Ponce de León ahondando en el asunto.

—De ninguno —rezongó Vasco cortante—. A nosotros nos pagan por un encargo. Cada cual tiene sus motivos para meterse en este berenjenal.

—Muy cierto, Juanillo —concedió Rafalito Matallanas mientras se rascaba profusamente su cabellera, alguna liendre saltaba entre su espesa mata de pelo.

—Ahora, debemos reclutar a una pandilla de desalmados que nos ayuden —rumió Vasco alargando la zancada para evitar el vómito de un borracho que regurgitaba apoyado en la cerca de un gallinero. Una mujerona lo reprendía a viva voz con un amasador en mano, el vecindario pendiente de sus pullas asomando por las ventanas —. Es lo único que debéis saber por ahora.

—¿Cómo de desalmados? —inquirió Matallanas. Una gaviota graznó en las alturas y se le

cagó encima del sayón—. ¡Mierda de gaviotas! —gruñó al cielo alzando el puño…

Rio Ponce de León por lo bajini.

—El pájaro os conmina a cerrar esa bocaza, Falito.

—Juanillo, no os subáis a mis barbas que las tengo mucho más luengas que vos...

Hizo Matallanas ademán de darle un pescozón y Ponce de León lo esquivó con la agilidad de un gato. Se llevaban bien esos dos, eran tal para cual.

—Tan desalmados como para tener que matar sin preguntar y no tanto como para que nos traicionen —acotó Vasco adentrándose ya en el barrio extramuros del Arenal—. En las Tres Blancas puede que conozcamos a alguien.

—En esa taberna solo hay putas y marineros de mala muerte con menos sesos que una cachipolla —barbotó Matallanas.

—Por eso mismo vamos allí —respondió Vasco—. Quizás tengamos que dejar tierra firme —dejó caer el leonés a ver como calaba la idea.

—No fodáis —terció Ponce de León dando el último bocadito a la oblea.

Frunció el ceño el fornido rambleño juntando sus espesas cejas hasta hacerlas una:

—A las putas las aguanto con unos cuartillos de vino, pero bien sabéis que no me gusta el mar, Negro. Demasiada agua me agria el genio.

—Ni a mí tampoco, Falito. Pero, vuestro señor… —lo dijo con retintín, sabía de la devoción que sentía Matallanas por don Gonzalo, además de que era el único medio que tenía el rambleño de medrar en la vida—… nos envía a subirnos en uno de esos cascarones que surcan el Estrecho, eso, si queréis el oro.

—Hay que foderse —rezongó el rambleño.

—Qué pestilencia, redios —farfulló Ponce de León tapándose la nariz con la tela gastada del ferreruelo que le colgaba de los hombros.

—Estamos cerca del río, Juanillo, y del estercolero del Tagarrete —comentó mi amo—. Pronto os acostumbraréis.

Casuchas de madera y adobe proliferaban por las barriadas de la Carretería y la Cestería, asentadas sobre el arenal aledaño al Guadalquivir, siguiendo el lienzo de la muralla almohade, desde la Torre del Oro hasta el Postigo del Carbón. Las Atarazanas Reales se vislumbraban a cierta distancia, alzándose sus naves de ladrillo por encima de los tejados.

Escupió Matallanas al suelo, su espadón bastardo se balanceaba en la funda que colgaba de su espaldar. Solía portar el hombretón armas más de campo de batalla que de refriegas callejeras. No atendía Falito Matallanas a los consejos de Vasco y prefería esas hojas de cortar tendones y aplastar huesos a las de trinchar carne. No así Ponce de León, que, joven avispado como era, se había agenciado en Córdoba una buena ropera para agilizar los menesteres en la ciudad.

—Nunca he visto el mar —apuntó el joven Ponce dando una patada a un chucho escuálido que pretendía olisquearle la bota de cuero—. ¿Cómo es de grande?

—Mucho, Juanillo, mucho —replicó Matallanas.

—A fe mía que lo veréis en esta empresa, Ponce —respondió Vasco atusándose el mostacho.

—¿Hay dragones y monstruos marinos?

El leonés esbozó una media sonrisa condescendiente y dejó que fuera su secuaz quien respondiera mientras doblaban el último recodo del arrabal, muy cerca ya del río. En la otra orilla se vislumbraban las luces del barrio de Triana, con el imponente castillo de San Jorge erigiéndose como vigía de la noche frente al Guadalquivir.

—Dejad de decir sandeces por esa boca sarnosa, Juanillo —bramó Matallanas, esta vez fue más rápido que su compinche y le dio un pescozón—. Dragones y monstruos marinos, ¿dónde coños habrás oído semejante cosa?

—De mi abuela Justina.

—Cuentos de vieja chocha… —rio Matallanas.

—Lo que hay son hideputas portugueses regodeándose en sus naos cargadas de tesoros, piratas berberiscos a patadas, y corsarios franceses e ingleses dando por culo a más no poder —acotó Vasco—, que acuden al brillo del oro africano traído de la Mina como las moscas a la miel. Ya llegamos. —Señaló con el dedo a una casona encalada de blanco separada del resto, con un

corral de gallinas y conejos en la parte de atrás, y una plazuela con una pequeña fuente en la de delante—. Comportaos y no arméis bulla…

VIII. LAS TRES BLANCAS

Era el tugurio de las Tres Blancas uno de los pocos edificios de dos alturas del Arenal. En la planta baja se yantaba y se bebía como si no hubiera un mañana —quien sabía, quizás para algunos no lo hubiera—, y en la de arriba se fornicaba con denuedo. Hogar predilecto de la fauna autóctona que merodeaba al caer el sol para gastar unas monedas y buscar momentos de solaz, allí esperaba Vasco encontrar a los hombres que precisaba, escoria a la que no le importase arriesgar las asaduras por unos reales. Carne de cañón.

Se pueden hacer una idea vuestras mercedes del panorama. Una mezcolanza de chamarileros, malandrines, borrachos, esportilleros, daifas, matarifes de medio pelo, lacayos sin amo y marineros sin barco pululaban por sus mesas. Lo mejor de cada casa se reconcentraba en la taberna de las Tres Blancas. Debía su nombre a que todo se pagaba con tres blancas; uno podía hartarse de comer y de beber hasta reventar por tres fodidos vellones. Vinos, orujos, quesos, empanadas, conejo, liebre, perdiz, garbanzada. Tres blancas eran el precio raso por cabeza y noche. El fornicio iba aparte, pero también solía costearse por tres vellones, a no ser que el servicio se saliese de las normas habituales —bien es sabido que de todo hay en la viña del señor y más para estas cosas de la jodienda—.

Todas las ventanas y puertas estaban abiertas de par en par, lo que paliaba en cierta medida el olor a mierda, a pedos, a río, a humanidad reconcentrada, a sudor rancio y a efluvios espirituosos. Uno tardaba unos minutos y un cuartillo de vino en acostumbrarse al hedor de las

Tres Blancas, pero lo hacía, qué remedio.

Velones de sebo alumbraban todas las mesas con un halo anaranjado, menos las del fondo que se mantenían en penumbra. Allí se encaminó Vasco y su recua con el crujir de los maderos sin amedrentarse, conscientes de las miradas curiosas que levantaban la presencia de forasteros. Carne fresca, parecían decir con ojos entornados la excelsa clientela del lugar, alzando el hocico como alimañas, observándose con complicidad.

Al poco de sentarse el bullicio volvió a ser el normal. A buen seguro también se fijaron los rapiñadores en sus aceros y en cómo los portaban, sin amilanarse y con ademanes de soldados.

Una mujerona de amplias carnes, nariz chata y pelo oscuro como el tizne se apresuró a servirles con una jarra de vino en una mano y tres vasos de barro toscos en la otra.

—¿Qué desean los señores por tres blancas? ¿Carne? ¿Caldillo de perro? ¿Pizporrete?

—Vino y conejo —repuso Vasco dejando su cinto y su espada apoyados sobre la pared, muy a mano. Matallanas y Ponce de León hicieron lo propio. Oteó Vasco la puerta que daba a la cocina y las ventanas abiertas de par en par. En su oficio siempre había que tener preparada una vía de escape, por si las moscas.

Asintió la mujerona dejando las vasijas sobre la mesa.

—De eso, conejo, hay en abundancia —sonrió lasciva. Tenía también una amplia sonrisa y olía a pescado fresco—. Por otras tres blancas más...

Se recogió unas guedejas detrás de la oreja y se agachó a escanciar el vino dejando entrever dos buenas aldabas colgando del escote de su blusa. Dedicó una amplia sonrisa a Rafalito Matallanas, que este correspondió de buen gusto.

—¡Me place la abundancia! —de un trago Matallanas terminó su vaso dando un sonoro eructo.

—¡A este hombretón hay que ponerle ración doble de todo! —exclamó la mujer, jovial, con picardía.

—O triple —apuntó el joven Ponce.

Le acarició la barbilla al rambleño para limpiarle las gotitas de vino. Matallanas alzó de nuevo

el chato y ella se lo rellenó presta.

—Parece fuerte como un oso —observó la mujerona.

—Y es cariñoso como un perrito —añadió Juanillo con ganas de chanza—, le gusta olisquear debajo de las enaguas de las doncellas.

—Pues no lo parece… —dijo ella divertida.

—¡No lo dudéis! —Animado por el vino, Falito agarró a la barragana por la cintura e hizo que se sentase sobre sus rodillas. Estiró ella exageradamente las piernas enseñando sus sandalias de esparto y se agarró al cuello del soldado.

—¡Mi señor! —exclamó con indignación fingida, apartando las manazas que le sobaban los senos—. Esperad a comer algo y luego ya acordaremos lo que gustéis...

Vasco movió la cabeza mientras daba un traguito corto al vino aguado y especiado con jengibre. Oteaba a la clientela con disimulo. Acababa de entrar otra cuadrilla de hombres que tomaban asiento al lado de la puerta. Por sus camisas sin mangas, sus brazos musculados y la suciedad que les impregnaba dedujo que podrían provenir de las herrerías reales. Una vez hecha su entrada nadie parecía prestarles más atención.

—Falito... —gruñó el leonés—. Dejad que la dama sirva las viandas en paz. —Eso pareció complacerla ya que le dedicó una sonrisa de complicidad—. Primero querrá que gastemos las tres blancas en comida y vino.

—Vuestro amigo es un hombre avispado... y, por sus ojos... un encantador de serpientes.

—Está bien, está bien, podéis marchar, que si no este os engatusa en menos que canta un gallo —concedió Matallanas dándole un cachete en el culo—. Pero, no os perdáis por las mesas... que bien me vais a servir esta noche…

—Ni por asomo osaría —replicó ella.

Antes de que se diera la vuelta, Vasco la asió por la muñeca con violencia y tiró de ella. Profirió un gritito ahogado, de sorpresa.

—Pero, qué hacéis, mi señor… —musitó.

—Decidle al Piesplanos que Vasco el Negro quiere hablar con él —bisbeó en su oído

mientras ponía una moneda en la palma de su mano—. ¿Entendido?

Asintió la mujerona a medio camino entre el asombro y el miedo. En cuanto la soltó salió disparada como una saeta al interior de las cocinas.

—Diantres, Vasco… me vais a espantar el pescado con esos modales de montañés.

—Peces hay muchos por estas aguas, Falito —graznó acodándose sobre la mesa—, y, os recuerdo que no hemos venido a echar el anzuelo. Primero hay que hacer el trabajo, después, si cabe, bebed y fornicad lo que os venga en gana.

—Tan aguafiestas como de costumbre, Negro —se relamió el vino de la barba—. Con gusto os doy tres blancas para que desfoguéis primero y se os vayan las malas pulgas…

—Con gusto os doy una patada en el culo —replicó el leonés secundado por la risilla zorruna de Juanillo.

Al poco de escabullirse la mujerona por la puerta de las cocinas apareció por la misma un hombre barrigudo, de largas piernas y de hombros caídos con andares de pato, ataviado con un delantal lleno de manchas. Portaba una bandeja con una hogaza de pan y un plato de conejo con patatas cocidas. Se detuvo a unos pasos de la mesa arrugando el morro, dibujando un gesto de desagrado en la boca que hacía sospechar que acababa de chupar un limón.

—¡Votó a Dios, Vasco el Negro y Rafalito Matallanas! —Sus gruesas patillas casi se cerraban en la barbilla y tenía una mata de pelo grisáceo alrededor de su calva coronilla—. Diablos, pensaba que no volvería a veros, Negro.

—Ni yo a vos, Piesplanos —repuso lacónico el leonés—. El destino es caprichoso.

—Con gusto —terció Matallanas alzando la jarrita.

—El destino es un hideputa —sentenció el tabernero obviando al fornido rambleño.

—No diría tanto, pero algo de eso sí que tiene —respondió Vasco dando un traguito.

—Las malas lenguas decían que os habían madrugado por un asunto de cuernos en Toledo. —Dejó las viandas sobre la mesa y se limpió las manos en el delantal lleno de lamparones grasientos.

—Bicho malo no fenece, y don Vasco es de los peores… —Se sonrió Ponce de León

estirando las piernas y dando un buche mientras Matallanas echaba el diente a un trozo de conejo.

—Ya veis que se equivocaban —añadió el leonés con parsimonia—. Sigo vivo y coleo como el que más.

—Y este mostachito que os llama don Vasco …

—Juan Ponce de León —lo saludó el castellano alzando el mentón desabrido, atusándose el bozo sin querer.

—No os juntéis con estos dos, Ponce de León, si queréis vivir una larga vida —señaló el tabernero—. Es un consejo de alguien que bien los conoce.

No respondió el castellano.

—Le dijo la sartén al cazo —rio Matallanas.

—Al menos, yo he sentado cabeza —replicó el Piesplanos.

—No hay más que verlo —carcajeó Falito abriendo las manos —. Una taberna de postín.

—Cada uno se gana la vida puede, hediondo rambleño del demonio.

Alzó la mano Vasco para que Matallanas no replicase y el asunto no se fuese de madre, pues bien conocía que su compinche con el vino tenía la boca ancha y grande, y al Piesplanos no se le veía con ganas de chanza.

Mucho después conocí a Íñigo Carrizo, moteado el Piesplanos por sus andares; un antiguo compañero de armas de mi amo, de los tiempos de las guerras con los portugueses, que después de Alcazobas volvió a su Sevilla natal invirtiendo los dineros ahorrados, y la herencia de su mujer, en comprarle a un primo segundo por parte de madre la taberna de las Tres Blancas. La había reformado de arriba a abajo dándole otro aire y le había puesto nombre, antes ni lo tenía. Poseía buen olfato para toda suerte de negocios el Piesplanos y, lo más importante, conocía el paradero de los viejos veteranos que ahora se vendían como matarifes en los alrededores.

—Supongo que vuestra visita no es de cortesía —apuntó el tabernero brazos en jarras.

Como el leonés, no era hombre de andarse por las ramas.

—Gran verdad —apuró Vasco su jarrita de vino.

—Espero que no arméis bulla, Negro, que os conozco... Hoy está la noche tranquila, no quiero a los alguaciles y sus corchetes por aquí. Es malo para el negocio, espanta a la clientela.

—No hemos venido a eso, sino por un trabajo.

—¿Vais a echarle el guante a alguien?

—Os aseguro que no —acotó Vasco.

Echó el Piesplanos una ojeada a Matallanas y a Ponce de León que daban buena cuenta del vino y el conejo, y a los aceros apoyados en la pared.

—Hombres de armas os acompañan y Matallanas es de atar en corto.

—Son solo amigos que vienen conmigo… por si la cosa se tuerce.

—Unos amigos desfallecidos, como os descuidéis os quedáis sin yantar. —Cogió una migaja de pan y mojó en el caldo del conejo tomando asiento en el taburete—. Decidme, en qué puedo serviros, Negro, por los viejos tiempos os debo un par de favores.

Se apoyó Vasco en la pared y cruzó los brazos clavando sus ojos en los del Piesplanos. Todas las mesas de la taberna estaban ya ocupadas, el bullicio les permitía tener cierta intimidad.

—Busco a hombres para una encomienda.

—Un trabajo de hilar fino, Piesplanos —secundó Matallanas alzando la cabeza del plato, las barbas chorreando de salsa.

Vasco enarcó una ceja y le dio una colleja.

—A lo vuestro, Falito.

El rambleño gruñó por lo bajini y volvió a meter las manos y el hocico en el guiso.

—¿Qué tipo de hombres? —quiso saber el tabernero.

—De hígados y que no hagan demasiadas preguntas.

—Entiendo —se chupó los dedos grasientos—. ¿Habéis pensado en alguien en concreto?

Vasco entornó los ojos.

—¿Anda por aquí el tuerto Sorní?

Movió la cabeza despreocupado el Piesplanos.

—Al tuerto lo pincharon los moros en la toma de Alhama, a las órdenes del Adelantado Pedro

Enríquez. Dicen que esta vez peleó con los de delante y bravo —chasqueó la lengua.

—Sería la única —siseó Vasco—. Una lástima.

—Se le gangrenó al hideputa la llaga en el vientre y se fue al puto infierno, que es donde debía estar desde hace tiempo…

— Con pequeña herida se puede perder la vida —eructó Matallanas limpiándose la barba con la manga del sayón.

—Por Cristo, Falito —golpeó la mesa Vasco —. No podéis quedaros callado ni aunque os den de yantar y de beber.

Ante la mirada acerada que le dedicó el leonés volvió el rambleño a lo suyo, a mojar sopas en la salsa del conejo.

—Pocos lo echarán de menos y no seré yo uno de ellos —añadió el tabernero escupiendo un gapo al suelo.

Apuró su vaso Vasco y se atusó el bigote.

—Merlo el Perro...

—Muerto —negó con la cabeza cerrando sus ojillos de hurón—. Unas fiebres se lo llevaron al año pasado. En paz descanse, en el fondo era buen hombre. Dejó mujer y dos huérfanos en Aracena. —Se chupó los dedos de nuevo. Chup, chup—. Está bueno este conejo que prepara mi Dolores…

—¿El Zafreño? —rezongó el leonés.

—En un presidio portugués, en Mazagán, dicen… —Se rascó el verrugón de la mejilla—. Se enroló donde no debía, por lo visto quería ejercer de corso sin patente y sin dar el quinto al Almirante Mayor y la Corona.

—Nunca tuvo demasiadas entendederas…

—Ninguna —negó con la cabeza el tabernero acodándose sobre la mesa.

—Pisamierdas Oñate…

—En galeras reales, de camino al reino de Sicilia, se habla que lo cogieron asaltando a los judíos que abandonaban Sevilla por los caminos de Sierra Morena cerca de Castilleja.

Gruñó Vasco un improperio. Se le acababan las opciones.

—¿Y el manco Zuzuaga?

Sonrió el Piesplanos mojando otra sopita en el jugo.

—Ese mala sangre sigue dando guerra con las malas pulgas de siempre. —Echó una ojeada a su alrededor alzando el cuello—. Si no anda por aquí todavía… acudirá antes del alba a dormir la mona con una de esas lechonas. —Hizo un ademán con el mentón señalando un grupo de mujerzuelas desarrapadas con el pelo enmarañado que estaban sentadas en la mesa de los herreros—. Seguro que ese diablo Zuzuaga aún se acuerda bien de vos —matizó con sorna, asomaron unos dientes amarillentos entre sus finos labios.

—Y yo de él —siseó—. ¿Dónde puedo encontrarlo antes del alba?

—Prisa lleváis de encontraros con problemas.

—Eso no es de vuestra incumbencia —apuntó Vasco.

Se encogió el otro de hombros como diciendo avisado estáis.

—En un descampado cerca de los muelles lo hallaréis, por el puente de Triana. Suele jugar a los naipes con su pandilla de facinerosos... —Alzó el hocico Matallanas de su cuenco al oír «jugar» y «naipes»—... de la peor calaña.

Eso pareció complacer a Vasco que respondió con una sonrisa lobuna.

—Gracias, Piesplanos —dijo soltando tres blancas sobre la mesa—. Ya me debéis solo un favor.

—En verdad espero que tardéis en venir a cobrarlo.

IX. EL MANCO ZUZUAGA

Sombreada por algunas nubes altas una media luna creciente alumbraba tenuemente los primeros compases de la medianoche. Poca gente había ya por las calles, y ninguna sería de bien. Se oían de fondo los gritos ahogados de una trifulca que salía de un tugurio por el Postigo del Aceite, los quejidos de dos perros que copulaban en un descampado y un gato maullando que los observaba desde el tejado de una cochiquera. Caminaban con paso firme, las suelas de sus botas crujiendo por el terruño del Arenal, hacia las sombras que levantaban las atarazanas reales. Era el camino más rápido. Detrás de los barcos, les dijo el Piesplanos, ahí montan sus timbas el Zuzuaga y sus secuaces.

Al verlos llegar, la cuadrilla que guardaba los portones de las atarazanas se levantó de la hoguera alrededor de la cual bebían picas en ristre.

—¡Quién va a estas horas de la noche! —tronó una voz. Era un guardia bajito y fornido el que se adelantó al resto. Los demás permanecieron expectantes, atentos a las tres siluetas que se detuvieron a veinte pasos de las puertas de los astilleros.

—¡Buscamos al Manco Zuzuaga! —respondió Vasco dando una zancada, lo justo para que vieran sus manos desnudas, pero sin entrar en el haz de luz para que no reconociesen su rostro.

Hubo un breve cuchicheo entre los guardias.

—¡Tirad por los pantalanes! ¡Por esta puerta ya no pasa ni un alma! —replicó el guardia dando un sonoro eructo y alzando su lanza—. Ese zarrapastroso al que buscáis estará con su

recua cerca de los cañizos del puente... —masculló.

—¡Eso haremos! —repuso Vasco reculando a las sombras.

Ponce de León secundó la propuesta de los centinelas.

—Mejor será por los pantalanes. Esas picas parecen afiladas, don Vasco.

—Poco tienen ya que guardar esos hombres salvo a los desgraciados del «aljibe del hambre». —Así era como llamaban al calabozo ubicado dentro de las atarazanas al que iban a parar los maleantes de la peor calaña—. Pero mejor no tentar a la suerte, sobre todo en la noche y con vino de por medio, no vaya a ser que alguno se envalentone por nada... —replicó el leonés con sorna mirando de reojo a su compinche Matallanas.

Rafalito Matallanas asintió pesaroso sin decir palabra, arrastrando los pies enfiló el hombretón camino de los muelles abriendo la marcha. Había costado sacarlo de las Tres Blancas, maldiciendo y a empellones, y todavía rumiaba Matallanas sobre la manceba de amplias carnes que a esas horas estaría encamada en coyunda con otro macho. Resultó que a punto había estado Matallanas de encontrar bulla cuando percatóse que la hembra en cuestión se había sentado en las rodillas de uno de los fulanos de la cuadrilla de herreros y se enzarzó esta cariñosa dándole arrumacos y besos ejerciendo bien su oficio. Se levantó el rambleño como un resorte, envarado, con un mecagoendios en boca y jarra en mano, y atravesó la estancia a trompicones dispuesto a partirle la crisma al pobre desgraciado si no llegan a cogerlo Vasco y Ponce antes de que alzara el brazo. Intentó el leonés mediar en el asunto bajo la atenta mirada de un Juanillo que ya estaba dispuesto para la gresca ajustándose espada y daga al cinto. Disculpen vuesas mercedes, azumbrado está este gañan por el vino, lo sujetó Vasco por la manga y le dio un empellón; no sabe lo que hace el pobre, a veces se le enajena la cordura. Este perro sarnoso, hip, tiene que recibir una lección, hip, respondió un valentón de brazos gruesos como jamones y dedos gordos como chorizos. Eso, hip, respondió el de al lado, que se lo hubiera pensado antes de levantar la mano. Matallanas bufaba y despotricaba que ya había apalabrado servicio con la barragana, mientras que Vasco intentaba arrastrarlo de vuelta a la mesa y Ponce de León se interponía entre el hombretón y los parroquianos que se levantaban de sus taburetes. Hubo de intervenir el

Piesplanos acompañado de tres secuaces fornidos, ojerosos y malencarados para poner paz y calmar los ánimos; pero no fue hasta que los herreros, mazas y martillos muy dispuestos, se percataron de las tizonas y de cómo las portaban Vasco, Ponce y Matallanas, con cara de saber lo que hacían, que se amilanaron y dejaron correr el asunto.

—Apenas se construyen barcos, Juanillo, en estas atarazanas, que tienen de reales lo que les da el nombre —murmuró Matallanas, hosco, dando una patada a una piedra.

—No corren buenos tiempos para la armada castellana, lo justo para guardar que no vengan refuerzos de África para los moros —añadió Vasco—. Nuestros reyes andan empecinados con Granada y todos los maravedíes van para su fodida guerra —esto último lo matizó con desdén.

No andaba descaminado mi amo, como soldado que fue bien sabía de lo que hablaba. Pues desde los tiempos de la conquista de Tarifa a las campañas de Alfonso XI para la guarda del Estrecho, en los conflictos con Portugal, hasta llegar a las contiendas de Pero Niño, las atarazanas de Sevilla fueron negocio floreciente y ofrecieron buen servicio para abastecer de barcos las armadas. Empero, a finales del mil cuatrocientos de nuestro Señor los reales astilleros habían perdido buena parte de su lustre y su esplendor hasta tal punto que se hablaba de que el alcaide don Diego López de Haro, contino regio, pronto cedería a la presión de los mercaderes y pediría a los reyes que albergaran las pescaderías del ensanche de San Francisco y no naves de guerra. Finalmente, y durante algunos años, lo fueron, atarazanas regias con olor a pescado fresco. El tiempo de estas ya había pasado y el futuro les depararía usos de los más variopintos, desde aduanas hasta capilla de marinos. Ay, si el rey Sabio levantara la cabeza... En la Torre de la Plata aún se puede leer la lápida fundacional que, si la memoria no me falla, así reza en parte:

«…Séate conocida cosa que esta casa y toda su fábrica hizo el Sabio y claro en sangre D. Alfonso, Rey de los españoles. Fue este movido a reservar las galeras y naves de los suyos contra las fuerzas del viento austral, resplandeciendo con arte pleno lo que antes fue arenal informe…»

En fin. Esos pormenores se encuentran de sobra en los anales de la época y a ellos remito a vuestras mercedes si el asunto les resulta de interés. A fe mía que siempre ando a vueltas con digresiones y saltos en el tiempo que me alejan del hilo de estas crónicas. Ahora, me remito a lo

que ocurrió en aquella noche de agosto en la que iban mi amo y sus dos secuaces buscando al tal Zuzuaga para enrolar a sus hombres en un peligroso encargo.

—Para eso son reyes Isabel y Fernando, demonios, para comandar y hacer lo que les venga en gana, no lo que vos digáis. Si deciden conquistar Granada a los moros… sus buenas razones tendrán… —gruñó Matallanas después de un silencio, quería buscarle las cosquillas a mi amo—. Os imaginaba mejor servidor de vuestros señores, Negro.

—Y lo soy —repuso el leonés no sin cierta burla ante los comentarios del soldado—. Incluso los he servido mejor que a Dios, creedme Falito, pues de este quebranté no menos de diez mandamientos, y de mis señores ninguno.

Rio la ocurrencia Ponce de León, no así Rafalito Matallanas que después del calentón de las Tres Blancas no estaba, lo que se dice, para que le tirasen de las barbas.

—Eso habría que verlo —replicó avinagrado el rambleño con un bufido, los tablones de los pantalanes crujiendo bajo su peso—. Vos solo os servís a vos mismo.

—Pardiez, dejad de dar monsergas y de pensar en esa barragana de carnes prietas, Falito, y no os pongáis más espeso —respondió Vasco—. Cuando apalabremos con el Zuzuaga seréis libre de hacer lo que os venga en gana.

Los mástiles en cruz de los navíos adivinábanse sobre la luz de las antorchas; se contaban cuatro galeras, dos carracas, tres carabelas y varias pequeñas fustas y barcas de pescadores en el muelle del que salía el pan y arribaban las mercancías del Atlántico. Había también hombres armados custodiando los barcos, pero estos iban a lo suyo y no les hicieron demasiado caso. Alguna canción de marinería llegaba a sus oídos amortiguada por el ronroneo de las aguas.

Llegaron al poco de cruzar los pantalanes a un raso cerca del cañaveral que bordeaba el río entre la resolana y el cauce, a los pies del puente de Triana. Las ranas cantaban, y los mosquitos zumbaban en la oscuridad. Se vislumbraban tres grandes hogueras que refulgían como luceros en la noche. Conforme se acercaban apreciaron el voceo de hombres y mujeres ebrios, sus siluetas sentadas alrededor de los fuegos.

—Dejadme hablar a mí —siseó Vasco—. Y, sobre todo, no intervengáis. El Manco es hombre

temperamental y de carácter errático si hay vino de por medio —cogió por el brazo a Matallanas —. ¿Entendido?

Asintió este con un gruñido.

—No recuerdo haber oído hablar de ese Manco Zuzuaga —rezongó Matallanas centrándose en el asunto—. Sí, del tuerto Sorní, de Merlo el Perro y del Zafreño… pero, ningún manco me viene a la memoria…

—Fue compañero de fatigas con el Piesplanos, cuando los hermanos Trastámara se disputaban el trono, la guerra de antes de que vos llegarais a matar portugueses —aclaró, hizo una pausa y continuó en un leve susurro—. Luchamos juntos a las órdenes de Carrillo, sesgamos vidas de buenos castellanos que no sabían ni para qué peleaban los condenados. —Escupió Vasco al suelo, como si el mero recuerdo o el hecho de mencionarlo le causase resquemor—. Le cortaron de un tajo la mano buena en la batalla de Trujillo y dejó la mesnada después de lo de Toro. Sin poder empuñar tizona, de poco valía allí… no más que para vaciar los bacines de los señores y repartir las raciones...

—Tenéis cuentas pendientes con él, Negro, según mentó el Piesplanos —musitó el hombretón aspirando aire fresco—. ¿Cómo de pendientes?

—Alguna hay, aunque poca cosa —sonrió Vasco. Se aplastó un mosquito de un manotazo en el cuello—. También es hombre cabal el Manco… siempre que haya dineros de por medio.

—Cabal con dineros, como todos —secundó Ponce de León ajustándose el cinto.

Una brisa fresca se levantó del poniente avivando las llamas de las hogueras, esparciendo favilas ardientes en la negrura de la noche.

—Se hará el bravucón delante de sus hombres —arguyó el leonés—, eso dadlo por sentado, pero poco más. La sangre no llegará al río, os lo aseguro.

—Estamos muy cerca el río —terció Ponce de León, guasón, espantando unas cuantas de esas cenizas.

—Dejaros vos también las chanzas para otro momento, Flaco —lo reprendió Vasco.

—No parece que un manco que no puede empuñar la tizona nos sea de mucha ayuda —

apuntó Ponce de León.

—Siempre fue hombre de recursos el Zuzuaga —prosiguió el leonés—. Tenía madera de líder, buenas ideas y cierto carisma, a cuadrillero de cincuenta llegó en la hueste. Era de esos hombres a los que se escucha cuando habla. —Frunció los labios—. Solo que la fodida suerte se le truncó y algo de locura arraigó en él.

—Eso no sé si es bueno o malo —observó el castellano.

—La suerte es esquiva, Flaco —chasqueó Vasco la lengua—, como un cervatillo; a veces aparece en los momentos más inesperados y otras se esconde en lo más recóndito del bosque y no hay rezo a Dios ni a la Virgen que la haga salir. Por lo que hemos oído, Zuzuaga se ha hecho un nombre entre los malandrines de la ciudad. Quizás la suerte se le haya aparecido de nuevo, y la cordura.

Las risas estridentes resonaban por encima del crepitar de las gruesas ramas de oliva. El viento removía aún más las pavesas candentes que parecían ejércitos de luciérnagas revoloteando hacia el cielo.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó una voz rota cuando estaban a diez pasos.

En la primera hoguera cesaron las voces y las risas. Las cabezas se volvieron casi al unísono.

—¿Venís otra vez a tocarnos el coño? —Una mujer ebria y desarrapada se levantó a trompicones y, a trompicones también arrió su falda aireando una pelvis velluda y unas piernas nervudas. De su garganta brotó una risa estentórea secundada por la de sus compañeros de noche. Los señaló temblorosa con el dedo mugriento y chilló—: ¡Decidles a vuestros amos que no somos sus perros y que aquí jugamos a los naipes, a los dados y hacemos timbas cuando nos sale de la higa!

El resto jalearon sus palabras.

Vasco se adelantó a sus dos compinches y respondió con calma.

—En paz venimos. —Se mesó la barba—. No somos alguaciles ni corchetes, ni queremos montar gresca. Solo pretendemos hablar con un hombre.

—¿Y a quién diablos buscáis aquí, si puede saberse? —inquirió la mujerzuela con un graznido.

—A uno que llaman el manco Zuzuaga.

Los cuchicheos cesaron al instante. El hombre de la voz rota que les había dado el alto se levantó presto, piernas abiertas, a lo bravo.

—¿Para qué demonios queréis vos ver al Manco? —preguntó dando un paso al frente con mirada zaina y voz acerba. Conformaba una silueta de torso fuerte y extremidades cortas y arqueadas, muy de la tierra.

—Soy un viejo compañero de armas —repuso Vasco—. Solo quiero saludarlo y recordad tiempos mejores.

—Malas horas son estas para venir a saludar al culo del mundo.

—Os aseguro que se alegrará de verme.

Dio el patizambo un trago largo a su pellejo y se limpió la barbilla.

—¡Jefe! ¡Jefe! —gritó tras un breve silencio—. ¡Aquí un hombre dice que os busca! ¡Que os conoció de soldado! ¡Viene con otros dos, un grandullón y un mochuelo!

El silencio se adueñó de la noche, solo roto por el chisporroteo de las llamas y el ulular de una lechuza por las tejas de las atarazanas. Tres sombras se levantaron de la hoguera del fondo, la que ardía más próxima a los cañizos.

Una de ellas se adelantó al resto dando tumbos, le costó cinco zancadas erguirse del todo y mantener el equilibrio.

—¿Quién diablos me busca si puede saberse?

Vasco y compañía podían sentir como los malandrines y las mujerzuelas allí congregados los escrutaban desde la oscuridad. Algunos aceros chocaron al ser recogidos, otras sombras se levantaron y los rodearon formando un amplio círculo. Las mujeres se ocultaron tras las llamas. Parecían hombres rudos, curtidos, la mayoría ebrios de vino. La situación se tornaba ciertamente peligrosa.

Vasco puso una mano en el hombro de Matallanas y otra en la de Ponce de León que ya se

llevaba la suya al mango de la ropera.

—No hagáis nada, si no os lo ordeno.

Asintieron ambos circunspectos.

—Esto se pone feo —masculló Matallanas acariciando el agarre de cuero curtido de su espadón que colgaba de la funda atada a su espalda.

—De peores hemos salido —susurró el leonés esquivando un montón de desperdicios de comida—. Soy yo, Zuzuaga, ¿no me reconoces? —alzó el tono.

—Esa voz... esa voz —respondió el Manco de forma bronca, casi gutural—. La reconozco del pasado...

Se adelantó Vasco un par de pasos hasta que el fuego alumbró su rostro.

—¡Por Dios y por la Virgen santísima! ¡Vasco! ¡El fodido Negro! —barbotó. Dio un pequeño traspiés el Manco Zuzuaga azuzado por el exceso de vino. A la luz de la lumbre se dibujó la estampa de un hombre algo mayor que Vasco, en calzas cortas y camisa abierta, quizás rozando la cuarentena, de rostro cuadrado y pelo cobrizo oscuro, muy cobrizo, recogido en una coleta. Su piel era lechosa y brillante por el sudor, y llevaba una barba espesa bermellona salpicada de hebras blancas. Era algo más alto que mi amo y de complexión delgada. Más parecía europeo, un alemán o un inglés, me contó más adelante Matallanas en la posada del Potro, que un navarro de linaje del Baztán como se vanagloriaba el tal Zuzuaga. Pero, lo que más llamaba la atención no eran ni el color de su barba ni su piel blanquecina, sino el muñón en su extremidad, donde debía estar su mano diestra sobresalía un pequeño puñal sujeto con unos enganches y correas de cuero a su antebrazo—. Fodido Vasco —farfulló, de nuevo se trastabilló. Estaba de vino hasta las trancas—. Hip… Esperaba no volver a veros. Decían las malas lenguas que habíais muerto.

—De mala gana se deja el hombre matar —sonrió esquinado—, ya veis que se equivocaban esas lenguas…

Aspiró hondo Zuzuaga y se acercó al leonés con recelo, observándolo de arriba a abajo, sin ponerse al alcance de su herreruza.

—Eres tú... sí que eres tú... más viejo… pero igual de hideputa —continuó. Tenía la lengua

espesa. Se volvió hacia el grupo de hombres que cerraban el círculo—. ¡No desenvainéis aceros si queréis continuar jugando a los naipes con vuestras manos! ¡Este hombre es capaz de cortároslas en un pestañeo! —alzó el muñón.

Se miraron Matallanas y Ponce de León.

—Los vais a asustar, Zuzuaga —apuntó Vasco.

—Ya están curados de espantos.

Ambos quedaron frente a frente. El silencio se adueñó de nuevo de la noche, solo roto por el rumor de las aguas y el crepitar de las llamas. Fue mi amo el que finalmente habló:

—Y, estas timbas... Tenía entendido que los reyes lo habían prohibido.

Escupió el Manco Zuzuaga con saña.

—¿Qué carajo les importa a los reyes este fodido agujero del Arenal? Aquí solo vienen putas, borrachos y maleantes. Veis alrededor una muestra de todo ello. —Abrió los brazos. Nadie respondió a sus palabras. Sus esbirros estaban expectantes—. ¿Qué le ha pasado a tu nariz?

—El escaribel de Toledo —sonrió Vasco levemente tocándosela con el pulgar.

—Le daría una moneda a quien os lo hizo.

—No creo que lo encontréis entre los vivos.

Se rascó Zuzuaga el pecho del que sobresalía una espesa pelambrera cobriza.

—No sé... leonés... no sé... —Movió enérgicamente su cabezón—. Si alegrarme de esta inesperada sorpresa y darte un abrazo… o abrirte en canal y echarte al río para que los peces tengan algo que yantar... —Se acarició su tahalí hasta llegar al pomo de su jineta.

Los hombres que los rodeaban dieron un paso al frente, dubitativos, mirándose unos a otros y sin perder cuenta de las manos de Vasco que descansaban sobre la hebilla de su cinto. Por el rabillo del ojo atisbó mi amo que Matallanas y Ponce de León se movían inquietos como dos fieras acorraladas y se ponían espalda contra espalda. Les hizo un gesto con la mano para que no hicieran ningún movimiento en falso.

—Ha pasado mucho tiempo, Zuzuaga, no desperdiciéis vuestro aliento hasta que oigáis lo que vengo a deciros. Hay dineros de por medio.

Aquellos ojos oscuros, negros y vivos, parecían estudiarlo con fijeza. Gruñó Zuzuaga por lo bajini, hasta que finalmente soltó:

—Tenéis hígados de presentaros aquí, Vasco, siempre lo dije de vos, que, si la suerte os acompañaba llegaríais lejos, como vuestro amigo el cordobés, ese hidalgo al que salvasteis en el Duero tiene duende… —Se rascó el pecho y el sobaco. Tenía abundantes picaduras de mosquito, ronchitas en su piel blanquecina—. Dicen que ha prosperado.

—Mucho —respondió lacónico —. Ahora es capitán.

—¿Y vos? —graznó.

—Un poco menos. A la vista está.

Carcajeó Zuzuaga.

—Y decís que habrá dineros…

Se encogió Vasco de hombros.

—Cuando se haga una encomienda.

Cabeceó el navarro apretando los labios en un gesto que en cualquier otro lugar hubiera resultado hasta cómico.

—Aún recuerdo esa manceba que me birlasteis en las murallas de Ávila con vuestras malas artes, no penséis que lo he olvidado.

—Agua pasada no mueve molino.

Carcajeó de nuevo Zuzuaga hasta que terminó tosiendo.

—Pero, por lo que os guardo rencor, Negro del demonio… —bajó el tono de voz hasta hacerlo un susurro casi inaudible—... ¡Es por cortarme esta puta mano y dejarme tullido para siempre! —estalló. Enarboló el muñón, el puñal apuntando hacia el cielo—. ¡Hijo de Satanás!

—No me vengáis con esa vaina otra vez, Manco —suspiró el leonés dando un paso atrás, su mano ahora sobre el mango de la ropera.

—¡Mientras me sujetaban entre cuatro me disteis un tajo con una sonrisa de oreja a oreja y después me quemasteis con un acero candente!

—Era lo que el cirujano de la reina mandaba, Manco —repuso paciente—. Estaríais en la

tumba si no hubiésemos cercenado la putrefacción.

—¡Y bien que lo disfrutasteis!

Desenvainó el Manco Zuzuaga el acero de su tahalí con la zurda y arremetió contra Vasco con una torpe estocada. El leonés, al mismo tiempo, sacó su filo, retrocedió el pie izquierdo en semicírculo y desvió la tizona del manco sin dificultad quedándose a espaldas de su oponente.

—El vino os juega una mala pasada, Manco —bufó dando una patada en el trasero del pelirrojo que cayó trastabillado al arenal muy cerca de la lumbre—. Os salvé la vida. No había otro que se atreviera a cercenarla, sabéis que en el fondo me lo debéis.

Los secuaces del Manco Zuzuaga, los superaban en cuatro a uno, dieron un paso adelante y Matallanas y Ponce hacia atrás, espadas ya en mano. Ninguno de los facinerosos se atrevía a entrar en la pelea, quizás porque su jefe aún no se lo había ordenado, quizás porque intuían que eran hombres de armas bien instruidos los que tenían en frente.

—¡El vino y tu puta madre, Negro del demonio! —farfulló el navarro.

Se levantó limpiándose con el dorso de la mano una mezcla de babas, arena y ceniza que le ocultaban los labios. Se situó con la guardia baja a tres pasos de Vasco, y de nuevo cargó contra él estirando el cuerpo con dos tajos oblicuos de diestra a siniestra y viceversa. Vasco dio un paso hacia atrás desviando ambos golpes sin demasiados problemas. Con la rapidez de un gato, trazó un semicírculo y se situó a su espalda, y de nuevo su bota dio con el trasero del Manco Zuzuaga que terminó trastabillado dando de bruces sobre la arena a un palmo de la hoguera. Vasco ojeó a Ponce y Matallanas y negó con la cabeza.

El navarro se levantó boqueando y tosiendo, con la vista clavada en Vasco.

—Siempre se os dieron demasiado bien estos pinchos —masculló.

—Dejadlo estar, Manco, los duelos azumbrado de vino nunca fueron lo vuestro... No hay necesidad de esto...

—¡Sí que la hay, hijo del diablo! —gritó encabronado.

Con una finta de derecha a izquierda se acercó y quiso engañar al leonés burdamente con otro mandoble que Vasco desvió alzando el filo de su tizona girándose a su diestra. El Manco no se

dio por vencido y lanzó un tajo de arriba hacia abajo que pilló algo desprevenido a mi amo que lo paró con el acero en ángulo muy cerca de los gavilanes. Sus rostros quedaron muy pegados el uno del otro. Zuzuaga intentó trincarlo con el puñal del muñón, pero mi amo ya tenía la daga en mano para parar el estoque.

—¿Cuántos dineros hay? —farfulló el Manco echando saliva cerca de su oreja.

—Los suficientes para que durmáis en cama y comáis caliente una temporada —respondió Vasco sin alzar la voz—. Y para que forniquéis en las Tres Blancas durante todo el invierno.

Se lo pensó el otro durante un par de latidos.

—Dejadme que os venza, Negro, y hablaremos —le susurró el Manco acompañado de una mueca muy parecida a una sonrisa—. Tengo que aparentar delante de mis hombres.

—Sea —asintió Vasco después de un parpadeo.

El leonés retrocedió un par de zancadas largas. Movió la cabeza a uno y otro lado, y, flexionando rodillas y antebrazo atacó con una estocada directa, que no iba a llegar nunca al corazón de Zuzuaga. Arremetió este con rabia sobre el acero de mi amo el cual resbaló al terruño casi antes de que lo golpearan soltando su tizona. Menuda pantomima nos brindó el Negro, contaría después Matallanas entre el pizporrete y la garbanzada de la Rosarito.

De la garganta del Manco Zuzuaga brotó una risa estertórea. Hubo varios vítores entre sus secuaces, pero la mayoría permanecieron en silencio, rumiando que lo que acababa de suceder se asemejaba más a uno de esos duelos de los corrales de comedia que a otra cosa.

Se acercó el navarro con la tizona apuntando a la garganta del leonés. Matallanas y Ponce de León se miraron con cara de no saber qué hacer, pero mantuvieron la sangre fría.

—Te he derrotado, Negro.

Este alzó la daga por si al Manco le daba por incumplir el trato.

—Con todas las de la ley, Manco.

—¡Soy de los pocos que pueden decirlo!

—Y vivir para contarlo —replicó hosco, no le placía tener la punta tambaleante de la espada a un palmo de su pecho.

—¡Os perdono la vida! —bramó contorsionando el gesto de forma exagerada—. Ahora estamos en paz.

—Ahora estamos en paz —repitió mi amo con alivio—. Y tengo una propuesta que haceros.

—¡Está bien, está bien, viejo camarada, os escucharé! —Su voz tronó por encima del murmullo creciente de sus acólitos, ya se olían que no iba a haber gresca y sonreían más relajados mudando su actitud, y ahora asistían al asunto con curiosidad profesional, cual si la deferencia que mostraba su compadre con ese jaque fuese mejor aval que un breve del Papa—. ¡Volved a vuestras timbas! Y vos, Negro, seguidme. —Hizo un ademán con la mano—. Decidme que buscáis de este pobre tullido.

Se acercó Matallanas con el rostro contrito a recoger la ropera de Vasco, secundado por un Ponce de León que aún no había envainado su herreruza.

—Algunas cuentas pendientes, hideputa —masculló Rafalito Matallanas al devolverle el acero a mi amo—. Le cortasteis la mano... Eso es algo que no se olvida, Negro del demonio.

—Este bravonel, Carmona, es desconcertante. —Zuzuaga palmeó a Vasco esbozando una sonrisa amistosa, oscura y enorme—, puede mostrar respeto por un Dios que no entiende, batirse por una causa que no respeta, emborracharse con un enemigo que admira y morir por un señor al que desprecia, y, a los amigos… es capaz de cortarles la mano para salvarles la vida —rio espoleado por el vino, agitando el muñón.

—También vos erais así, Zuzuaga —comentó Vasco.

—Eso era antes de enfangarme en la mierda. Ahora miro más por mi pellejo y el de mis hombres, y a los señores que les den por culo. Y vos deberíais hacer lo mismo.

No iba Vasco a contarle más de lo necesario, ni venía a cuento mentarle a don Gonzalo. Ya habría tiempo y lugar para ello.

—Busco hombres de hígados —soltó Vasco después de dar un trago al pellejo de vino amargo —. ¡Vida de Dios! —escupió—. Este brebaje resucita a los muertos, no querréis ahora emponzoñarme...

Rio el navarro entre dientes.

—No seáis bujarrón, Negro. —Le tiró de la nariz haciendo pinza—. Os habéis amanerado con los años.

—Nos hacemos viejos que es otra cosa.

—¿Y qué os ha hecho pensar en mí para esta encomienda? —lo señaló con el pincho de su muñón.

—Sois el único de mi lista que aún no ha muerto o está en presidio. —Se encogió de hombros con naturalidad.

—Desde luego que siempre fuisteis un mangurrián sincero, y es de agradecer. Pero, ya veis lo que tengo.

Se acarició Vasco la perilla.

—Dicen que comandáis una banda de mercenarios.

Se atragantó el Manco con el vino.

—Coño, Carmona, mercenarios... dicen que somos, ¿qué opináis?

El hombre de antes, el de la voz rota de torso ancho y fornido, estaba sentado junto al Manco y Vasco, unos pasos retirados de la última hoguera. Tenía unos ojos grandes y marrones, apenas abría la boca para otra cosa que no fuera beber vino y comer la carne asada ensartada en el palo. Hacía gala de una calva incipiente en la coronilla y otra en las sienes, adornada por una mata de pelo desmadejado y una barba tupida con un mechón blanco en el centro. Se llamaba Sebastián Carmona y era algo así como la mano derecha, nunca mejor dicho, del Manco Zuzuaga.

—Matachines a lo sumo, jefe, y perillanes —mordisqueaba cachazudo un palito con carne de algún bicho que más parecía una rata que un conejo.

—Es bueno este Carmona, es leal y siempre dice lo que piensa. —Lo palmeó como si fuera un cachorro que ha recogido el hueso lanzado por su amo—. Lo cual es de agradecer.

Se oyó de fondo el vozarrón de Matallanas soltando un mecaenlaputaendiosyenlavirgen de corrido, seguido de un jaleo generalizado y de carcajadas estridentes. Se había quedado Rafalito Matallanas embelesado en la segunda hoguera donde hacían timbas de dados. Esperaba mi amo

que su compinche no rematara mal la noche. Un poco más allá se vislumbraba la silueta de Ponce de León cerca del cañizo, al cual le leía la mano una morena bajita y enjuta de ojos oscuros apartados del tumulto y de la lumbre.

—Buenos prendas, esos que os acompañan —continuó Zuzuaga cogiendo de nuevo el pellejo. Estiró las piernas y los dedos de sus pies mugrientos asomaron por el agujero de sus alpargatas —. A uno lo van a desplumar y al otro se lo van a trajinar.

Se encogió de hombros Vasco.

—No hacen mal a nadie, y son leales.

—¿A quién? —inquirió Zuzuaga.

Vasco se pensó la respuesta unos segundos.

—Uno a los dineros y el otro a eso que algunos soldados llaman honor.

—Hay uno listo y otro menos listo, pues —concluyó el pelirrojo—. No hay que ser muy avispado para adivinar quién es quién...

—Puede ser… —Se acarició Vasco el mentón torciendo el gesto. Dio otro trago al pellejo, el paladar ya habituado—. Me vale con vuestros matachines y que no hagáis preguntas —quiso reconducir la conversación Vasco.

Zuzuaga emitió un sonoro eructo. Carmona seguía a lo suyo, dejando en los huesos al bicho asado como si la cosa no fuera con él.

—Hombres de hígados, matachines, y que no hagan preguntas... —rio— ¿Para quién es el encargo?

—Os dije sin preguntas, Manco —zurreó Vasco cortante.

—Zarandajas.

—Zarandajas o no, es lo que hay.

—Asunto feo, pues.

—No estaría aquí si no lo fuera.

—Eso es cierto… Por Cristo, que es extraño medro el que ofrecéis… Algo más me tendréis que contar, Negro. Pobres diablos son mis hombres, pero como su jefe me preocupo por su

bienestar y por el mío... es lo mínimo que merecen, no mandarlos directamente al matadero.

Asintió levemente Carmona.

Era ética retorcida pero cabal la que mostraba el Zuzuaga. Retorcida podría parecer por quien la decía, pero muy de la época entre la gente del bronce. He de advertir a vuestras mercedes que yo mismo, que desde niño fui un correcalles de los arrabales, doy fe de que en los más despiadados matarifes, pícaros, soldados, zurriburris y chusma a sueldo, advertí más respeto a ciertas leyes y normas no escritas que en gente de condición supuestamente honorable, pues no dudaban estos en vender a su propia madre si con ello hallaban beneficio para su bolsa.

—Mentiros, sería una felonía. Puedo deciros que vamos a robarle a un noble… de parte de otro noble —concedió Vasco.

—Gente de calidad anda metida en el asunto.

—En efecto.

—No es sorprendente, no es sorprendente —entre la maraña de pelo naranja de la barba se atisbaron unos dientes amarillentos—. Todos son iguales de miserables y canallas…

—Es posible que haya que matar y que alguno de los nuestros se vaya al otro barrio.

—Eso siempre por descontado en este oficio, Negro. —Dio un trago largo al pellejo y se limpió algunas gotitas que le caían por la barba con el dorso de su velluda mano—. Pero, siempre es bueno recordarlo.

—Como os dije, habrá oro para los vivos. —Juntó Vasco las palmas de las manos y las frotó —. Un excelente para cada uno.

Carmona dejó de masticar y observó al leonés con interés renovado. Se vislumbraba un atisbo de inteligencia en el brillo de sus ojos. Con un excelente castellano se podría comprar vino decente y carne de conejo para muchos días, parecían decir. Después oteó al Manco Zuzuaga y asintió con la cabeza.

—¡Sabía que este viejo camarada nos traería suerte, Carmona! —exclamó el navarro alzando el muñón—. ¡No busquéis más, Negro, somos vuestros hombres de hígados que no hacen ni una fodida pregunta y están dispuestos a arriesgar su vida por un excelente de oro!

Cuadrilla de diablos, caviló Vasco para su interior. Eran carne de cañón que abundaba en todos los rincones de aquel reino de las Españas de finales del mil cuatrocientos, sin más porvenir que el que le procuraban sus reyes y señores. Eran hombres que vivían el presente sin amilanarse, cada día como si fuese el último, porque podría ser que realmente lo fuera.

X. LA CELEBRACIÓN

Saboreaba Vasco el caldo especiado mientras oteaba de soslayo al resto de la variada concurrencia. Se miraban los comensales unos a otros riendo con suficiencia para constatar quién había sido invitado y quién no. Era aquel uno de sus principales deleites, y una virtud en su oficio, observar a sus semejantes, catalogarlos según su donaire, sus ropas, sus gustos, sus gestos, sus compañías y sus pareceres.

Encontrábanse allí presentes los familiares —tíos, sobrinos y primos— del clan Berardi asentados en Sevilla, ataviados todos ellos con prendas ricas y coloridas, un muestrario de moda de la época concentrado en el patio del palacete de los mercaderes florentinos. Sayones de terciopelo para los respetados cabezas de familia; sayas cortas, jubones y jaquetas de cuello alzado para los más jóvenes; y vestidos más o menos ceñidos y con más o menos escote para las damas según se contasen sus arrugas, sus primaveras y sus ganas de casamiento. Por supuesto que peinados, barbas y sombreros para todos los gustos también los había.

Otrosí de los familiares, veiánse algunos allegados entre los invitados. Varios comerciantes florentinos y genoveses con sus esposas e hijos según se diera el caso, y también alguno sevillano se había atrevido a acudir, pues el escándalo entre los Berardi y los Estrada se había tapado con otro escándalo y era ya agua pasada.

La ceremonia en sí fue sencilla y breve, no querían el clérigo ni la familia Berardi postergarla más de lo necesario, su faena había costado sacarla adelante como para que algún inesperado

giro del destino diera al traste con las pretensiones de los novios. Una corta homilía y los enamorados jurando votos y amor eterno bajo la cruz de Cristo y la mirada condescendiente de la Virgen. Y don Anselmo de por medio oficiando el sacramento con una casulla de prestado, en latín, con buena parola y aplomo, recién tonsurado por el colodrillo. Había tirado el dominico de influencias para que la misa se celebrase en la pequeña iglesia de Santa María la Blanca, otrora mezquita otrora sinagoga, junto a la plaza de los Curtidores. La novia pareció feliz, siempre con la sonrisa perenne, apenas se notaba su estado grávido dentro del brial brocado de lino blanco y bordados de oro, holgado, el pelo recogido en una larga trenza con un velo blanco, colgando del cuello una cruz de plata. El novio lució su rostro satisfecho y su buen talle con una jaqueta bermellona con hombreras, de bordes adornados con cenefas, ceñida a la cintura por un cinturón con medallones de oro, también dorados eran sus zapatos de punta, muy a la moda. Después de besos y enhorabuenas, todos a pie hacia la residencia Berardi que no quedaba lejos.

El palacio de los florentinos se ubicaba cercano a la Puerta de la Carne enfilando para la Macarena, a un par de esquinazos de la plaza de Curtidores. Desde luego que no era del tamaño y de la fineza que el de la casa de Medina Sidonia, en el cual yo me hallaba junto al bueno de Mateo disfrutando de la «hospitalidad» del duque —apenas lo vimos de refilón un par de veces más—, de las travesuras de la enigmática Leonor, de los pescozones de Eustaquio, y de las extrañas palabras que de vez en cuando echaba por la boca esa esclava de tez oscura y rostro agrietado por los años —y las penurias—. Afirmaba esta Fermina que podía ver el futuro en las líneas de mis manos y las arrugas de mi rostro y que mi vida estaría llena de hazañas y portentos, hasta un mundo nuevo pisaría, pero que a cambio padecería el tormento de presenciar cómo me abandonaban todos mis seres queridos. A fe mía que apenas nadie la creía, salvo los esclavos guineos. Mateo, mi buen amigo, siempre tan cabalito y entendido, decía que si podía ver el futuro cómo era que estaba allí precisamente, sirviendo como cautiva de un alto noble; ella argüía con voz cansada que el destino era caprichoso como una cortesana y así estaba escrito, que ese era su sitio por mucho que intentara cambiarlo, y que lo de ver el futuro le vino de mujer y no de niña, que fue cuando la cogieron esa partida de portugueses cabrones más al sur del cabo

Bojador. Ahora, en la distancia de los años me pregunto si en realidad la anciana podía escrutar entre las entretelas del tiempo o eran delirios de una vieja chocha. Un poco de cada cosa quiero creer.

Permítanme vuestras mercedes que haga aquí un pequeño aparte en mi relato del día de la boda de los Berardi y Estrada pues mi historia iba aparejada a la de Vasco; no en vano era por Mateo y por mí por lo que se estaba jugando el pellejo —al menos es lo que quiero creer y así lo escribo en estos legajos—. Por aquel entonces poca atención le presté a Fermina y sus vaticinios, embelesado como estaba cada vez que aparecía la bella mujercita Leonor; cuando escuchaba su risa, o el tañido del arpa en las clases de música, el corazón se me aceleraba casi hasta escapar de mi pecho y secábanse mis labios y mi garganta de un golpe. Hasta que llegó el hijo del duque, disfrutamos de buenos ratos de solaz, los tres, Mateo, Leonor y yo, correteando por los pasadizos del palacio ducal y haciendo de rabiar a sirvientes y ayas, que no tenían sino que sonreír ante las travesuras de la sobrina del amo —tampoco podían hacer las pobres otra cosa so pena de recibir reprimenda o castigo pues conocían las artimañas de Leonor con sus mayores para darle la vuelta a las cosas—. Don Juan de Guzmán, hijo del duque y heredero de sus títulos y mercedes, era en aquel tiempo un joven pretencioso, espigado y despierto, con ambiciones dentro y fuera de la casa de Niebla, al que la enfermedad de su padre obligaba a cabalgar a las tierras de los moros con sus ejércitos y los de los reyes en la retaguardia. Quería el lindo hacerse notar donde quiera que pasara, eso desde luego, y su futuro se presentaba halagüeño siendo como era el legatario de una de las familias más poderosas y ricas de las Andalucías —pero es su historia otra que a veces se entrecruzará con la que pretendo contar—. Para lo que viene al caso, únicamente relataré que mi encantamiento se truncó de golpe y porrazo cuando en un ataque de celos seguí a la pareja de primos y presencié como Leonor cogía de las manos al joven señor, lo llevaba a la capilla y le daba un beso en los labios delante de la Dolorosa mientras se dejaba sobar y meter mano dentro del vestido, que primos eran, pero bien arrimados estaban. Fue como una patada en mis partes para que despertase. A partir de aquel aciago día nos volvimos invisibles para Leonor de Zúñiga, ya no reparaba en nosotros y solo tenía ojos y oídos para el «primo Juan». Os dije que era

demasiada yegua para montar, se rio la Fermina entre su escasa dentadura cuando me vio aparecer por el corral, cabizbajo, y le conté a Mateo lo que había presenciado desde la rendija de la puerta de la capilla; también parecía la vieja conocer nuestro particular lenguaje sin que nadie la hubiera enseñado. Bruja. Disculpen vuestras mercedes este inciso, ay, la nostalgia, la pluma corre sola y las palabras salen despedidas cuando recuerdo mis primeros días con Leonor.

Volviendo al día de la boda, el caso era que el palacio de los Berardi no era el del duque, pero era palacio al fin y al cabo, con esclavos y sirvientes, y con un gran patio interior que podía albergar perfectamente al medio centenar de invitados que allí se congregaban. Me contó Vasco que lo había comprado el florentino a la viuda de un noble caído cuando la revuelta de Utrera —un capitán del perdonado Fernán Arias de Saavedra—, con las ganancias de los paños y los tintes, para «aparentar», ya que en aquella Sevilla de finales de siglo con la apariencia se ganaban no pocos tratos y favores, y era también un medio de medro entre los señores.

Resumiendo, y ahora prometo ir al grano, que allí se hallaban mi amo y don Anselmo, cada cual cumpliendo con su papel entre una caterva de comerciantes y mercaderes, nobles, caballeros, doncellas y damas. Ya se imaginan vuestras mercedes que el plan pergeñado por el Capitán había salido a la perfección. Cuando mi amo fue a cobrarle el resto del acostamiento convenido al florentino, lo encontró en su despacho apesadumbrado porque no tenía ni cura ni iglesia para celebrar el casamiento de su vástago. «Y lo que es peor, Vasco», le dijo Giannotto Berardi manos en la cabeza, «mi futura nuera dispuesta está a enfrentarse a su propia familia y montar un escándalo de muy señor mío, a apelar a la reina se propone si esto no se enmienda para casarse en la ciudad que la vio alumbrar, aún contra los deseos de su tío el duque. Me huele que aún no los casamos». «Eso se puede arreglar, Berardi… yo sé de un cura que estaría gustoso de casar a vuestro Pepe, no hay cosa que le plazca más que una boda al padre Anselmo, y no es de Sevilla, por lo que no contravenimos ni el mandamiento de don Enrique ni la querencia de vuestra futura hija… porque amigos que le dejen una iglesia sevillana tiene este cura». Abrió mucho los ojos, contuvo la respiración y se fundió en un abrazo con mi amo. No se podía creer el bueno de Giannotto Berardi las nuevas que le traía ese espadachín leonés de mirada taciturna que

primero se había batido el cobre por su hijo y después le ponía en bandeja la solución a sus cuitas con la boda. Por supuesto que añadió diez reales de plata a la bolsa de Vasco y además lo invitó a la celebración, eso por descontado. «No hace falta, mi señor Berardi, me doy por pagado con estas monedas». «Vais a venir a la boda lo queráis o no, Vasco», insistió el florentino; «a fe mía que junto con el verriondo de mi hijo sois el principal artífice y valedor de este enlace. Tomad, otros cinco reales de plata para que os compréis buenas telas y no desentonéis». Aceptó Vasco a regañadientes, muy en su papel de desinteresado hacedor de sus deseos.

—Una campanada de muy señor mío, don Vasco. —El que hablaba era Diego de Ocaña, sentado a la diestra del leonés, un socio de Berardi venido de la meseta que le proporcionaba al florentino la lana para sus paños. Frisaba la cincuentena, de tez oscura y cuarteada y el cabello negro con vetas plateadas—. Fíjense lo que les digo, que el asunto ha tomado un cariz regio —carcajeó a trompicones a la par que se estiraba las mangas acuchilladas de su jubón de damasco.

—No se habla en Sevilla de otra cosa… —apuntó maliciosamente su esposa parpadeando muy de seguido. Una pequeña dama pecosa embutida en un vestido ceñido azul cielo, con cara de ratoncillo y de aspecto aniñado, a la que su marido doblaría en edad. Lo más llamativo en ella era el intrincado moño que cubría su cabeza—. Y, desde luego que se tardará en hacerlo... —Pronunciaba las palabras atropelladamente con una vocecita dulce que escondía bastante mala uva—. A buen seguro que don Vasco ya sabrá a qué nos referimos.

—No tengo conocimiento de tales habladurías, mi señora —repuso mi amo con una sonrisa —. Dedico mi tiempo a otras cosas… más terrenales, por así decirlo.

—Qué misterioso sois, don Vasco —rio ella entre dientes alargando el cuello para encontrar sus ojos; le dio una vueltecita a una pulsera de plata sobre su muñeca—. No soltáis comba de vuestros intereses.

—Es hombre de armas, no de palabras, Teresa —acotó su marido.

—¿De verdad? —inquirió la mujer parpadeando sin parar—. ¿Sois soldado?

—Algo parecido —replicó el leonés tranquilo con esa sonrisa canalla.

—¿Habéis matado a muchos hombres?

—Redios, mujer, tenéis vuestra lengua avivada por el vino —la reprendió Diego de Ocaña—. Disculpadla, don Vasco.

—No es molestia y disculpada está. —Se volvió hacia ella—. A pocos que no lo merecieran, mi señora —mintió galante.

—Permitamos que don Vasco coma y beba tranquilo, se ve que es hombre discreto. —Intervino en la conversación otro de los socios de Berardi, un romano alto y delgado de pelo grasiento y rizado, con cierto amaneramiento en su voz y sus ademanes, llamado Francisco Ridolfo. Se movía este a caballo entre Sevilla y Valencia y se dedicaba al cambio de moneda y la exportación de aceite y trigo que también le proporcionaba el de Ocaña—. Iluminadnos, por favor, Teresa, con los rumores a los que hacéis referencia, dejemos las armas para otro momento.

Se tomaba Ridolfo demasiadas confianzas con la esposa de don Diego y ella se prestaba a las lisonjas del romano, empero el marido aguantaba estoico, como si fuera un juego o un castigo.

—Se trata de un asunto de faldas muy sonado, mi querido Francisco. —Hizo ella una pausa para dar un sorbito a su copa y siguió hablando en un leve susurro como para darle más dramatismo al asunto. Era Teresa de Ocaña una de esas mujeres que recopilaban cotilleos como los bajos de la ropa recogen la mugre—. Sobre todo... porque atañe a casas señoriales de renombre y salpica a sus majestades los reyes.

—¡Sí que tiene retranca el asunto! —comentó Ridolfo jovial.

—Según se cuenta en los mentideros de la Plaza del Salvador y en el Paseo de la Barqueta... —continuó ella con una sonrisilla. Su esposo movió la cabeza a uno y otro lado—... una de las jaboneras que trabaja en las almonas del noble linaje de los Ribera se ha quedado preñada de don Pedro Enríquez...

—Nada más y nada menos que Adelantado de las Andalucías —carraspeó don Diego de Ocaña oteando a uno y otro lado bajando aún más el tono de voz.

—Resulta que doña Catalina Ribera, segunda esposa de don Pedro (y hermana de la primera, todo queda en familia entre estas casas), dama altiva y orgullosa donde las haya, ha enloquecido

y montado en cólera. —Se retiró un tirabuzón que le caía por la mejilla antes de continuar muy pizpireta—. De tal guisa estaba la condesa de los Molares cuando se enteró del rumor, que en plena noche fue a buscar una espingarda a la armería y disparó a su esposo mientras dormía con tan mala fortuna que el macho cabrío salió ileso y espantado, y ella terminó con el hombro descoyuntado y de visita al galeno. —Rieron todos incluido Vasco—. Como vuestras mercedes pueden imaginar, los chismorreos han corrido como la pólvora, habiendo llegado a los mismísimos oídos de los reyes que han tenido que intervenir, doña Isabel apaciguando a Catalina, y don Fernando intercediendo a favor del Adelantado (no en vano se trata de su tío) ante el clan Ribera.

—Buena suerte tuvo el Adelantado —apuntó Ridolfo mientras estiraba el brazo para mojar el pan en la grasa del cochinillo—. Otra mujer con más malicia le hubiera cortado las pelotas con un cuchillo —carcajeó el romano con un fuerte acento—. En Roma se ha dado más de un caso, tienen mucho carácter nuestras donnas.

—Quizás doña Catalina no quisiera quedarse sin marido, solo desahogar su locura o mandarle un aviso de que no está dispuesta tener más cornamenta de la precisa —terció doña Teresa mirando al centro del patio donde los músicos afinaban instrumentos. Su marido gruñó algo por lo bajini que nadie entendió—. Vos, qué opináis, don Vasco.

Se encogió de hombros el leonés.

—Supongo que fue un adelanto... de lo que le espera a don Pedro por las noches si tienen a bien los esposos compartir lecho... tendrá que dormir nuestro Adelantado con un ojo abierto y otro cerrado.

Rieron todos la ocurrencia de mi amo muy en su papel de invitado complacido y complaciente de los Berardi.

En ese momento el juglar comenzó a entonar con voz profunda una canción popular, a «una señora muy hermosa» —los conocidos versos del poeta converso Antón de Montoro eran muy solicitados en bodas y celebraciones—, y se acallaron la mayoría de pláticas.

«No lo consiente firmeza

ni lo sufre la piedad:
combida con la belleza
y despedir con la bondad.
Como los descaminados
siguen a tino de lumbre,
así ban los livertados
a vos dar su servidumbre;
y apenas vuestra belleza
les ha dicho: Reposad,
cuando les dice nobleza:
Andad, amigos, andad…»

El laúd, la chirimía y la flauta de pico acompañaban a la voz aterciopelada del juglar para embelesamiento de la mayoría de féminas allí congregadas que miraban de soslayo a los lindos de buen porte.

Vasco aprovechó el momento y dio un nuevo repaso a la concurrencia parapetado tras su copa de vino.

Si coloridos, variopintos y charlatanes se mostraban los invitados del novio, todo lo contrario eran los de la novia. Solo una escueta representación familiar de los Estrada, padre, madre y hermanos, había acudido a la celebración, vestidos con ropas sobrias a juego con su rostro avinagrado y señorial —muy solemnes todos ellos se habían presentado en la iglesia subidos en palanquines, más parecía que iban de entierro que de boda—. Eso sí, a cada verso del trovador y a cada tañido de laúd más se atemperaban los Estrada ayudados por los suaves caldos de las bodegas de Giannotto Berardi —quizás ya barruntaban que le iría mejor a su Mariana con los prósperos florentinos que con un linaje de terratenientes en decadencia como eran los Fonseca—.

Entre el novio y su reciente consuegro, se hallaba la matriarca Berardi, doña Elvira Ramírez. Ejerciendo de perfecta anfitriona atendía esta a los deseos de los invitados más insignes y apremiaba a la servidumbre para que no faltasen las viandas ni el buen vino en las mesas. Se

trataba de una hembra de postín, lozana y sevillana, y lista como ella sola —como bien describió mi amo a Matallanas en una garbanzada de la Rosarito cuando terminó todo el asunto—. Por lo visto, se había acercado la dama a Vasco a saludarlo en el templo, después de la ceremonia, a darle gracias por sus servicios. Mucho más joven que su esposo —o mucho mejor conservada, eso no quedó claro—, más parecía la hermana mayor que la madre de su José Lorenzo, como ella llamaba a su retoño. En un aparte detrás de una columna, cuando el resto de invitados salía de la iglesia y Juanoto Berardi ajustaba las cuentas con don Anselmo sobre el púlpito, la dama se recogió el velo negro, asió la mano del leonés y, sin un sonrojo ni un pestañeo, le bisbiseó soplándole al oído que quizás pronto requiriese de su espada de nuevo. A buen seguro que se refería a otro tipo de tizona diferente a la hecha con acero. Pero, no adelantemos la historia.

A todo esto que acontecía o hubo acontecido, sostenía mi amo la copa argéntea sentado en una de las mesas del lateral del patio, junto a un complaciente don Anselmo a su siniestra que se chupaba los dedos de la pringue del asado de cordero especiado; porque todo en la boda había sido especiado, desde el vino hasta la carne y el pescado —eran las especias símbolo de prosperidad y riqueza—.

Daba buena cuenta el párroco de cuantas viandas le ponían a su alcance y de cuantos vinos habían rellenado su copa. Tenía buen yantar y buen beber don Anselmo, una vez cogida carrerilla a empinar el codo pocos ganaban al dominico.

—¿Cuándo lo vamos a hacer? —inquirió el párroco con voz aflautada en un murmullo.

Los Ocaña y Ridolfo, a la diestra de mi amo, se hallaban enfrascados en otro cotilleo de la Corte, con doña Teresa como fidedigna fuente de información. Y los de al lado de don Anselmo prestaban atención a una conversación sobre los paños y los cambios de moneda en Flandes.

—¿Vamos? —Enarcó Vasco una ceja a modo de respuesta.

—Sí, eso he preguntado. —Se limpió el cura los dedos grasientos con el mantel y con la uña del gordo se quitó un trocito de carne que se le había quedado entre los huecos de las paletas.

—Vos ya habéis cumplido vuestra parte con el casamiento. —Cogió mi amo una oliva y se

metió en la boca—. Dejadme a mí el resto y disfrutad de la comida. —Oteó a la mesa de los novios y alzó el mentón hacia la matriarca Berardi que le correspondió con una leve sonrisa—. Aún es pronto… Cuando se vaya el sol, y todos los gatos sean pardos…

Asintió don Anselmo dando un eructito.

—Si puedo ayudar en algo… —insistió.

—Mientras menos seamos deambulando por los pasillos de palacio, mejor —susurró mi amo.

—¿Qué quería doña Elvira en el templo?

Bufó Vasco escupiendo el hueso.

—Diantres, pater, no perdéis comba. —Tamborileó sus dedos sobre la mesa—. Dar las gracias, como buena cristiana.

—Pues os mira de nuevo para daros esas gracias. —Cogió un muslo de codorniz y lo rebozó en salsa de miel antes de darle un bocadito—. No sois el único que observa, Vasco. Tened a raya vuestra lujuria y guardaros vuestra verga no sea que se vaya el plan al garete.

—Y vos guardaos de vuestra gula no sea que os atragantéis —gruñó por lo bajini—. Pardiez, don Anselmo, parece que nunca fuisteis hombre.

—Lo fui hace muchos años, pero vi la luz después de mucho pecar… Os aseguro que el pecado trae solo duelos y quebrantos para el alma. —Se santiguó torpemente—. Y, ahora soy un humilde siervo de Cristo, guardián de sus mandamientos, y uno de ellos reza que no amaréis a la mujer del prójimo.

—Lo que vos catalogáis de duelos y quebrantos son para mí el sustento de la vida, don Anselmo. ¿Que sería del hombre sin una buena mujer y un buen vino?

—Solo una, Vasco, solo una buena mujer —repuso paciente.

—Votó a Dios que tenéis réplica para todo —rio Vasco.

El caso era que don Anselmo no andaba descaminado, pues doña Elvira parecía cruzar miradas casuales con mi amo, le sonreía con esos ojos grandes y almendrados, y volvía de nuevo a la conversación con el padre de la novia que no perdía ojo de su escote enjoyado, muy en el límite de lo decoroso. Parecía ese caballero de los veinticuatro del cabildo sevillano, viejuno, de

aspecto gris y sayón azulado, cada vez más achispado con la conversación que le daba doña Elvira, aún bajo la mirada severa y reprobatoria de su propia esposa. Era esta, doña Inés de Estrada, una señora bajita, de rostro y formas redondeadas, nada agraciada, que de vez en cuando se reía forzada con alguna ocurrencia de Berardi padre o de su recién estrenado yerno, pero más parecía hacerlo por cortesía que por sentimiento. No así los hermanos de la novia, achispados y juguetones hacían estos todo tipo de chanzas y cada tres por dos proponían brindis por el enlace. Con mucho tino los pisaverdes Estrada habían sido sentados estratégicamente entre dos sobrinas de Juanoto, las hijas de su hermano, un comerciante también asentado en Sevilla que se movía tras los vientos del primogénito de la casa. Porque era Juanoto o Giannotto Berardi, gracias principalmente a sus conocidos socios Marchionni y Day, uno de los más prósperos mercaderes de la colonia florentina de Sevilla, y cada vez más influyente, que intentaba medrar para hacerse un hueco entre la baja nobleza local. A buen seguro que el enlace ayudaría en sus intenciones, pues los Berardi aportarían dineros y los Estrada el nombre.

A la caída del sol, de nuevo hicieron acto de presencia los músicos y el trovador que amenizaban la tarde. Tras hacer un pequeño descanso, volvían estos a lo suyo, a cantar y tocar los instrumentos.

Los candelabros de las mesas y las antorchas que bordeaban el patio ya fueron encendidos por la servidumbre. Todos los invitados disfrutaban de los aguardientes, de los vinos de Jerez y de Oporto, y de los asados ricamente especiados, de los quesos de oveja curados, de las empanadas de carne de cerdo sazonado y de los atunes pescados en aguas de Cádiz.

Don Anselmo dio un sonoro bostezo que causó la hilaridad de la concurrencia. El trovador se detuvo un segundo en sus versos y lo atravesó con la mirada antes de continuar con su cántico.

—¿No os place, don Anselmo? —inquirió en un susurro, tapándose la boca, el mercader inglés sentado a la izquierda del párroco en un castellano con mucho acento. Era este el tal John Day, un socio del florentino que vendía los paños y la orchilla de Berardi en Europa.

—Mi buen amigo John… —Estaba de buen humor el párroco azuzado por el exceso de vino.

Le palmeó la rodilla—. Donde se pongan los cantares de gesta como el del Mío Cid que se quiten estas cancionzuelas para enamoradizos.

—El pater tuvo un pasado —terció Vasco acodándose en la mesa—. Fue hombre de armas en tiempos mozos.

—Quien lo diría —replicó el inglés con un trozo de queso en la boca—. Dejasteis pues los aceros por la sotana y la palabra de Cristo.

—Y nunca me he arrepentido de ello.

—Sois hombre de convicciones y palabra.

—De eso puedo daros fe —atestiguó Vasco curvando sus labios hacia arriba.

Una criada le trajo un aguamanil a mi amo para que se enjuagara las manos y después este se lo pasó al párroco que sonreía satisfecho, la nariz y la tez roja por los caldos.

Eructó el pater don Anselmo captando de nuevo la atención del risueño John Day, y de otro socio de Berardi, el conocido Bartolomeo Marchionni, sentado al lado del rubicundo y que, por lo que se jactaba, se dedicaba al comercio de esclavos con Giannotto. Ambos se conocían por su origen toscano y habían emprendido negocios con los portugueses. Sin duda que el mercadeo de negros guineos, de maderas, de paños, de sedas y de orchilla le daba buenas rentas al bueno de Juanoto Berardi, pues de otra forma no podría mantener ese palacete ni toda la servidumbre que lo guardaba.

—Salud, padre —alzó la copa el inglés.

—Le han sentado bien los caldos a nuestro cura —apuntó Marchionni—. Debéis catar la salsa de cordero, es de lo mejor que he probado últimamente…

Marchionni era un hombre que hablaba hasta por los codos, bajito y rechoncho, de pelo ceniciento, prominente papada y mirada aviesa que decía vivir a caballo entre Lisboa y Sevilla. Todo en él, desde sus ropajes y joyas, demasiado pomposos, su voz áspera como una lija, su piel sudorosa y su rostro de comadreja, destilaba a mezquindad. A buen seguro que estaba metido en el ajo, calibró Vasco recordando la conversación en el despacho del duque. No le importaría robar a Marchionni, con Berardi aun sentía una pequeña punzada en el vientre.

—Los esclavos guineos son los mejores especímenes que podéis encontrar, mi querido John. —Agarró Marchionni con violencia a la sirviente de piel negra y reluciente que iba con el aguamanil y la atrajo a su regazo sin apenas oposición—. Ved vos mismo, qué músculos, qué brazos, qué pechos. —Le quitó el pañuelo anudado a la cabeza para tirarle del pelo y echarle la cabeza hacia atrás, y la sobó sin vergüenza, los ojos de ella llorosos, apenas era una niña que acababa de hacerse mujer. Créanme vuestras mercedes cuando les digo que algunos de estos hideputas trataban a los esclavos guineos como perros, en el mejor de los casos. Y Marchionni era uno de estos seres despreciables que disfrutaba con tales maneras. Finalmente, le apretó las mejillas y le abrió la boca, la muchacha mostró los dientes a John Day y a la concurrencia de alrededor como si fuera una yegua—. Y, os aseguro que en coyunda son como animales salvajes encelados.

Hubo risas generalizadas. No así en Vasco, no gustaba mi amo de los esclavos ni de los esclavistas. Y tampoco don Anselmo.

—No he tenido el gusto, amigo Bartolomeo. —Era hombre espigado y de piel y ojos claros el tan John Day, de rostro alargado adornado por una melena y barba trigueña. No mostraba interés alguno por la esclava ni por sobarla como le ofrecía Marchionni, y menos por ayuntarse. En cambio, sus ojos se posaban cada dos por tres en un fornido gigante de ébano que, ataviado con finas telas, parecía comandar al resto de los esclavos desde el pórtico que daba a las cocinas.

Según había colegido Vasco durante el banquete, John Day era el encargado de llevar las mercancías que le suministraban el dúo Berardi-Marchionni a través del Atlántico a buen puerto, nunca mejor dicho, a veces a Flandes, a veces al mismísimo Londres. Mercancías obtenidas en ocasiones siguiendo las leyes de la Corona y otras de contrabando, como había descubierto el duque.

—Los hombres son fuertes como bueyes, John, y tienen la verga de un caballo —carcajeó el toscano, sus manos sobre su oronda panza. Se acariciaba el anillo dorado con una gema engarzada, sus ojos entornados destilaban malicia y avaricia—. Os puedo vender una cuadrilla por diez excelentes de oro. Más allá de la Mina abundan como setas en otoño, solo hay que ir allí

con los portugueses y recolectarlos. Son seres de carácter dócil y complaciente y trabajan como tres hombres de por aquí si uno los doma bien con el látigo.

—Todos los seres son creaciones del señor —terció don Anselmo dando un hondo suspiro revolviéndose incómodo en su silla—. Todos merecen respeto por igual. —Se acarició el crucifijo que le colgaba del cuello.

—Pero no son personas, mírelos bien, pater, se parecen más a bestias, a monos sin pelo, que a hombres y mujeres cristianos —expuso Marchionni, manos abiertas—, son salvajes que corren desnudos por las selvas y copulan como perros detrás de los árboles.

—También hay hombres que parecen a cerdos y no se les trata como tales —gruñó mi amo por lo bajini.

Sonrió el inglés que parecía simpatizar con mi amo más que con su socio.

—¿Qué habéis mencionado, don Vasco? —Marchionni se volvió con aire curioso, un leve desagrado apareció en su rostro sudoroso que se limpiaba con un pañuelo de lino.

Le pegó un pellizco don Anselmo para que no contestara. Llevaban lanzándose pullas toda la comida Vasco y el florentino. Era evidente que sus naturalezas no se toleraban. Y, bien era sabido que cuanto más vino hubiera en sangre peor podía tornarse el asunto.

—Permaneced, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no volváis otra vez a ser presos en el yugo de esclavitud —atemperó la conversación el clérigo con unos salmos de Gálatas.

Le dio John Day un par de palmadas a su socio en el brazo atrayendo su atención.

—Ya sabéis que lo mío son los paños, Bartolomeo. —El acento del inglés era tosco pero se hacía entender. Dio otro sorbo a su cáliz sin perder la sonrisa de sus finos labios. Por contra de Marchionni, John Day tenía un porte elegante y un semblante tranquilo, todo en él irradiaba un halo confiable, aunque de sobra sabía Vasco que no debía fiarse de las apariencias confiables. Son los hechos los que definen a las personas, y estos hombres eran lobos con piel de cordero, que comerciaban con hombres, que, aun de tez oscura y costumbres rudas, seguían siendo hombres. Cogió el rubicundo una flor de buganvilla que adornaba las columnas del patio y la

desojó distraído—. Aun no hay mercado para los negros guineos en Inglaterra ni en Europa. Muchos se asustan de ver su fiero aspecto.

—Lo habrá, lo habrá, mi buen John Day —eructó el florentino—. Solo que es un mercado por descubrir. Cuestión de tiempo, hacedme caso e invertir en el negocio…

Se acabaron los versos, el trovador hizo una breve reverencia a la mesa de los novios para recibir un merecido aplauso y fue a tomar una copa de vino con los recién casados y sus familiares.

—De eso no tengo la menor duda, viendo lo que veo en las tierras de la península —replicó John Day, batiendo palmas, dando otro sorbito sin perder ojo del guineo que hacía de mayordomo del servicio.

—Y, la Iglesia, padre, creo que hay eruditos que aseguran que los negros guineos no son siervos de Cristo. —Con la uña del meñique se rascó Marchionni el interior del oído sacándose el cerumen.

—Hay en verdad ciertas discrepancias en estas creencias, pero firmemente soy de los que pienso que tienen alma que merece ser salvada, como la mía y como la vuestra.

—Vasco… —apuntó Marchionni, de nuevo se limpió el sudor que le perlaba la frente y dio otro eructito—. Me ha contado Juanoto que vos sois hombre de armas y antiguo soldado de las mesnadas castellanas... ¿Qué nuevas sabéis de Granada?

Se acomodó el leonés en su silla ante la mirada de depredador del florentino. Me aseguró después Vasco que era Marchionni una de esas personas que lo ponían nervioso, todo en él apestaba a sudor rancio, a pomposidad y avaricia.

—Dicen que los reyes van a liberar al sultán Boabdil para que luche contra su padre y su tío por el trono de Granada. Divide y vencerás es una táctica inteligente en cualquier guerra. Si hay maravedíes para pagar los salarios de los soldados y las huestes, será cuestión de tiempo que nuestros capitanes conquisten el reino nazarí.

—Combatiréis pues contra los infieles —comentó el florentino mostrando sus paletas.

—Si lo exigen mis reyes así lo haré.

Sonrió ladino el mercader.

—Lucharéis para que las personas de bien sigamos haciendo negocios, bravo por los valientes, que hacéis las guerras por vuestros reyes. —Alzó la copa, sus palabras destilaban un cinismo que rayaba el insulto—. ¡Brindemos por los hombres como don Vasco, hombres valerosos que luchan por mantener nuestros privilegios! —Hubo varias copas que se levantaron.

Sintió mi amo como las palabras del mercader le atravesaban el jubón y le rasgaban el bajovientre como si le hubieran dado una estocada trapera. El hideputa de Marchionni tenía labia y era astuto como un zorro.

—Los maravedíes para las guerras no crecen en los árboles —apuntó el inglés dirigiendo la conversación a otros fueros, cogiendo un higo de una bandeja para darle un mordisco.

—El pueblo ya tiene sisas e impuestos de sobra desde hace años —terció don Anselmo cogiendo la mano de Vasco que repiqueteaba nerviosa sobre la mesa.

—Dicen que el comercio con África deja pingües beneficios en Portugal… y poco en Castilla… —Enarcó Vasco una ceja, sus labios esbozando esa media sonrisa canalla. Alzó la copa—. La Corona también necesita de hombres como vos, Marchionni, para abastecer las talegas de caballeros y peones en las guerras de nuestros reyes.

—A los comerciantes nos tienen exprimidos a más no poder —repuso Marchionni que cuando hablaba de dineros, de los suyos al menos, torcía el gesto y sus labios formaban una fina línea.

—Eso es bien patente —rio Vasco con una sutil ironía—. No hay nada más que veros.

Unas risitas brotaron alrededor, entre ellas las de Ocaña y su señora que habían terminado la plática con Ridolfo y escuchaban la conversación atentos a las pullas.

—Vuestros reyes deberían dejarse de tanta guerra y mirar más África y al Océano, es donde está el futuro —dejó caer el inglés John Day cambiando de nuevo de asunto.

—Como hacen los portugueses —continuó Marchionni desinflándose con un eructo—. Fíjense vuesas mercedes que hace poco me topé en Lisboa con un conocido genovés haciendo tratos con la casa Centurione, que va predicando que la Tierra es redonda y que quiere abrir una ruta para llegar al Cipango por el oeste, por la mar Océana.

Frunció los labios Vasco. No podía ser otro que su conocido Cristóbal Colón.

—¿Quién es ese azumbrado? —inquirió con fingida desgana.

—Un tal Cristóbal Colón —respondió Marchionni—. En eso coincidimos, Vasco, aunque buen marino, es un azumbrado. —Carraspeó y se rascó su narizota—. Pero… si fuese verdad que pudiese haber una ruta más corta con el Cipango y la corte del Gran Kan... —sus ojos se iluminaron—. Un buen comerciante podría hacerse de oro y un rey podría ganar imperios.

—Ya estáis soñando despierto de nuevo, Bartolomeo —dijo John Day señalándolo con el dedo.

—Soñar es de la pocas cosas que es gratis en esta vida, querido John.

Justo en ese momento Berardi se levantó y batió sus palmas, los músicos entonaron una nueva melodía y unas bailarinas moras entraron en el patio dando saltitos y contorsionando sus gráciles cuerpos embutidos en finas sedas transparentes. El aplauso fue generalizado entre los comensales y no tan apasionado entre las damas. Hicieron las bailarinas sensuales gestos con la mano para que la concurrencia los acompañase a otra estancia de palacio.

Llegaba al fin la noche, cuando, como decía mi amo, todos los gatos son pardos.

XI. EL GABINETE DEL MERCADER BERARDI

Los sirvientes, presurosos, retiraban los restos del festín, alguno había que se llevaba un traguito de vino al gaznate o una golosina o un trozo de cochinillo a la boca. Todo ello bajo la mirada reprobatoria y severa del enorme negro guineo que daba voces a diestro y siniestro cada vez que veía a uno de los suyos cometiendo algún desliz.

Diego de Ocaña discutía acaloradamente con Marchionni, Day, Ridolfo y otros mercaderes en un corrillo bajo los toldos de las mesas del fondo.

—La Hermandad es necesaria, señores, para salvaguardar las mercancías que corren por los caminos —argumentaba el de Ocaña con brío.

—Pero cuesta una fortuna mantenerla —gruñó Marchionni, el rostro contrito, que ya dije que cuando sus dineros estaban en juego le cambiaba la voz y el semblante.

—Se dice que ya está aquí Nuño de Villafañe y dos regidores para negociar las nuevas imposiciones con los señores del cabildo —añadió un mercader sevillano al que llamaban Argote —. Y Juan de Silva ya ha pedido a los contadores y escribanos para que acudan al Corral de los Olmos.

—Mal asunto —terció Ridolfo—. En ese corral se hacen los nuevos arrendamientos.

—Ya tenemos bastante con los cuatro maravedíes por arroba que nos cuesta entrar el vino de

Portugal por mar —apuntó John Day.

—Y con el cornado de libra de carne —añadió Argote.

Los reyes intentaban mantener la paz en los caminos del reino con la instauración de la Santa Hermandad, no pocos desvelos les costaba con la oposición de ciudades y nobles que veían mermado su poder. Y, los impuestos y sisas que requería tal institución creaban frecuentes disputas entre los mercaderes y los concejos de las ciudades. Esas diatribas tenían los señores cuando un Giannotto Berardi de rostro colorado y visiblemente ebrio se presentó haciendo gestos con la mano conminando a sus socios a que lo siguieran al patio contiguo en el que había música y danzas moras, y al cual se había trasladado la fiesta.

Solo quedaba un grupito de mujeres alrededor de Teresa de Ocaña, junto a la fuente, la mayoría jóvenes y con ganas de jarana, azuzadas por el vino y por la plática de esa peculiar dama tan locuaz como parlanchina. La de Ocaña contaba algún chascarrillo de picardías con gracia, imitando voces, haciendo aspavientos y poniendo caras, las otras asentían y se reían por lo bajini, solaces y sonrojadas.

Era el momento de actuar, pues ya nadie reparaba en él apoyado en la columna de granito, de vuelta de hacer sus necesidades. Se retiró entonces Vasco a las sombras del interior de la casona con sigilo por una de las puertas laterales. Ya había colegido el leonés a lo largo del día donde se encontraba el despacho de Giannotto Berardi en el que se había entrevistado días atrás. Se hallaba tal estancia en la planta baja del ala oeste del palacio de los florentinos, la zona noble, justo al lado opuesto de las cocinas y los barracones de esclavos y sirvientes. En una de sus visitas al pequeño corral que hacía de meadero había atisbado por el rabillo del ojo el corredor que daba al gabinete del mercader y hacía allí se dispuso a ir.

No había bebido tanto vino como para dar tumbos e ir azumbrado, pero de esa guisa caminaba por el pasillo de piso marmóreo y tapices silvestres en las paredes. Por si las moscas. Siempre había que tener una excusa, una salida, si alguien se lo encontraba debía mostrarse lo más beodo posible. Disculpe vuesa merced, hip, buscaba las letrinas y el vino nublome la visión y el camino; oh, qué es esta puerta, hip, hip, qué gracia, pensaba que daba a la calle, qué torpeza la

mía.

Al doblar el recodo y constatar que no había nadie más husmeando, dejó de fingir, pegóse a la cal y caminó con pies de gato haciendo el menor ruido posible. El ala noble de la casa se hallaba en silencio, las luces de las antorchas del patio entraban por los ventanales creando sombras alargadas en una penumbra gris azulada. En los techos de la galería abovedada colgaban lámparas de hierro sin prender entre las que revoloteaba un murciélago perdido. Flap, flap, flap. Era el batir de sus alas y el eco de los tañidos de las cuerdas y las risas de la fiesta en lejanía lo único que percibían los oídos de mi amo. Al fondo, la puerta de roble macizo adornada con unos relieves con forma de ángeles custodiaba el estudio del patriarca de los Berardi. Vasco serenó su respiración y su pulso, y esperó unos segundos a que sus pupilas se aclimatasen a los claroscuros de la noche. Oteó el leonés confiado a derecha e izquierda, antes de agacharse y sacar de la escarcela el saquito con la colección de clavos y hierros doblados que yo mismo le había enseñado a manejar en Córdoba —con estos mismos hierros habíamos forzado la puerta falsa del palacio de los Carpio y la de la casona de los Cea, sin contar las innumerables probaturas que hicimos en la sacristía de San Juan y en la Posada del Potro—. Así pues, tras palpar la cerradura, escogió las tachuelas que más se acomodaban y moviendo los dedos con precisión, clac, clac, sin mayores problemas abrió el portón al segundo intento.

Se coló dentro, cerró la puerta a sus espaldas y con cuidado prendió una de las velas de sebo que descansaban sobre el anaquel de una estantería próxima. Aspiró hondo. Olía a moho y a pergamino viejo.

Era una estancia amplia el gabinete del mercader Giannotto Berardi, con dos ajimeces que daban a la calle cerrados por sendas celosías de hierro —se podía otear el exterior desde dentro sin ser visto—, una mesa de nogal que hacía de escritorio, y las paredes recubiertas en su mayoría por estanterías con libros, legajos amontonados y papiros enrollados. Se trataba de un despacho funcional el del florentino, de escaso mobiliario; el justo para trabajar y reunirse con socios y clientes, sin muchos artificios y lujos más allá de la silla de brazos tapizada en bermellón con el escudo del linaje detrás de la mesa principal.

Una tarea ardua la que tenía por delante y no albergaba ni la más nimia idea de por dónde empezar. Podría llevarle horas revisar todos los documentos hasta dar con alguna pista sobre donde descargaban la mercancía que traían de contrabando de África. Se acercó a la mesa que hacía de escritorio. Estaba pulcramente ordenada, era hombre metódico Giannotto Berardi, eso saltaba a la vista, con tres montones de papeles a la izquierda, dos grandes plumas de ganso cruzadas la una sobre la otra y un tintero sobre un cartapacio de cuero curtido en tonos pálidos. Ojeó los papeles acopiados en montones. El primero versaba sobre cambios de moneda en transacciones de trigo, vino y carne de vaca; el segundo eran anotaciones meticulosas y detalladas sobre los cargamentos y mercancías que se enviaban a Europa —estaban las firmas de Berardi y Day al pie de cada hoja—; y el tercero, el más grueso, sobre los impuestos con los que gravaba la Corona los negocios de la familia. Suspiró y quitó el tintero de encima para abrir el cartapacio, había dentro varias cartas de potenciales socios que lo conminaban a participar en los negocios más variopintos. Una de ellas le hizo sonreír pues se trataba de una misiva de ese capitán genovés de tan bizarras ideas que le exponía su plan para llegar al Cipango y pedía financiación para tamaña empresa. No era tanta casualidad que Colón conociera de Berardi y Marchionni, ya que las colonias genovesas y florentinas estaban íntimamente conectadas en la península; no eran tantos, y Berardi apuntaba cada vez más alto, por lo que no era descabellado que Colón contactara con el florentino, como habría contactado con otros tantos mercaderes de prestigio.

Cerró el cartapacio con sigilo y maldijo por lo bajini, leer las ocurrencias del genovés le habían llevado un tiempo precioso. Cada minuto que pasaba en aquella estancia era un minuto más que se exponía a que lo trincasen y, entonces, sí que se iría todo el plan a tomar vientos.

Infló de aire sus carrillos.

Dónde diablos encontraría la información que necesitaba para llevar a buen puerto la encomienda. Comenzó a ojear los pergaminos enrollados que había en las estanterías de madera detrás del escritorio. Eran mapas. Los desplegó sobre la mesa y aguzó la vista. Mapas de la costa africana y los presidios portugueses hasta más allá de las Canarias y el cabo Bojador, mucho más

al sur llegaban los trazos, hasta a la Mina y las tierras ignotas de Guinea; y mapas de la costa andaluza y del Algarve, con finas líneas que describían las rutas que seguían las naos portuguesas. Era un punto de partida. Ahora necesitaba fechas y poner nombre a una de esas líneas en concreto, a la que llevaba el próximo cargamento a bordo de la carraca fletada por los toscanos y el marqués de Cádiz.

Se percató mi amo de que había diminutas anotaciones en portugués señalando lugares para abastecimiento de bastimentos y agua dulce, y pequeñas bahías y ensenadas para resguardarse de los temporales. Río Oro, Isla de las Garzas, bahía de Arguim, río Senegal y río Geba eran algunas de ellas. Le iba a llevar un buen rato revisar todos esos condenados mapas y hacerse una componenda de las rutas. De nuevo aspiró hondo y decidió armarse de paciencia, no le quedaba otra.

En esas se encontraba cuando, de repente, los goznes chirriaron y la puerta del gabinete se abrió dejando paso a una corriente de aire que levantó algunos legajos. Contuvo la respiración el leonés sujetando los papeles hasta que apareció una figura que pronto reconoció como la dama Berardi, con un semblante relajado y tranquilo, para nada parecía sorprendida o alarmada por su presencia en el despacho de su esposo.

Tras dos latidos, Vasco se llevó la mano a la blanca que escondía bajo el ferreruelo, sujeta al cinto a la altura de los riñones. Pocas excusas tenía en aquel sitio, pues hallábase en el despacho privado del mercader con los mapas desparramados por la mesa. Como se dice, lo habían cogido con las manos en la masa. Al menos, si conseguía que la dama no lo delatase podría salir de allí indemne.

—No os preocupéis, no hace falta hacer sangre, estoy de vuestra parte, don Vasco, de momento... Alejad vuestra mano del filo del acero. —Sonrió doña Elvira cerrando la puerta con el mismo sigilo con el que él lo había hecho—. Os llevo observando toda la velada. —Se acercó un par de pasos. Su mirada destilaba astucia y sus ademanes eran confiados—. Me preguntaba cuándo actuaríais.

—No os entiendo, mi señora. —Frunció el ceño el leonés. Desde luego que la situación era

ciertamente extraña—. ¿A qué os referís?

Se acercó ella con parsimonia observando las cuartillas y legajos esparcidos sobre la madera.

—Vais por buen camino, don Vasco. —Comenzó a apilar la cartografía y a enrollar los pergaminos y sujetarlos con cordeles, tal y como estaban colocados originalmente sobre las estanterías—. Pero os falta información, información que yo os puedo proporcionar.

La escudriñó mi amo con detenimiento. Era una mujer bella como ya he mencionado, con un rostro agraciado y bien proporcionado, de grandes ojos almendrados y finos labios, tenía un busto generoso y se adivinaban unas caderas anchas bajo la basquiña verde oliva.

La señora no se amedrentó, al contrario, le devolvió el gesto observándolo de arriba a abajo.

—¿A qué información os referís? —inquirió el leonés aún desconcertado, sus manos ahora sobre el cinto, no acertaba a ubicar a la dama Berardi en el tablero de juego.

—A la que os han enviado a buscar, el duque y ese capitán con ínfulas de la reina —terminó de colocar los mapas dejando solo uno en la mesa, el resto estaban en la misma posición en que los habría dejado su dueño.

—Creéis saber muchas cosas.

Se sonrió ladina volviéndose hacia él, sus manos jugaban con el collar de perlas que adornaba su escote.

—No es que lo crea, es que las sé. —Se colocó muy cerca de Vasco apoyada en el borde de la mesa. Se retiró un mechón de cabello ondulado. Tras horas de banquete, despedía la señora un olor penetrante a mujer, a hembra—. ¿Quién creéis que puso al duque sobre la pista de los negocios de mi marido con el marqués de Cádiz? —Arqueó ambas cejas—. Fui yo, con la ayuda de mi primo Juan, ese jorobado que tiene como trotero y que aspira a secretario... Le dimos al sabueso el rastro necesario para que él mismo sacase las conclusiones. —Hizo una pausa y se acercó a un palmo de mi amo—. Juan fue también el que me advirtió de vuestro plan, se le da bien escuchar detrás de las puertas.

Vasco asimilaba las palabras a trompicones.

—¿Y vuestro esposo sabe de estos propósitos?

Sus labios se arquearon brevemente hacia arriba, era la suya una sonrisa amarga.

—El baldragas de Juanoto... —Negó con la cabeza—. Estará riéndole las gracias y las ocurrencias a Marchionni, parece su perrito faldero, y siguiendo los pasos de ese degenerado de John Day. Esta noche terminarán en algún burdel o, lo que es peor... lo montarán en mi propia casa —suspiró bajando la cabeza con un atisbo de vergüenza—. Oí algo sobre el Nicasio, el encargado de los esclavos, ese enorme negro les va a servir de entretenimiento, por lo visto tiene la verga de un caballo y pretenden los verriondos que desflore a alguna esclava virgen, si es que queda alguna. Con vino en la sangre no respetarán ni la boda de mi José Lorenzo.

—No me gustan los hombres que son amos de otros hombres.

—Ni a mí tampoco, Vasco, aborrezco tener esclavos en mi propia casa.

—¿Es por eso por lo que estáis aquí sin delatarme, por rencor a vuestro esposo?

Le acarició ella su mejilla rasurada. Sonrió ladina.

—No seáis ingenuo... Rencor… —carcajeó—. Estoy aquí porque mi marido se equivoca de bando y eso me atañe a mí, a mis hijos y a nuestra fortuna —afirmó rotunda.

—¿De bando?

—El marqués de Cádiz ha perdido influencia en Sevilla atareado en las guerras de los moros, ahora es el duque el que gana enteros, de nuevo. Mejor enderezar el rumbo de los negocios antes de que se hundan del todo.

—Y, vuestro esposo sabe de todos estos vaivenes...

—Aún no, pero lo entenderá. Se lo haré saber a su debido tiempo. Para eso se casó conmigo y con mi familia, para que alumbrásemos camino con los nobles sevillanos.

—Vais pues a comprar la amistad de la casa de Medina Sidonia a cambio de medio cargamento de oro y de guineos.

—A cambio de eso y del escarnio del marqués. —Enarcó ambas cejas—. Intuyo que eso es lo que mueve al duque… ¿Os sorprende que una mujer tome el mando en asuntos de hombres?

—Sorprendente, ciertamente es. Aunque conozco a alguna como vos, no abundan las de vuestra especie en estos tiempos.

—Abundan, pero salvo que seamos reinas, mejor actuamos sin que se vea, detrás de las decisiones de nuestros esposos. No está bien visto.

—Inteligente postura, sin duda.

Sonrió ella acariciándole el dorso velludo de su mano sin recato y sin pudor.

—El barco se llama el Viento del Sur, una carraca portuguesa de cinco lombardas y dos falconetes, y ahora mismo estará navegando por la costa africana hacia el norte; atracará a principios de octubre en Tánger, y allí permanecerá unos días para que los marineros se emborrachen, putañeen y estiren las piernas en tierra firme. —Señaló con el dedo sin titubeos el punto que marcaba Tánger en el mapa desplegado sobre la mesa—. El desembarco es cosa de Marchionni y el hideputa desconfiado lo mantiene en secreto, pero lo que sí es seguro es que el Viento del Sur estará en Tánger en la fecha que os he dicho. A partir de ahí, es cosa vuestra.

Asintió Vasco.

—¿Qué queréis a cambio?

—Que el duque se entere de que los Berardi quieren estar de su bando a partir de ahora. —De un soplido apagó la vela—. Además, en este cargamento no perderemos mucho, solo habíamos invertido en la orchilla, Marchionni acapara el oro y los guineos, el muy crapuloso lo quiere todo para él y eso va a ser su perdición.

—Quien mucho abarca poco puede.

—Y ese malnacido el que más —apretó los labios—. Con buena se ha topado.

Le pareció ver a mi amo viejas rencillas en el iris de Elvira Ramírez, pero no quiso indagar más en el tema. Estaba claro que la dama Berardi era mucho más que una bella mujer y que pergeñaba en los asuntos de la familia tanto o más que su esposo.

—¿Puedo serviros en algo más, mi señora? —sonrió esquinado.

—En mucho, Vasco, en mucho…

Fue doña Elvira quien tomó la iniciativa y agarró a mi amo del cogote para atraerlo hacia ella y fundirse en un beso lascivo.

INTERLUDIO. TÁNGER

El astro rey asomaba sobre la costura entre las olas y el firmamento, una bola anaranjada que tornaba el cielo de colores violáceos y rojizos y se reflejaba en las aguas calmas y plateadas del océano a lo largo y ancho de la bahía, desde la escarpada punta de Malabata hasta el cabo Espartel. Al fondo, el perfil de la costa andaluza se divisaba como la tierra prometida. Las vistas eran espléndidas desde la terraza del lujoso lupanar emplazado en el promontorio de la ciudad vieja, un vetusto palacete de espaldas al bullicioso zoco que comenzaba a despertar y a sus callejuelas encaladas que serpenteaban formando un intrincado laberinto que bajaba hasta la orilla del mar. Gaviotas y charranes planeaban por encima del engrudo de tejados y se posaban en los mástiles, botalones y cofas de los barcos atracados en el puerto de Tánger. Y, también, sobre las almenas y baluartes que custodiaban toda la urbe, reforzados por los portugueses desde que las tropas de Alfonso, el quinto de su nombre y apodado el «Africano» por sus conquistas, tomaron la ciudad allá por el año de nuestro Señor de mil cuatrocientos setenta y uno.

Después de varios intentos pergeñados a lo largo del siglo, los portugueses consiguieron al fin la ansiada plaza, pues Tánger aglutinaba en aquella época gran parte del comercio que terminaba en el norte de África. Las principales rutas de mercaderes y las caravanas de camellos que tradicionalmente habían desembocado en Ceuta procedentes de Egipto y del interior de las arenas, se desviaron a Tánger cuando aquella fue ocupada por los portugueses décadas atrás, de manera que la plaza ceutí quedó en la ruina. Ante tal eventualidad, la Casa de Avís tuvo que elegir entre ampliar sus dominios norteafricanos, de manera que las plazas pudieran auxiliarse

entre sí, o abandonar Ceuta a su suerte ante la imposibilidad de defenderla si los sarracenos efectuaban intento de tomarla a la fuerza. Porque intentos de recuperarla hubo, y si no llega a ser por el auxilio de nuestro ya bien conocido duque de Medina Sidonia y sus huestes en el mil cuatrocientos setenta y seis —aun en plena guerra con los portugueses se metió en ese berenjenal el de la casa de Niebla—, otro gallo hubiera cantado cuando los ballesteros nazaríes y un «moro santo» del sultán de Fez aunaron fuerzas y atacaron Ceuta. Hubo quien dijo que el duque quería conquistarla para los suyos y quitársela a los portugueses —probablemente esté en lo cierto, don Enrique no era alma caritativa—, y que cuando el rey Alfonso arribó con sus cincuenta naos camino de Marsella, había que foderse —en busca de una alianza con el rey Luis para derrocar a la reina Isabel—, huyó don Enrique en desbandada cruzando el Estrecho. Lo claro era que a esas alturas y después de varias escaramuzas nadie ponía en duda que la supervivencia de Ceuta dependía en buena medida del «auxilio» que tenían a bien prestarle las villas ribereñas del Estrecho y sus señores, por lo que tal y como se tornaba el asunto, la toma de otras plazas se tornó prioritaria para este rey Alfonso «el Africano».

Debo mencionar aquí, para que vuestras mercedes se hagan una idea de la situación, que la expansión lusa en África no respondió solo a intereses de la Casa de Avís, sino también a los de los señores que custodiaban el Algarve, que verían aumentar sus mercados y las aguas donde podían faenar sus barcos, y a los intereses de los comerciantes florentinos y genoveses que controlaban buena parte del flujo de mercancías portuguesas con destino u origen en el Mediterráneo y que sufragaban con sus buenos dineros parte de las contiendas. Buscafortunas como los ya conocidos Marchionni, Berardi, Day y compañía.

Y, mientras todo esto ocurría frente a nuestras costas, y en nuestras narices, a lo largo de medio siglo el santo reino de las Españas se abría camino a trompicones, sumido en una amalgama de revueltas, guerras intestinas y conflictos: con los franceses, en el Mediterráneo y allende los Pirineos con el asunto del Rosellón y la Cerdeña; los hermanos Trastámara, haciendo de las suyas desmembrando Castilla; Navarra, los señores de Galicia, Aragón, Sicilia y Nápoles, y el condado de Barcelona; los díscolos señores de las Andalucías, marqueses, duques y condes

ávidos de poder; y así hasta un largo etcétera con la fodida Granada siempre en el horizonte.

El caso fue que después de varios intentos fallidos, y mucha sangre de valientes derramada, Portugal se hizo con el control de Tánger a la par que reforzó la posición de Ceuta. Primero, tomó Arzila, pensando que aislada y sin poder recibir refuerzos desde el interior, Tánger no tardaría en caer. Y acertó. La caída de Arzila tuvo una repercusión tremebunda en el reino de Fez, pues la siguiente fue Larache y fue dejada a su suerte por los moros. Y Tánger ni siquiera esperó el ataque. Temiendo sufrir la misma suerte que Arzila, los moros pura y simplemente la abandonaron, como en Larache, y cuando Alfonso envió allí al duque de Braganza, éste la halló poco más o menos que desierta.

Fueron estas conquistas a la postre un gran acierto en su política comercial y un empecinamiento del rey Alfonso que sembró la simiente de lo que estaba por llegar. Empecinamiento, en el que todo sea dicho, jugó un importante papel su ánimo personal de resarcimiento, los tesoros que ya he recontado que llegaban a Tánger cruzando las arenas del desierto, y un espíritu de cruzada contra el islam. Pues la plaza, aparte de su valor estratégico, ocupaba un lugar especial en el coraje de este monarca, dadas las consecuencias desastrosas que para la Casa de Avís tuvo la expedición de Enrique el Navegante —en el mil cuatrocientos treinta y siete un tío del «Africano» murió como rehén en el presidio de Tánger—, y décadas después sus primeros intentos de conquista con sus propias tropas abanderadas por el valiente Luiz Mendes de Vazconcellos. Habían salido en todas estas refriegas los portugueses con el rabo entre las piernas huyendo de los moros. La religión, como digo, también tuvo su parte; se cuenta que el rey Alfonso fue uno de los máximos defensores, junto con el Papa, de la organización de una cruzada en el norte de África. Al conocerse en la cristiandad la caída de Constantinopla, el joven rey —si mi memoria no me falla, Alfonso debía tener en mil cuatrocientos cincuenta y tres, unos veintiún años— hizo y deshizo por comenzar la guerra santa para su propio beneficio. Sin embargo, no tuvo ningún éxito en arrastrar a otros soberanos en pos de su ideal. Andaban los tiempos revueltos en la cristiandad, y bastante tenían nobles y reyes con guerrear entre ellos, con lidiar las hambrunas que asolaban Europa y sobrevivir a la peste, y con contener al turco en las

fronteras de oriente —aunque entre los eruditos hubo pocas dudas de que este sueño de juventud tuvo influencia en los años de madurez del rey—.

Disculpen de nuevo vuestras mercedes que haga estos incisos para ponerlos en situación; siempre he creído que es importante conocer la generalidad del asunto para ir a lo concreto, según mi entender, y así lo plasmo en estas crónicas. El caso era que todos los mercaderes que surcaban estas aguas y las arenas del desierto querían por clienta a la rica ciudad de Tánger, y los portugueses eran conscientes de ello. Oficiales, escribanos y contadores de la Corona les daban la bienvenida, les abrían sus amplios y seguros embarcaderos y mandaban a sus agentes para que cobraran por el privilegio de usarlos. Los portugueses también eran dueños de los mejores hospedajes y controlaban los burdeles, por lo que hasta sus manos fluía un caudaloso río de oro y joyas.

Volviendo a nuestra historia. Desde las alturas de la terraza de la mancebía oteaba un Vasco soñoliento el puerto de Tánger, atestado de barcos de pescadores arremolinados en los pantalanes del norte, y de carracas, naos, urcas, galeazas, carabelas y fustas, perfectamente dispuestas en el resto de embarcaderos. Era aquel un espléndido muestrario de las naves que surcaban el mediterráneo y bordeaban la costa africana hacia el sur, haciendo bueno el tratado de Alcazobas que repartía las tierras ignotas y las berberías de levante y poniente, principalmente a gusto de los portugueses. Repasaba Vasco mentalmente los acontecimientos de los últimos días acodado en la barandilla de madera, y, sobre todo, elucubraba sobre lo que quedaba por venir. Cómo se había metido en semejante embrollo era algo que ni él mismo acertaba a entender. El caso era que, o seguía adelante o nuestra vida peligraría, y, a estas alturas, también la suya y la de todos los que estaban metidos en el ajo. Bueno, también estaba el oro que recibiría por la encomienda, lo cual sospecho era el principal acicate para la mayoría de los hombres que había arrastrado a Tánger.

El caso fue que mi amo y los suyos hubieron partido del puerto de Palos una semana atrás, en una carabela bien pertrechada de hombres, espingardas y artillería —por cortesía del duque de Medina Sidonia—, camufladas estas entre los barriles de vino y sacos de trigo y cebada

almacenados en las bodegas. Estaba el buque a cargo del ya mencionado Gómez Arias, un comerciante y navegante asturiano que llevaba afincado en Sevilla más de una década, y que tenía tratos y confianza con el duque y la Corona, no en vano su hermano era Esteban Pérez de los Cabitos, el hombre que había llevado a cabo las pesquisas de propiedad de las islas conquistadas de las Canarias. Era un buen marino y buen capitán de navío el tal Gómez Arias. Conocía las aguas, vientos y corrientes del Estrecho como las arrugas de su piel, y contaba con una tripulación de hombres bien adiestrados y competentes que no hicieron ninguna pregunta más de la precisa cuando, al amparo de la noche, embarcaron Vasco y su recua de desalmados armados hasta los dientes. Antes del alba levaron anclas y zarparon de las costas andaluzas. Debían llegar sin demora a Tánger, y esperar a su presa, el Viento del Sur.

La travesía transcurrió sin sobresaltos. En una jornada y poco, con viento racheado de poniente y algo de marejada, se plantaron en Tánger evitando encontrarse con todo barco que se recortaba en el horizonte, con tanto pirata y corsario suelto, más valía prevenir que curar heridas. Los hombres del Manco se habían portado, cada uno a lo suyo, sin armar bulla y sin intimar con la tripulación bajo la férrea disciplina que imponía el Carmona, que no dudaba en dar palos al menor conato de malas pulgas. Matallanas había vomitado hasta las higadillas y Ponce de León no paraba de ir de proa a popa, ojiplático y boquiabierto, sin creer del todo el castellano lo que veían sus ojos y que existiera tal cantidad de agua en el mundo. Contaba Matallanas que tal espectáculo estaba dando Ponce de León, que un viejo lobo de mar de cabello plateado y rostro cuarteado por el salitre, un tal Arteta, resultó este ser contramaestre de Gómez Arias, le dio un cubo cogido del océano para calmar la sed del mediodía y Juanillo lo engulló de sopetón y estuvo una tarde entera recomponiéndose entre retortijones y cagaleras escuchando las chanzas y las risas de los marineros. No fue a más la cosa pues Vasco impuso su templanza y enfrió el ánimo de un Ponce que ya se disponía a enfrentarse a la tripulación y ensartar con el pincho al contramaestre Arteta. Y, el padre Anselmo, sin sotana y espada al cinto, se había empeñado el clérigo en hacer valer su palabra y acompañar en la encomienda hasta que nos hubiese soltado el duque, había bendecido al Alborán, así se llamaba la carabela, en una breve ceremonia en latín y

buena parola al despuntar el alba. Eso había gustado a los marinos y a los matarifes del Manco, que, aunque rufianes y facinerosos buenos creyentes eran, y al capitán Gómez Arias, pues ordenó este abrir un barril de vino dulce e invitó a todos a echar un trago para que compadreasen y refrescasen el gaznate.

Como les adelanté a vuestras mercedes al comienzo de esta crónica, tenía Gómez Arias en su poder una carta de represalia con el sello real bien custodiada en un cofre dentro de su camarote. Era este documento un salvoconducto para ejercer como corsario, amparado por la Corona de Castilla y Aragón, en las aguas del Atlántico contra naves portuguesas. Se la mostró el asturiano al insistir Vasco en ello; si iban a piratear quería mi amo hacerlo con todas las de la ley, no fuera que la cosa se torciera, cayeran en manos lusas y les pusieran una soga al cuello, y si te he visto no me acuerdo. Por todos era sabido que la piratería estaba castigada con la horca y no solían andarse los portugueses con chiquitas en esos asuntos y menos con los castellanos y los andaluces que siempre buscaban gresca. De dónde venía todo este asunto de la carta, es de interés que lo mencione. Resultó que el asturiano Gómez Arias, su hermano Esteban Pérez de los Cabitos y otros compañeros fueron abordados y apresados diez años atrás en el Cabo de Santa María, por Alvaro Mendes de Serpa, criado del susodicho rey Alfonso, cuando volvían con una carraca cargada de oro y malagueta de las tierras de Guinea —pues antes de Alcazobas era mandato real que cada cual hiciera comercio en África si tenía arrestos, medios y posibles—. Mandó Gómez Arias dar un rodeo de una jornada hacia poniente y enfilar a Huelva por el Algarve para evitar a los piratas berberiscos que frecuentaban el Estrecho. Con tan mal tino que se encontraron con dos naos lusas que, guerra en ciernes con la Beltraneja y la sucesión castellana de por medio, los piratearon sin contemplaciones al contar con más soldados y más tiros de pólvora que los suyos. Ante tal canallada, el asturiano y sus compañeros reclamaron al rey portugués con denuedo que les hiciese justicia, pero al no obtener respuesta favorable de sus pesquisas —argüía el monarca que las tierras de Guinea y sus tesoros eran suyos y que los castellanos nada tenían que hacer allí salvo dar por culo—, dirigieron su petición a los reyes de Castilla y Aragón que sí les otorgaron una carta de «marca y represalia». Con la concesión de

estas cartas, se pretendía, a través de una serie de normas bien tasadas por los consejeros reales y el Almirante mayor, atender a las personas perjudicadas por un ataque pirático. Solían dirigirse estas encomiendas contra súbditos de otros países europeos en tiempos de enconamiento, o contra otras naciones y pueblos con los que se mantenía un régimen de hostilidad permanente. Así pues, estas patentes de corso encubiertas estaban reguladas directamente por la Corona, lo que permitía a continos y oficiales del almirantazgo controlar estrechamente a los que obtenían la licencia, además de beneficiarse con la quinta parte del botín, todo sea dicho. En cualquier caso, estas medidas no fueron todo lo eficaces que se presuponían; de un lado porque se podía evitar la aplicación de una de estas cartas amparándose en algún salvoconducto real, y de otra, porque el abuso en su utilización podía alejar a los comerciantes de otras naciones de los puertos de las Españas. De todo este embrollo, fueron aquellos tiempos cambiantes y convulsos, fue buen ejemplo Gómez Arias. Pues casi diez años después del suceso, aún no había conseguido el asturiano compensar el valor de las armas y mercancías que les habían robado, decía que ocho mil doblas de oro castellanas, por lo que volvieron a dirigirse a Isabel y Fernando reclamando justicia.

Como ya habrán maliciado vuestras mercedes de todo aquello era buen conocedor el duque de Medina Sidonia y decidió aprovechar tal circunstancia para aguijonear a su rival, el marqués de Cádiz, —conchabado con Giannotto Berardi, Bartolomeo Marchionni y sus socios portugueses —, y mostrarles a los reyes quien era leal y fiel a la Corona y sus ideales. No preguntó mucho sobre el asunto Gómez Arias —se le veía ciertamente incómodo en su papel de capitán de un barco corsario—, solo si la carraca que iban a asaltar era portuguesa, pues les tenía especial inquina, y Vasco le aseguró que así era, sin entrar más en la trama, no fuera que el asturiano, aun siendo hombre de hígados como parecía se echase atrás en el último momento.

XII. AMINA LA TUERTA

Las cortinas ondeaban con el vaivén de la suave brisa de la mañana. Traía el viento olor a mar y se mezclaba este con el de las buganvillas y jazmines de las macetas que adornaban la terraza del palacete. Apoyado desde la balaustrada oyó mi amo que alguien había entrado en la alcoba, una voz femenina hablando entre susurros moros con Amina, y que después había salido en silencio dando un leve portazo. Esperaba que ese alguien trajese nuevas. Cada día que pasaban en Tánger era un día más que se exponían al peligro, algún matarife del Manco podía cantar beodo en las tabernas del puerto, incluso el propio Matallanas, aún atado en corto como estaba, bien podría soltar la lengua con unos cuartillos de vino entre pecho y espalda, o los marinos de la tripulación. O, por qué no, algún oficial avispado podría inspeccionar la carabela y encontrarse las bodegas cargadas de artillería, espingardas y ballestas. Las posibilidades eran numerosas y variadas. Al más leve traspié podía irse todo al garete y terminar con una soga al cuello en el patíbulo del zoco. Por mucha carta de marca y represalia con sello real que tuvieran de nada iba a servirles en aquella plaza portuguesa si los tomaban por piratas.

Mejor no pensar mucho en ello. El destino había repartido cartas y a uno solo le quedaba jugar con lo que tenía. Había que mantener la cabeza fría y el ánimo sereno.

Se revolvió Vasco bajo el arco lobulado que sostenía la cúpula del mirador al sentir el roce de unas pisadas ligeras sobre las losas de barro. Unas manos tatuadas con flores amarillentas, de dedos largos y delicados, lo abrazaron por atrás acariciándole su pecho velludo.

—Os habéis despertado antes del alba.

Observó el leonés su único ojo, castaño y cálido como la tierra en verano, el otro lo cubría un parche de cuero negro curtido tachonado con una media luna de plata.

—Viejas costumbres de soldado —replicó él. Encontrábase mi amo en calzones, semidesnudo; y, ella imbuida en caftán de seda transparente que enseñaba más que tapaba, con el pelo revuelto y descalza.

Aún olían ambos a almizcle, olor a fornicio, entreverado con el sudor de sus cuerpos.

—Sois hombre misterioso —suspiró Amina con una expresión a mitad de camino entre la sorna y la suspicacia—. Y temerario.

—Vos no me vais a la zaga. —Acarició los labios de la mujer con las yemas de sus dedos callosos—. Algo me dice que vais bien sobrada de misterios y temeridades. Casi tanto como yo.

Sonrió ella, cómplice, se aupó de puntillas y besó a Vasco sujetando su barbilla.

Era Amina, la dueña de la casa de placer, una mujer de belleza mestiza, de piel aceitunada y suave como la seda; si no fuera por el parche que le cubría el ojo izquierdo —le daba un aire ciertamente fiero— podría pasar por una princesa mora o una concubina real de esos cuentos de las mil y una noches. Amina la Tuerta, la apodaban en Tánger, o Amina la de la Media Luna. Era su historia la de una mujer forjada a golpe de martillo sobre yunque que había salido dura y afilada como el acero de una espada. Nació Amina en el mismo lupanar que regentaba, hija bastarda de la antigua dueña y de un lugarteniente que regresaba de exploración con el famoso marino Diogo Gomes, y en el lupanar se crio y aprendió desde niña a ejercer su oficio con maestría incomparable. Me contó mi amo cuando me hice hombre que nunca antes había presenciado semejantes artes amatorias como las que le mostró la mora en las noches que pasó con ella y que no había yacido con hembra que lo hubiese dejado tan exhausto. Perdió el ojo cuando los portugueses tomaron la ciudad y uno de los capitanes del duque de Braganza la castigó por negarse a abrirse de piernas ante sus soldados. Amina era una mujer de raza y astuta, y, aunque puta, muy orgullosa, eso, precisamente, fue lo que llevó a que le saltaran el ojo con la punta de una daga, pues pretendía el verriondo capitán portugués que ejerciese su profesión sin

recibir dineros a cambio y delante de la soldadesca. Fue la tusona de los pocos tangerinos que no abandonaron la plaza cuando llegaron los aguerridos lusos con sus naos, sus espadas y sus cotas de malla relucientes. Su negocio y su oficio creyó que serían respetados por necesarios, pues capitanes, marineros y soldados lejos de sus casas, sean portugueses, castellanos o beréberes, siempre buscan mujeres hermosas para aliviar sus penas. Y, así fue, pero después de varias noches de saqueos y violaciones; porque, aunque la toma de la ciudad fue pacífica, no así lo fue la ocupación. Aún se acordaban los portugueses de la humillante derrota de Luiz Mendes Vazconcellos donde murieron tantos de los suyos a manos de los sarracenos, y alguna lección tuvieron que dar, no fuera que los tomaran los tangerinos por tibios y conspiraran pronto contra sus nuevos amos.

Así pues, Amina acertó en que conservaría su negocio, aún a costa de perder un ojo —otros perdieron la vida—; y siguió siendo la casa de placer de la Media Luna la más respetada y reputada de Tánger. A ella acudían los capitanes de navíos, oficiales de la corona, comerciantes, caballeros e hidalgos, con las bolsas llenas para probar los manjares más exquisitos en forma de ninfas de piel bronceada, cuerpos cimbreantes, voz de terciopelo, caricias dulces y risa fácil. Y, todos se iban con la bolsa vacía, y un halo de satisfacción que les duraba varios días, y que siempre les hacía volver a la Media Luna.

—Esta cicatriz no la conocía. —Le acarició ella la piel blanquecina del vientre. Su voz era un susurro profundo—. Es reciente.

—Gajes del oficio —repuso Vasco quitando la mano—. El otro salió peor parado.

—¿Y cuál es vuestro oficio? —preguntó ella con un atisbo de desdén apretando los labios, se apartó los tirabuzones que le caían por la frente—. La última vez que os vi os presentabais como un próspero mercader. Y ahora, tenéis otra mirada y otros aires, de soldado.

—Vivimos tiempos cambiantes —sonrió esquinado mi amo—. Como bien decís, a veces mercader, a veces soldado.

—Sois tan esquivo como los regueros de agua que bajan de las montañas —bufó acariciándose la perla que le colgaba del cuello.

—Y vos, sois una mujer sabia, que caláis a la gente nada más mirarla. No hace falta que diga más.

—Quizás me equivoqué con vos. —Le acarició la barbilla con una barba incipiente—. No me importan vuestros secretos, todos los tenemos, siempre que traigáis oro y compartáis lecho conmigo. —Le besó el cuello con una caricia de sus labios—. ¿Qué miráis con tanta insistencia? —inquirió ahora en tono aburrido, era una pregunta a la cual ella ya sabía la respuesta.

Se encogió Vasco de hombros y señaló con el mentón los mástiles que poblaban las aguas de la bahía. Su mirada revoloteó entre los puntitos minúsculos como hormigas, hombres que se movían de uno a otro lado llevando las redes, las cuerdas, los aparejos, las mercancías y los barriles de agua dulce.

—El puerto y a esa carraca, ya lo sabéis. Estaré aquí hasta que parta.

—El Viento del Sur… —susurró ella mientras metía su mano debajo de las calzas acariciando su miembro—. ¿Por qué os interesa tanto? Es una de tantas de las que vienen de esas costas que llaman de Guinea.

—Mejor no lo sepáis, por la boca muere el pez.

—Parte de mi negocio es saber —le mesó ella su cabello crespo con la mano que tenía desocupada.

—Mis motivos tengo.

—Compartidlos conmigo, pues, mi señor —repuso, un destello de cinismo apareció en su mirada.

—Es un asunto de rencillas entre mercaderes. Nada tiene que ver con los intereses de Castilla —respondió. Todo buen mentiroso sabe que una mentira se enmascara bien con una media verdad.

—¿No confiáis en mí? —Masajeó ahora su miembro con más vigor.

—Confío en el oro y en el acero que porto —siseó mi amo.

—Palabras de soldado y matarife.

—Ahora, es lo que soy —jadeó encelado con la última sacudida de su verga.

—Qué diferente del mercader dulce y apasionado que vino en primavera —sonrió ladina pegándose más a él, restregándose—. Pero, los hombres sois así con las mujeres, de sobra lo sé, cambiantes como una veleta.

Amina era una espía al servicio de Castilla, o, más bien al servicio de sus propios intereses y según soplase el viento. Sospechaba mi amo que daba información al mejor postor, únicamente que uno tenía que esforzarse por ser el mejor postor y no presionarla demasiado si quería llevarse bien con ella. Vasco la había reclutado en su primer viaje con una buena cantidad de ducados de oro, cuando la encomienda de don Gonzalo lo llevó a Ceuta y Tánger, y después a la propia Lisboa, para hacerse una idea de lo que acontecía en el norte de África y en el reino de Portugal. Con ayuda de Amina recopiló Vasco abundante información sobre las fortalezas y baluartes tangerinos, no en vano desde los aposentos privados de la meretriz se divisaba toda la ciudad, y también información sobre los soldados de la guarnición y las armas que disponían, piezas de artillería incluidas, pues la propia Amina compartía lecho de vez en cuando con uno de los capitanes de la ciudadela.

Amina era una superviviente. Como él mismo. Y, la experiencia le decía al leonés que los supervivientes se atraían unos a otros como cuerpos celestes a la deriva, aunque a veces también se traicionaban unos a otros, precisamente para eso, para sobrevivir a cualquier precio. Estaba en su naturaleza.

—Cuando os vi entrar por la puerta y buscarme con la mirada, pensé que veníais a por mí, tonta… —le acarició el cuello con tímidos besos, su único ojo brillaba con malicia, tenía la de la Media Luna labia de comediante y podía engatusar a los hombres como un encantador hacía con las serpientes—. Que mi suerte había cambiado, y que me llevaríais con vos… o que os quedaríais como mi paladín.

—Si alguna vez mi fortuna cambia os prometo que volveré para convertirme en protector de vuestro reino.

Rio ella desenfadada, con un puntito de amargura quitándole la mano de uno de sus senos.

—Como en las historias de caballerías.

—Como en esos cuentos de las mil y una noches que tanto os gustan —apuntó con un graznido. Aspiró aire hasta llenar sus pulmones—. Podéis cambiar de vida y de lugar por vuestros medios, dineros no os faltarán.

Los labios de ella dibujaron un mohín.

—Y, ¿dónde proponéis que vaya? Aquí mana el oro... —alzó una mano señalando a la explana del cercano zoco en la que los mercaderes preparaban las tiendas y las mercancías—. Tánger es un regalo, es la encrucijada entre Europa y África. Quedaos conmigo y os cubriré de riquezas durante el día y por las noches de placer y de gozo.

Y tenía razón Amina. Pero, bien sabía mi amo que las cosas podían cambiar de rumbo como de la noche a la mañana, tanto en Tánger como con Amina, y su espíritu errante lo conminaba a no aceptar las comodidades ni la vida sedentaria como plato de buen gusto. Si Berenguela Hinestrosa no lo había conseguido, tampoco lo iba a a hacer la misteriosa Amina.

—Sois una mujer bella y sabia. Mejor no tentar al destino y dejar las cosas como están.

Su único ojo refulgía ahora como una estrella, y se clavó en sus iris grises como una ballesta afilada.

—Tengo noticias que daros. —Lo apartó dándole un pequeño empujoncito dejando su verga enhiesta como el palo de un estandarte—. Del Viento del Sur… —acotó cruzándose de brazos—. Una de mis niñas —era así como llamaba a sus meretrices—, ha pasado la noche en coyunda con su capitán y le ha contado que volverá antes de caer el sol, pero que será la última vez, mañana levantan anclas y parten hacia Portugal.

—Mañana... —de nuevo se volvió Vasco hacia el puerto con el rostro contrito.

—Es lo que dicen mis pajarillos. —Se encogió de hombros antes de continuar, como diciendo es la mejor fuente que tenéis—. No esperarán al grueso de la expedición, sus razones tendrán —susurró—. Y tienen una docena de hombres de armas con ellos, más los marineros, y cincuenta esclavos hacinados en sus bodegas.

Eso ya lo había visto mi amo, pues por turnos los iban sacando a cubierta a media mañana para que les diera el fresco hasta caer la noche, y bien pertrechados de latigazos y cadenas iban

los desgraciados guineos. Y a los matachines del Viento del Sur los tenían más que contados.

—¿Artillería?

De eso solo sabía lo que le había contado la dama Berardi.

—Por el Altísimo, que no han intimado tanto y hubiera resultado sospechoso que indagase. Todos tenemos nuestros límites.

—Os habéis ganado el oro que os he dado —concedió. Ese era el trato.

—¿Partís pues con el Viento del Sur?

—Qué remedio me queda... —Esbozó una media sonrisa torcida. Sus palabras quedaron colgadas en el aire durante un par de latidos en los que apareció la decepción dibujada en el semblante de Amina.

—No osaréis a iros sin despediros como es debido —dijo ella al fin—. Mi lecho os espera con sábanas de seda recién puestas y perfumadas.

De nuevo se acercó a él un pasito, asomando la puntita de su lengua como una gata relamiéndose ante su presa. Esta vez fue Vasco quien la atrajo con un tironcito del brazo, con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada libidinosa. Debía avisar a la tripulación y a su recua de facinerosos para hacer los preparativos, pero todo aquello podía esperar unas horas. En el oficio de espía y mercenario, siempre en el filo del acero, había que aprovechar los regalos del destino, pues uno nunca sabía si podía haber un mañana.

XIII. CORSARIOS DE LOS REYES

El sol apuntaba ya bien alto y los tejados daban poca sombra cuando salió Vasco por la puerta de atrás de la Media Luna con el sentimiento de que merecía la pena vivir la vida y sus riesgos por mujeres como aquella a la que llamaban Amina la Tuerta. Aún tenía impregnado el olor de su pelo y de su vulva, y podía sentir el roce de sus labios quemando su piel, su lengua húmeda y juguetona, y sus certeras caricias. Perderse en el fornicio es un placer, encontrarse en él una bendición, le susurró ella después del segundo envite enroscada sobre su cuerpo como una sierpe. Se movía Amina en el lecho con la gracilidad de una mariposa y el ímpetu de una leona, y su cuerpo liviano era capaz de adoptar las posturas más inverosímiles, que ni siquiera hubiera imaginado en sueños Vasco que macho y hembra pudieran copular de semejantes formas y alcanzar éxtasis tan profundos. Le enseñó ella con orgullo un libro de tapa azul con bordes dorados que sacó de un arcón de madera negra con incrustaciones de marfil. Un libro del lejano Oriente, le contó, un tesoro que me dejó mi madre antes de que se la llevaran unas fiebres. En su interior, con ilustraciones coloreadas de trazo fino, se mostraba y se describían con detalles la práctica de sesenta y cuatro artes amatorias; las había para todos los gustos, el macho arriba y la hembra abajo, del derecho y del revés, boca arriba y boca abajo, de lado, de pie y sentados, y todas ellas decía Vasco que las dominaba la mora con maestría. ¿Volveremos a vernos? Le dijo ella en cuclillas mientras se lavaba sus partes con el agua de una jofaina. Quien sabe, repuso él ajustándose calzas, jubón y herrándose bien el cinturón; el destino es caprichoso. ¿Puedo al menos saber vuestro verdadero nombre? Vasco, le respondió ojos

entornados, simplemente Vasco, podéis llamarme así.

—Este huele aun a choto, Juanillo —soltó Matallanas con aire socarrón, dándole una palmada al leonés sacándolo de sus ensoñaciones, aferrándolo al terruño de albero—. Ni tiempo ha tenido de lavarse el verriondo —carcajeó. Miró a Vasco con altivez, como si acabara de ganar un duelo de ingenio—. Y esa cara de embelesado que tenéis… hacía tiempo que no os veía con aire de muchacho.

Sonrió Ponce de León avieso limpiándose un moquillo que le caía por la nariz con el dorso de la mano.

—Esa tuerta parece una hembra de armas tomar, don Vasco —apuntó el castellano esquivando a dos mulas que subían de las lonjas por una callejuela empinada, cargadas con fardos de pescado fresco. Un viejo con turbante les chistaba y les daba con una caña en el lomo.

También habían pasado ambos la noche en la casa de placer de la Media Luna con dos barraganas de tez oscura como el tizón. Los había encontrado Vasco en la taberna aledaña relamiéndose los dedos de un guiso que los moros llamaban tajines, unas verduras con carne estofada de ternera.

—Amina es su nombre, Ponce —replicó hosco el leonés—. Mucho oro tendríais que gastar para yacer con ella.

—Parece una fiera donde las haya. —Se arremetió Rafalito Matallanas la faltriquera dentro de los pliegues de su sayón, no fuera que alguno de los arrapiezos que abundaban por las calles le diera por alargar la mano—. Para hacer mella en el Negro… mucha hembra tiene que ser.

La calle se empinaba, los edificios se alzaban y se apoyaban unos en otros, la muchedumbre era como un enjambre de moscas que acudían en tropel al zoco: pescadores, soldados, pajes, sirvientes, comerciantes, marinos y vendedores, y furcias apoyadas en las bocas de los callejones, en cuyas sombras a veces centelleaba el hierro de un matarife que esperaba para arrebatarle las monedas o la vida al cliente de la tusona. Ante ellos, las enormes escaleras de piedra caliza que daban al mercado aparecían desdibujadas por el calor. Los peldaños estaban desgastados por años de interminables carreras. Arriba y al fondo, la fortaleza de la kasbah,

resplandecía sobre el promontorio como una colmena.

—Un caballero, Ponce, no desvela secretos de alcoba —apuntó el leonés guiñando un ojo a Juanillo, adentrándose en el mercado, como digo, a esas horas atestado de gentes, bestias y mercancías de todo tipo.

—Las nuestras eran unas gatas que gustaban de dar arañazos, morder, lamer y cambiar de amante en mitad de la noche. Como aún no soy caballero puedo contar lo que me plazca —sonrió Ponce a Matallanas que asintió asomando sus dientes entre la tupida barba.

—Redios —profirió el leonés con un gruñido frunciendo los labios. Esos dos tomaban demasiadas confianzas. Le echó una mirada reprobatoria a Ponce y después a Matallanas—. Os pasasteis las hembras el uno al otro.

—Más bien fueron ellas las que propusieron el trato, y varias veces, pues compartimos alcoba —carcajeó el fornido rambleño—. No me miréis así, leonés, vos hicisteis lo mismo con el Capitán en aquella tienda después de que los portugueses saliesen en desbandada en la batalla de Toro.

—Maldita sea vuestra estampa y vuestra lengua, Falito. Aquello era la condenada guerra y éramos jóvenes y llevábamos semanas matando como diablos.

—Lo que cuenta es lo que cuenta, Negro.

—En boca cerrada no entran moscas… No le hagáis mucho caso a este verriondo, Ponce, vos aún podéis salvaros.

Gustaba Rafalito Matallanas, cuál cerril baladrón, de contar sus batallitas con pelos y señales después de una noche de farra, y estaba haciendo carrera con Ponce de León. No así mi amo que rara vez soltaba prenda de lo que hacía y deshacía con una dama.

—Ya estamos con las malas pulgas, Negro —siguió Matallanas—. Ni una noche de buen fornicio os las quitan —rezongó el hombretón—. Y, dejad de aconsejar a Juanillo que ya es hombre de tomar sus decisiones y que su boca hable por él.

Se apretujaron delante de un puesto de carne asada lleno de moscas zumbando para dejar paso a unos carros tirados por cabestros que llevaban unas tinajas de aceite por el paso principal del

zoco.

—Dejaos vos de chanzas y de dimes y diretes, que tenemos trabajo arduo por delante. Vayamos a buscar al Manco y a Gómez Arias.

—Y, ahora, a meter prisas —bufó Matallanas—. Hay que foderse —escupió—. Sale último y quiere llegar el primero.

—Espero que hayáis desfogado y llenado el buche, Falito, porque el Viento del Sur zarpa mañana y nosotros tenemos que hacerlo hoy.

Una corriente de siervos pasó a su lado, con los hombros desnudos y oscurecidos por el sol, llevando tres palanquines cubiertos por telas blancas, las campanillas tintineando a cada paso que daban.

—El Manco y el capitán Gómez Arias… Esos no han dejado el puerto —terció Ponce de León.

—Eso espero… es lo que convinimos —apuntó Vasco—. Que ellos vigilarían la carraca y sus marinos y nosotros a su capitán.

No era cuestión que un grupo de españoles bien herrados campara a sus anchas por las tabernas y antros de Tánger; porque una cosa era que el puerto estuviese abierto a cualquier nave que quisiese comerciar y otra que andaluces, navarros y castellanos de baja ralea se pavoneasen por las calles de la ciudadela. Por lo que convinieron Gómez Arias y mi amo, que la tripulación y la gente del Manco se turnasen para beber y putañear por el puerto, y vigilasen el Viento del Sur de primera mano, y Vasco y los suyos fuesen a indagar donde el capitán y los oficiales de la carraca. Que de sobra sabía el leonés, si tenían oro en abundancia, sería la Media Luna.

—¿Estáis seguro de que zarpa mañana? —inquirió Matallanas—. No nos vendría mal otro día en Tánger, ya sabéis… para reponer fuerzas y todo eso.

Le dio un codazo a Ponce de León que secundó su propuesta con un cabeceo.

—Amina es una buena fuente de información, Falito, aun con un solo ojo es la que mejor vista tiene en toda Tánger.

Se adentraron por la amalgama de puestos, tiendas y carpas que se concentraban en el zoco de

Tánger sin ningún orden ni concierto aparente, salvo por dos anchos pasajes de albero que lo cortaban en cruz. Se podían encontrar en la explanada mercancías de las más variadas clases: especias traídas de oriente, de todos los colores, tamaños y formas; telas púrpuras, azul índigo o verde esmeralda venidas de la ruta de la seda; maderas y marfiles tallados del interior del desierto representando animales y dioses; espadas, adargas, puñales y cuchillos con joyas incrustadas. Los pesos y las balanzas no paraban de subir y bajar y las monedas repiqueteaban sobre los maderos. Se hablaba en portugués, en castellano, en italiano, en bereber y en las lenguas y dialectos indescifrables del desierto. Había sirvientes, recaderos, soldados, marineros, barraganas y malandrines inundando las calles del zoco, y algún que otro grupo de caballeros y damas rodeados de hombres de armas. El olor era lo más característico. El olor a excrementos y humanidad, pues tal era la aglomeración de personas y bestias que costaba abrirse paso; le recordaban a mi amo al olor de la batalla, solo faltaba el hedor dulzón de la sangre.

Pasaron por delante del cadalso y de las chirriantes jaulas para los criminales, colgadas de tres palos; ahora vacías, pues el día anterior hubo ajusticiamiento con verdugo y hacha, y hábilmente había cortado el matarife dos cabezas y una mano para regocijo de la plebe congregada en la explanada. En cada uno de los postes había clavado un letrero con inscripciones: asesino, ladrón, pirata. Cualquiera de las tres le hubiese valido a Vasco. Tragó saliva y aligeró el paso para cruzar cuanto antes el mercado.

—Tened cuidado con las serpientes —dijo Ponce de León cuando pasaron frente a un hombre viejo y barbudo con tantas arrugas como un pergamino, turbante blanco a la cabeza y arrodillado en una esterilla, que con una especie de flauta hacia bailar con leve oscilamiento a una sierpe de considerable tamaño.

—Las llaman cobras —apuntó Vasco—. Una sola picadura acabaría con un hombretón como Matallanas.

Frunció el ceño el joven Ponce y se retrasó un par de pasos.

—¡Por la Virgen y San Cristóbal! ¡Qué coño es eso! —exclamó Rafalito Matallanas, señalando con su dedo mugriento. Detrás de las jaulas de monos había una especie de corral con

maderos en el que descansaban unos camellos a las sombras de las palmeras, y en el abrevadero había dos bestias moteadas cuyo cuello alargado sobresalía de las lonas.

—Son jirafas, buen hombre. —Un muchachillo escuálido salió de las penumbras del tenderete apoyándose en una vara, tenía una pierna ostensiblemente más delgada que la otra, casi en los huesos—. Por un ducado os podéis llevar una a vuestro palacio—sonrió.

—Si tuviera un ducado no estaría aquí, muchacho, y si tuviera un palacio no saldría de él —sonrió el hombretón cogiéndole un cachete, se lo quitó de en medio el zagal con un empujoncito de la vara.

Junto al corral de los camellos y las jirafas se levantaban otros maderos que guardaban una centena de negros. Hombres, mujeres y niños atados como bestias, polvorientos, semidesnudos en harapos y taparrabos, que miraban a su alrededor con ojos acuosos y asustadizos mientras la muchedumbre se los subastaba como si fuesen vacas o bueyes.

—Vayamos por aquí —apuntó mi amo dirigiéndose a una callejuela que bajaba en cuesta hacia el puerto.

—No soportáis verlos así —musitó Matallanas.

—El hombre no puede ser dueño de otros hombres, al menos no de esa manera —gruñó Vasco.

—No es muy diferente de lo que ocurre en los campos andaluces con los jornaleros —bufó Matallanas rascándose la entrepierna.

—Ni tampoco de lo que acontece en Castilla —terció Ponce de León.

—Los señores disponen de sus siervos amparándose en las leyes de Dios y de los hombres… que ellos mismos han escrito. Es ley de vida que haya señores y siervos, Negro.

—Una cosa es servir y otra que os traten peor que a un perro —escupió Vasco al terruño, enfilando por la escalinata dejando atrás el bullicio del Zoco.

Había redes de pesca tendidas entre postes, secándose o esperando a ser reparadas, y nasas para cangrejos apiladas delante de un puñado de ahumadores. El casco viejo y podrido de un barco

estaba siendo reparado por los calafateadores con estopa y brea, y los charranes y las gaviotas posados encima de él observaban a Vasco y sus dos compinches caminando dentro del puerto. Un olor a mar, salitre y a pescado inundaba la explanada, pues los pescadores y mercaderes hacían tratos en la lonja aledaña. Había cuadrillas de soldados apostados en los pantalanes, donde descansaban las naos que venían con el oro de la Mina, sudando a chorros bajo sus cascos y lorigas. Escoltaban estos a los oficiales del puerto que hacían las inspecciones y recaudaban los impuestos.

Encontraron a Gómez Arias bebiendo en la taberna del Atún Dorado bajo un toldo de tela amarillenta desgastado con más agujeros que las murallas de Alhama; le hacían compañía Zuzuaga, el padre Anselmo y su contramaestre —Ponce de León le echó una mirada taciturna, aun no le perdonaba la broma del cubo de agua—.

—Vasco —lo saludó Gómez Arias tocándose la boina y alzando la mano para tapar el sol del mediodía—. Ya os echábamos de menos.

—Capitán. —Alzó el mentón el leonés—, traemos nuevas.

—Sentaos, Negro, compartiremos nuestro vino —lo invitó el Manco Zuzuaga vertiendo el caldo del búcaro en tres jarritas de barro con su mano buena, quitó las alpargatas de un taburete e hizo un gesto cortés bajando su muñón.

—Unos más que otros, ni pregunto dónde andabais los tres… con alguna barragana de mala muerte —hipó don Anselmo con voz chillona, las venillas de su rostro y su nariz asomaban dándole un tinte bermejo. Tenía la saya abierta y se le veía el pecho hasta el ombligo velludo como el de un oso.

Carcajearon todos menos Gómez Arias, era de poco sonreír el asturiano, parecía hombre recto y con el semblante siempre preocupado. Ya pasada la cuarentena, seguía teniendo un buen porte, una frente amplia con las sienes plateadas y una coleta típica de la marinería.

—Como todos pater, como todos, que uno no viene a Tánger todos los días —replicó el contramaestre Arteta bufando, quitándose un cordel de la camisa para transpirar, dejando al descubierto una Virgen tallada en bronce sostenida por un cordel.

Iban todos ellos en calzas holgadas y prendas livianas menos el capitán Gómez Arias que vestía con camisa blanca de mangas abombadas y saya larga y azulada, abierta y sin mangas, y unas calzas de muslos y medias. Aun así, era hombre de no sudar el capitán, ni una gota resbalaba por su rostro.

Tomaron asiento Vasco y sus compinches entre Zuzuaga y don Anselmo, frente al capitán y su contramaestre de espaldas al puerto. A su alrededor retumbaban el ruido y la agitación de los muelles: hombres que corrían de un lado para otro, gritaban y lanzaban fardos a las dársenas.

—¿Qué nuevas nos traéis? —inquirió el capitán empujando con las yemas de sus dedos unos platos con huevos duros y rebanadas de pan negro untadas con mermelada.

Oteó Vasco a su alrededor las caras de los marinos ojerosos por la resaca mientras mordía uno de los huevos, Matallanas y Ponce daban buena cuenta de las rebanadas. En la mayoría de las mesas de la taberna se hablaba portugués, pero también las había en las que se oía italiano y francés, y en la más retirada algún exabrupto en inglés se escuchaba. Estaba el puerto de Tánger abierto a cualquier nave que quisiera comerciar, aunque pocas que no fueran portuguesas o genovesas lo hacían, pues había mucho pirata que conocía esas rutas y aquellas aguas, y solo aquellos barcos eran custodiados por las naos de guerra lusas. Había pagado Gómez Arias a la autoridad portuguesa cinco doblones, uno por día, so pretexto de vender el vino y el aceite que traían en sus bodegas. Su presencia no había despertado sospechas en los oficiales del puerto, pues eran frecuentes que los buques andaluces abastecieran a las plazas fuertes del norte de África de víveres y bastimentos.

—El Viento del Sur parte mañana —susurró Vasco.

Todos ellos se miraron con el rostro grave, conscientes de que se terminaba el tiempo de asueto y comenzaba la cacería. Desde ese momento iban a ejercer de corsarios de los reyes.

—Eso nos deja poco margen —apuntó Zuzuaga perezoso dando bostezo, colgaban de sus ojos dos bolsas violáceas.

Tamborileó los dedos sobre la mesa el capitán, sus cejas espesas formaban una gruesa línea sobre su rostro rudo y cuarteado por el salitre.

—Ya lo teníamos previsto —apostilló el asturiano—. La mitad de nuestra tripulación está en el barco y la otra la tenemos entre aquellas dos fondas. Arteta, id a buscarlos y que estén preparados para partir antes de que el sol decline —ordenó el capitán a su subalterno.

—Como ordenéis —se levantó presto el contramaestre y sin decir más se dispuso a buscar a sus hombres y preparar la partida.

—Pero, todos los hombres de Zuzuaga andan desperdigados por medio Tánger —añadió Gómez Arias.

—No os preocupéis por eso, capitán —repuso el navarro con suficiencia y una media sonrisa amarillenta. Se llevó los dedos a la lengua y emitió un silbido estridente—. ¡Carmona! —gritó. De la mesa del fondo, de la que salían los exabruptos en inglés asomaron la cabeza y el torso de Carmona, su mano derecha cogía un cubilete con dados dentro. Hizo el manco un ademán para que se acercase—. ¡Dejad las timbas!

Se acercó Carmona con paso apresurado guardando unas monedas en la escarcela que llevaba sujeta al cinto. Matallanas lo escudriñó con envidia, pues, quitando una buena hembra y un buen caldo, no había cosa que le gustase más al rambleño que una partida de dados.

—Hay que reunir a los hombres, en menos de una hora partimos —apuntó el Manco a la par que se levantaba y se arremetía la camisa en las calzas y se las ajustaba con un cordel. Con su mano buena se llevó el tahalí y se lo cruzó de hombro a cadera—. Vayamos a despertar a esos fodidos haraganes y sacarlos de sus nidos de putas, ahora hay que ganarse el pan.

—¿Una hora? —inquirió Carmona rascándose la barba con esa voz gutural tan características. Tampoco tenía buen aspecto Carmona, poco había dormido.

—Una hora, Carmona, eso acabo de deciros, limpiaros las orejas de mugre y partid a buscarlos —escupió—. Avisadles que quien no esté en una hora se queda en tierra.

Sin decir más se dio la vuelta el lugarteniente del Manco Zuzuaga y se encaminó a la siguiente taberna, pared con pared con la lonja del puerto. El navarro tiró para el otro lado enfilando a los establecimientos que crecían a los pies de la muralla que circundaba la ciudad.

—Habremos de pergeñar un buen plan, capitán —apuntó mi amo. Matallanas y Ponce alzaron

la cabeza de sus platos.

—En eso estamos, Vasco, en eso estamos... —Se mesó la barbilla recién rasurada. Era hombre de temple Gómez Arias—. Creo que es momento de compartir mis ideas con vos.

—Sería de agradecer —sus ojos grises se clavaron en los del capitán. Este alzó la cabeza al cielo, que comenzaba a poblarse de nubes.

—Va a cambiar el tiempo —apuntó Gómez Arias.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió Matallanas quitándose unas miguitas de pan de su poblada barba cobriza.

—Lo huelo —cruzó el asturiano una mano sobre la otra, sus labios se curvaron hacia arriba esbozando una mueca muy parecida a una sonrisa.

XIV. PUNTA MALABATA

Levaron anclas en la tarde antes de que el sol comenzase a declinar por la delgada línea del horizonte. Se escondía y aparecía el astro rey dando sus últimas luces, como un niño travieso jugando entre las nubes plomizas que capotaban el cielo. Había tiempo de sobra, decía el capitán, de hacer la maniobra de desatraque y llegar a refugio antes de que la noche los alcanzase, pero tampoco había que demorarse en demasía. Era hombre cabal y precavido el capitán Gómez Arias.

El contramaestre Arteta y unos cuantos más empujaron con remos para apartar la nave del muelle, y la corriente los llevó lentamente a mar adentro. Soltaron los marinos los cabos, se recogieron y guardaron, izaron las telas. El timonel empuñó la caña y enfiló la proa hacia el norte saliendo de la bahía bajo la atenta mirada del maestre asturiano que supervisaba las maniobras. La nave que comandaba, el Alborán, parecía un buen barco, bien calafateado y ligero, de fácil manejo, que surcaba las olas con gracia y altanería.

Observaba Gómez Arias desde la toldilla, manos detrás de la espalda y boina bien calada, como caía a estribor la plaza fuerte de Tánger, con sus soldados, sus baluartes y, sobre todo, sus naos de guerra y piezas de artillería. Se vislumbraba el alivio dibujado en el rostro del capitán al dejar atrás la ciudad portuguesa.

Una estela de espuma blanca borboteaba desde la proa y alguien comenzó a cantar. Era una canción alegre y metafórica sobre un marinero que dejaba atrás a su familia y su vida en busca de aventura y tesoros. Pronto toda la tripulación coreó la letra.

Tenía razón Gómez Arias, el tiempo se enrabiaba, fuertes rachas de viento soplaban desde el Estrecho, ululando y tensando el velamen, y el mar se encrespaba volviendo las aguas de un gris plomizo, un reflejo del cielo.

—No es de fiar este mar, capitán —apuntó el viejo timonel que manejaba la caña con brazos firmes. Era un hombre bajito y fornido, de mandíbula prominente y ojos de lechuza. Tenía un marcado acento gallego—. Debiéramos haber esperado hasta mañana.

—Rumbo a la Punta Malabata, Gabriel —acotó el asturiano—. Sabéis tan bien como yo que allí podremos estar a resguardo.

—Y, saberlo, también lo saben los piratas… —dejó caer, con una de sus peludas manazas se rascó por encima del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

Gabriel era de los pocos miembros de la tripulación que conocía al capitán de media vida. Fue el gallego timonel de la nave que diez años atrás fue pirateada y se había mantenido fiel a Gómez Arias, junto con el contramaestre Arteta, en cuantas empresas habían acometido, unas mejores y otras peores. Era de esos hombres que estaban a las duras y a las maduras.

Apretó la mandíbula Gómez Arias. Piratas. Verdaderos piratas. Era un riesgo que había que correr. Un riesgo calculado, pues desde la toma de Tánger, habían disminuido los ataques de piratas berberiscos más allá del Estrecho. Aunque haberlos los había, y también de los hideputas ingleses y franceses que se dejaban caer desde el norte. Eran presas demasiado suculentas, las naos portuguesas cargadas de tesoros, como para que los salteadores cejasen en sus empeños.

—Mañana hay que estar en la mar cuando parta el Viento del Sur, quiero estudiar como navega, eso y la sorpresa nos darán cierta ventaja sobre la carraca —dijo el capitán apoyando la mano en el hombro de su timonel que estiró el cuello como un gatito al que acaricia su amo—, y los hombres deben estar preparados, lúcidos y despiertos; y mientras más noches pasen en el puerto menos lo estarán.

—Espero que esta vez tengamos a los hados de nuestra parte, capitán… —Giró el piloto un cuarto de caña a babor para evitar a tres barcas de pescadores que regresaban de faenar con las redes llenas de peces. Era el Atlántico un océano generoso en aquellas latitudes, cuyas aguas

generaban constantes disputas entre pescadores portugueses y andaluces, y tenían a sus monarcas con constantes pleitos y dolores de cabeza por los continuos quebrantos de los tratados de unos y otros. Los andaluces porque faenaban donde no debían y los portugueses por los castigos atroces que les infringían cuando los cogían, pues habían tomado costumbre de azotarlos y amputarles dedos y manos—. La última vez nos plantaron cara, acordaos bien.

—Ya lo hago, Gabriel, ya lo hago... Para eso hemos traído a esa cuadrilla. —Señaló el capitán con la barbilla al Manco Zuzuaga y a sus hombres que estaban repantingados sobre la cubierta del castillo de proa; la mayoría bebían tragos de agua para espabilarse de la resaca y hablaban despreocupados mientras afilaban sus aceros con piedras de amolar—. No nos andaremos con remilgos. Recuperaremos lo que nos robaron los hideputas portugueses.

—Esos hombres no os defraudarán —apuntó Vasco que observaba las maniobras del barco con aplomo dos pasos detrás del capitán y del timonel.

—No lo dudo —carraspeó—, lo que me preocupa es que parecen auténticos bandidos —repuso el asturiano al mismo tiempo que daba una zancada y le hacía un gesto a Arteta levantando la mano al cielo. Dio un par de voces el contramaestre y tres marinos, de un salto, se encaramaron a los obenques y subieron con agilidad pasmosa a lo largo del mástil para arriar los cabos de los garruchos y dejar caer la vela mayor desde la verga que cruzaba el palo.

—Conocen bien el oficio los hombres de Zuzuaga, como los vuestros—dejó caer Vasco con un quejido—. Confiad en ellos.

El timonel, tenía este el rostro marcado por las llagas y el salitre, torció el cuello, lo oteó de arriba a abajo con ojos de halcón y escupió a favor del viento.

—No es que lo parezcan, voto a Dios, es que son piratas —acotó Gabriel.

—Que mejor pues… que bandidos para hacerse con un botín de bandidos —replicó Vasco.

—¿Sabrán obedecer órdenes? —inquirió Gómez Arias, observando con un atisbo de sonrisa en sus labios como la vela se hinchaba, los maderos de la arboladura crujían y la nave tomaba impulso.

—De Zuzuaga, seguro, y Zuzuaga obedecerá las mías. No lo dudéis. —Entornó los ojos

Vasco—. ¿Y los vuestros?

Se encogió de hombros Gómez Arias.

—De confianza, ya saben a lo que venimos y aquí están, dispuestos a que sus familias no pasen hambre. Algunos se quedaron en tierra. No los culpo. No a todo el mundo le gusta robar.

—Quizás haya que matar además de robar —repuso Vasco, sus dedos tocando el pomo de su ropera.

—La mayoría ya lo ha hecho en alguna guerra y lo volverán a hacer si llega el caso.

—Es probable que llegue. Mañana lo averiguaremos.

—Les he prometido que habrá oro para los que regresen.

Asintió Vasco a las palabras del capitán como si eso fuera explicación suficiente para sesgar vidas y mandar almas al infierno y al purgatorio, porque estaba seguro mi amo que al cielo solo iban señores, monjas, niños, curas e hidalgos, y los que pagaban los dineros en las cruzadas con la bula del Papa. Quizás no hubiera que hacerlo, matar, pero apostaba Vasco a que hombres que llevaban una fortuna en las bodegas no se la iban a regalar por las buenas después de haberse cruzado medio mundo para conseguirla.

Rumiaba mi amo que los rastracueros del Manco casi doblaban en número a los matarifes del Viento del Sur, y seguro también que en mala uva y malas artes, y en cuanto a tiros de pólvora también casi los duplicaban. Habría que ver si el Carmona era tan buen artillero como decían. Pues contaba el Manco Zuzuaga que había servido con las lombardas en los ejércitos de Castilla en los asedios contra los moros en Alhama y en Ronda. También decía Gómez Arias que Arteta tenía buena puntería con los falconetes. Cavilaba el leonés que pronto comprobarían ambas cosas.

El plan del capitán era simple, tampoco es que se hubiera quebrado mucho la testa el asturiano. Acechar a que la fodida carraca pasase por la Punta de Malabata y cuando virase hacia el oeste, porque a buen seguro lo haría para fondear en alguna de las calas del Algarve y bajar la mercancía de contrabando, seguirla y piratearla. El Alborán era un navío mucho más maniobrable y rápido que la carraca del Viento del Sur, y aligerada de peso como iba la una y

con las bodegas llenas la otra, creía Gómez Arias que podría abordarla acercándose desde la popa para evitar en lo posible los falconetes y lombardas de los portugueses. Y, después, al abordaje.

Confiaba Vasco en Gómez Arias y en sus experimentados lobos de mar para cazar a la presa. A su gavilla le tocaba bailar con la más fea, abordar el barco evitando una escabechina que no soliviantase en demasía a los portugueses y que no llegasen las quejas a las chancillerías en Lisboa y Sevilla.

La Punta Malabata se erguía a dos leguas escasas al noreste de Tánger. La sobrepasaron con una mar brava y el sol dando sus últimos coletazos, se escapaban sus rayos rojizos a través de las nubes y se reflejaban en la inmensidad del océano. Decía mi amo que la visión de este océano hacía que uno se sintiera insignificante, como una vulgar tachuela en un cubo lleno de clavos, y, a fe mía que así fue como me sentí años después cuando presencié con mis propios ojos la inmensidad de las aguas de la Mar Océana. Pero, para eso queda aún mucha tinta que gastar en contar esta y otras aventuras.

Viraron a estribor al sobrepasar el cabo y se resguardaron del poniente en una rada de aguas profundas y calmas que era conocida por los marinos que frecuentaban el Estrecho. Para alivio del capitán y del resto de la tripulación estaba desierta. Sería un buen lugar donde fondear el navío y pasar la noche a la espera de acontecimientos.

Mientras los marineros recogían velas y cabos siguiendo las órdenes del contramaestre Arteta, el capitán bajó a su camarote junto con el timonel a revisar las cartas de navegación de la costa. Vasco se acercó al Manco Zuzuaga que descansaba con sus hombres en el castillete de proa. Matallanas se había bajado el calzón para hacer sus necesidades cogido a las cuerdas de cáñamo que conformaban los obenques, todo un espectáculo de pedos y quejidos, y Ponce de León, a su lado, aireaba su verga también para hacer sus necesidades. Algunos hombres cuchicheaban por el tamaño desproporcionado de la misma.

—Mañana habrá jarana —apuntó Vasco apoyando sus brazos en las rodillas y su costal en la

amura de estribor, sentándose entre el hueco que le dejaban Zuzuaga y Carmona.

Sonrió avieso el navarro.

—Si estos marinos saben hacer su trabajo, desde luego.

Ojearon de soslayo a la tripulación del Alborán, eran hombres fuertes y rudos, con costras y cicatrices en brazos y piernas, y se movían por todo el barco con movimientos ágiles y felinos.

—Por lo que parece, son duchos en su oficio —apuntó Vasco.

—Algunos de los míos que han navegado así lo dicen. Pero, empiezan a ponerse nerviosos, huelen sangre y los marinos no son soldados… —Lo decía el navarro porque al embarcar hubo un conato de refriega entre los hombres de la tripulación y los del Manco azuzados por el vino y la resaca; algunos empellones, un no me miréis con esa cara de lechón, y vuestra hermana bien sabe lo hombre que soy. Se arregló la cosa con la intervención del capitán que cogió a los suyos por la pechera y los retiró de la bulla, y con el Carmona dando collejas como un diablo a sus valentones.

—Os toca vigilar a los vuestros —dijo el leonés oteando la cuadrilla del Zuzuaga: hombres sucios con el cuerpo lleno de chirlos, de melenas grasientas, desdentados y malencarados que hacían chanzas sobre las noches pasadas en Tánger mientras afilaban sus cuchillos y tizonas. Hombres sin futuro a los que se podía comprar por un puñado de oro. Ya he mentado a vuestras mercedes que fueron tiempos difíciles aquellos de final de siglo en las tierras de las Españas en los que cada cual se ganaba la vida como buenamente podía.

—De vigilarlos se encarga mi Carmona, ¿verdad?

Asintió Carmona sin rechistar dando buena cuenta de un trozo de carne seca.

Estiró Vasco las piernas y cogió el odre que descansaba a los pies de Zuzuaga. Algunas gaviotas se habían posado en la verga del trinquete y graznaban al compás del viento y de las olas. El navío se balanceaba muy levemente, estaban a resguardo de las inclemencias en aquella cala de escarpados acantilados, de espaldas al promontorio al que llamaban Punta de Malabata. Desde luego que, por tierra, solo las cabras osarían a molestarlos y por mar pocos navegarían a oscuras bordeando la costa.

Echó mi amo un trago corto a la piel de vino.

—Está aguado —musitó haciendo un mohín.

—Les he dicho a mis hombres que se acabaron las bullas, que hoy descansen y afilen los aceros. —Chocó el puñal que sobresalía del muñón con los gavilanes de la espada de Vasco—. No los quiero azumbrados en la refriega. ¿Verdad, Carmona?

—Esta noche vino aguado, cena y a dormir con los angelitos —gruñó Carmona hurgándose en la nariz con una uña negra. Su aliento olía a culo de perro.

—Eso es —alargó la mano el pelirrojo para darle un cachete a su compinche—. Qué bueno es mi Carmona, diablos...

—Aparte de beber y putañear con el adelanto que os he dado en Tánger... —Era una buena forma de mantenerlos contentos y dispuestos—. Habréis observado a los mercenarios del Viento del Sur... —apuntó Vasco.

—Por supuesto, Negro. No somos principiantes —asintió el Manco Zuzuaga haciéndose el ofendido—. Los hemos seguido hasta meternos debajo de las faldas de las barraganas con las que han fornicado —carcajeó—. ¿Verdad, Carmona?

—Así es, jefe —desenvolvió el lugarteniente del Manco Zuzuaga un paño para sacar un queso amarillento y aceitoso que comenzó a partir a cachos con una navaja. Le ofreció una porción al leonés y otra al navarro.

Los hombres comenzaron a encender chisqueros y candiles iluminando el barco de proa a popa.

—¿Podremos con ellos? —inquirió mi amo dando un mordisquito al queso.

Cabeceó Zuzuaga adelante y atrás. Chasqueó la lengua antes de hablar.

—Hay media docena que parecen soldados veteranos, esos son los peligrosos, el resto… pipiolos como ese jovenzuelo que va con vos, el que tiene la verga de un caballo, el Ponce, mochuelos con ganas de aventura. ¿Qué si podremos ganar me preguntáis? Dios dirá... pero parece que las cartas están a nuestro favor.

—En verdad que espero que no sean como Juanillo —sonrió mi amo—. Es un demonio con la

tizona.

—¿Ese alfeñique que ha estado a punto de caer al agua mientras se recogía el cipote? —inquirió el Manco con sorna.

Asintió Vasco moviendo la testa, divertido.

—Como lo oís.

—Viniendo de vos, es todo un cumplido. —Se mesó su barba anaranjada con la mano buena —. Vaya, vaya, quien lo diría.

—Y vos, Carmona, ¿habéis inspeccionado nuestra artillería?

—Las piezas están en buen estado —dio un trago largo a la piel de vino.

—¿De verdad fuisteis artillero? —inquirió mi amo dándole otro bocadito al trozo de queso.

—En verdad que lo fui, y de los buenos —respondió orgulloso.

—Solo que le dio una puñalada a un cuadrillero en un asunto de timbas —aclaró el Manco antes de que mi amo preguntara.

—Soy de los hombres que tienen mal vino, se me agria el carácter —se lamentó con un graznido—. Y ese donillero del demonio tenía los naipes marcados.

—Y lo enviaron a presidio al pobre Carmona por rajarle la cara —continuó el Manco chasqueando la lengua de nuevo—. Solo que se escapó y nos encontramos en las Tres Blancas donde comenzamos nuestra fructífera relación.

De repente oyeron un tumulto en la cubierta, como de jolgorio o de bulla. El vozarrón de Matallanas se elevó por encima del griterío.

—¡Negro! ¡Negro!

—La puta de oros —masculló mi amo estirando el cuello bajo la sonrisa traviesa del Manco —. Qué diablos…

—Es a vos al que os toca vigilar a los vuestros, Negro —profirió el Manco Zuzuaga con sorna.

Se levantó Vasco y a regañadientes bajó de un salto los tres peldaños de madera que separaban el castillo de proa de la cubierta. La tripulación jaleaba el nombre de Arteta y había un

corro alrededor del contramaestre y de Ponce de León, que sin aceros y con el pecho descubierto y sudoroso intercambiaban mamporros a diestra y siniestra bajo la luz de dos candiles que colgaban de unos clavos del palo mayor. Sin duda que la peor parte se la estaba llevando Juanillo que poco podía hacer a manos vacías con el viejo lobo de mar, que, aunque canoso y de rostro arrugado, lo doblaba en músculo y argucias, y poseía un poderoso torso y unos brazos fuertes como cadenas de hierro. A esas alturas tenía ya Ponce de León una brecha en la frente y el labio partido y ensangrentado. Recibió el castellano tres puñetazos seguidos en el vientre y en las costillas mientras cogía resuello, y de una patada certera en sus partes, el contramaestre lo estampó contra la madera del mástil. Encogido como una vieja y maullando como un gato quedó el futuro conquistador del Nuevo Mundo, por aquel entonces, como vuestras mercedes habrán maliciado, ni por asomo se entrevía lo que el destino le aguardaba al joven Ponce.

Pronto se abrió mi amo paso a empellones entre las dos filas de curtidos marineros que, enardecidos por la sangre, voceaban el nombre de su adalid.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió Vasco a Matallanas.

—El hideputa del contramaestre que ha sacado otro cubo de agua del mar y se lo ha dado a Juanillo.

—¿Se lo ha bebido?

—El catacaldos ha mojado los labios y no ha tenido a bien aceptar la chanza. Le ha tirado el cubo a la cara y, entre baladronadas, se han liado a puñetazos en menos que canta un gallo.

Recibió otra patada Ponce de León en el costillar y se revolvió en el suelo escupiendo mocos y sangre.

—Ya está bien —bufó Matallanas apretando los puños—. Que nos matan al Juanillo. —Se arremangó la camisa, y dio un paso hacia adelante interponiéndose entre el contramaestre y su compinche—. ¡A ver si os atrevéis con un hombre! —barbotó Matallanas a la par que se quitaba la funda del espaldar y dejaba la espada bastarda en el suelo, muestra de que no quería más complicaciones de las precisas.

Se hizo el silencio, pues un gigante como Matallanas enfurecido y bravucón templaba los

ánimos a cualquiera.

Dos hombres enjutos de piel oscura y mirada taciturna, con aspecto de camorristas, se plantaron a ambos lados del contramaestre empuñando sendas navajas largas de matarife; a estos parecían importarles las complicaciones una higa. Se había calentado el asunto. Dio un paso al frente Vasco y desenfundó tres cuartos de su tizona, bien sabía mi amo que estos calentones entre tanta hombría eran muy dados a terminar de malas formas, con un costurón en la mejilla o las tripas desparramadas si la cosa iba a mayores. Se arrastró Ponce de León ensangrentado hasta donde estaba tirado su cinto y con la rapidez del rayo desenvainó su tizona. Con una mueca diabólica dibujada en su semblante se levantó de un brinco, apuntando con su pincho y desafiando al contramaestre con la mirada. El resto de la marinería dio un paso atrás, no fuera que algún filo se escapase, cogiendo garfios, varas y una especie de arpones de pequeño tamaño que utilizaban para abrir en canal a los atunes. Por el rabillo del ojo observó mi amo como el Manco y sus hombres presenciaban la escena, aceros en mano, desde el castillo de proa, esperando alguna señal para intervenir. El asunto podía haberse ido de madre si no fuera porque Gómez Arias emergió del camarote hecho un basilisco seguido del timonel. Disparó Gabriel al aire la espingarda y todos los hombres se volvieron viendo a su capitán desenvainar la espada.

—¡Qué diantres pasa aquí! —gritó alzando su tizona, sus ojos refulgían como los farolillos que alumbraban la nave—. ¡Por San Cristóbal! Bajad todo el mundo los fodidos filos, al menos hasta mañana, que buen uso habrá que darles. —Se acercó un paso y echó una ojeada a sus marineros, la mayoría cabizbajos, reculando y soltando sus improvisadas armas. Contaba después Matallanas que Gómez Arias era de esos hombres que imponían mando con su sola presencia y que si no fuera por él la encomienda se hubiera ido al infierno aquella noche en la Punta Malabata—. ¡Arteta! —bramó con furia,

—Sí, mi capitán —respondió el contramaestre, la cara roja como un tomate.

—Contadme qué ha pasado, demonios —apuntó con su filo al suelo, viendo que la situación no se le iba de las manos.

—Estaba de porrada con el mochuelo —señaló con la barbilla a Ponce de León que a un gesto

de Vasco enfundó de nuevo su espada—. Y se ha puesto verraco.

Asintió Gómez Arias con la cabeza sin dejar de empuñar el arma. No podía echarle el capitán una reprimenda al contramaestre Arteta sin minar la confianza de la tripulación en su segundo al mando, una confianza que sin duda iban a necesitar en la jornada que se avecinaba. Pero, su mirada iracunda lo decía todo.

—¡No quiero que nadie más moleste a estos hombres mientras estén en mi barco! —gritó en un rugido a pleno pulmón—. ¡Y el que lo haga se encontrará con el filo de mi espada!

Asintieron la mayoría de los marineros que se dispersaron por la cubierta.

A un gesto de Gómez Arias, el contramaestre Arteta se acercó a Ponce de león ofreciéndole un paño de lino y un cubo de agua dulce para limpiar sus heridas.

—Disculpadme, joven Ponce. No fue mi intención ofenderos.

Ante el silencio de su compadre, Matallanas le dio un pequeño codazo.

—Aceptadas sin rencor están vuestras disculpas —repuso con las mismas ganas que el contramaestre.

Ni el uno ni el otro fueron sinceros, pero, el entuerto se había solventado sin exceso de sangre, solo la de Juanillo que continuaba manando de la brecha abierta en la ceja.

—¡Que el cirujano atienda a este hombre! —ordenó el capitán.

Se acercó Gómez Arias a Vasco enfundando su tizona.

—Espero que esto no afecte el ánimo y al coraje de los suyos.

—No tiene por qué —repuso Vasco.

—Es buen hombre Arteta y excelente marino, no se lo tengáis en cuenta. —Observó de soslayo a Ponce de León que se limpiaba los restos de sangre tiñendo de rojo el paño—. Solo que últimamente, hay momentos que le entra la locura. Se le murió un hijo hace poco de unas fiebres y dicen que eso le agrió el carácter.

—Mantened la moral de los vuestros, capitán, que de los míos yo me encargo. —La luz del candil oscilaba con la brisa marina creando sombras alargadas sobre la cubierta—. Mañana será un día duro.

—Espero que Dios esté de nuestro lado.

—Para eso llevamos a un cura, capitán —sonrió esquinado mi amo quitando hierro al asunto. En ese momento se abrió la escotilla y emergió la cabeza de don Anselmo que se había refugiado en la bodega para ayudar al cocinero con los preparativos del condumio—. Ahí lo tenéis.

—¿Qué diantres ha ocurrido? —dijo con esa voz chillona que nada cosía con su orondo corpachón. Oteó a uno y otro lado el pater hasta que fijó su mirada de topillo en Ponce de León y en Matallanas que lo ayudaba a sujetarse el cinto y la tizona—. Desde la bodega parecía que nos hubiesen abordado... —frunció el ceño—. Por Dios... qué os ha ocurrido Ponce... tenéis el rostro hecho un Cristo.

—Nada que no se pase con dos cuartillos de vino, don Anselmo.

A pesar de las palabras y de los perdones, la mirada del castellano destilaba rencor. Aventuraba mi amo que el joven Ponce de León era de los que no olvidaba ciertas afrentas, y más si eran en público y salía mal parado, como fue este el caso.

—De eso os puedo dar en la bodega —bufó. Emergió su torso don Anselmo, las mangas de la saya arremangadas, sus mejillas coloradas por los caldos que a buen seguro había catado en las entrañas del barco. Sostenía las asas de un caldero humeante—. Ayudadme, Matallanas, a subir el estofado de ciervo.

—Huele a guiso de ángeles, padre —replicó Matallanas mientras se acuclillaba y alzaba la olla a pulso sin aparente esfuerzo.

El capitán dio orden de repartir la cena, y a ello se encomendaron, don Anselmo y el cocinero, un hombre achaparrado, de pelo largo y moreno. Fueron llenando los cuencos de la tripulación con un estofado que parecían más de vaca que de ciervo, acompañado de una ración de almodrote, una salsa compuesta por los restos de queso emborrado que quedaban en el fondo de los toneles a la que el cocinero le había añadido comino y ajo, y que se repetía como el demonio.

En la ensenada el mar seguía en calma y las nubes se abrían paso de cuando en cuando para dejar entrever un cielo negro sin luna tapizado de estrellas. Después de la cena, se apagaron los

candiles del barco no fuera a ser que los sorprendieran en la noche. Era improbable, pero como digo el capitán Gómez Arias era hombre precavido, de esos que valen por dos o por tres.

El trago de vino sin aguar que había tenido a bien repartir el capitán después de la refriega, el buche lleno y el suave bamboleo del navío habían terminado por aplacar los ánimos de la tripulación. En la cubierta había marineros que ya roncaban sobre esteras y otros que contaban historias entre susurros. Se oían relatos de caballería y de las hazañas de los señores con los moros; también había quien afirmaba que había navegado hasta la Mina, que estaba llena de animales monstruosos grandes como colinas y de colmillos afilados, y que el oro manaba de las fuentes y las mujeres en cueros acogían a los viajeros con los brazos abiertos dispuestas para el fornicio. Había ordenado Gómez Arias que después de la cena no hubiera ni timbas ni más vino, los quería frescos, con la cabeza despejada, para el día que se avecinaba.

Matallanas, Ponce de León y mi amo descansaban junto a los hombres del Manco, a los que la promesa de los dineros y la disciplina férrea que ejercía el Carmona les había hecho comportarse, pero ya había quien decía que algunos de la tripulación merecían una buena tunda, sobre todo después de lo que le habían hecho al joven Ponce —como no, estaban estos de parte de quien les había prometido oro—.

El padre Anselmo se había procurado una hamaca en la bodega, junto al piloto, al contramaestre, a los carpinteros y calafates y al cirujano que también hacía de escribano y que llevaba las cuentas del barco. A mi amo también se la habían ofrecido, pero la había declinado, pues gustaba de estar con sus hombres antes de la batalla. Quizás la hubiera, quizás no, pero para eso habían venido, y si unos y otros se iban a jugar el pellejo y a batir el cobre, era mejor que le tomaran aprecio y que lo vieran sin privilegios.

Trajo la brisa la voz de uno de los marinos que con voz aterciopelada de juglar contaba la historia del Infante Arnaldos:

«¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos

la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de sedas,
la jarcia de oro torzal,
áncoras tiene de palta,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía,
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
-Por tu vida, el marinero,
dígasme ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
-Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va»

—¿Cómo se orienta uno en el océano? —inquirió un Juanillo curioso—. Debe ser fácil perderse con tanta agua por todos lados.

—Cerca de la orilla no hay demasiado problema —respondió Zuzuaga recostado al lado de Vasco, entre las ventosidades, eructos y bostezos de sus hombres que digerían el estofado y el almodrote—. Cuando se complica el asunto es en alta mar. Ahí los buenos marinos recurren al cielo —señaló con el puñal al firmamento.

—¿Rezan a Dios? —preguntó Ponce de León.

—Diablos, me parece a mí que sería el único lugar donde responda —terció Matallanas.

Rieron los hombres que estaban despiertos.

—No es lo vuestro esto del mar —rezongó Carmona con un bostezo.

—Por las estrellas… —apuntó Zuzuaga paciente. Dio una raspadita al puñal atado al muñón con una piedra de amolar—. Los buenos marinos se guían por las estrellas.

—Siempre pensé que tenían que servir para algo... —replicó Ponce de León estirando las piernas—. ¿Qué hay hacia poniente?

—Agua y más agua –repuso Matallanas dando un bostezo.

—Los marinos portugueses descubrieron unas islas en mitad del océano —comentó Vasco recordando su estancia en Lisboa y su encuentro con algunos navegantes insignes.

—Y, después, solo agua —añadió el navarro con otro bostezo.

—Hay quien dice que más allá del océano Tenebroso está el Cipango —dijo con sorna mi amo—. Que la tierra es redonda. Conocí a un capitán genovés, excelente marino, por cierto, que tiene entre ceja y ceja semejante locura.

—Azumbrado debe vivir ese hombre —rezongó Matallanas—. Si la tierra fuera redonda nos habríamos caído de la bola y aquí estamos bien plantados.

—La tierra es plana, por Dios —dijo Zuzuaga—. ¿Verdad Carmona? —este respondió con un ronquido seguido de una sonora ventosidad—. Por la Virgen que este mundo está lleno de iluminados. —Se oyó un jadeo al otro lado del castillete y unas risas ahogadas—. Me cago en lo más sagrado… dejad de meneárosla a babor hasta que nos durmamos… —rezongó alzando la cabeza—. Como os pille os juro que os la corto…

Brotaron más carcajadas y cesaron los jadeos.

—¿Nadie ha llegado el final del océano pues? —inquirió Ponce de León, arrastraba las palabras más que de costumbre pues tenía el labio hinchado como un tomate.

—Otros portugueses, también buenos navegantes, dicen que muy al norte hay tierras ignotas con un frío de mil demonios y desiertas de hombres —repuso mi amo arrebujándose dentro de su capa.

—No es seguro… Nadie ha llegado y ha vuelto para contarlo —apuntó Zuzuaga. Se rascó el muñón con fruición—. Mierda de tiempo…lloverá dentro de poco —farfulló.

—¿Pensáis vos, Juanillo, en ir a comprobarlo?

—Quien sabe, Falito, el destino es impredecible.

Rio Matallanas secundado por el Manco.

—Os vais a convertir en marino de la noche a la mañana... —carcajeó el rambleño.

—Le han dado un buen golpe al pobre... —terció Zuzuaga con sorna.

—Os ha cosido bien el matasanos —musitó Vasco dándole una palmada en la pantorrilla a Ponce de León—. Os quedará una bonita cicatriz en la ceja para que las damas os pregunten en los festejos.

Escupió con rabia Ponce de León. Siempre fue hombre de temperamento brusco y cambiante.

—Voy a matar a ese hideputa.

Silencio.

—Ponce... —susurró el leonés arropándose de costado bajo una manta raída. Se palmeó el cuello para matar a un chinche o un piojo. Era lo que tenía el hacinamiento de hombres, propiciaba que los parásitos tuviesen donde elegir para procrear y alimentarse—. Ha sido una trifulca, en todas las guerras las hay... Os ha pedido disculpas.

—Me importa una higa, lo voy a dejar hecho un colador —rezongó.

—Juanillo, redios, no seáis malquisto —gruñó Matallanas tirándose un pedo—. Si tuviera que matar a un hombre por cada rasguño en mi piel, habría dejado mi pueblo lleno de viudas quejicas y de madres lloronas... Guardad fuerzas para mañana.

—Nadie se ríe de Juan Ponce de León y vive para contarlo —afirmó con orgullo y

vehemencia. Iba sobrado de ambas cosas el joven Ponce. Crispó las manos en puños.

Se revolvió Vasco cogiéndolo desprevenido por el pescuezo, empujándole contra los maderos con el antebrazo, cortándole la respiración. Una daga asomó en la siniestra y le rozó la piel cosida de la ceja.

—Aquí estáis bajo mi mando, Flaco —acercó su rostro al de Ponce de León que lo miraba ojos desorbitados—. Y no se va a ensartar a nadie que no sea un hideputa portugués.

Contuvo Juanillo la respiración intentando zafarse del agarre de mi amo. Contó Matallanas después que en ese momento realmente temió por la vida de Juanillo, pues tenía el leonés esa mirada glauca, vacía de vida y de mundo, esa por la que lo llamaban el Negro —esa que tan bien conocía el servidor que escribe estas crónicas—. También se dio cuenta Zuzuaga que cogió a Vasco por los hombros y lo sacudió.

—Negro, tengamos la fiesta en paz —susurró el navarro, los hombres que había despiertos los escudriñaban desde las sombras con un cuchicheo—. No es momento de esas dentelladas de locura.

Aflojó su agarre el leonés y guardó la daga.

—Juanillo... —rechinaron los dientes de Matallanas—. No hagáis de esto un mundo porque no lo es…

—Está bien... —convino el joven Ponce moviendo el cuello a uno y otro lado, su lenguaje corporal contradecía sus palabras—. Está bien, don Vasco... Sin rencor… Os prometo que ese Arteta vivirá lo que Dios convenga.

XV. LA FODIDA CARRACA

Se despertó Vasco antes del alba al sentir la humedad sobre su rostro y los tablones clavándose en el costillar. Abrió un ojo legañoso y después otro. El pecho de Rafalito Matallanas subía y bajaba acompasadao al ronroneo de su profunda respiración. Alzó el cuello mientras estiraba sus miembros sobre la manta y le daba un codazo al rambleño y un puntapié a Ponce de León, pues seguía este de siete sueños roncando cual feliz gorrino.

Las sombras se alargaban y se desvanecían a medida que amanecía en el mundo. El día los recibía con una ligera bruma y unas finas gotas que caían de un cielo plomizo. En el aire había una quietud silenciosa y un viento cálido rolaba del suroeste y parecía que traía lluvia del océano. Más allá de la punta, el mar se oteaba encrespado, las olas espumosas rompiendo sobre los acantilados con fuerza.

—Voto a Dios, Negro del demonio… dejad de dar por culo —rezongó el rambleño estirándose—. Parecéis una mosca cojonera.

Se revolvió Ponce con un quejido y una mirada perezosa, el labio menos hinchado y el ojo igual de morado.

—Por la Virgen, don Vasco, que tan de mañana no vamos a dar cuchilladas.

Bostezó Rafalito Matallanas y se incorporó tragando saliva.

—No habéis parado de moveros en toda la noche, Negro. —Se rascó la entrepierna con fruición—. Culeando adelante y atrás estaba este, Juanillo, seguro que pensando en sus negocios

con la tuerta —carraspeó con la garganta seca.

Rio la ocurrencia Ponce sin abrir los labios. Se había disipado el rencor de su mirada. Parecía que ya pasaba por alto el incidente de la noche. Siempre le tuvo el castellano buen genio a mi amo, y, aunque, nunca fueron verdaderos amigos, sí que se respetaron en sus pareceres —menos cuando metían el hocico uno en las cuestiones del otro—.

—Empezad a preparaos y herraos bien, Falito, que nunca se sabe en estos asuntos cuando comienza la jarana —respondió Vasco con una media sonrisa torcida. Su voz salió del pozo seco de su garganta como un graznido, tropezando con sus labios—. Y despertad al Zuzuaga y al Carmona. —Señaló los dos bultos bajo las mantas que seguían durmiendo a pierna suelta—. Eso también va por vos, Ponce.

—Como ordenéis, don Vasco.

—Y dale con lo de don Vasco … —farfulló Matallanas aplastando una pulga que saltaba por el hombro de su jubón—. Os tengo dicho Juanillo, que este tiene de don lo que yo de cura...

Se encogió de hombros el castellano.

—La costumbre, Falito, la costumbre será... —respondió arrastrando las palabras, con esa peculiar forma de hablar que siempre tuvo Ponce de León.

Cuadrilla de condenados diablos, rumiaba mi amo para sus adentros modulando una sonrisa interior.

Ya se vislumbraba la silueta del capitán sobre el puente de popa departiendo con el timonel y el contramaestre, y en la cubierta los hombres se desperezaban y guardaban esterillas y mantas. Bajo el palo mayor andaba don Anselmo, tizona al cinto, la cabeza cubierta con un casquete herrumbroso con las correas sueltas, repartiendo pan, queso y tocino, junto con el cocinero de a bordo. Tenían ya varios cuencos con el condumio perfectamente dispuestos en una mesilla de madera.

Una vez se hubo calzado las botas hacia allí se encaminó Vasco, ajustándose el viejo coleto de cuero de vaca sobre su torso y abrochándose la capa al cuello.

—Buenos días nos dé Dios, pater. —Lo saludó juntando las manos.

—Buenos días, leonés, y menos bromas que nos miran desde las alturas. —Le dio un platillo de madera con su ración—. Parece que hoy es el día. —No tenía buen aspecto don Anselmo, ojeroso, cansado, y con el aliento a vino.

—Podéis quedaros con el capitán y sus hombres, don Anselmo, mejor nos rezáis un Padre Nuestro y cuantas Aves María os plazca, que de jaques y valentones no andamos escasos. —Señaló a la proa donde los matasietes del Zuzuaga asomaban las cabezas soñolientas entre sonoros bostezos.

—Eso ya lo he hecho, pues llevo sin dormir toda la noche murmurando plegarias. —Se palpó el crucifijo debajo del sayón plagado de manchurrones.

—¿Y habéis obtenido respuesta?

—Ya sabéis que los caminos del Señor son inescrutables... —Con soltura cogió un trozo de queso del cuenco de Vasco y le dio un mordisquito—. Si Dios, que todo lo ve y todo lo oye, me ha puesto aquí con una espada a vuestro lado debe ser por alguna razón.

—Vos sabréis, don Anselmo. —Lo oteó de arriba abajo, el yelmo y el holgado sayón con manchurrones le daban un aspecto ciertamente estrafalario al dominico.

—Por ello tenemos libre albedrío, leonés, y es por Lucas y Mateo, por lo que aquí me hayo. —Lo dijo como convenciéndose a sí mismo. Intentó ahora el clérigo coger un trozo de tocino del cuenco de mi amo y este lo retiró avispado.

—Sea pues la voluntad del señor que llevemos la encomienda a buen puerto. Y, dejad algo de comida para el resto…

—El no dormir me da hambre, leonés —sonrió—, y no puedo remediarlo.

Dejó Vasco al clérigo repartiendo el resto de las viandas ante la cola de marineros y cuadrilleros que se iba formando y subió los escalones de la toldilla de popa donde se hallaba Gómez Arias. Formaba este un corrillo con Arteta y con el timonel enfrascados en una acalorada conversación.

—Os habéis levantado temprano, capitán —saludó Vasco dando un bocado al trozo de tocino.

El timonel y el contramaestre se volvieron. Se veía su rostro tenso como un cabo, igual que el

del capitán.

—Apenas he pegado ojo —replicó Gómez Arias, una barba incipiente, cerrada, cubría sus mejillas. Se ajustó la jaqueta y tiró de sus mangas en un gesto nervioso—. ¿Y vos?

—He dormido como un bendito.

—Acostumbrado estaréis a estas refriegas —replicó Gabriel, en calzas cortas, abarcas de esparto, jubón y pañuelo anudado en la cabeza—. Ni ganas de comer tengo.

—¿Y vuestros hombres? —quiso saber el maestre asturiano.

—Como angelitos y dispuestos tras el condumio.

Asintió el capitán calándose la boina. Aspiró aire Gómez arias y se colocó bien el tahalí del que colgaba su tizona.

—Buena señal que al menos los vuestros hayan descansado.

—Parece que tendremos lluvia —dijo Vasco oteando el cielo.

—Donde se juntan dos mares el tiempo es cambiante —comentó Arteta alzando la nariz como si oliese el viento y los nubarrones. Llevaba bien calado un grueso gorro de lana por el que salían unos mechones plateados—. Caprichoso... Si a Dios le da por levantar un temporal estamos bien fodidos.

—Bastante tendríamos con llegar al puerto de Palos sanos y salvos —terció el timonel Gabriel jugando con un pequeño amuleto cerúleo con forma de delfín que le colgaba del cuello.

—No seáis agorero... —lo reprendió Gómez Arias haciendo un aspaviento con la mano. Posó su mano sobre el hombro de mi amo ejerciendo una leve presión—. Departimos, Vasco, si esperar a que la carraca pase por la punta o acecharla en mar abierto — le informó el capitán.

—Aquí estamos a resguardo —replicó Arteaga—. Y, esta carabela es veloz para alcanzar a una carraca con las bodegas llenas. En cuanto aparezca por la punta soltamos trapo...

—¿Qué opináis vos, Gabriel? —preguntó el asturiano clavando sus ojos en el piloto.

Respiró hondo antes de contestar apoyándose en la caña del timón.

—Cada cosa tiene sus ventajas y sus inconvenientes, mi capitán… —dijo finalmente, como buen gallego ni una cosa ni la otra—. Quién sabe lo que nos depararán los hados. En el mar

tenemos mucho terreno ganado, pero nos exponemos a los elementos y a que nos vean de lejos; aquí estamos a cubierto, pero costará salir y recuperar lo perdido...

Ambos miraron al maestre esperando una decisión.

—Os compete a vos, capitán —apuntó Arteta cruzándose de brazos.

Se pinzó el entrecejo Gómez Arias. Tampoco tenía buen aspecto el asturiano, ojeroso y cansado. Era mal momento para vacilar, caviló mi amo, por primera vez dudando del capitán y su tripulación.

Por suerte o por desgracia los acontecimientos se precipitaron y el destino ya había echado cartas aquella mañana. Pues resultó que el capitán portugués del Viento del Sur tampoco las tenía todas consigo con el temporal que arreciaba, y había ordenado que sus hombres dejasen de beber y putañear y durmieran en la carraca para levar anclas antes del alba. Así pues, a esas horas ya surcaba las aguas cercanas a la Punta Malabata.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Capitán! —gritó el grumete desgañitándose, un zagal nervudo de cabello trigueño, que, por orden de Gómez Arias, había pasado la mitad de la noche en la cofa del palo mayor.

—¿Qué diablos ocurre, Alvarito? —rugió el contramaestre voceando a las alturas.

Todos los ojos de cubierta clavados en el mochuelo.

—¡Allí! ¡Allí! —Se volvió y señaló a los acantilados de la punta con el brazo estirado—. ¡Un navío!

—Demonios… —Arteta arrugó el morro y torció el gesto. Apenas se veía nada entre la niebla y la falta de luz.

—¿Qué clase de barco? —gritó el capitán a pleno pulmón.

—¡Una carraca! —replicó el joven grumete al cabo de unos instantes de silencio.

—Una fodida carraca —masculló el timonel agarrando la caña con fuerza—. No puede ser otra que la nuestra.

—No han esperado a que se abra el día los hideputas, deben tener buenos marinos y buen piloto para partir con esta neblina —apostilló Gómez Arias, el rostro contrito por la tensión. Se

jugaba mucho el asturiano en esa mañana. Si el Viento del Sur se escapaba, no volvería a tener una oportunidad semejante para hacer valer su carta de marca y represalia, y recuperar parte de lo que le robaron.

Aguzó la vista Vasco y el resto de hombres que había en cubierta. Entre la bruma se materializaba la oscura silueta de un navío que, silencioso, dejaba atrás la Punta Malabata.

—¡Cago en Dios y en la Virgen! —bufó Gómez Arias torciendo la boca, inflando el pecho con cólera y enojo—. ¡Todos los hombres a sus condenados puestos! ¡Levamos anclas y soltamos trapo! —bramó—. ¡Arteta, los quiero sudando como condenados a galeras! ¡Los que no sean marineros que se vayan a la bodega o que no den por culo!

No solía ser hombre malhablado Gómez Arias pero en ese momento parecía que se lo llevaban los demonios al asturiano.

El bullicio se adueñó durante unos instantes de la cubierta del buque hasta que Arteta comenzó a poner orden gesticulando, dando pescozones y desgalillándose como un poseso, mandando a sus hombres a los obenques, a subir a los palos y a ajustar las jarcias del velamen. Tras un primer momento de desconcierto, la veintena de marinos que conformaban la tripulación del Alborán comenzaron a moverse disciplinados, ligeros y diligentes, ejerciendo bien su oficio. Eran conscientes que había que salir al océano más pronto que tarde. Todos ellos se jugaban su parte del botín.

Permaneció Vasco junto al capitán y al timonel en la toldilla observando como los gavieros soltaban aparejos y desplegaban las velas de mesana y trinquete para dejar atrás la rada, y, al alcanzar la punta, en mar abierto, soltaron trapo de la mayor, de la gavia y de la cebadera. Crujió entonces la arboladura y la nave comenzó a surcar rauda las olas grises del océano con el impulso del viento.

A esas alturas no había rastro de la carraca, los habían pillado en calzas los portugueses y la nao les llevaba la delantera. Se había perdido el Viento del Sur entre los restos de nubes bajas que aún persistían, pues la mañana no se decidía a abrirse.

—Voto a Dios y a la Virgen —mascullaba el piloto maldiciendo por lo bajini mientras

sostenía la caña del timón con brazos firmes entre sus mitones de lana—. Se lleve el diablo todas las misas de los fideputas portugueses.

—Gabriel, un cuarto a babor —ordenó el asturiano con voz grave, recuperando la compostura, ante ellos la inmensidad del océano brumoso les devolvía la amarga realidad. El Viento del Sur había desaparecido delante de sus narices—. Y dejad de maldecir, diablos…

Asintió el timonel escorando levemente la carabela.

—¡Alvarito! —voceó Gómez Arias alzando el mentón y juntando las manos en torno a su boca— ¿Qué ves?

—¡Nada, capitán! —respondió a grito pelado desde la cofa.

—¡Sigue ojo avizor, rapaz! —repuso el maestre. Dio tres pasos adelante para apoyarse en la balaustrada del puente.

Todos los ojos de la tripulación estaban puestos en la proa del barco y en la escasa media legua que se divisaba alrededor del Alborán.

—Mecaogendios, portugueses del demonio —farfulló el timonel aferrado a la caña.

—¡Gabriel! Dejad de despotricar de una puta vez… que de nada sirve ya lamentarse —bramó el capitán tirando el bonete a los maderos—. Mantengamos el rumbo un cuarto a babor y quiera Dios que levante la fodida bruma.

Asintió el gallego cerrando la boca.

Vasco avanzó una zancada.

—Capitán —musitó un paso por detrás—. ¿Qué probabilidades tenemos de encontrarlos?

Se volvió Gómez Arias, las finas gotas de lluvia empapando su melena grisácea recogida en una coleta.

—El mar es muy grande, incluso en estas aguas del Estrecho… —suspiró grave—. Dependerá del cielo y de si estamos en lo cierto y la carraca se dirige hacia el Algarve —sonrió con amargura—. Id a decidle al cura que rece y que le ponga una vela a San Telmo. Dios nos asista, si perdemos al Viento del Sur nos habremos metido en un buen lío, mis hombres y yo... son muchos los préstamos que nos unen al duque.

—Ya somos dos, capitán, ya somos dos… —musitó Vasco dándose la vuelta, maldiciendo por lo bajini ante el desastre en ciernes.

XVI. PIRATAS

Levantó Vasco la trampilla y, haciendo de tripas corazón, pisó con paso firme los peldaños que bajaban a la bodega. Los hombres del Zuzuaga, entre candiles y hamacas, seguían afilando las armas con las piedras de amolar y revisando las cinco espingardas con las que los habían pertrechado, y Carmona ponía a punto los falconetes y las lombardas acompañado de dos ayudantes que seguían sus instrucciones con sumo detalle. El artillero cargó la recámara en el orden habitual, o sea, pólvora, taco y bolaño. Luego fijó la recámara a la caña, sujeta mediante cuerdas, e hizo ademán de prender el cebado mediante una broncha al rojo. Asintieron sus dos ayudantes retirando la lombarda de la tronera. Los carpinteros de la carabela habían tenido a bien construir unas troneras en la primera bodega para no tener que sacar las lombardas a cubierta cuando fueran requeridas y poder esconderlas entre las mercancías. Era una buena idea tenerlas abiertas para airear y que entrase la luz del día. Aun así olía en el habitáculo a una mezcolanza de comida, grasa, pólvora, salitre, vino y sudor.

Encontrábase sentado don Anselmo en un lateral junto con Ponce de León y Matallanas entre los barriles de agua y de vino. Oíanse de fondo el crujir de las cuadernas y el rugir del oleaje.

—¡Negro! —Se adelantó Zuzuaga un paso del corrillo donde estaban los espingarderos—. ¿Cómo está el asunto?

Escrutó mi amo el conjunto de rostros mugrientos que se volvieron a mirarle.

—Pintan bastos —graznó el leonés quitándose la capa, doblándola a cuatro en su regazo, intentando quitarle hierro al asunto. Hacía un calor del demonio en la bodega—. Tenemos que

esperar a que la fodida niebla levante. Tened a vuestros hombres preparados.

—Mis hombres están listos, de sobra lo sabéis. —Abrió los brazos el pelirrojo y alzó la voz —. Decidle a ese capitán de agua dulce que algún botín habremos de llevarnos de este viaje. — El tono era amenazante. Sus secuaces los miraban de soslayo, recelosos de lo que acontecía.

—Dejad las bravuconadas para los portugueses, Manco —replicó mi amo, ahora con tono cortante, sin amilanarse—. El día acaba de empezar, veremos cómo termina. Después, ya saldrá el sol por donde tenga que salir.

—Espero que sea por Antequera, Negro… porque si no es así… —escupió a los tablones un gapo verde y dejó la frase sin terminar.

Apretó los dientes Vasco, manteniendo un duelo de intensas miradas con Zuzuaga. Finalmente, el navarro desvió la vista y cuchicheó algo con Carmona que seguía a lo suyo, revisando los mecanismos de una lombarda.

Les dio la espalda a los facinerosos y se encaminó hacia el oscuro rincón. Desde luego que no le gustaba a mi amo deberle dineros a esa pandilla de desalmados. He de aclarar a vuestras mercedes que era aquel punto en el que estaban una cuestión que no habían aclarado ni don Gonzalo ni el duque, qué pasaba con el oro prometido, y con Mateo y un servidor, si la encomienda se iba al garete. Aunque no era difícil adivinarlo, pues como decía el leonés «el propio cráneo es una estancia demasiado valiosa como para permitir que en ella campe el engaño a uno mismo». Todos los allí presentes sabían de qué iba la vaina y como terminaría aquello sin monedas para saciar la sed y putañear.

—Padre, ya podéis poneros a rezar todo el santoral y pedid porque aparezca la carraca en este condenado mar —farfulló Vasco mesándose la media barba y el mostacho—. Y, ponedle una vela a San Telmo, es un encargo del capitán.

Señaló don Anselmo con su dedo regordete a una especie de figura tosca de madera que había metida en una hornacina entre los tablones, alumbrada con una vela de sebo.

—Ahora me pongo con las oraciones —replicó con su vocecilla, incorporándose, se quitó el casquete que le cubría la testa—. Ya encendí el velón a San Telmo o lo que diantres sea esa

figurilla.

Se fue al rincón junto a la hornacina y se arrodilló don Anselmo, el crucifijo agarrado entre sus manazas. Con ojos cerrados y rostro contraído comenzó a pedirle a todos los santos, y en especial a San Telmo, para que levantara la fodida bruma. Eso pareció aplacar los ánimos de los facinerosos que cesaron en sus maliciosos murmullos y siguieron afilando aceros y poniendo a punto la artillería.

—El asunto se complica —musitó Vasco en un susurro de voz sentándose junto a Matallanas. Se rascó su nariz torcida—. Si perdemos la carraca... Ni botín, ni oro, ni ocho cuartos. Y, esos de ahí lo saben —señaló con el mentón a los matarifes del Zuzuaga—. Y, los de arriba también.

—¿Con quién vamos nosotros, don Vasco? —preguntó un siempre práctico Ponce de León. Acariciaba el castellano en su regazo una gata atigrada que el cocinero había traído al barco para que se ocupase de los roedores.

El leonés cruzó mirada con Matallanas. Este se encogió de hombros en un gesto que podía significar cualquier cosa.

—Con nosotros mismos, Ponce —gruñó mi amo—. Esperaremos y nos pondremos de parte de los que lleven las de ganar.

—Diría yo que son esta cuadrilla… si queremos sacar algún beneficio —repuso Ponce de León. La gata ronroneaba satisfecha, se lamió la pata delantera.

—Nunca se sabe, Ponce, la fortuna es caprichosa —arguyó con esa voz tan áspera como la grava—, y todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

—Malas cartas tenemos, Negro… —siseó bronco Matallanas al cual intuía mi amo que le importaba más quedar bien con don Gonzalo que el oro de la encomienda. Empero, para quedar bien, primero había que salir con vida, y quizás ello conllevase aliarse con los del Manco. Todo eso debía estar rumiando Rafalito Matallanas dentro de su rudimentaria cabezota. Con una daga partió en dos a una cucaracha que corría a esconderse debajo de un tablón—. Atrapados en una carabela con unos piratas y una tripulación que no sabe a qué atenerse.

—No desesperemos, Falito, yo aun confío en ese Gómez Arias —repuso el leonés.

—Mucho confiar es eso, Negro... —Dibujó un mohín de desagrado Rafalito Matallanas—. Ese no ha olido una batalla en su vida…

—Salvo cuando le quitaron los tesoros que traían de las tierras de Guinea —terció Ponce de León con sarcasmo.

—Bien dicho, Juanillo —remató el rambleño, cejijunto, parecía pensarse mejor sus opciones.

Asintió Ponce de León, dejando que la gata estirase las piernas y saliese de su regazo, olfateaba el felino alguna presa entre los barriles.

Suspiró mi amo con pesadez. Esos dos comenzaban a sacarlo de quicio. Parecía que, cada vez más, el uno se amoldaba a las respuestas del otro con naturalidad pasmosa.

Adelanto a vuestras mercedes que no hubo tiempo para más contubernios, cavilaciones, confabulaciones, ni traiciones. Como le decía mi amo al joven Ponce, la fortuna puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Y, eso fue precisamente lo que ocurrió, pues las sorpresas que les deparaban los hados no habían hecho más que comenzar en aquella mañana brumosa de principios de octubre. A partir de aquí, cuenta mi amo, que los acontecimientos se sucedieron a velocidad vertiginosa y es así como intentaré plasmarlo en estos legajos, cogiendo retales de lo que contaba él mismo y las historias que oí relatar a Rafalito Matallanas y Ponce de León. Lo que a continuación escribo es una relato más o menos fidedigno de lo que ocurrió.

De repente se oyó un sonido atronador. Y otro más, y otro. Pom. Pom. Pom.

Durante unos latidos, los hombres se quedaron quietos como estatuas de mármol. Algunos se santiguaron esperando que reventasen los maderos del barco. Escucharon voces en cubierta. El Alborán seguía surcando las aguas.

—Falconetes —dijo al fin Carmona—. O lombardas pequeñas, como estas. —Acarició la caña de uno de los tiros de pólvora.

Pom. Pom.

—¿Nos atacan? —preguntó uno de sus acólitos, un hombre desdentado y greñoso con los brazos llenos de llagas y cicatrices al que llamaban Romerito.

—Están lejos, Romerito, a una media legua —afirmó rotundo el veterano artillero real.

—Vamos, Negro… —lo apremió Zuzuaga, el ceño fruncido, levantando el muñón y el puñal que llevaba encajado con correas—. A ver qué diablos ocurre. Y, Carmona, ve abriendo las troneras y preparando las lombardas por si las moscas.

Levantó mi amo la escotilla y subió a cubierta, y lo que ocurría era que las plegarias de don Anselmo parecían haber sido escuchadas por San Telmo o algún otro santo varón, y la bruma comenzaba a levantarse. Y, a una legua escasa se vislumbraban no una, si no tres siluetas de navío.

—¡Alvarito! —gritó el capitán desde la toldilla—. ¿Qué demonios se otea desde ahí arriba?

Los ojos de la tripulación iban y venían del castillete de popa a la cofa del grumete.

Tardó el serviola tres latidos en contestar.

—¡Parecen dos fustas berberiscas, mi capitán! ¡Una a estribor de la carraca y otra que intenta cortarle el paso a proa!

Un murmullo de preocupación se levantó entre la tripulación. Y, no era para menos.

—¿Estás seguro? —preguntó el capitán.

—¡Veo remos batiendo el mar! —respondió Alvarito.

—Demonios, capitán. Se nos han adelantado los moros.

—Ya lo veo Gabriel, ya lo veo —rezongó el asturiano torciendo el gesto, frotándose las manos—. Mal rayo los parta, condenados diablos berberiscos…

Pareciere a los que allí se hallaban que el asunto se complicaba por momentos. Dos fustas de piratas habían burlado a las patrullas de galeras castellanas que navegaban cerca de la costa para evitar el socorro en víveres, armas y bastimentos de la Berbería y el Tremecén al reino de Granada, y a las naos lusas que custodiaban Ceuta de los bandidos del mar. Y estaban pirateando a su presa.

La estratagema que empleaban los piratas berberiscos por aquella época era simple y efectiva para desbaratar cualquier vigilancia cristiana. Salían los hideputas en pequeños grupos de alrededor de dos o tres fustas y se dirigían a la costa, consiguiendo amparo nocturno en radas

amagadas o, directamente, atracando en la playa. Abordaje o desembarque fulgurante, según se tratase de un barco o una villa, saqueo de todo lo que pillasen y captura de cristianos para venderlos como esclavos después. En menos que cantase el gallo ya contaban con un botín labrado y podían retirarse a Trípoli antes de que arribase cualquier tipo de socorro.

Tras hacerse una idea de lo que pasaba se encaminaron Vasco y Zuzuaga a donde Gómez Arias que observaba desde la popa con una pose distante y pensativa apoyado en la balaustrada. Maquinaba en su interior toda una suerte de acontecimientos y probabilidades.

—¿Capitán? —preguntó el timonel con tono ansioso.

Todas las miradas estaban puestas en el maestre asturiano.

—Hay que hacer algo, capitán —apuntó Arteta con evidente zozobra.

Le hizo el maestre un gesto a Vasco y a Zuzuaga apremiándolos para que subieran a la toldilla.

—Caballeros, la situación se torna peliaguda —dijo el asturiano, su mandíbula prieta y el semblante contrito—. O nos batimos el cobre o esos fideputas revientan la carraca y se llevan el botín.

Pom. Pom. Esta vez fueron las lombardas del Viento del Sur las que respondieron a la fusta que se les echaba encima a una velocidad endiablada por estribor. Sin mucho atino, por cierto. Viró entonces la carraca media caña a babor, evitando el primer intento de abordaje.

—Si nos quedamos a verlas venir se llevan el oro, capitán —apostilló Vasco.

—En cada fusta habrá no menos de veinte hombres —calculó el contramaestre Arteta jugando con los cordones de sus calzas.

—Piratas... —añadió el timonel sus brazos en tensión manteniendo el rumbo entre el oleaje crespo—. Auténticos piratas.

—Los nuestros tampoco se quedan atrás —añadió Zuzuaga haciendo un movimiento de corte con el puñal de su muñón. Tenía ganas de jarana el navarro. Lo vislumbraba Vasco en el brillo de sus ojos pardos.

Se rascó la barbilla Gómez Arias y se subió las solapas del capote que lo resguardaba del

calabobos que no dejaba de caer desde el cielo plomizo. Afortunadamente la bruma se disipaba por momentos. Pensaba el capitán lo que todos, si con cuarenta hombres, entre matachines y marineros, y una carabela, una nave más rápida que la carraca, pero no tanto como las fustas, podrían hacer frente a los temibles piratas berberiscos. Todo dependía en aquel momento, contaría después mi amo, de los cojones de Gómez Arias y del hambre de botín que tuviesen unos y otros.

—¿Están preparados vuestros hombres? —alzó el mentón el capitán de la carabela sin dejar de observar la maniobra de la carraca y de las fustas que no cejaban en su empeño de cortarle el paso y abordarla.

Miró Vasco de soslayo al Zuzuaga que esbozó una mueca diabólica, de esas que helaban la sangre del más valentón. Fue la suya, contaría más adelante mi amo, la clase de sonrisa que se le dedica a un loco que cree que puede volar antes de tirarse por un barranco.

—Dispuestos a ensartar moros o portugueses, lo que se nos ponga por delante.

Asintió el capitán dando por buena la respuesta del Manco Zuzuaga.

—¡Gabriel! ¡Un cuarto de caña a estribor! ¡Mantengámonos dentro de los restos de la bruma sin perderlos de vista! —rugió el asturiano—. Id a buscar a vuestros hombres, pues, y que coloquen todas las lombardas en las troneras de babor.

Cada vez tenían más cerca a la carraca, a media legua escasa, y a las dos fustas que acorralaban a la pesada nave portuguesa con la evidente intención de sobrepasarla aprovechando la ligereza de sus embarcaciones —concebidas desde la quilla a la cofa para correr sobre las aguas— y el empuje de sus remos. En una de esas maniobras comenzaría el abordaje y el combate cuerpo a cuerpo. Eso estaba cantado.

Las lombardas de la fusta berberisca habían agujereado la vela mayor y astillado el palo del trinquete del Viento del Sur. Y los artilleros portugueses se habían llevado por delante algunos maderos de la cubierta de la fusta que los acosaba desde estribor y, seguramente la cabeza de algún que otro sarraceno. Créanme vuestras mercedes cuando les digo que disparar pedruscos

con lombardas y falconetes en un mar picado y con viento racheado no es tarea sencilla y requiere sangre fría, un temple adecuado y, sobre todo, una buena dosis de fortuna.

El capitán repicó la campana y toda la tripulación lo observó expectante desde la cubierta, al pie del alcázar de popa, también los hombres del Zuzuaga.

—¡Nos toca a nosotros! ¡Hemos venido a por esa carraca y nadie nos la va a arrebatar! —rugió Gómez Arias.

Un murmullo creciente comenzó a crecer entre los marinos del Alborán y los facinerosos.

—¿Vamos a atacar? —inquirieron al unísono varias voces de los hombres del Zuzuaga que no conseguían ocultar un tono de auténtico entusiasmo, contrapunto de las caras largas de los marinos.

—¡Naturalmente! —replicó el asturiano al tiempo que se volvía hacia Gabriel—. ¡Mantened el rumbo, timonel! —ordenó—. ¡Tripulación! ¡Preparaos y esperad mis órdenes y las de Arteta!

Gabriel no movió ni uno de sus músculos, aferrado como estaba a la caña del timón.

—¡Esperaremos a que los moros hideputas comiencen el abordaje del Viento del Sur! —gritó el capitán piernas abiertas, brazos en jarras, el viento ondeando su gabán. Lo intentaba, pero no parecía que fuese muy ducho en esto de arengar a sus marinos—. ¡Y, después, vamos a lanzarles una andanada de corrido! A ver si desarbolamos a esos piratas y, de paso, les metemos el susto en el cuerpo y nos llevamos a unos cuantos al infierno.

Un murmullo corrió entre la tripulación que asentía a las palabras de Gómez Arias con el rostro sombrío. Todo lo contrario que los hombres del Manco que, como digo, parecían relajados, incluso animados de cómo se las jugaba el destino.

—¿Los vamos a abordar? —quiso saber el jefe de los gavieros—. A los piratas...

Lo observó el capitán desde el puente con ojos de halcón.

—Si los moros no se amedrentan embestiremos la carraca y lucharemos contra los berberiscos... Y que Dios esté con nosotros. —Hizo una pausa para santiguarse y aspiró hondo —. Los portugueses nos tomarán como sus aliados y habrá que aprovechar la confusión para tomar su navío, que, no olvidemos, es nuestro verdadero objetivo. ¡En el Viento del Sur

obtendremos nuestro botín! —Alzó el puño el capitán arengando de nuevo a sus hombres y la mayoría asintió más convencido que antes; conforme la estratagema calaba en su mente veían las ventajas del rapiño que proponía el capitán—. ¿Estáis conmigo, tripulación del Alborán?

Después de un momento de duda Arteta levantó el puño de nuevo y el resto de hombres lo imitaron coreando el nombre de la carabela y de su capitán. ¡Alborán! ¡Alborán! ¡Gómez Arias! ¡Gómez Arias!

Hay que reconocer que era un plan astuto y bien pergeñado el del maestre asturiano, pero quedaba llevarlo a la práctica.

Las maniobras se sucedían con rapidez. Le habían cortado el paso los berberiscos a la carraca para que virase al oeste y se alejase de las costas de Tarifa adentrándose más en aguas del golfo de Cádiz. Debía ser buen marino el capitán del Viento del Sur, y debía contar con buenos hombres, pues aun navegando de bolina, amurados a barlovento y en zigzag, había evitado dos intentos de abordaje de los piratas, y sus artilleros los mantenían a raya. Pero poco durarían así, pues cada vez eran más temerarias las acometidas de los sarracenos, que, como lobos que olían a su presa herida, ya no cejarían en su empeño hasta que hubiera un desenlace.

La carabela del Alborán con Vasco, Zuzuaga y los suyos pertrechándose para la refriega, se mantenía a una prudente distancia, lo suficientemente cerca para alcanzarlos y lo suficientemente lejos para no espantar a los salteadores, pues quería Gómez Arias, con buen tino, que les hiciesen parte del trabajo sucio con los portugueses. Tampoco había que demorar en demasía el ataque, no fuera que los piratas berberiscos consiguiesen la rendición de la presa antes de tiempo o que un cambio brusco del viento diese al traste con las aspiraciones de los hombres del Alborán, y se les escapase de nuevo la carraca lusa.

El capitán Gómez Arias y el contramaestre Arteta se desgañitaban para que la tripulación enderezase el rumbo a barlovento, fijaban los marinos los puños de los trapos en la amura para coger el impulso del viento en contra desde las velas de mesana, del trinquete y de la cebadera. Una pareja de hermanos lebrijanos, de anchos hombros y fornidos, subieron los falconetes de la

bodega con unas cuerdas y unas poleas y los colocaron en la amura de estribor bajo las indicaciones de Arteta, preparando también los proyectiles y los barriles de pólvora bajo unas lonas para que no se mojasen con el calabobos. El timonel mantenía la deriva de la carabela con brazos firmes, las venas y el sudor marcando el rostro, y Alvarito voceaba cuando veía que las fustas la emprendían de nuevo a cañonazos con el Viento del Sur o amenazaban con abordarlos.

A la tercera intentona de los sarracenos fue la vencida. El segurola lo voceó a pleno pulmón como si hubiese visto al mismísimo diablo aparecer por la cofa.

—¡Abordaje! ¡Abordaje! ¡Los berberiscos los han abordado!

Resultó que el viento rolaba ahora a levante y la carraca no enderezó el rumbo a tiempo cuando la fusta que llevaba a proa hizo de nuevo la maniobra de cerrarles el paso azuzada por el cambio de ventolera y el batir de sus remos. Chocó el casquete de los sarracenos con la amura de proa del Viento del Sur, al mismo tiempo que la fusta que los perseguía a popa los embistió por detrás.

—A buen seguro que los portugueses tendrán faena —musitó Matallanas sorbiendo mocos. Su espadón enfundado en el espaldar.

—Tendrán que aguantar hasta que lleguemos —repuso Ponce de León haciendo visera con las manos.

Escupió Vasco por la borda a favor del viento con absoluta tranquilidad.

—Esperemos, en caso contrario nos pueden dar bien por culo.

—¡Zuzuaga! —gritó el capitán desde la toldilla, no se separaba de Gabriel que bufaba como un toro bravo manteniendo la caña según las órdenes de Gómez Arias—. ¿Están listas las lombardas en las troneras de babor?

Se asomó Zuzuaga por la escotilla y departió con alguien de abajo.

—¡Están listas, capitán! —replicó Zuzuaga.

—¡Debéis tener muy en cuenta que no tendremos ocasión de largarles más que una sola andanada!

—¡Por San Cristóbal, que no será problema! —repuso el navarro demasiado confiado alzando

el muñón.

Hinchó el pechó Gómez Arias.

—¡A todo trapo! ¡Arriad la vela mayor! —desenvainó su tizona—. ¡Vamos a darles una buena tunda a esos infieles del demonio!

La carabela surcaba las olas espumosas con brío, todo el velamen hinchado por el viento. Conforme se acercaban a la refriega los hombres se iban pegando a los maderos de la amura de babor para resguardarse de los proyectiles que pudieran lanzarles los moros. Muchos de ellos se santiguaban y se encomendaban a Dios y a todos los santos que conocían.

—¡Preparad las lombardas y los falconetes! —gritó el capitán—. ¡Disparad a las cubiertas y a los hombres! ¡No queremos dejarlos sin barcos y que luchen por su vida! ¡Queremos acongojarlos y que tengan un medio de escape!

Se acercó el Alborán en paralelo a la fusta que estaba en el costado de estribor del Viento del Sur. Se veía que los portugueses estaban en apuros, se batían bien el cobre luchando por cada pulgada de su barco, pero los piratas tenían pericia en eso de abordar y hacer sangre. Habían sujetado los diablos sus embarcaciones con cuerdas y garfios y habían lanzado escalas para asaltar la carraca, ahí se concentraba el grueso del ataque, pero también los había que saltaban directamente por la cubierta desde los obenques y creaban el caos por toda la nao.

Observó Gómez Arias el cielo, pareció olfatear el aire y al poco pidió que se aflojaran escotas, permitiendo que el navío comenzara a perder velocidad muy cerca ya de la primera fusta. A menos de doscientos pies los piratas berberiscos ya se habían dado cuenta de sobra que había otro navío en liza y los que habían quedado a resguardo de los barcos comenzaron a gritar a sus compinches y a señalar con la mano. De poco sirvió, pues estaban los piratas bien afanados con los portugueses.

—¡Disparad lombardas y falconetes! —bramó el capitán—. ¡Fuego a discreción!

Y fue a discreción de Carmona y de Arteta como los proyectiles salieron de las bocas de los tiros de pólvora e impactaron en el casco de la fusta o de la carraca portuguesa, igual daba una

que otra, acrecentando el caos de la batalla. La carabela dio varias sacudidas con el potente retroceso de la artillería, cuadernas y tablones se estremecieron, y un olor a pólvora quemada inundó el Alborán.

—¡Una andanada de saetas y espingardas! —gritó Gómez Arias mientras recargaban y enfriaban las piezas de artillería.

Zuzuaga asintió con un leve cabeceo y bajó la mano para que sus hombres ya preparados alzasen la testa y disparasen saetas y espingardas parapetados tras la borda de babor.

El chocar de los aceros, los gritos y alaridos de los combatientes se levantaba muy levemente por encima del viento y del ruido del mar. Asomó mi amo la cabeza para otear la batalla acompañado de Matallanas y Ponce de León. Don Anselmo estaba a buen resguardo en la bodega ayudando a Carmona con los bolinches que lanzaban con las lombardas.

—Parece que los fodidos moros reculan —apuntó Matallanas.

Una docena de piratas había vuelto a la nave e intentaban cambiar a estribor sus lombardas, tarea ardua, pues, aunque no eran piezas muy grandes, cada una de ellas pesaba lo suyo, decía Matallanas que al menos cinco quintales, y había que refrescarlas.

—Veremos —dijo Vasco.

—¿Hemos hecho blanco? —inquirió Ponce de León aguzando la vista.

Alguna vela de la fusta se veía agujereada y los piratas se parapetaban detrás de sus amuras.

—Poco acierto hay con este mar —repuso el leonés encogiéndose de hombros y haciendo un mohín. Y estaba en lo cierto, pues con el bamboleo del barco no había Dios que apuntase derecho, ni las espingardas, ni las ballestas, ni las lombardas, ni los falconetes—. Si hemos atinado algo, pirata o portugués, será por pura suerte.

—Al menos los piratas tienen más en lo que pensar —apuntó Matallanas.

—Habrá que abordar —sentenció Vasco bajando la testa y apoyando su espalda en los maderos—. En la mar es lo que hay, y esos piratas no parecen que se asusten.

Al sobrepasar la primera fusta, el capitán dio orden de virar el timón a babor y repetir la operación con el segundo navío pirata con la misma suerte que con el primero: escasos daños, y

algún herido y muerto de fortuna. Tal y como pensaba mi amo, el combate habría que librarlo cuerpo a cuerpo. No se iban los piratas a amilanar tan fácilmente. Eran estos perros de presa acostumbrados a la violencia y a la muerte, salteadores del mar, bandoleros, que vivían de sus capturas en el Estrecho y de sus botines.

Dejó atrás el Alborán a los tres navíos bien enzarzados, y, mientras los marineros disponían velas y jarcias para dar media vuelta, Vasco y el Zuzuaga se acercaron a la toldilla.

—¿Cómo los abordamos? —quiso saber el capitán asturiano, el rostro surcado por la preocupación. Iba a tener razón Matallanas que este había visto poca sangre.

Oteó Vasco la batalla. La lluvia y el viento volvieron a arreciar. Los portugueses se defendían con uñas y dientes, en cubierta con un feroz combate cuerpo a cuerpo, y desde el puente de popa con saetas y espingardas. Pero los piratas conocían bien su oficio y, codo a codo, se iban haciendo con el navío.

—Pronto y contra la carraca —aseveró Vasco consciente de que era mejor repeler a los perros sarracenos en un solo barco que en tres, y de que si empeoraba el tiempo también sería peor para ellos.

Asintió el capitán y dio la orden al timonel para abordar al Viento del Sur acercándose en diagonal a su costado.

—¡Cazar mesana y trinquetes! ¡Timón tres cuartos a estribor! —bramó.

—¡Preparaos para el abordaje! —rugió Zuzuaga a pleno pulmón dirigiéndose a su cuadrilla.

Cuando los portugueses se percataron de la maniobra gritaron como si hubiese venido Dios a verlos. Pobres ilusos. Su capitán dio entonces orden a sus hombres de recular al casquete de proa y la toldilla de popa y allí defenderse del ataque de los piratas hasta que viniese el auxilio de la carabela cristiana.

Vasco volvió a cubierta donde Ponce de León y Matallanas, y los hombres del Zuzuaga se resguardaban. El rambleño murmuraba oraciones por lo bajini, era su costumbre antes de un envite, se ajustó su cota de malla, el casquete de hierro en la cabeza, y desenvainó el espadón, dispuesto a romper huesos y miembros y lo que se le pusiera por delante. Parecía este que iba a

batallar a los moros en los campos de Granada. Mi amo y Ponce de León llevaban ambos coletos de cuero y espadas más livianas, las roperas de pinchar, más apropiadas para un combate entre las estrechuras de un navío.

Dejaron los hombres del Manco sus espingardas cargadas a los marineros de la tripulación y se pertrecharon bien de aceros. Era una dispar cuadrilla la que se disponía a abordar al Viento del Sur, había algunas lorigas, algunas adargas, y filos de todos los tipos y tamaños: tizonas, hachas, lanzas, picas y alabardas. La mayoría prefería pelear a pelo, sin malla ni escudo, pues la batalla en alta mar, con el bamboleo del barco y tantos filos yendo y viniendo, y la posibilidad de caer al agua, requería de agilidad y destreza, más que de cargarse de hierros y de emplear la fuerza bruta. Aunque eso no entraba en la mollera de Falito Matallanas y otros valentones.

Los marineros del Alborán se santiguaban y se encomendaban a la Virgen y a los Santos, empuñando largos cuchillos, garfios y arpones toscos, sus caras reflejaban el miedo que sentían. Por el contrario, a los matasietes de Zuzuaga se les veía más bien alegres y confiados, como si el hecho de estar a punto de presentar batalla en mitad del océano no constituyese más que una simple anécdota que un día tendrían ocasión de contar a sus familias.

Conforme se acercaban al Viento del Sur olieron la pestilencia que emanaba de la nave, un olor denso y putrefacto.

—¿Qué diablos es ese hedor? —quiso saber Ponce de León, ya espada en mano, agachado como el resto de los hombres detrás de los maderos de la borda.

—Demonios, tiene razón, huele a cuadra —asintió Matallanas pegando la nariz al sobaco—. Y no somos nosotros.

—Es el olor del negrero, el olor del hacinamiento de hombres durante semanas —respondió Romerito haciendo una mueca. Había subido a cubierta junto con Carmona y el resto de artilleros —. Bien lo conozco, pues fui marinero en uno de esos barcos cargados de guineos, y os puedo asegurar que ni lavándoos en el más puro de los arroyos uno se desprende de semejante olor. Tuve que quemar la ropa y aun así pasaron días hasta que pude acercarme a las mozas de Écija, que huían de mí como de la peste.

—¡Estad preparados! —advirtió mi amo pues quedaban apenas cien varas para el choque. Enfundó sus manos en sus guantes de cuero y se santiguó, no era hombre de los que se dicen creyentes pero siempre argüía que cualquier ayuda era bienvenida en la batalla—. ¡Por San Cristóbal! ¡Conmigo los valientes!

Corearon los hombres la arenga de mi amo alzando sus aceros.

—¡Por Santiago Matamoros! —bramó Zuzuaga, no iba a ser menos que el leonés—. ¡A matar infieles y lo que se nos ponga por delante!

XVII. EL ABORDAJE

La amura de babor del Alborán embistió al Viento del Sur por su costado de estribor. A un gesto de Arteta cinco marinos de fuertes brazos amarraron ambos buques con drizas y garfios haciendo que chocasen sus armazones con el bamboleo del oleaje. Pueden imaginar vuestras mercedes que se encontraba bien cogida la carraca entre las dos fustas berberiscas y la carabela. Las espingardas del Alborán dispararon una andanada desde el castillete de proa, más para amedrentar que por otra cosa, apuntando a los moros que se habían quedado en retaguardia al cuidado de sus barcos, pues estaba ya el asunto revuelto en la carraca como para hacer buen blanco, con los piratas enfurecidos por cómo se tornaba una apacible mañana de rapiño y los portugueses, espoleados, vendiendo caras sus asaduras y su valioso cargamento.

El primero en saltar desde la regala de la carabela profiriendo un alarido animal fue, como no, Rafalito Matallanas que, plantando bien los pies, enarboló su espadón haciendo hueco como si fuera un molinete, el rostro desencajado por una ira ciega, escupiendo y babeando. Dando tajos a diestro y siniestro se llevó por delante a un sarraceno que intentó clavarle un alfanje en el vientre. El pobre diablo no midió bien la arremetida ni a quien se la daba, pues el gigante rambleño era soldado curtido y con arrestos. Se movió rápido Rafalito Matallanas a la siniestra para evitar otra cuchillada; sin vacilación le dio un cabezazo con su casquete de hierro para dejarlo tambaleante y sin piedad le partió la crisma al pirata con el filo de su tizona como si de una nuez se tratase. Crack. Se oyó el inconfundible crujido de huesos partidos y el hombre se desplomó, los sesos del

infiel desparramados por los tablones. Siguieron al gigantón, mi amo, cubriendo el flanco derecho y Ponce de León, dando estocadas por el izquierdo, ambos espada y daga en mano, gruñendo, escupiendo y bufando, cuidando de mantenerse a distancia de los tajos de la espada bastarda de su compinche. Parecía el rambleño no tener conciencia de lo que hacía, imbuido de un ansía guerrera que hacía que abarcase más de lo que realmente podía. Sin duda que fue Matallanas en aquel lance el ariete con el que se abrió paso la tropa de facinerosos, pues los piratas retrocedían sorprendidos ante tal fuerza de la naturaleza y, de primeras, no se enfrentaban a él. Saltaron después de varios latidos Zuzuaga, Carmona, Romerito y el resto de los indeseables del Manco también con la mirada turbia, sedientos de sangre y botín, y aullando como lobos encelados.

Los piratas, arengados por su capitán desde el puente de la fusta pegada a babor de la carraca, no tardaron en cargar contra ellos entre una cacofonía de gritos y alaridos. Afirmó Vasco las botas en el suelo y se encorvó en guardia dispuesto a recibir al primero de los moros cómo se merecía. Dando un paso atrás desvió el acero de una cimitarra que quería cortar carne en su antebrazo, flexionó piernas y estiró su torso y brazo en un parpadeo para hincar su pincho en el costado del infiel, que pronto quedó de rodillas para morir degollado de una rápida y certera cuchillada con la daga de misericordia que tan ágilmente manejaba el leonés.

Con una finta Ponce de León se quitó de en medio el ataque de un berebere de luenga barba y hombros como montañas que empuñaba una cimitarra a dos manos, y cuando este intentó recuperar el equilibro se vio con la punta de una tizona abriendo sus tripas. Y Matallanas seguía a lo suyo arremetiendo con su espadón como un loco embriagado por el miedo y la sangre de sus enemigos.

Dijeron que el Manco Zuzuaga apuñalaba con la punta de su muñón, y a traición, a los que Romerito y Carmona acorralaban con malas artes con sus machetes largos. Desde luego que ninguno buscaba gloria ni que su nombre figurase en los cantares de gesta que entonaban los juglares en las plazas. Bueno, quizás sólo Matallanas, ese nunca tuvo mucho seso.

Los portugueses, mientras tanto, animados por la inesperada ayuda, resistían con más ímpetu

las acometidas de los piratas en ambos castilletes, de proa y popa, dando cuchilladas a todo aquel que intentaba subir un peldaño. La cubierta pronto se convirtió en una orgía de chillidos y quejidos, y no tardaron los tablones en cubrirse de heridos, cadáveres, vísceras y sangre.

Algunos cayeron de los del Zuzuaga, pues los piratas también sabían ejercer su oficio con saña.

Caos, era lo que mejor definía a aquella escaramuza en la que, finalmente, cada cual iba por libre, madrugando y cuidando de que no lo madrugasen.

—¡Negro! ¡Negro! ¡Negro! —pidió auxilio.

Vasco alzó su tizona y, cayendo por un costado, detuvo el filo de una jineta que iba directa a abrirle la sien y empujó a su oponente, un moro con turbante de piel brillante y negra como el azabache, hasta hacerlo trastabillar. Sintió como la sangre manaba de su frente palpitante, había sido un rasguño, por poco. Por el rabillo del ojo atisbó a Matallanas, acorralado por dos sarracenos con largas picas, de espaldas al palo mayor. Ese descuido a punto estuvo de costarle a mi amo que el berberisco le rajara la garganta, pero ágilmente se movió en un semicírculo y desvió la acometida en el último suspiro con el cazo de la ropera. Otro de los perros infieles se sumó al empeño de abatir a mi amo, que no le quedó otra que recular hacia la borda de estribor pegada al Alborán donde los marineros de Gómez Arias intentaban trinchar a los piratas que se acercaban con los garfios y con los arpones como si fueran atunes. Y el fodido barco se bamboleaba cada vez más al son de las olas.

—¡Negro! —gritó de nuevo Matallanas cuando la moharra de una de las lanzas abrió brecha por la escotadura de la coraza a la altura del costillar.

—¡Ponce! —bramó mi amo, el corazón latiendo en sus sienes. Pero Ponce se las componía apurado pegado a la popa con el Zuzuaga, el Carmona y el Romerito contra cinco piratas de refresco que habían saltado de la fusta que la carraca tenía pegada más a popa.

El sudor corría por la frente de Vasco que maldecía gruñendo en cada estocada que daba o que evitaba. Desvió el filo de un alfanje que iba a la cadera interponiendo su daga y una estocada en oblicuo le hizo recular hasta la misma borda. La punta del alfanje arañó el coleto de cuero de

vaca. Le dio un puñetazo al moro partiéndole la nariz y lanzó un mandoble que hizo retroceder al otro sarraceno que se encontró de pronto con el filo de un arpón arrancándole un trozo de labio. Tuvo mi amo un respiro durante diez latidos de corazón.

¡Negro! ¡Negro!

De nuevo se giró. A Matallanas lo iban a abrir en canal con las condenadas lanzas. No le quedaba otra. De un salto y sin pensárselo mucho dejó a sus dos adversarios zafándose de los arpones y los garfios de los marineros del Alborán y se plantó en la regala subiendo por el obenque apoyando sus botas en las jarcias. Asió un cabo, estiró las piernas sobre el cáñamo y se lanzó por encima de las cabezas hasta caer sobre los hombros de uno de los hideputas que acorralaban a Falito Matallanas. En el suelo y encima de él, le clavó el pincho por la espalda mientras se revolvía el infiel, sintiendo como desgarraba carne, músculos y tendones, y crujía alguna costilla. Sin honor ni gloria. Pero, de eso no se trataba aquella mañana. El otro pirata que sostenía la lanza reculó un paso, sorprendido por lo que le había caído de las alturas, la sombra de la duda en su mirada. Esa vacilación valió para que Matallanas alzara su espadón con las dos manos y le diese un tajo en el cuello mandándolo al otro mundo entre gorjeos y estertores.

—¡Dios os tenga en su gloria, Negro! —A veces Matallanas salía con esas en los momentos más inesperados.

—Estáis herido, Falito, sangráis por el costado —farfulló mi amo resoplando. Apoyó la bota en el hombro del moro que se retorcía moribundo y sacó la ropera llena de sangre y tendones de sus costillas.

—Un rasguño —gruñó el soldado con la respiración entrecortada por el esfuerzo de repartir mandobles, palpándose la herida debajo de la cota de malla.

—¡Vayamos donde Ponce! —señaló Vasco con la punta de la tizona empapada en sangre. Era mejor reagruparse en lo posible dentro de aquella barahúnda.

Donde Ponce mi amo agachó la cabeza como un rayo para evitar una cimitarra que quería cortarle el pescuezo dejando que Matallanas le diera un tajo al infiel, haciendo este que la mano del desgraciado colgase de la muñeca echando un chorro de sangre negra. Lo remató el rambleño

hendiendo la punta de su espadón en su vientre. No había lugar para la tregua. En dos parpadeos estiró el leonés el brazo y ensartó por el costillar a un joven imberbe de piel cetrina al que Ponce de León tenía atosigado y hacía recular con estocadas precisas. Se encontró el rapaz con el filo del acero del leonés, y el Manco Zuzuaga, ojo avizor, salió de la retaguardia rebanándole el pescuezo, dejándolo boqueando sangre y con los ojos vidriosos como un atún.

Se percató Vasco, mientras tomaba resuello y pegaba la espalda a Ponce de León, de que el capitán de los berberiscos, o el que parecía comandarlos, acababa de saltar a la carraca con diez hombres frescos. La batalla que parecía ganada, se equilibraba de nuevo, pues los portugueses —habían perdido ya a unos cuantos de los suyos— bien acobardados y parapetados, no se bajaban de los castilletes los hideputas y solo arremetían contra los sarracenos que intentaban abordar la toldilla de popa y el puente de proa. Quizás también el capitán luso ya tuviera la mosca detrás de la oreja, y se preguntaba por qué esos castellanos que más parecían salteadores de caminos que marinos luchaban con tanto ahínco contra aquellos infieles que parecían no querer irse de allí sin un botín.

—¡Capitán! ¡Capitán! —bramó Vasco volviéndose a Gómez Arias, haciéndose oír entre el fragor de la batalla. Las voces se mezclaban con el chocar de los aceros. Gritos de batalla. Estrépito. Chillidos agudos y de terror—. ¡Vuestros hombres! —exhaló todo el aire de sus pulmones.

Asintió Gómez Arias y espadón en mano ordenó a los suyos sin mucho ahínco que abordasen la carraca para equilibrar el asunto, al menos en cuanto a hombres.

Los piratas no parecieron recular ni amedrentarse, arengados por ese capitán del turbante cerúleo, grande, desgreñado, barrigudo y peludo como un oso, casi del tamaño de Matallanas contaban que era, y de nuevo empezó una refriega con Vasco y los suyos en primera línea chocando aceros con los infieles. Clanc, clanc, clanc. Gruñidos. Gemidos. Babas. Sangre. Escupitajos. En una de esas tropezó el leonés con la driza que sostenía la vela del trinquete y cayó al suelo, piernas y brazos abiertos, la espada y la daga a un palmo de su cuerpo. Se disponía un viejo bigotudo, de rostro enjuto y cabello blanco, a abrirlo en canal con un hacha de doble filo

que manejaba con holgura. Oteó mi amo a uno y otro lado buscando ayuda, y cada cual andaba afanado en lo suyo, que no era poco. Miró al sarraceno a los ojos esbozando una mueca amarga, pensando que había llegado su hora con la parca, pues a su plena merced se encontraba. El moro alzó el hacha con un gruñido y Vasco pensó que se iba al infierno en menos que cantaba un gallo. En esas estaba, cuando el filo de una tizona paró el destral que empuñaba con maña el infiel a un codo de la testa de mi amo, y de un puntapié en los cojones alguien lanzó atrás al hideputa que, trastabillado, cayó sobre el palo del trinquete golpeándose la sien. Se incorporó Vasco como un resorte, boqueando, cogiendo daga y espada, dispuesto acuchillar a todo Dios, cuando se le adelantó la figura oronda de don Anselmo clavando su tizona en el bajovientre del pirata, retorciéndola dentro de las entrañas. Se oyó un alarido y un gorgoteo cuando el acero hendió la carne del desgraciado que iba ya camino del paraíso a disfrutar de sus veinte vírgenes.

Cabeceó Vasco en agradecimiento sin decir palabra alguna, tomando aire a borbotones pues el cuerpo comenzaba a cansarse de parar estocadas y dar mandobles. Dudaba que el Altísimo hubiese puesto allí al padre Anselmo para salvarle la vida, pero aun así le dedicó un pensamiento y dio las gracias alzando la mirada, por si las moscas.

—¡Cagoendios, a matar más moros que mal pinta el asunto! —acertó a decir don Anselmo con voz chillona. Sacó el clérigo el acero del mondongo del pobre infeliz y volvióse donde Gómez Arias y Arteta luchaban con el resto de la tripulación agrupados junto a la borda de estribor, bien cerca de la carabela, por si había que volver a saltar y soltar los garfios para salir con viento fresco de allí.

No se equivocaba el cura. Parecía que había más moros de los que en un principio se aventuraba. Pintaban bastos, caviló mi amo en dos parpadeos, el pecho palpitándole y los pulmones ardiendo. El agotamiento y la furia pugnaban en su interior. El caos se había adueñado de la cubierta de la carraca. La refriega alcanzaba su punto más álgido. El resultado de aquella escaramuza era incierto, la balanza podía decantarse de cualquier bando, incluido el de los portugueses si las bajas eran muchas y los ánimos caían. Y no era cuestión de que después de batirse el cobre jugándose el pellejo salieran ganando los lusos.

Había que hacer algo y pronto.

Fijóse su atención en el jefe bigotudo de los sarracenos que dando órdenes a los suyos intentaba atacar al capitán de los portugueses y hacerse con el castillete de popa. Se le pasó por la mente que si descabezaban a la sierpe quizás sus hombres se amilanasen y reculasen.

—¡Matallanas! —gritó acercándose al gigantón que acababa de darle un tajo en el hombro a uno de los piratas y observaba junto a Ponce por donde realizar su próxima acometida—. ¡Ponce! ¡Conmigo los dos! —asintieron ambos, la fatiga y la duda también comenzaba a asomar en su semblante.

—¡La puta de oros, Negro, no aguantaremos mucho! —siseó Matallanas, la cabeza gacha, retrocediendo, arrastrando el espadón hacia donde estaban los marinos de Gómez Arias.

—¡Ponce! ¡Vamos a entretener a esos de ahí! —Deslizó su mirada al grupo de cinco, con el jefe en la retaguardia, que con afiladas picas intentaban trinchar a los portugueses—. ¡Falito, súbete a los obenques, agarra un cabo y tírate a por el del bigote como si fuese el mismísimo diablo!

—¡Y una mierda, Negro! —Escupió un gapo sanguinolento con una muela que le habían saltado los moros—. ¡Yo me quedo aquí a verlas venir, que no me fío de que estos marinos nos cubran las espaldas!

Oteó a Ponce y este negó con la cabeza. A esas alturas nadie quería hacerse el héroe. Si Ponce y Matallanas lo veían negro, era que la cosa andaba peor de lo que creía. Tendría que hacer el trabajo él mismo, caviló mi amo en un latido.

—¡Diablos se os lleven! —bramó enfundado daga y espada y, de un salto se encaramó en la regala de la carraca. Se le metía el sudor en los ojos y las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Y la fodida carraca seguía al vaivén del crespo oleaje—. ¡Dadles acero a esos hideputas! —señaló con la punta de su ropera.

Esperó Vasco unos latidos a que Matallanas y Ponce arremetiesen contra los sarracenos y creasen la distracción que necesitaba, y trepó por los obenques que unían el mástil con la borda. Sus pies se enredaron en el cáñamo y a punto estuvo de caerse, pero consiguió guardar el

equilibrio aferrándose a un cabo suelto que iba y venía con el balanceo del navío. El corazón le aporreaba el pecho y la sangre palpitaba dentro de su cabeza. Respiró hondo para aquietar los temblores que agitaban su cuerpo, musitó un juramento a Dios y a la Virgen y desenvainó la daga. Entonces enroscó sus piernas, se agarró a la cuerda con la diestra y se lanzó al vacío.

Alguna vez, cuando el leonés bebía más de la cuenta, le oí decir que vivir una vida en la que podría haber muerto muchas veces era preferible a vivir un solo día apoltronado en una silla en un cuartucho de una ciudad apestosa escribiendo sobre legajos. Algo parecido debió pensar cuando se lanzó de los obenques.

Tomó el leonés demasiado impulso y a punto estuvo de caer en la cubierta de una de las fustas. Al segundo balanceo y con buen tino se soltó de la driza cayendo a plomo sobre la espalda del gigante bereber que comandaba los piratas. Golpeándolo con violencia ambos cayeron a los maderos, de tal forma que mi amo quedó a horcajadas sobre el diablo que intentaba revolverse entre quejidos para recuperar su cimitarra. Resultó que Vasco también perdió en la caída la daga que empuñaba y la postura le impedía desenvainar la tizona con holgura. Así pues, no se lo pensó mucho mi amo y como con la fuerza bruta no podría con semejante mastodonte de músculos y grasa, en un parpadeo se abalanzó hacia su rostro para morderle la oreja. De cuajo, como un animal salvaje, le arrancó el cartílago con sus dientes y lo escupió al suelo. El moro comenzó a aullar de dolor, eso le dio a Vasco el tiempo que necesitaba para ponerse de pie, desenvainar la tizona como un rayo y ponerle el filo en la garganta. Con un giro de muñeca le hizo un rasguño del que manó la sangre.

—Ordenad retirada u os rebano el pescuezo –graznó el leonés en el idioma de los infieles limpiándose la sangre de la boca con la tela de su camisa—. Si lo hacéis os perdonaré la vida.

No lo tuvo que repetir mi amo dos veces. Se incorporó el pirata de rodillas y gritó a sus secuaces a pleno pulmón que volviesen a las fustas cubriéndose la herida de la oreja con la palma de la mano. Tampoco este se lo tuvo que repetir a sus hombres, pues también veían los piratas que lo que se suponía una escaramuza de una mañana se había complicado y convertido en una lucha a muerte entre bandidos.

Contaba Matallanas que el sarraceno miraba a mi amo como si fuera el mismísimo diablo salido del infierno. Desaliñado, desgreñado, con la sangre en la cara y con esa mirada de loco que se le ponía muy de vez en cuando, desde luego que hubiera acobardado al más valentón de los jaques y piratas.

Vasco cumplió su palabra con el sarraceno, no por misericordia sino porque quería que los portugueses vieran el gesto, y cuando los piratas soltaron las amarras del Viento del Sur dejó que su capitán saltara por la borda y volviera a nado con los suyos, con vida, pero con una oreja menos.

La tripulación del Alborán y los facinerosos del Zuzuaga estallaron en gritos de júbilo y vítores hacia Vasco cuando las fustas soltaron trapo y los remos batieron las aguas del mar alejándose de la carraca. No así los portugueses que, aunque se veía alguna sonrisa de alivio dibujada en su rostro, ya se olían que allí había gato encerrado y no se bajaban de sus castilletes de proa y popa ni envainaban sus aceros.

—Negro del demonio. —Lo abrazó Matallanas apretujándolo contra su loriga manchada de sangre, propia y ajena. Había comenzado a llover con más fuerza y el viento arreciaba. Las nubes negras que venían del oeste estaban cada vez más cerca.

—Sois un diablo. —Lo secundó el Manco Zuzuaga con una sonrisa amplia, besando a mi amo en la mejilla. Carmona también le palmeó la espalda y lo asió del brazo enfundando su machete teñido de carmesí—. Siempre es bueno que nos recordéis por qué os llaman el Negro —dijo con orgullo y admiración el navarro.

—¡Don Vasco, por mi vida que nunca vi nadie con vuestro valor y arrojo! —exclamó Ponce de León que se acercó cojeando, con la cara morada y un corte en la pierna vendado con un trozo de lino.

Asintió Vasco sin esbozar una sola sonrisa.

—¿Cuántos muertos hay? —quiso saber mi amo.

Se volvió el Manco para hacer recuento. Estaban los maderos de cubierta llenos de gemidos y

de cuerpos sin vida.

—Veo a cinco de los nuestros tiesos como una mojama –se mesó su barba pelirroja.

—Hay otros tantos heridos —apuntó Carmona señalando con el dedo a varios hombres que estaban tendidos en la cubierta de la carabela sobre unas esterillas siendo atendidos por el cocinero, el cirujano y don Anselmo.

Aun les quedaban más de una docena de hombres, más la tripulación del Alborán, que hacían bulto.

—Zuzuaga, mandad a varios de los vuestros a por las espingardas y los falconetes y apuntad a los portugueses, que no se muevan de donde están —dijo mi amo con un gruñido calmando su respiración—. Vamos a terminar lo que vinimos a hacer de una fodida vez. —Se giró hacia el Alborán. Gómez Arias y los suyos se habían puesto a resguardo en la carabela. Cogió a Ponce de León por el hombro—. Ponce, rematad a los moros que estén moribundos y tiradlos por la borda. Que los portugueses vean que no tenemos piedad con los enemigos.

Asintió el castellano como un buen soldado carente de escrúpulos.

—¿Y con los portugueses? —quiso saber Ponce de León, su espada ya desenvainada.

—A esos dejadlos, por ahora. A ver qué dice su capitán —graznó ojeando de soslayo hacia el castillete de popa de la carraca. Sus ojos se clavaron en los de uno de los hombres que los escudriñaban expectantes junto a la caña del timón, uno de rostro alargado y un fino bigote y perilla que sabía de buena tinta, por sus noches en la Media Luna, era el maestre del navío luso. Tras un parpadeo, este desvió la vista. Se volvió el leonés de nuevo hacia el Alborán—. ¡Gómez Arias, traed esa condenada carta!

A esas alturas a nadie le quedaban dudas de quien estaba al mando. Cabeceó el asturiano con el semblante grave y se perdió en el interior de su camarote.

Un murmullo apagado, como un rezo o una letanía pronunciada en una extraña lengua, emergió de las entrañas del barco, de debajo de los tablones de cubierta.

—Qué diantres... —masculló Vasco que con el fragor del combate se había olvidado de los esclavos guineos.

—Negro... —señaló Matallanas a Romerito que abría la escota de proa. Un hedor a humanidad reconcentrada inundó toda la cubierta—. Los pobres diablos... ¿Qué hacemos con ellos?

Se acercó mi amo donde el Romerito tapándose la nariz con la manga de su camisa. Oteó al interior de la bodega. Los cánticos cesaron. Decenas de ojos blancos lo miraban aterrorizados. Olía a excrementos, a orines, a sudor, a suciedad, a hacinamiento. A animal. A bestia encerrada. Solo que no eran animales ni bestias. A ojos de mi amo eran hombres los esclavos que los portugueses capturaban en las tierras de Guinea. Hombres, mujeres y niños, en cueros, que venderían al mejor postor en los mercados de Lisboa y de Sevilla.

Aguzó el leonés la vista dentro de la bodega. Sus rostros eran oscuros como el tizón y parecían sucios y demacrados. Ya los había visto de lejos cuando los sacaban en el puerto de Tánger para que se aireasen, pero verlos de cerca así, era otra cosa. Contaba después Matallanas que a uno se le revolvían las tripas y se le encogía el alma al ver a tanto desgraciado junto, pero poco podían hacer por ellos, pues iban a terminar en un mercado de esclavos de una u otra forma, en la lonja de Lisboa o en las escaleras de la catedral de Sevilla. Y, decía el padre Anselmo que el miedo era lo que realmente marcaba su mirada, un miedo atávico a lo desconocido, a perder todo lo que conocían, sus familias, sus tierras, su libertad. Aunque ya lo hubiesen perdido desde el momento que pisaron los maderos de la carraca.

Alzaron los guineos las manos y empezaron a gritar e implorar en su lengua. No hacía falta descifrar sus palabras para comprender lo que le estaban pidiendo. Libertad. Algo que ya no recuperarían en toda su vida.

—Romerito, encargaros de que reciban comida y agua en abundancia —ordenó Vasco.

Asintió Romerito con el rostro grave cargado de culpa pasada.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó Matallanas. Dio un trago al pellejo de vino aguado y se lo tendió a Zuzuaga.

—¿Vos qué opináis, Manco? —inquirió mi amo. Aunque ya sabía la respuesta, a veces uno necesita oírla de otros labios.

Se encogió este de hombros.

—Su destino está escrito, Vasco.

—Son hombres —murmuró.

De fondo se oían los quejidos de los sarracenos que iba rematando Ponce de León con la daga de la misericordia entremezclados con los gemidos de los heridos portugueses que pedían ayuda a los suyos y los gritos y lamentos de los negros guineos.

—Hombres o bestias, ¿qué queréis hacer con ellos? Si los liberáis, Negro ¿dónde los vais a soltar? —Oteó Zuzuaga al norte y al sur alzando el muñón—. Los cazarán como conejos, tanto en las Andalucías como en las tierras de los moros. Serán presas fáciles.

—Ya veremos —respondió el leonés con un quejido.

—Ese ya veremos no me gusta, Negro... No sois rey para liberar hombres.

Se plantó Vasco a los pies del puente de popa, con el capitán Gómez Arias a su lado. Detrás estaban Matallanas, Ponce de León, Zuzuaga y el resto de su cuadrilla sacando pecho y armados hasta los dientes. Las gotas seguían cayendo del cielo encapotado, el viento seguía arreciando y las nubes de tormenta cada vez estaban más cerca.

—¡Capitán! —gritó Vasco hacia la toldilla, su pelo y sus ropas empapados de lluvia y sangre.

—¿Quién sois vos y qué queréis? —se adelantó el portugués intentando mantener la calma retorciéndose el mostacho—. Mis hombres y yo os agradecemos vuestra ayuda. Sin duda que hubiéramos perecido ante esos sucios piratas, se los lleve el diablo a los infiernos —escupió a los tablones.

Observó Vasco a los portugueses, quedaban más o menos la mitad de la tripulación que había partido de Tánger. Decía Zuzuaga que entre los cadáveres y los heridos estaban seis de los hombres de armas.

—Mi nombre poco importa, y lo que quiero es lo que hay dentro de vuestro barco.

Una mueca agria se dibujó en el semblante del capitán portugués.

—Sois piratas. Como esos de ahí… —señaló con la mirada los dos puntitos que se

empequeñecían y se alejaban rumbo a levante.

Negó Vasco con la cabeza.

—Tenemos una carta de marca y represalia con el sello de la corona de Castilla y Aragón —repuso el leonés, su mirada no perdía detalle del capitán portugués y de sus hombres que, aunque visiblemente exhaustos, había alguno que blasfemaba y se llevaba la mano al pomo de la tizona —. Enseñádsela, Gómez Arias.

Se llevó la mano diestra el asturiano al interior de su gabán y desenrolló pergamino ante las narices del luso que lo escrutó con ojos de halcón.

—Soy el capitán Gómez Arias y este documento me permite recuperar lo que en su día me robaron los vuestros.

Apretó la mandíbula el capitán luso. Un silencio tenso se adueñó de la cubierta de la carraca solo roto por las gotas de lluvia repiqueteando sobre los maderos y el ulular del viento que hacía que el vaivén de la nave se acrecentase a cada latido.

—Tendré que consultarlo con mis hombres —fue la respuesta lacónica del portugués.

Contaba mi amo que la mirada huraña del capitán le hizo desconfiar desde el primer momento; fue principalmente por ello que alzó y bajó la mano, era la señal convenida, a la par que desenfundaba su tizona con la diestra llevando la punta del acero al cuello del capitán.

Un estruendo recorrió la proa de la carraca. Los facinerosos que hacían de espingarderos con Carmona al frente, bien parapetados y escondidos detrás de la amura de babor del Alborán, se levantaron como un resorte y dispararon una tanda a los portugueses que habían resistido a los piratas en la proa del Viento del Sur.

Acertaron los espingarderos a dos portugueses que se retorcieron de dolor, uno tapándose un agujero en las tripas y otro en la pierna.

—¡Malditos fideputas! —bramó el maestre luso—. ¡El diablo se os lleve al infierno! ¡Sois peores que los moros!

—Me importa una higa, capitán —susurró mi amo con esa voz pedregosa que helaba la sangre, espaciando las últimas sílabas —. Estoy hasta los cojones de matar indeseables, cansado

de este fodido bamboleo del demonio y os juro por lo más sagrado que cuando estalle la tormenta aquí no estaré. —Cogió de la solapa al portugués y apretó el pincho contra su vientre. El capitán se contrajo y aguantó la respiración al sentir como el acero rajaba sus ropajes—. Así que alegradme el día, y decidles a vuestros hombres que depongan las armas y os perdonaré la vida —clavó sus ojos grises en los del luso—. Si no lo hacéis… os juro por lo más sagrado que os saco las tripas ahora mismo y paso a vuestros hombres a cuchillo.

XVIII. EN LA POSADA DEL CACEREÑO

Escuchaba ojiplático el relato de Matallanas sobre el abordaje llevando una cucharada de garbanzada a la boca, no eran tan sabrosas como las de la Rosarito, pero para unos estómagos agradecidos como eran los de Mateo y el mío, el guiso humeante estaba para chuparse los dedos, que era justo lo que hacía el mudito junto a don Anselmo —no dejaba de sonreír el clérigo al vernos yantar como benditos—.

Créanme vuestras mercedes cuando les digo que Rafalito Matallanas era un excelente contador de historias, con unos buenos cuartillos de vino entre pecho y espalda podía rivalizar con los juglares que iban de plaza en plaza por los caminos de las villas y pueblos de las Andalucías. Si alguien le hubiera enseñado a leer y escribir quizás fuese el bueno de Matallanas quien escribiere estas líneas. Pero, no es así y cada cual tiene su sitio en este mundo, y aquí me hayo intentando plasmar en estos legajos algunos retales de la historia de estos valientes que, con sus virtudes y sus defectos, a mi entender, eran hombres buenos que solo intentaban abrirse camino en este reino de las Españas de finales de siglo donde uno vivía a salto de mata y en el que, a menudo, como decía mi amo, entre la vida y la muerte había menos espacio que entre dos amantes.

Con dos trozos de pan que simulaban las fustas, un cuenco como punta Malabata y un chorizo que hacía de carraca, nuestra carabela una cabeza de ajo, nos había mostrado Rafalito Matallanas

la cacería en alta mar y la maniobra de abordaje como si de un consumado marino se tratase. Mateo y yo sonreíamos solaces, contentos de estar entre amigos —pues eran aquellos hombres la única familia que conocíamos— cuando el rambleño soltaba alguna de sus bromas de mal gusto o exageraba el relato, y Ponce de León o don Anselmo enarcaban las cejas y nos miraban negando con la cabeza con cara de circunstancias.

A Mateo y un servidor nos hubieron soltado los secuaces del duque por las puertas de las cuadras la anterior mañana, una vez que Vasco tuvo a bien presentar al golilla la carta de libertad firmada por el propio don Enrique de Guzmán. Allí nos estaban esperando nuestro amo y el clérigo, primero con el rostro grave y preocupado, y después con una sonrisa abierta de oreja a oreja cuando corrimos a abrazarles. Nos despedimos de los palafreneros canarios con un firme apretón de manos y de Fermina con un abrazo lleno de cariño. Recordad, que grandes hazañas y grandes pesares os esperan, joven Lucas, haced siempre lo que os dicte vuestro corazón y, sobre todo, olvidaos de esa muchacha —siempre que se refería a Leonor torcía el gesto en una mueca amarga—, solo os traerá dolores de cabeza. Fue lo que me dijo la vieja bruja mientras me zarandeaba, a estas alturas no tengo ninguna duda que algo de bruja tenía esa anciana desdentada y cegata, de piel oscura y cuarteada, y un aliento que hedía a perros muertos. Resultó que después de la partida de la bella Eleonor de Zúñiga —se fue sin despedirse, algo, por otra parte muy propio de ella y a lo que me fui acostumbrando a lo largo de los años—, pasamos las mañanas ayudando a Fermina a dar de comer a las gallinas y a despellejar y descuartizar a los pollos, y cuidando de los caballos con Miguel y Francisco por las tardes, así era como habían bautizado en la capilla del palacete a los mozos canarios. Por aquel entonces pensé que jamás volvería a ver a ese ángel caído del cielo llamado Leonor, pero el destino ya había tirado los dados. Tiempo al tiempo, no adelantemos acontecimientos. ¿Os han tratado como es debido? Nos preguntó Vasco tras palparnos el cuerpo y comprobar que no nos faltaba ningún diente, que no teníamos moratones y que nuestros huesos seguían en su sitio. No podemos quejarnos, mi señor; le respondí. Nos han dado tres comidas al día y nos han proporcionado buenos ropajes. Asintió el leonés, satisfecho, con una media mueca que a sonrisa no llegaba, pero se le acercaba

bastante. Pues entonces… vayámonos de aquí con viento fresco, que me duele el culo de tanta cabalgada y ansío de dormir en una cama y comer caliente.

De esta guisa nos llevaron de vuelta a la posada del Cacereño, donde después de un buen estofado de liebre y unas rebanadas con tocino, mi amo se encerró en su cuarto a dormir o lo que fuera y aún, al mediodía del día siguiente, no hubo aparecido. Nadie osaba a molestarlo, pues tenía el descanso bien merecido.

Nos habíamos despertado pasada la hora tercia con don Anselmo arrodillado al lado del jergón ante un crucifijo colgado en la pared y un rosario entre las manos, pidiendo perdón por sus pecados y rezando por nuestras almas. Tras acompañar al dominico a la Iglesia de Santa María a recuperar sus hábitos y dar gracias a Dios y encender una vela a la Virgen, nos encontramos que Rafalito Matallanas y Ponce de León nos esperaban bebiendo vino en los bajos de la fonda. Y ahí fue cuando nos contaron todo, o más bien Matallanas lo hizo —pues parecía el rambleño que había comido gachas con lengua—, de las aventuras que habían acontecido en la carabela con Gómez Arias y la cuadrilla del Manco Zuzuaga.

—Vamos, Falito, no nos dejéis con la miel en los labios –le dije traduciendo los gestos de Mateo—. ¿Qué ocurrió después?

Rafalito Matallanas se estiró cual largo era, empapó una sopa en el aceitillo de su cuenco y mojó sus labios en el vaso de vino.

—Se cagó el capitán del Viento del Sur las patas abajo… —Hablaba a la vez que masticaba —. No debían estar ya para muchas bromas, cansados, maltrechos y muchos de ellos heridos, porque en cuanto el maestre dio la orden todos los portugueses arrojaron las armas a la cubierta y se dejaron amarrar por los del Zuzuaga. —Dio un sonoro eructo que llamó la atención de los parroquianos de la mesa de al lado. Eran tres viajeros remilgados de ropajes oscuros con aspecto estirado de doctores o dómines o algún oficio de letras—. No pusieron demasiados reparos en que los desvalijásemos a gusto mientras el cirujano y dos marineros se encargaban de sus heridos y tiraban al mar a los piratas, ya fuesen vivos o muertos buena comida serían para los peces — escupió al suelo un gapo.

Se santiguó don Anselmo, ya con su habitual atuendo, sotana larga y oscura, y tonsura recién afeitada.

—En paz descansen, que, aunque pobres diablos también son siervos del Señor que los acoge en su seno. —Se rascó su papada y espantó unos tábanos de su cuenco, se habían colado estos por la ventana que daba a un corral lleno de parras de hojas amarillas.

—¿Aunque sean moros y piratas? —dio un eructito Ponce de León.

—A todos, Ponce, a todos… —replicó paciente—. El Señor lo perdona todo si el arrepentimiento es verdadero.

—Si que estáis generoso hoy don Anselmo… —carcajeó Matallanas—. Pensaba que eso de arrepentirse era cristiano.

—Dejadme a mí las cosas del alma que yo no me meto en los asuntos de filos y espadas.

—Pues bien que repartisteis mandobles a esos herejes del demonio, pater —terció Ponce de León quitándose con la manga el moquillo que le caía por la nariz—. Quién lo diría de vos a ahora… Si no llega a ser por vuestro acero, don Vasco no lo cuenta.

—Si Dios me puso allí sería por algo… —Pellizcó la mejilla de Mateo y me dio un tirón de orejas.

—Salvasteis al Negro y ya de paso a estos rapaces —mentó Matallanas sorbiendo la sopa.

—Ya os digo, amigos míos, que no somos dueños de nuestro destino, solo seguimos la senda que marca nuestro Redentor.

—Pues para algunos… el camino es una trocha de cabras y para otros un paseo bien empedrado y sombreado —terció Ponce de León.

—Los caminos de Dios son inescrutables, joven Ponce, tened fe.

—Sí, eso, Juanillo, tened fe, que se os abrirán las puertas del cielo... —bufó Rafalito Matallanas con ese vozarrón, escupiendo salivajos y miguitas de pan sobre la mesa.

Mateo me asió de la manga llamando mi atención y movió sus dedos rápidamente.

—¿Tenían mucho oro los portugueses? —pregunté traduciendo los gestos del mudito.

Carcajeó Matallanas, siempre risueño con el buche lleno.

—Decídselo vos, padre, que a mí me da la risa y me escuece la herida. —Se alzó la saya corta para airear el corte en carne, rojizo y emplastado, un buen costurón se le iba a quedar en el costillar.

—Sacos y sacos llenos de oro. Válgame Dios, que nunca vi tanta riqueza junta. —Se santiguó de nuevo el dominico y después dio un sorbito a su vaso de vino—. Debéis cambiaros la cataplasma cada mañana, Falito.

Resultó que don Anselmo también conocía de ungüentos, remedios y cataplasmas de hierbas para curar heridas, al parecer le venía de sus tiempos de soldado, en los que uno aprendía de todo según decían.

—Debe haber montañas de oro en ese lugar que llaman la Mina —replicó el hombretón acompañando una mueca exagerada al tocarse el emplasto, lo cual hizo arrancar una sonrisa a don Anselmo.

Mateo y yo abrimos muchos los ojos imaginándonos tales tesoros. Montañas de oro. Eso era mucho oro.

—Algún día iré a conquistar esas tierras —aventuró Ponce de León con ese brillo en la mirada que solo dan los sueños o la ambición—. Me haré un nombre y seré rico.

Le dio un pescozón un Matallanas.

—Vos qué vais a conquistar, Juanillo... Si apenas sabes distinguir el agua de río del agua de mar.

Nos reímos todos menos Juanillo, nunca tuvo un genio amable el castellano cuando las chanzas iban contra él.

—No empecéis con esas de nuevo… —repuso Ponce de León tocándose la cicatriz de la sien y desviando la vista a unas damas que pasaban por la puerta de la taberna. Engalanadas con vestidos y joyas, iban estas para los festejos de los reyes—. Ya le di una lección a ese quedón robaperas de Arteta, una lección que no olvidará…

—¿Qué habéis hecho mangurrián? —inquirió Rafalito Matallanas, el ceño fruncido hasta formarse una sola ceja espesa—. ¿No lo habréis madrugado?

—Que no se altere vuestro ánimo, Falito, que sigue vivo y coleando. Pero con un buen chirlo en la mejilla —respondió Ponce entornando la mirada en ese gesto suyo tan característico—. Lo esperé al caer la noche afuera de la taberna en Palos y lo reté a un duelo a espada.

Negó con la cabeza Matallanas, imaginándose la escena.

—Ay, Juanillo... Mala cosa es el reconcomio, os lo digo yo, termina mortificando el alma. Si tuviera que batirme por cada cicatriz sufrida en una pelea... a buen seguro que ya sería pasto de gusanos.

—Vos no sois yo —repuso el castellano torciendo el gesto, golpeó el puño sobre la mesa.

—No aprendéis nunca, Juanillo, sois cabezota como vos solo podéis serlo —lo reprendió el rambleño sin hacer caso de los aspavientos del otro

Me dio un codazo Mateo para reclamar de nuevo mi atención.

—¿Y los guineos? —traduje los pensamientos de mi buen amigo—. ¿Qué pasó con ellos?

En ese momento se oyeron unos pasos que bajaban por los peldaños de las escaleras. Se presentó Vasco bajo el dintel de la puerta en calzas grises, camisa blanca, jubón negro y espada al cinto. Su pelo crespo y su barba estaban mojados y olía a jabón pues debía haberse dado un buen baño caliente. En su frente se le había quedado un chirlo de la refriega con los moros.

—Que os lo cuente vuestro señor —carcajeó Matallanas recuperando el buen humor—. Amo… Por Cristo, quien iba a decir que el Negro sería amo o señor de nadie —dio un sorbo largo a su jarrita de vino.

—Habéis dormido como un lirón —apuntó don Anselmo—. Bien pasado está ya el mediodía.

—El cuerpo pedía descanso —contestó Vasco sentándose en el taburete. Nos acarició la cabeza a Mateo y a mí en un gesto que se podía tildar de cariñoso.

Una posadera de amplias carnes, pañuelo a la cabeza y delantal blanco se apresuró a servirle vino y un plato de garbanzos, todo ello bajo la atenta mirada y la sonrisa libidinosa de Rafalito Matallanas —ya por aquel entonces me percaté de que mostraba predilección por las mancebas con «carne donde agarrar» como él decía—.

Mientras la posadera servía al leonés, bajó por las escaleras una joven de rostro ovalado y

cabello trigueño con la cabeza gacha y, tras mirar brevemente a mi amo, sus mejillas se tornaron bermejas.

—Tenéis que hornear más pan… —le dijo la posadera guiñándole un ojo con una sonrisa de dientes amarillentos dándole un cachete en el trasero—. Que estos señores se quedarán algún día más.

En verdad que olía a harina y pan la joven.

—A eso voy —replicó esta, mirando de soslayo al leonés que asintió con la cabeza con una media sonrisa que se asemejaba a la de un zorro que ha hincado el diente a una gallina.

—Os habéis dado un buen baño, Negro —apuntó un Matallanas socarrón palmeándole el hombro—. Uno calentito... —carcajeó suavizando sus rocosas facciones.

—Válgame Dios, reportaros delante de los rapaces —rezongó el clérigo arrugando el morro —. No tenéis remedio, ni el que lo hace ni el que lo dice.

Nos ojeó Vasco de soslayo. Mateo y yo reímos entre dientes. Veníamos de las calles y ya teníamos edad y entendimiento para imaginar que lo que hacían hombre y mujer en coyunda era muy parecido a lo que hacían los perros callejeros en las calles de los arrabales.

—¿De qué os reís vosotros dos? —gruñó Vasco atusándose el mostacho.

—De nada, mi señor —repuse solaz balanceándome adelante y atrás—. Solo que no somos dos pazguatos, nos criamos bajo un puente y tenemos ya mundo corrido.

Hizo Mateo un círculo con el índice y el pulgar, y metió el dedo de la otra mano. Carcajeó Matallanas con brío secundado por Ponce de León.

—Vaya con el mudo…

—En boca cerrada no entran moscas —repuso Vasco dándome una colleja primero a mí y después a Mateo, a la par que cogía con los dedos un trozo de cecina.

—Pregunta el rapaz qué pasó con los esclavos —apuró su jarrita de vino Matallanas alzando el vaso para que la posadera lo llenase del búcaro. Iba esta recogiendo la mesa de los viajeros que salían de la posada siguiendo el reguero de gentes que marchaban a los festejos—. Contádselo vos, Negro, que fuisteis el que os empeñasteis en liberarlos.

Miró mi amo a uno y otro lado como cerciorándose que no había oídos indiscretos. Apenas quedaban parroquianos en la taberna pues todo el mundo se iba ya a agasajar a los reyes y ver los toros donde el ensanche de San Francisco. Habían acordado y mandado nuestros soberanos que la ciudad pusiese telas y lanzas para que justasen largamente los hombres que quisiesen justar y se diese una pieza de seda para quien mejor lo hiciese y, asimismo, habían mandado que se lidiasen seis toros y se pusiese un tablado para tirar bohordos. Todo ello para que el pueblo los despidiese a gusto.

—Algunos los soltamos en la punta de Malabata —graznó Vasco con un suspiro—. Y otros se vinieron en la carabela —torció el gesto con desagrado.

—Se empeñó vuestro amo en que los guineos eran hombres libres y debían decidir sobre su destino. Se enfrentó al capitán Gómez Arias pues argumentaba este que eran parte del botín —explicó Matallanas tan lenguaraz como de costumbre—. A los que quisieron la libertad les dimos algunos víveres y armas y los desembarcamos en las costas de Tánger, a estas alturas estarán muertos o esclavizados de nuevo, me apostaría un brazo…. —alzó la jarra —. Los que quisieron venir con nosotros... serán esclavos de por vida. Si la fortuna los acompaña y los compra un buen señor… al menos tendrán cama y comida caliente.

Mateo asintió con la cabeza.

—El hombre es un lobo para el hombre, tenedlo siempre presente —apostilló Vasco observando nuestros rostros. Se llevó a la boca un cucharón de garbanzos, cardos y tocino—. ¿Qué hubierais hecho vosotros?

Mateo y yo nos miramos durante un par de latidos. Ambos sabíamos lo que pensábamos. Aunque poca era la libertad que disfrutábamos los que nacimos en el vulgo, a menudo sometidos a los deseos y los caprichos de reyes, nobles y señores, algo de libre albedrío nos quedaba, aunque solo fuese para elegir como malvivir o como morir lo más dignamente que a uno le llegase el entendimiento.

—Si me llevasen preso y encadenado a la otra parte del mundo… preferiría tener una buena muerte —dije alzando el mentón—. Hubiese elegido la libertad, don Vasco. —Mateo asintió a

mis palabras palpándose el pecho.

—Bien dicho, rapaces. Parece que algo de seso tenéis en esas molleras duras como una nuez. —Nos ojeó Vasco con un brillo en sus ojos grises que nos pareció que se asemejaba bastante al orgullo. Dio el leonés un sorbo a su vaso de vino. Cuando lo dejó en la mesa, se apresuró Mateo a levantarlo para que la posadera lo llenase de nuevo.

De fondo se oyó el tañer de las campanas y las trompetas del Alcázar anunciando la salida de los monarcas hacia el ensanche de las pescaderías.

—Terminemos los platos y vayamos a ver a nuestros reyes —propuso un Matallanas siempre jovial con el buche lleno—. Y a los toros.

XIX. UN DÍA DE TOROS

Se presentó el viento fresco en aquella mañana festiva de mediados de octubre, de cielo añil radiante, solo con algunas máculas de nubes deshilachadas y translúcidas como la seda, y las bandadas de grullas con forma de flecha apuntando hacia el sur sobrevolando las torres y los tejados de Sevilla.

Tardó poco el leonés en convencerse por Matallanas y el joven Ponce para ir donde los festejos, pues estaba de buen humor mi amo y parecía que los fantasmas de los muertos no se le habían aparecido aquella noche. A buen seguro que tuvo mejores compañías y cosas en las que pensar. Luego con buen ánimo salimos todos del Cacereño a celebrar la partida de nuestros soberanos y la buena fortuna que parecía acompañarnos, y anduvimos en cuadrilla por las callejuelas aledañas a la alhóndiga hasta las postrimerías del ensanche, por la catedral, donde ya resultaba difícil moverse entre el gentío, pues desde muy temprana hora caminaban hacia la plaza grupos de gentes animosas, y fue cuando ya pasado el mediodía, se formaron los primeros alborotos cerca de la explanada. Todo el mundo quería ver a los reyes y a los toros en buen lugar.

He de mencionar aquí a vuestras mercedes que, según mi experiencia y parecer, tienen los sevillanos una sagacidad especial para penetrar en el carácter y costumbres de sus príncipes, y cuando los ven inclinados a algún vicio, saben fomentarlo astutamente, a fin de procurarse así ancho campo para su acostumbrada licencia; pero si conocen en ellos enérgica resolución para el bien, les rinden humilde acatamiento. Ambas cosas ocurrieron aquel día.

Recuerdo en mis retinas que la ciudad se engalanó para despedir a Isabel y Fernando cual

doncella en edad de cortejo. Los pendones colgaban por las principales calles y balconadas con los escudos de Castilla y Aragón, abundantes ramos de flores y tapices adornando las fachadas, y los gentiles sacaron a relucir sus mejores ropajes y sus joyas para aparentar el mejor aspecto posible. Resultaba que sus majestades, después de sus idas y venidas de Sevilla durante el verano, regresaban a Córdoba para pergeñar desde allí sus preparativos en la guerra con los nazaríes de Granada. Y, estaba en su deseo agradecer a los lugareños el cariño que les habían mostrado y su hospitalidad, porque los tiempos venideros se presentaban duros e inciertos.

Permítanme también comentar, no sin cierta malicia, que, aunque la plebe adoraba a Isabel y Fernando como si fuesen ángeles, pocos serían los señores que los echarían de menos en aquella Sevilla de finales del Cuatrocientos. Y es que nunca llueve a gusto de todos. Desde luego que el dicho se cumplía con sus católicas majestades que, no faltos de astucia, bien sabían repartir los privilegios para debilitar a sus oponentes. Pues aparte de que en el último lustro habían equilibrado el poder de los nobles con el de la Corona —sobre todo el de Ponces y Guzmanes—, dejando a hombres de su confianza como alcaides de las Atarazanas y del Alcázar, e influyendo en el nombramiento de los nuevos caballeros de los veinticuatro, cada vez eran más los impuestos y las sisas con las que los contadores reales cargaban las rentas de los nobles. Otrosí, pedían constantemente hombres para la Hermandad y para las levas que había que levantar en la cruzada con los moros. Es de recibo mencionar para buen entendimiento que la labor de los Católicos en los años que establecieron la Corte en Sevilla fue muy fructífera para sus intereses y sus voluntades se cumplieron sobradamente. La pacificación de la ciudad y su tierra era un hecho consumado, nadie lo ponía en duda después del aplastamiento de los rebeldes de la revuelta de Utrera; muchos decían que demasiada magnanimidad había aguado la victoria, pues se esperaba un mayor castigo para los cabecillas de los insurgentes, principalmente para el mariscal Arias Saavedra, buen amigo y aliado del marqués de Cádiz, al que los monarcas habían perdonado la vida. Había quien aún maldecía los yerros de Isabel, pues proclamó la reina indulto de todos los delitos cometidos en las guerras de los señores a excepción de los de lesa majestad, traición, muerte alevosa y fuerzas de mujeres. Pero, como digo, nunca llueve a gusto de todos…

El pueblo llano, quizás por contradecir a sus amos, quizás por su ignorancia —a mi parecer un poco de ambas cosas—, adoraba a esa pareja de gobernantes que ahora les exigía obediencia y sacrificio para sus luchas con los infieles, y los exprimía hasta la saciedad en pos de un ideal de reino en el que, todo sea dicho, no había lugar ni para los hebreos ni para los musulmanes que llevaban siglos en la península, pero sí para sostener en la opulencia a nobles, curas e hijos de algo —sobre todo si eran de linaje de cristianos viejos—. El color de la piel y la religión eran poderosas bazas para soliviantar los ánimos del vulgo. Ay, con qué poco se conforma el pobre antes y ahora en tiempos del nuevo Imperio. A mi entender, Isabel y Fernando siempre alimentaron a sus plebeyos con una poderosa arma: la esperanza de una vida mejor. Y, si no cuajaba, la alternativa que les brindaban era la salvación en el reino de los cielos; esperanza, al fin y al cabo. Porque ya saben vuestras mercedes lo que cantan los poetas, que el más terrible de todos los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza muerta. Y estos reyes traían esperanza de que vendrían tiempos mejores bajo su mandato, pues de la unión de las dos coronas más poderosas de la península todos decían que algo bueno tendría que salir.

Así estaban las cosas en la ciudad de Sevilla y en el reino de las Españas.

Volviendo a lo nuestro, el caso era que en aquel día el jolgorio y las ganas de farra parecían inundar las calles de Sevilla —y pocos ganan a los sevillanos cuando hay romería de por medio —. En aquellos tiempos de los Católicos, desde el rey Fernando hasta el último villano adoraban los juegos y los festejos, pues fueron los precedentes años aciagos de hambres y guerras, y cuando había que celebrar se hacía con ahínco, con la iglesia mirando para otro lado o sumándose a la algarada —don Anselmo era el vivo ejemplo de ello—.

Como bien dice el adagio latino, «carpe diem»; y a ello se prestaron los señores y el vulgo de tal manera que, a eso de la una de la tarde, desde las escaleras de la catedral a los alrededores del ensanche que se decía de las pescaderías se habían levantado tenderetes de comida, refrigerios y artesanías de todo tipo, que estaban atestados de gentes con ganas de chanza y de gastar dineros. Recuerdo vívidamente que la explanada era un hervidero de mercaderes, artesanos, pajes, aprendices, golillas, clérigos, licenciados, escribanos, soldados, sirvientes, escuderos y

malandrines, que para la ocasión se vestían con sus mejores galas —bonete, capa, espada y daga —, llamándose todos gentiles y dispuestos a reñir por un lugar desde el que asistir a los festejos. A ese ambiente tumultuoso y deslumbrante se sumaban las mozuelas y las damas en edad casadera que con revuelo de faldas, mantos y abanicos se paseaban por las calles en cuadrillas o con sus viejas alcahuetas detrás, y, al menor descuido, eran asaetadas por los ojos lascivos de cuanto galán hinchaba pecho sacando la mejor de sus sonrisas. También había titiriteros y juglares que amenizaban la espera con cuentos e historias de caballería, y los alguaciles, bien uniformados, cuidaban de que no hubiese pedigüeños que afeasen la fiesta y mantenían ojo avizor sobre los rufianes para que no birlasen las bolsas llenas de dineros de hidalgos y damas.

La procesión del Alcázar a la plaza fue esplendorosa y magnífica, y respondía a un espectáculo cuyo fin último, no tengan vuestras mercedes duda alguna, era reafirmar la autoridad regia y la unión de la familia real y las dos Coronas ante la muchedumbre que allí se agolpaba. Aupado a los hombros de Matallanas un servidor no perdía detalle de la comitiva y observaba la romería con ojos muy abiertos, aplaudiendo y vitoreando como el resto del populacho.

Encontrábanse presentes todas las cruces de las collaciones de la ciudad abriendo el desfile y, entre música de trompetas, chirimías y sacabuches, iban al frente los gallardos Monteros de Espinosa —como si fueran a guerrear embutidos en sus armaduras relucientes y con espadas largas y escudos—, escoltando a Isabel montada en un corcel blanco y a Fernando en un destrero negro como el azabache, ambos jamelgos ricamente enjaezados con paramentos de oro. El brazo fuerte y el espíritu puro de las Españas simbolizaban ambos monarcas. Detrás, caminaban las amas con los hijos menores de los reyes, Juan, Juana y María —la díscola Isabel ya estaba de nuevo en Lisboa para cumplir con su destino de princesa de Castilla— bajo un rico palio de brocado que era llevado por los oficiales que habían sido elegidos en el cabildo: Juan de Guzmán, Juan de Guillén, Fernando de Medina el mozo, Juan de Monsalve, el licenciado Pedro de Santillán, Alfonso de las Casas, Diego Ortiz y Fernán Díaz de Ribadeneira. También formaban parte de la comitiva Pedro de Stúñiga, que ayudaba a un paje a transportar un gran plato que llevaba en la cabeza, dos donceles con un jarro y una copa dorada, la duquesa de

Medina Sidonia —cabalgando una yegua de amplias crines llevada por el conde de Benavente—, el obispo y el Inquisidor General, y otras muchas gentes y caballeros de la Corte.

La muchedumbre, como les cuento, y entre los que me incluyo, enfervorecida, vitoreaba y lanzaba salves a sus amos y señores sin dejar de aplaudir, el vozarrón de Matallanas se alzaba por encima del resto. Había unas mozas con morrales que arrojaban pétalos de rosas blancas y rojas al paso de los reyes, a juego con el atuendo de los soberanos. Y, justo cuando pasaron las amas reparé que una de las doncellas que acompañaba a los infantes del reino era ni más ni menos que Leonor de Zúñiga, ataviada con un vestido blanco de seda y su pelo adornado con una guirnalda de flores amarillas. Me tiró de la pantorrilla el mudito al percatarse de su presencia y casi me caigo perdiendo el equilibrio cuando sus ojos azules se posaron en los míos y una sonrisa brotó de sus labios.

Me agarró mi amo con fuerza y me bajó de los hombros de Matallanas.

—¿De qué conocéis a esa doncella? —inquirió con mirada sagaz.

—De nada —repliqué bajando la vista, mis mejillas me ardían.

—De nada, bribón —gruñó dándome un pescozón—. Y un copón divino. No me mintáis, rapaz —oteó a Mateo y este se encogió de hombros como diciendo si pudiera os lo contaría.

—Es la sobrina del duque —dije finalmente haciéndome oír entre el griterío.

Me escudriñó mi amo con ojos de halcón, con esa mirada que penetraba hasta lo más hondo; supongo que no había que ser un adivino para saber qué cruzaba por mi mente.

—Olvidaros de ella, Lucas —graznó en mi oído con un mohín—. Hay mujeres que pueden llevarle a uno a la locura.

Poblaban los graderíos de la plaza una amalgama de nobles y señores con sus coloridos y llamativos ropajes confeccionados con telas de calidad. Y el pueblo llano con sus vestimentas grises, para distinguirse bien de sus amos —así eran las leyes suntuarias de nuestras adoradas majestades—, se arremolinaba en torno a la cerca de madera que custodiaban los guardias reales, con sus yelmos, sus cotas de malla, sus picas y sus escudos, mostrando orgullosos a las damas y

a las mozuelas las cicatrices y las insignias de Castilla y Aragón. Aun desde la distancia uno podía apreciar como todos los estamentos de la ciudad y la Corte estaban representados en los graderíos: en los flancos, los mercaderes y la baja nobleza sevillana y, más hacia el centro, sentábanse los veinticuatro caballeros del concejo y destacados miembros del clero con todo su boato oscuro y cárdeno, rodeando al duque de Medina Sidonia y su señora, muy dignos ellos, y a los consejeros y hombres de confianza de los reyes.

Saludaban nuestros monarcas levantando la mano con una leve sonrisa asomando en sus labios cada vez que el vulgo los vitoreaba. Isabel, con el rostro serio y templado, ricamente ataviada dentro de un brial brocado de aljófar y perlas con bordes de armiño, y un barbudo Fernando con un sayo de cabalgar de terciopelo, camisa blanca de lino, anchos hombros y manga abierta. Ambos llevaban las coronas de Castilla y Aragón sobre la testa.

Se acarició Isabel la cruz de Santiago que le recogía las puntas de la toga de la cofia y le susurró al oído a Fernando. Se irguió entonces el rey sosteniendo con gracia la capa cruzada en su regazo para dar comienzo la corrida. Acto seguido tronaron las trompetas y repicaron los tambores.

Llevaron al astado a la plaza cuatro hombres greñudos de fuertes brazos y piernas cortas, tirando de él con cordeles desde el cercado aledaño a las murallas del postigo del Carbón, lo empujaba una garrocha que sostenía un rapaz de mirada inquieta. Era un animal imponente de pelaje oscuro que echaba babas y bufaba con los ojos desorbitados por el miedo. La multitud dejó hueco para que pasase el toro y gritó excitada ante la perspectiva de la sangre, ya fuera del lanceador o de la bestia.

Dentro de la plaza ya esperaba el primer caballero ataviado con un rico jubón carmesí, bonete de ala y capa gualda. Montaba este un corcel tordo bien adiestrado, de los de batalla, al que habían cegado con una especie de máscara de telas negras para que no se asustase con el lance. Se trataba de un tal Íñigo, hijo del veinticuatro Alfonso de Velasco, según se comentaba en la plaza.

Hacía cabriolas el lindo para regusto del populacho que coreaba su ilustre apellido a los cuatro

vientos. ¡Velasco! ¡Velasco! ¡Velasco! Siempre fuimos los andaluces un pueblo agradecido con nuestros héroes, al menos en las fiestas y con la sangre caliente, luego, en frío, ya es harina de otro costal. Alzó la espada Íñigo Velasco para saludar a los reyes y estos asintieron, Fernando con una sonrisa franca de oreja a oreja e Isabel con un gesto solemne rozando el hastío —de todos era sabido que no gustaba nuestra soberana de tales festejos taurinos—.

Palmeó después el jinete a su montura, orgulloso y gallardo, y se acercó a la cerca a recoger los pañuelos de las damas más atrevidas, y al poco de aparecer el cornúpeta, cabeceando y bufando estaba el animal desorientado, uno de los peones recogió las prendas y se las cambió por una larga lanza de guerra. Decían los entendidos que esta lanzada que se proponía acometer el lindo Velasco suponía el ejercicio a caballo más peligroso frente al toro, el más célebre, bizarro y estimado envite, ajustándose al espíritu de caballería y al enfrentamiento del hombre y bestia. Otros argüían que simplemente era una matanza de toros.

Mateo y yo nos arrodillamos bajo las piernas de un Matallanas y un Ponce de León que habían hecho hueco apartando a los pisaverdes para estar entre los primeros a base de codazos y malas caras. Mi amo observaba detrás del joven Ponce, sus ojos recorriendo al populacho, más pendiente de la multitud y del graderío que del jinete y la bestia. No era Vasco muy dado a estos lances de toros, acostumbrado a la muerte y a la violencia decía mi amo que era un sufrimiento innecesario para el animal, que si los hombres querían sangre que se justasen y se diesen cuchilladas entre ellos y dejasen al pobre animal pastando. Y, quizás no le faltase razón al leonés.

Para regocijo de la multitud saltaron de improviso al albero dos valentones, con pocos pelos en el bozo no tendrían muchas más primaveras que las mías, que querían robarle la fama al noble Velasco. Corrieron los zagales haciendo requiebros por los flancos del astado alzando sus capas delante del hocico para burlarlo. Bufó el animal y coceó antes de lanzarse en persecución de uno de los mozos que aligeró sin mirar atrás, como si le persiguiera el propio diablo, hasta que saltó de cabeza por encima de los tablones dando un alarido, pues si el cercado hubiera estado unos pasos más allá, a buen seguro que la cornamenta le hubiese atravesado el costillar.

Se irguió el mochuelo sonriente con la camisa rota, unos raspones en los codos y una brecha

en la frente, y dos hombres lo alzaron del suelo para que fuese jaleado.

—¡Qué cojones tiene el arrapiezo! —gritó Matallanas aplaudiendo como el que más—. A ver, Juanillo, si salís vos a la plaza. —Le dio un medio abrazo—. Si saltáis... voy tras vuestros pasos —lo retó con la mirada.

—Os cedo el privilegio, saltad primero, Falito, y luego os acompaño —replicó Ponce de León tranquilo y risueño, algo ciertamente raro en el castellano pues casi siempre lo recuerdo con el rostro taciturno—. No temo a los hombres, pero ni azumbrado de vino me pongo delante de esa mala bestia. Debe pesar por lo menos cuarenta arrobas.

—Estáis acobardado, Juanillo. Pensad en todas estas damas que luego os abrirán el corazón.

Se encogió de hombros Ponce de León como diciendo allá os las compongáis.

Sonrió Rafalito Matallanas, dio un trago al pellejo que le colgaba del hombro e hizo ademán el rambleño de saltar la valla. Espoleado por el vino como iba, a buen seguro que lo hubiera hecho si Vasco no le hubiera cogido de los sobacos y tirado hacia atrás.

Gruñó el hombretón y se revolvió con violencia.

—Demonios os lleven… dejadme saltar, Negro.

—Dejaos vos de bravatas, Falito, que ya no sois un mozuelo y venís herido —le recordó Vasco ofreciéndole una salida fácil a su bravuconería.

Esbozó Matallanas una sonrisa franca, más atemperado.

—Tenéis razón, Negro, la herida aún duele —concedió el soldado palpándose el costado, alzando la voz y oteando a unas mozas que había a su siniestra que no perdían comba para que le oyeran bien—. La próxima vez será.

—La próxima, Falito, la próxima. —Le dio un par de collejas mi amo.

Toda la atención se volvió ahora hacia el albero donde el lindo del Velasco se las componía para tranquilizar a su montura y encarar rostro a rostro al toro. Tras dar un par de cornadas a los tablones y alzar las patas intentando saltar del ruedo, la bestia tomó resuello observando al caballo y al jinete al otro lado del cercado. El silencio se hizo en la plaza cuando el toro cabeceó y decidió embestir aceptando al fin su destino. Hizo una cabriola el caballo tordo intuyendo el

peligro, y el joven Velasco tiró con fuerza de las bridas para mantener al animal de frente. Aguardó la acometida del astado con la lanza en ristre formando eje con el cuerpo de su montura, bien cogida en el sobaco. Resistió estoico la embestida del burel. Haciendo fuerza, sin soltar la lanza, se clavó la moharra en el lomo del bóvido, cerca de su cerviz. El caballo coceó hacia atrás y colocó sus ancas de perfil, con tal mala suerte que el toro, siguiendo el impulso natural de la acometida, le corneó el vientre de abajo a arriba, rajándole como si fuera un pergamino, esparciendo sus intestinos por el terruño. Alaridos, gritos, relinchos y quejidos llenaron el silencio que se había instalado en la plaza. El joven Íñigo salió despedido de su montura y cayó de costado al firme. Se incorporó el caballero renqueante, sudoroso y sucio, observando la dantesca escena que conformaban el caballo moribundo con el mondongo fuera y el toro sangrando con la lanza partida clavada en su lomo.

Matallanas y Ponce de León se abrieron paso hacia el otro lado de la plaza donde se agolpaba el gentío que quería ver la escabechina de cerca, mientras que Mateo y yo nos quedamos al resguardo de mi amo.

—No ha tenido suerte el joven Velasco —apuntó una voz profunda que ya conocía.

De soslayo atisbé la nariz aguileña y la figura de don Gonzalo Fernández de Córdoba. Se había dejado barba el Capitán, lo que le confería un aspecto fiero y varonil.

Se tocó el bonete mi amo en señal de saludo.

—Capitán… —graznó Vasco volviendo la mirada al cerco—. Tendrá que rematar a pie la faena, va a ser una carnicería —Y no se equivocaba. Caminaba cojeando Íñigo Velasco hacia uno de sus lacayos. Le tendió este un cubo de agua para refrescarse y una espada larga, de las de batalla de mano y media. Existía un código de honor en el enfrentamiento del noble con el toro, el cual marcaba que el lance se debía desarrollar como si se tratara de una justa. En caso de resultar descabalgado (y también si perdía alguna prenda de su atuendo o fuese herido), el caballero estaba obligado a lavar la afrenta rematando al toro con la espada de una o varias cuchilladas, en una suerte de «empeño a pie»—. Esperaba veros en la grada, con los señores y los nobles.

—Me vuelvo discreto con los años, Vasco. —Le palmeó el hombro en un gesto de camaradería—. Y hay que tomarle el pulso al pueblo llano.

—Parecen contentos —repuso en tono cortante, contenido—. Adoran a sus príncipes…

—Pronto no lo estarán tanto —replicó el de Córdoba en un susurro ahogado por los gritos de la multitud. Pues el joven Velasco había cogido el espadón bastardo y se disponía a rematar al animal que, aun erguido sobre sus cuatro patas, lo esperaba inmóvil en el centro de la plaza, la lanza partida sobre su brillante lomo teñido de carmesí, escupiendo sangre y boqueando como un atún en la almadraba—. La guerra con Granada exigirá hombres y sacrificios.

—Más aún… —torció el gesto el leonés—. No terminamos una y comenzamos otra.

—No empecéis de nuevo con vuestras diatribas, Vasco. Sois peor que una mosca cojonera.

—Con los años me da por pensar —sonrió esquinado.

—No os pagan por pensar, leonés, para eso ya están otros. Y, es lo que hay, diantres, cada uno está donde tiene que estar... Son tiempos duros los que nos han tocado vivir. —El toro bajó la cabeza e hizo ademán de embestir a su verdugo. Este lo mantenía a raya pinchándolo con la punta de la tizona en el hocico, haciendo retroceder al animal que chorreaba sangre, empapando el terruño con manchas oscuras—. Vayamos a dar un paseo, me he cansado de tanta carnicería.

Asintió Vasco a la sugerencia de don Gonzalo que oteó al palco antes de dar media vuelta.

Se abrieron paso a empellones el leonés y el de Córdoba entre el gentío, y nosotros, detrás, pues no habíamos recibido orden ni de quedarnos ni de irnos, y como decía el de Córdoba, uno ya se empezaba a cansar de tanta carnicería.

En los aledaños de la plaza había gente esparcida aquí y allá entre los tenderetes que ofrecían condumio y vino.

—Vienen detrás los rapaces —apuntó el Capitán.

Se encogió de hombros el leonés.

—Uno es mudo, poco podrá decir, y el otro es medio tonto, con escasas entendederas.

—Pensaba que alguna tenía.

—Pues me equivocaba.

Nos ojeó de soslayo el Capitán, sus labios arqueados hacia arriba asomando sus dientes entre la tupida barba. Mantuvimos la mirada pegada al suelo, muy en nuestro papel de mudo y lerdo.

—El duque cumplió su palabra.

—Así fue —respondió Vasco, pareció reflexionar antes de proseguir con cautela—. Nos estaba esperando en el puerto de Palos, junto con dos oficiales de la Corona que apuntaron todo lo que traía la carabela.

—Hombre práctico el duque y celoso de lo que se le debe.

—Sin duda.

—¿No es ese vuestro cura? —apuntó don Gonzalo con el mentón hacia una cuadrilla que platicaban alegres y se pasaban alegres la bota de vino.

—Ese es —replicó mi amo.

Parecía don Anselmo disfrutar con la compañía de su hermano Braulio y los maestros canteros, de su vino y de su comida bajo una panoplia de toldos teñidos de vivos colores, pues ni se dio cuenta de nuestra presencia.

—¿Cómo se portó?

—Como es debido. A los marineros les vino bien tener un cura y con la espada fue bravo, me salvó la vida.

—Lo celebro —sonrió, parecía sincero—. Aun os considero mi mejor hombre.

Dio mi amo la callada por respuesta.

Se oyó un griterío generalizado a nuestras espaldas pues el joven Velasco debía de haber rematado la faena con la pobre bestia agonizante.

Caminamos en dirección al juego de bohordos. Al otro lado de la explanada se habían levantado unas tablas sobre unos palos, y había algunos jinetes que practicaban antes de la liza. Bajo un toldillo raído, un viejo juglar desdentado intentaba entonar, ayudado por su laúd, el conocido romance de la Leyenda de los infantes de Lara, pues su origen precisamente eran unos bohordos en la boda de doña Lambra con Ruy Vázquez, y la consiguiente pelea por ver quiénes bohordaban mejor:

«…Doña Lambra

con fantasía grandes tablados armara

allí salió un cavallero

de los de Córdova la llana, cavallero en un cavallo

y en la su mano una vara

Arremete su cavallo

al tablado la tirara, diziendo:

Amad, señoras cada cual como es amada,

que más vale un cavallero de los de Córdova la llana,

más vale que cuatro ni cinco de los de la flor de Lara

Doña Lambra que lo oyera d'ello mucho se holgara…»

Echó el capitán una moneda al zurrón del viejo custodiado por un perro de lanas legañoso que dormitaba a su lado. Aunque se aclaraba la voz, poco de trovador le quedaba ya al anciano.

—¿Vais a participar en los bohordos? —inquirió mi amo.

Al fondo se oyó el tintineo de los cascabeles. Como advertencia y por norma todos los jinetes los llevaban en sus ropajes y corceles. Uno de los caballeros espoleó a su montura para lanzar el bohordo sin mucho tino pues no se clavó en la madera y, con tanta fuerza iba, que a punto estuvo de ensartar a uno de los lacayos que, despistado, orinaba sobre un árbol cerca de los tablones. El desatino provocó la hilaridad del público allí congregado.

—Me hago mayor para estos juegos de mozalbetes…

—En Córdoba no lo parecíais, cuando las cañas —parpadeó mi amo.

Frunció el ceño el Capitán y apretó la mandíbula en ese gesto tan suyo cuando algo lo contrariaba.

—Había que darle una lección al joven Guzmán.

Durante unos latidos ambos hombres cruzaron miradas. Recordó Vasco que todo lo que evocase a la muerte de su primera esposa en el cautiverio de Santaella le agriaba el carácter. Y, los Guzmanes de Córdoba habían ayudado a su tío, el conde de Cabra, a mantenerlo prisionero.

Pasaron por sus retinas aquellos tiempos de las guerras de los Trastámara en los que combatieron en la meseta por el hermano de Isabel, el joven Alfonso, a las órdenes de Carrillo. Tiempos de sangre y muerte, en los que raro era el día que no se batían el cobre espalda con espalda, embarrados hasta las cejas, madrugando a buenos castellanos. Habían sido hermanos de armas, tiempo atrás uno y otro se salvaron la vida.

—Perdonad la mención.

Asintió el Capitán con el semblante más relajado.

—¿Os ha pagado el duque lo convenido? —preguntó este observando como tintineaban los cascabeles de otro jinete, robusto y barbudo le peinaban canas al caballero, galopaba de un extremo a otro de la explanada y lanzó el bohordo con puntería. Hubo aplausos y una exclamación del populacho que venía del cercado de los toros y que ya comenzaba a congregarse donde los bohordos, pues el siguiente astado tardarían aún en llegar hasta después del refrigerio.

—Así es. Estaba don Enrique contento por las deudas que se iba a cobrar de Gómez Arias.

Aun le quedaba oro suficiente al marino para pagar el quinto real, para recompensar holgadamente a sus hombres y emprender nuevos negocios, que era lo que se disponía a hacer el asturiano.

—Y, por hacerle la faena al marqués de Cádiz.

—Imagino que también por eso —repuso mi amo.

—Me contó don Enrique lo de la dama Berardi.

—Mujer astuta —comentó Vasco recordando sus ojos almendrados y el contorno de su cuerpo.

—Se han puesto de parte del bando ganador, al menos en Sevilla, los Berardi. Es lo que debemos hacer todos. Tuvisteis fortuna, Vasco, siempre os acompaña donde quiera que vayáis.

—A medias, Capitán, a medias —graznó mesándose la media barba.

—Y, ¿habéis pagado vos al Manco Zuzuaga?

Lo escrutó el capitán de soslayo. Pensó el leonés que Matallanas ya se había ido de la lengua. Se lo imaginó contándole todo lo acontecido a la luz del candil con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo sabéis lo de Zuzuaga?

—Pardiez, Vasco. Un manco de pelo rojo al frente de una cuadrilla de facinerosos... —rezongó el de Córdoba alzando la voz—. Y uno con la nariz torcida que parecía luchar como un diablo... No tuve que atar demasiados cabos.

—Tampoco había mucho donde escoger —replicó sarcástico.

—Ayer mismo recibimos queja de la cancillería portuguesa en la que se narraba el suceso con pelos y señales —explicó el de Córdoba—. Os acusan de piratería. Por supuesto, que nada debéis de temer de la justicia de Castilla. Los escribanos de los reyes preparan una carta refrendando la de marca y represalia que portaba Gómez Arias.

—Pero...

Tenía el de Córdoba cara de que había un pero. Se rascó la nariz el Capitán.

—Tened cuidado si no queréis salir escaldado. Es buen consejo que regreséis a Córdoba mañana mismo. —Aspiró hondo y echó todo el aire en un suspiro—. El marqués de Cádiz... dicen que está con la mosca detrás de la oreja. Se ha excusado del festejo alegando que se encontraba indispuesto —carraspeó—. Formalmente, nadie ha tirado del hilo, y nadie le ha acusado de quebrantar las leyes de nuestros reyes, porque nadie quiere empezar una nueva guerra entre los señores andaluces, y nadie quiere que este juego se vaya de las manos. —Enfatizó las sílabas de «nadie» mirándolo fijamente—. Pero, a buen seguro que no le habrá gustado al marqués que Gómez Arias, protegido del duque, le haya hecho la puñeta con el negocio que se traía con los portugueses. Puede que haya represalias, aunque sean en forma de repartir cuchilladas entre los que participaron en la encomienda.

—Gracias por la advertencia —musitó con voz rasposa recogiendo la capa en su regazo y dando una zancada para evitar una boñiga de rocín—. Mañana mismo partiré para Córdoba.

Sabía mi amo cuando tomar una advertencia del Capitán en serio y más estando en medio de los tejemanejes de dos de los grandes señores de las Andalucías.

Asintió el de Córdoba.

—Sabia decisión. A buen entendedor pocas palabras…

Suspiró hondo mi amo.

—¿Qué haréis vos?

—Parto esta tarde para Córdoba. —Su mano acarició el pomo de su espada—. Quieren los reyes que prepare la partida de Boabdil para que se reúna con su madre y los Abencerrajes, y haga de mosca cojonera a su padre y a su tío el Zagal.

XX. LA EMBOSCADA

A medida que la tarde se acercaba al crepúsculo una fina bruma cayó sobre Sevilla confiriéndole a sus calles un aspecto fantasmagórico. Las gentes que paseaban por los empedrados fueron retirándose, y los alguaciles volviéronse más precavidos. Aquí y allí se procedió a cerrar los tenderetes, y en los pocos que permanecieron abiertos, los de vino y viandas de panceta y chorizo que atendían a los últimos borrachines y pelandruscas, se encendieron candiles y antorchas.

Los lugareños bien habían disfrutado del festejo y explayado en los excesos acompañando a los reyes y a sus grandes señores. Después de la lidia del sexto toro y antes de que comenzase el torneo de bohordos se hubo repartido vino y queso entre la gente del vulgo por cuenta de la Corona. Para regocijo y alboroto de sus súbditos, el rey Fernando quedose a ver a los caballeros bohordando agasajado por sus nobles de mayor confianza; no así la reina que partió con su séquito hacia el Alcázar después del descansillo que se hizo con el cuarto astado. Ya reconté que doña Isabel no era muy dada a estas fiestas de sangre y toros.

Encontráronse entre la barahúnda algunos hidalgos navarros y aragoneses, Pedro Peralta y López de Conchillos a la cabeza, habituales compañeros de farra de su majestad, y alguno de los más insignes señores sevillanos entre los que reconocí a don Pedro Enríquez, Adelantado de las Andalucías, y al maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas. El éxtasis en la explanada llegó cuando, animado por sus adláteres, nuestro gallardo rey —cual resulta sabido, era galán jinete y

diestro con las armas—, con tranquilo continente, pidió corcel y bohordo a uno de los caballeros, y sin perder la mesura real ni alterar el semblante, con ademanes de soldado lo tomó presto, ajustó las riendas en su antebrazo, espoleó a su montura en los ijares y lanzó el bohordo haciendo puntería. Créanme vuestras mercedes cuando les digo que aquello fue como si el mismísimo Cid campeador hubiera derrotado a los moros en una épica batalla. El entusiasmo del vulgo sevillano se desbordó en aplausos y vítores, y se habló de aquello durante meses en los mentideros y tabernas de las bajas Andalucías, como se habló cuando el rey justó en los festejos del nacimiento del príncipe Juan. Ya he mentado en alguna parte que a sus más de treinta primaveras nuestro buen rey era, y lo fue durante mucho tiempo, gentil, gallardo, seductor y querido por sus súbditos. Esos buenos y desgraciados súbditos de las Españas, que siempre consideraron a sus señores los más justos y magnánimos de la tierra, incluso a pesar de las guerras intestinas a que los habían llevado y en las que tantos buenos hombres habían fenecido, incluso a pesar de que el reinado del anterior rey Enrique había sido breve pero funesto en manos de un favorito ambicioso y venal como fue el marqués de Villena, y también pese a que nuestros Isabel y Fernando, antepusieron siempre sus ansias de grandeza y su visión ancha del mundo antes que el bienestar de sus gentes. Ahora que contemplo atrás las entretelas del tiempo me doy cuenta que quizás eso fuere lo que hacía falta para forjar un imperio, una visión de grandeza en nuestros gobernantes.

Fue aquella la de nuestro rey una anécdota que recuerdo vívidamente de aquel día que se presentó apacible en la mañana y que se fue torciendo a medida que avanzaba el crepúsculo.

A lo que vamos, pues, no distraeré más a vuestras mercedes con frusilerías.

Andaba un servidor soñoliento tras mi amo y la moza de cabello trigueño del Cacereño, ambos cogidos del brazo y alegres por los vapores del vino y los aguardientes. Se había encontrado el leonés con la panadera y otras mochuelas amigas suyas en la plaza de la Iglesia del Salvador, donde, sentadas en las escalinatas de la Iglesia, descansaban en cuadrilla tomando el último cuartillo, alrededor unos moscones que las piropeaban sin recato asaetándolas con miradas lascivas, pues al día ya le quedaba poco y la noche se avecinaba fría, y los jóvenes como

es resabido tienen el corazón ardiente a cualquier hora. Saltó como el virote de una ballesta la del Cacereño en cuanto vio a mi amo aparecer por el esquinazo y ya no se separó de su lado, a buen seguro pensaba repetiría la noche bien calentita en su alcoba.

El bueno de Mateo había tenido a bien acompañar a don Anselmo a la posada. Se había agarrado el clérigo una de esas cogorzas de muy señor mío y apenas farfullaba sandeces cuando lo encontramos después de los toros con la gavilla de mamposteros. Nos pidió su hermano Braulio que lo auxiliásemos porque amenazaba con presentarse de esa guisa en el palacio del obispo y pedirle cuentas por los esclavos que se vendían en las escaleras de la Catedral, pues decían los canteros que día sí y día también se plantaban allí los negreros para vender la mercancía al mejor postor, y, por lo visto, tenía mala conciencia don Anselmo y se le había envalentonado el espíritu.

De Rafalito Matallanas y Ponce de León nos despedimos donde los bohordos con la promesa de que todos partiríamos en la mañana luego no había que tomar las advertencias de don Gonzalo a la ligera. Decía Matallanas, azumbrado iba ya como todos, que primero acudiría a un tugurio que conocía cerca de la Macarena a gastar dineros y desfogarse, y aprestóse Ponce de León a acompañarlo no fuera que le ocurriera alguna desgracia, pues en el estado que iba el rambleño lo más probable fuere que terminase metido en trifulca. Y, Ponce de León, no lo duden vuestras mercedes, también; era el castellano de esos hombres a los que las bebidas de espíritu les traen mala uva y ardor guerrero sin parangón y ya lanzaba miradas taciturnas a cuantos pisaverdes se cruzaban en su camino o le rozaban el hombro entre el gentío. Habían quedado los tres en encontrarse de vuelta en Córdoba donde la Posada del Potro a catar los orujos de Paco el Rana y a que la Rosarito les cocinase una garbanzada y un pizporrete. Mi amo tenía la conciencia tranquila para con ellos, pues había terminado negocio y los había puesto sobre aviso, ya cada cual que actuase según su entendimiento.

Dejamos atrás a buen paso las cisternas donde se almacenaba el agua que los caños romanos traían desde Alcalá de Guadaira, bien custodiadas por una gavilla de corchetes, no fuera que algún ajumado le diera por cagarse o mearse dentro, no sería la primera vez ni la última. Apenas

había almas vivientes por el empedrado, y las que había, de dudosa calaña: beodos que regresaban a casa solos, en cuadrilla o acompañados de mujerzuelas. Atrochamos por la plaza de las carnicerías, el firme tapizado de restos de vísceras esparcidas de las que daban buena cuenta las ratas y los perros callejeros, los moscardones zumbando a su alrededor; y enfilamos por la calle de las odrerías, todavía con una taberna abierta, para tirar por la rúa de los boteros y cruzar la alhóndiga. En las esquinas colgaban faroles cuya luz servía de guía, y de las puertas de algunas moradas, las más acaudaladas, se sostenían luminarias alimentadas por sebos como ánimas flotando en la oscuridad entre la neblina.

Caminaba yo entre bostezos a unos prudentes diez pasos, escuchando los tacones de las botas de Vasco retumbando por las sinuosas calles de la alhóndiga y las risillas de la panadera, o lo que fuera la del Cacereño; lo justo para no perderlos de vista entre la fina bruma y darles algo de intimidad pues cada vez eran más los arrumacos y las palabras de amantes que se dedicaban ambos. Aunque no había bebido el leonés más que un par de jarritas de vino en el Salvador, intuía que las palabras de advertencia de don Gonzalo rondaban por su cabeza y no era hombre de bajar la guardia en exceso, bien cariñoso se le veía.

Al doblar una esquina me detuve en seco, creí oír unos pasos amortiguados a mi espalda. La luz oscilante que escapaba por los bordes de la tapa de hierro del farolillo en vaivén proyectó sombras móviles en la calle. Me precaví agazapado, pegado a la fría piedra en un zaguán de un pequeño palacete de paredes encaladas. Contuve la respiración. Solo eran dos borrachuzos abrazados, que cantaban desentonando con voz rota una canción de marinería, lograban mantenerse en pie gracias a la pericia y equilibrio de uno de ellos, el otro iba casi a rastras.

Apresuré mis pasos pues había perdido de vista a mi amo y tampoco oía sus botas golpeando el empedrado. Al segundo esquinazo me cogió Vasco de la pechera y me pegó a la cal de los altos muros del convento de San Leandro echándome el aliento.

—¿Cuántos nos siguen, muchacho? —susurró con voz rasposa, por como apretaba la mandíbula deduje que no era ninguna chanza.

Me encogí de hombros, confuso, mi corazón golpeando el pecho con violencia, sin saber qué

responder.

—Son solo dos borrachines —logré articular aspirando a borbotones.

—Cago en lo más sagrado, muchacho, y os la dais de avispado... —farfulló desabrido.

Me cogió del brazo y tiró de mí unos pasos hasta donde aguardaba la moza del Cacereño, la sorpresa y la preocupación asomaron en su semblante. Zas, zas. A mis espaldas oí como se desenvainaban aceros. Me volví y, una sombra enorme, desproporcionada, se proyectó moviéndose a lo largo de la pared del huerto del convento, después aparecieron tres más entre la bruma, rodeándonos, a unos diez pasos estaban los cabrones cornudos sosteniendo filos largos. Mi amo escupió al suelo y gruñó por lo bajini y de corrido un mecagoenlaputaendiosyenlavirgen. Apretó los dientes, desembarazó la ropera de la vaina y asió la daga con la zurda. Para danza de aceros el sitio estaba diciendo bailadme.

—¿Es este el hideputa que os comandaba? —preguntó una voz chillona frente a mi amo.

Una forma humana achaparrada y patizamba dio un par de pasos al frente. Una figura que Vasco convino a reconocer cuando habló para señalarle.

—Ese es, el de la nariz torcida —graznó con voz rota por los cuartillos de vino.

—¡El demonio se os lleve, Carmona!¡Cabrón cornudo! —barbotó mi amo con voz áspera como una lija. Escupió al suelo.

—No tuve elección, leonés. Erais vos... o mi vida.

La del Cacereño comenzó a sollozar rezando un Padre Nuestro y yo miré a mi amo como si fuera un perro desvalido al que van a apelar.

—¿Y el Zuzuaga? —inquirió Vasco entornando la mirada.

—En el infierno estará de farra. No soltó prenda si os sirve de consuelo.

—Hideputa traidor—masculló.

Bien sabía mi amo que las lealtades en su oficio cambiaban como de la noche al día según sonasen las monedas o se tuviese la vida en la punta de un filo. Empero, tocaba soltarle hideputa a ese malquisto.

—Vos hubierais hecho lo mismo —se disculpó Carmona titubeante.

—Os arrancaré las entrañas y se las daré de comer a los perros.

—Y bien merecido lo tendría, pero no será esta noche —dijo la voz chillona.

Quizás mi amo hubiera hecho lo mismo, delatar al Zuzuaga y a los suyos para salvar su vida, o quizás se hubiera dejado despellejar antes de abrir la boca; ambas cosas se las vi hacer en más de una ocasión en los años que estuve con él. Qué incita a una persona a decantarse por una elección o la otra, es un enigma para la mayoría. En el caso de Vasco, siempre me decía con la boca grande que si había honor en un hombre merecía la pena guardar secretos; y con la boca chica que, llegado el caso a tal punto, hiciese lo que tuviese que hacer para salir con vida del atolladero. Así que al final colegí que cada uno quedaba con su conciencia y con sus hígados.

—Pintan bastos, muchacho —susurró sin perder comba de los matachines que se habían acercado un paso. Tenía el leonés esa mirada glauca, desprovista de vida, esa que se le acentuaba muy de tarde en tarde cuando se jugaba la vida—. ¡Dejad que el rapaz y la muchacha se vayan! ¡Nada tienen que ver con nuestro asunto!

Hubo un breve cuchicheo entre los matasietes, y, uno de ellos, el que estaba frente a él junto a la silueta de Carmona, parecía el más bajito de los cuatro, ladró con voz estridente:

—¡Sea! ¡Pueden irse sin armar escándalo!

—¡Gracias! Sois hombre razonable... —añadió mi amo entornando los párpados—. Quizás podamos llegar a un acuerdo. Tengo oro para repartir.

En eso no hubo duda alguna en la réplica.

—¡Ya nos paga bien nuestro señor!

Maldije para mis adentros. Se ponía la cosa fea si el oro no podía arreglar el desaguisado.

Dio el bajito de voz chillona otro paso al frente y lo imitaron sus secuaces. Era un hombre enjuto y canoso, con abundantes patillas y prominente mostacho, y bien vestido con botas altas, jubón de cuero encerado y gabán con cadena de oro. A buen seguro, uno de los criados de la casa de Arcos. Es lo único que recuerdo del hideputa que habían enviado a ajustar cuentas con mi amo, pues a poco más tuve tiempo. Vasco me dio un empellón para sacarme del trance.

—¡Idos, muchacho, antes de que se arrepientan!

—Pero... —balbucí, tembloroso, atenazado por el miedo, sin saber muy bien qué hacer. Pues mi instinto de supervivencia agudizado por años de correcalles en los arrabales de Córdoba gritaba que saliera de allí sin mirar atrás; empero había algo que me instaba a quedarme, algo poderoso, un sentimiento que ya había arraigado en mí: la lealtad al leonés—. Mi señor...

—La puta de oros, mi señor, mi amo... Que os vayáis de aquí he dicho, muchacho —barbotó negando con la cabeza y dándome un empellón—. Hoy no hay lugar para hacerse el héroe, si es lo que buscáis. Pintan bastos... aquí quien no se va en uvas se va en agraz. —Esbozó una media sonrisa que me partió el alma en dos pues intuía que en aquella plazoleta podría írsele la vida. Con la daga cortó la escarcela que le colgaba del cinto y me la tendió—. Coged estas monedas... —Así lo hice sin dilación. Me agarró del cuello y me susurró al oído—. Hallarás más debajo del jergón… hay unas tablas que se mueven. En cuanto llegues al Cacereño las coges, despiertas a los otros y enfiláis para Córdoba en cuanto abran las puertas. ¿Me has oído? —Asentí con la cabeza—. Con eso tendréis para una temporada.

—Pero... —rezongué con lágrimas en los ojos.

No pude decir más, pues la moza asió mi mano con determinación y tiró pegada a la cal del convento con grandes zancadas, cabeza gacha y paso firme. El rufo, embozado y fornido, que guardaba el flanco derecho nos cedió el paso; solo pude apreciar que era grande y que parecía un soldado con una especie de armadura repujada de cuero bajo la montonera. Tragué saliva y me volví para ver a mi amo, pensaba que por última vez. Ya se preparaba para el envite, estoico, recogiéndose el ferreruelo y afirmando los pies en el suelo con una mueca torcida asomando entre sus labios. Fue aquella su particular forma de saludar a la muerte.

Antes de doblar el primer recodo, oí como daba un gruñido y se lanzaba a chocar aceros. Atisbé de reojo una mancha negra moviéndose como una centella. Nada más pude ver, pues la panadera apretó el paso hasta la carrera y yo fui detrás, cual cobarde era, el corazón retumbando en mis sienes, poniendo a salvo mi joven pellejo. En aquel momento no había hueco en la cabeza de un arrapiezo de doce primaveras para morir por lealtad a su señor.

XXI. LA PLAZOLETA DE SAN LEANDRO

Un perro ladró a lo lejos, por respuesta unas mulas relincharon desde las cuadras de una de las casonas que bordeaban la plaza. La tenue luz del farolillo alumbraba una de las esquinas del convento, meciéndose al compás de la brisa que arrullaba desde el río. Con movimientos precisos se santiguó y se encomendó al Altísimo, quitóse el ferreruelo que cubría sus hombros y lo enroscó prieto en su brazo izquierdo, después aferró bien espada y daga. Escuchó los pasos apresurados del muchacho y la moza. Al menos se habían librado, no tenían por qué purgar pecados que no eran suyos.

Controló los latidos de su corazón. Eran cuatro contra uno. Mala partida le había tocado jugar esa noche. Quizás fuere que la parca había venido a buscarlo en aquella plazoleta de San Leandro, empero, vendería cara su piel, al menos se llevaría a uno o dos de esos desgraciados por delante antes de que lo madrugasen. Escupió al suelo. Puesto a elegir, prefería acabar sus días por este mundo acero en mano y por las bravas, que a fin de cuentas era el modo decente en que debía irse un guerrero: bien sacramentado, y angelitos al cielo o a donde fuere.

En las normas de ese juego peligroso donde a menudo iba en prenda el propio pellejo, aquella escaramuza de mala muerte formaba parte del oficio que ejercía. Igual que en cada batalla se producían bajas, los lances de la vida deparaban esas cosas. Y, Vasco las afrontaba desde el principio como algo natural, con la resignación estoica del soldado.

Aspiró hondo el leonés y exhaló todo el aire de su pecho para vaciar los malos humores. Se deshizo de las dudas con ellos. Ya no había vuelta atrás. Pero, ¿cuándo había tenido oportunidad de recular? Hacía mucho, quizás, solo quizás. Aquella pregunta era ciertamente discutible, puesto que Dios, o quién diantres moviera los hilos del destino, siempre había escogido el rumbo que debía seguir. Y, esa noche, su destino lo conminaba a batirse el cobre a vida o muerte. A cara de perro.

Tenía a los rufos a cinco pasos bien plantados apuntándole con sus pinchos. No debían dedicarse en cuerpo y alma a la profesión, pues él hubiera elegido una calle angosta con poco espacio para maniobrar. Eso podía ser una ventaja.

Costaba decidir contra quien cargar. Mejor que fuera él quien llevase la iniciativa. Al más leve titubeo se lanzaría a por uno de ellos como alma que lleva el diablo.

Los embozados de los costados eran hombres robustos de anchos hombros, barbas de gancho y mirada zafia que mostraban maneras y portaban espadas bastardas a una mano, no perdían comba de lo que hacía —sin duda sabían cómo empuñar una tizona y medir a un enemigo—. Otrosí, por sus ropones grises y sucios y sus caras marcadas a cicatrices supo que no eran gentes de calidad, sino bravos de a tanto la cuchillada o peones de leva contratados por unas monedas para la ocasión, lo que no quitaba que sus filos cortasen como el del más noble de los señores. Y, los del frente, Carmona y el cabecilla, colegió mi amo que eran claramente más asequibles para entablar batalla. El que llevaba la voz cantante era bajito y enclenque, tenía cara de comadreja el hideputa, y también parecía el de mayor edad —y no sostenía el acero con firmeza—. A su siniestra, Carmona se movía inquieto, dando pasitos adelante y atrás susurraba alguna oración el otrora artillero real —qué funesto destino el suyo, de atacar a los moros con el rey a terminar como un vulgar maleante—. Todo ello lo pudo ver mi amo en dos pestañeos.

Así estaban las cosas, fue al cabecilla al que prestó mayor atención. Entre los recovecos de la memoria escuchó la voz ruda y cortante como el filo del acero de su tío Froilán. El rostro anguloso surgió de sus pensamientos para acompañar a la voz que decía: «si los más fuertes guardan los flancos y no puedes huir por ahí, siempre pon a prueba al que mande la gavilla». Las

enseñanzas de su tío en aquellos días fríos y duros de adiestramiento en las tierras de León resonaron en su cabeza. Se le habían grabado a fuego pues no pocos fueron los palos que recibió de niño hasta que aprendió las lecciones a base de moratones y emplastos.

Vasco esbozó una sonrisa torcida apuntando con la tizona al hombrecillo patilludo con cara de comadreja y este pareció mudar su actitud por un latido, pues se detuvo en seco en confuso desconcierto; quizás pensaba el infeliz que mi amo se iba a amilanar y pedir por su vida antes que batirse en duelo. El resto de los secuaces permanecían en guardia expectantes a sus órdenes, puede que barruntando ya que ese espadachín de mirada glauca y nariz torcida no iba a ser presa fácil. Ya les recuento que cuando mi amo sonreía y miraba cara a cara a la muerte acongojaba al más crudo de los valentones de la jacaranda.

No hubo más tiempo para mostrarse prevenido ni dejó que abriese la boca el malnacido, pues tiróse el leonés a fondo como una ráfaga de aire simulando una estocada al vientre para, en el último suspiro, alzar la ropera y trinchar el hombro derecho del cabrón que no las vio venir ni por asomo. Zas. Zas. Como una centella. Giró la herreruza y la hendió medio palmo en la carne. El fulano profirió un alarido, con los ojos muy abiertos quiso recular y levantar su tizona para alcanzarlo, pero el dolor hizo mella y al siguiente parpadeo cayó en el empedrado como un saco de patatas. Carmona, ya sabía mi amo que no era muy ducho en aceros largos, se quedó sin saber qué hacer, si socorrer al patilludo que se retorcía como una sierpe y maldecía a viva voz o emprenderla a estocadas. Iba Vasco a darle su merecido al artillero cuando el matarife que guardaba su diestra, se abalanzó sin darle respiro y esgrimió el espadón a una mano en un golpe arqueado que buscaba abrirle la testa. No se molestó Vasco en detener la trayectoria de la hoja. En lugar de ello, se apartó y se situó a la izquierda del matachín, lejos del brazo con que este asía la bastarda. El hombre intentó retroceder una zancada, empero Vasco pasó de largo y lanzó un tajo en su muslo. La hoja mordió el cuero y después la carne con idéntica facilidad. El matachín lanzó un quejido ahogado y se llevó la mano cubierta con un guante a la herida, justo en el preciso instante en que Vasco lo embistió por el costado haciéndolo tambalear.

Volvióse el leonés a rematarlo con la daga desde abajo cuando percibió la sombra del otro

mangurrián que portaba espada larga. Le lanzó este un mandoble a dos manos que iba directo a cercenarle el cuello e intentó mi amo desviar la trayectoria de la hoja con su ropera. Lo probó de nuevo el espadachín con idéntico resultado. Clanc, clanc. Era bueno el hideputa, se destrabó Vasco e intentó colarle una finta, pero este desvió con facilidad el filo de su herreruza manteniendo la distancia para que mi amo no pudiese usar la daga.

Retrocedió Vasco un paso y se topó con la pared del huerto del convento. Intentó tomar resuello en un par de latidos. Al menos había herido a uno de gravedad y a otro lo había mermado. Quedaban dos y otro medio, que no era poco.

—¡Atacad! ¡Atacad, bellacos! —escupió el de la cara de comadreja que intentaba taparse la sangre que le salía de la herida del hombro con un trozo de lino—. ¡No lo dejéis escapar!

Por el rabillo del ojo atisbó como Carmona alzaba una espada corta —que más parecía un cuchillo largo—, y, a un gesto del espadachín avezado, le soltó una cuchillada directa a su bajo vientre que Vasco desvió con el ferreruelo enrollado en el brazo saltando a un lado en el último suspiro. Le lanzó mi amo de seguido una estocada que apenas pudo penetrar en el ropón que vestía el facineroso, pero que sirvió para que se le metiese más miedo y más duda en el cuerpo. El otro espadachín atacó casi a la par lanzando un mandoble tras otro como un molinete. Interpuso mi amo su acero y daga cuanto pudo, clanc, clanc, clanc, pero eran golpes fieros, aunque no precisos, y no tenía mucho espacio para la maniobra. La velocidad de su espada desequilibró a mi amo antes de que pudiera preparar un buen ataque, momento en el que el bravonel se tiró a la estocada a fondo.

Maldijo entre dientes cuando un paso en falso lo llevó ante la punta de la bastarda, que mordió el tejido de su jubón y penetró bajo su clavícula. Un intenso dolor reverberó por todo el brazo y le hizo soltar la daga. Enrabietado por la herida, lanzó un tajo mal tirado a la cabeza del espadachín que había bajado la guardia por un parpadeo. Tal fortuna tuvo el leonés que, aunque la hoja no atinó a trincar carne pues estaba demasiado cercano al hideputa, la guarda dióle en la sien un golpe seco abriéndole una brecha y haciendo que el espadachín avezado cayera al suelo como una marioneta sin hilos.

Sudaba ya mi amo a chorros por el esfuerzo de la refriega y por jugarse la vida en cada suspiro. De soslayo miró hacia el otro matarife, el que había dejado medio cojo, que seguía dudando a unos prudentes cinco pasos con la tizona apuntando al suelo. Luego se volvió hacia Carmona, que dio una zancada al frente. Aunque el artillero estaba pálido como la leche, sin duda alguna la vergüenza y la culpa enturbiaba su ánimo, empuñaba armas en ambas manos, espada corta y daga apuntando hacia él. Tras un instante de zozobra, cargó Carmona con las de Mahoma, pues era el único de la refriega que no estaba herido, y largó cuchilladas como un condenado; cuchilladas que mi amo, con el hombro maltrecho, esquivó como pudo cubriéndose desde abajo cada vez con mayor dificultad. Le salvaba que su filo era más largo y podía tender la espada para manterse a distancia. Fue entonces cuando el embozado de la cojera recobró el coraje y, renqueante, se situó a la diestra del patizambo para que mi amo tuviese que recular y cerrarle las salidas. Un instante después, este había retrocedido tres pasos y se batía a la desesperada, de nuevo la espalda contra el muro y sin espacio para obrar, mientras el espadachín se disponía, metódico y seguro, parecía ahora que la herida no le hacía suficiente mella, a cobrarse el tajo en el muslo y meterle tres cuartas de acero por el primer hueco y zanjar el asunto.

Desde luego que pintaban bastos. La parca rondaba cerca del leonés, susurrándole en el cogote como una brisa gélida. Y, aquella noche, quizás fuera su aliada o quizás no.

Les conté antes a vuestras mercedes que fue el miedo lo que en un principio atenazó mi voluntad de quedarme en la plazoleta a verlas venir con mi amo. Pero, fue también el miedo, y algo de coraje y valor que llevaba escondido, lo que me hizo renegar de mis primeras intenciones. Pues en cuanto la moza del Cacereño me soltó de la mano y corrió para perderse entre las callejuelas, debió pensar que cada perrillo se lamiese su cipote, tomé resuello apoyándome en el guardacantón de una esquina y mis pensamientos volvieron a los tiempos duros de corretear por las calles, de limosnear, de afanar en los mercados y dormir al raso debajo del puente.

A lo lejos escuchaba el tintineo de las espadas. Clanc. Clanc. Clanc. Recuerdo que, atribulado como estaba, tragué saliva e hice acopio de coraje y de fuerzas. Resolví entonces, con buen tino,

que más valía desandar mis pasos y ver si podía prestar algún auxilio a aquel que tenía por amo y señor antes de que lo ensartasen como a un puerco en la matanza de San Martín. Me santigüé y me encomendé a San Cristóbal y que dispusiera Dios aquella condenada noche.

Cuando llegué a la plazoleta se trababan a estocadas, los aceros chocaban y se escuchaban resuellos e imprecaciones. Sin duda que aquello era a vida o muerte. Tenía la garganta seca y corazón latía con fuerza, como cuando en la mañana vi a Leonor de Zúñiga. Sabía que yo mismo me estaba metiendo en la boca del lobo y estaba desobedeciendo a mi amo. Aspiré hondo recopilando valor y fuerzas. Esperé a que el repique del tambor decreciese en mis oídos antes de moverme de nuevo.

Me acerqué con cautela por detrás y vislumbre, entre la bruma y la luz del candil de la esquina del convento, que el leonés intentaba, mal que bien y a la desesperada, mantener a sus atacantes a raya. Agucé la vista, avancé unos pasos, titubeante, y mi ojo alcanzó a ver el movimiento de las sombras en la pared y dos bultos en el empedrado, uno inmóvil y otro que a duras penas se intentaba incorporar renqueante y coger el acero que tenía a un palmo. Corrí y le di un puntapié en la barbilla al hombre enjuto de patillas que sangraba por el hombro, este lanzó una maldición y de nuevo cayó al suelo retorciéndose de dolor como una sierpe. Ni corto ni perezoso, y, sin pensármelo mucho pues no era momento de dudas, así la tizona con fuerza, a dos manos, y me abalancé sobre el hideputa que tenía más cerca gritando a pleno pulmón.

Aquella distracción y mi alarido, hizo que los que luchaban con mi amo reculasen un paso, y antes de que se diese la vuelta hinqué la punta de la ropera en el costado de aquel que llamaban Carmona. El hombre profirió un grito de dolor a la par que me asestaba un golpe con el pomo de su espada que me hizo caer a plomo. Aprovechó Vasco el descuido, y se tiró a fondo para clavar su acero en el bajovientre del otro espadachín que soltó su bastarda y quedó de rodillas, indefenso, para que mi amo lo rematase de un tajo en el cuello. Como una centella, se volvió entonces hacia el patizambo que, encorvado, herido y con ojos espantados, acataba su destino.

—Esto va por el Zuzuaga.

Alzó la mirada Carmona en el último suspiro, intentó abrir la boca, quizás para suplicar por su

vida. Empero, no hubo tiempo para más, pues le clavó el leonés la punta de su ropera en el pecho y se la retorció hasta que el desgraciado escupió sangre entre estertores. Su cuerpo se venció como un pedrusco, y el alma se le fue al desgraciado por el agujero que le había abierto mi amo.

Se agachó y me levantó Vasco con esfuerzo asiéndome por las axilas. Me percaté que sangraba cerca de su hombro izquierdo.

—Bien hecho, muchacho —me dijo cogiendo resuello, palpándome la cabeza. Olía a sudor fresco mezclado con el dulzor nauseabundo de la sangre propia y la derramada—. ¿Estáis herido?

Veía motas de colores, un dolor lacerante se expandía por mi cocorota y sentía como se formaba un chichón palpitante en mi cuero cabelludo. Asentí sin poder articular palabra.

No me prestó más atención el leonés, pues aún había que rematar a los otros dos. Enfundó la tizona, se arrodilló y cogió la daga del firme. Se acercó al hombretón barbudo que permanecía tendido con los ojos cerrados, su torso subía y bajaba, y, sin mediar palabra tiró de sus greñas y le rebanó el pescuezo, un chorro de sangre espesa salió del corte a borbotones. Después, dando un par de zancadas, se acercó al cabecilla que pedía por su vida encogiendo las piernas y metiendo la cabeza entre sus brazos.

—¡No lo hagáis, os lo ruego! —imploró. Tenía los pantalones mojados por el miedo—. ¡Diré a mi señor que acabamos con vos! ¡Lo juro! ¡Por lo más sagrado, tened piedad!

Durante un par de latidos se lo pensó el leonés. A buen seguro que no era un noble, pero tampoco un vulgar matachín, quizás su señor le perdonase haber segado la vida de unos facinerosos como parecían los otros, pero matar a un criado de confianza podía acarrearle más venganzas, que no podían llevarse a cabo si lo tomaban por muerto.

Algunas luces ya se encendían en las ventanas de las casonas que flanqueban la plazoleta de San Leandro y alguien pidió el auxilio de los alguaciles a voces.

Lo agarró Vasco del cuello echándole el aliento y clavó sus ojos grises en los del hombrecillo. Lo observó con calma, como si tuviera por delante todo el tiempo del infierno.

—¿Cómo os llamáis? —dijo al fin—. Y no me mintáis, pues lo sabré.

—Luis... de Marchena, contino de la casa de Arcos y del marqués de Cádiz —balbució.

—Luis... de Marchena —susurró mi amo, sus ojos inyectados en sangre parecían brillar de malicia bajo la parva luz de la noche—. Os dejaré con vida. Si os vuelvo a ver o me entero que vuestro amo tiene rencillas conmigo... Juró por Dios que os mataré con el filo de esta daga, y después rajaré a toda vuestra familia y echaré sus vísceras a los puercos.

Lo dijo como si en verdad lo fuera a hacer. Voto a Dios que nadie hubiera dudado un ápice de esa verdad, y la mirada del otro alumbró tal certeza.

—Os lo juro por mi vida —gorjeó.

—Sea pues.

Se irguió Vasco, quejumbroso, enfundando la daga con la diestra, la zurda apenas podía moverla atenazada por el dolor. Hizo otro esfuerzo y asió del firme la espada corta que había portado Carmona para rajarle.

Me hizo un gesto para que me acercase. Se apoyó en mi hombro y me la tendió.

—Es vuestra. Os la habéis ganado —graznó con un destello de orgullo en su mirada. A lo lejos se escuchaban pasos al trote, como de gente armada y hubo resplandor de faroles por las esquinas—. Vayámonos de aquí cuanto antes, muchacho.

En ese momento, me pareció una excelsa dádiva la que me hacía mi amo con aquel filo, digna de un rey o de un príncipe.

Estaba exultante, henchido de orgullo, con el acero colgando del cinto y Vasco apoyado en mis hombros camino del Cacereño, el sudor que se enfriaba bajo su jubón le hacía retemblar pero no se quejó ni una sola vez de la mojada que le habían hecho en el hombro. La cosa podía haber terminado mucho peor.

Otrosí, estaba deseando de contárselo al mudito, ya saben vuestras mercedes que de no acometer empresas no habría lugar a los héroes, pues con creces había cumplido aquella noche como rapaz de hígados.

Todavía conservo ese cuchillo largo entre mis pertenencias, bien guardado en un arcón, junto con una loriga y un coleto de cuero gastado, recuerdo de los tiempos en que fui soldado y serví

vasallo de nuestros reyes en las guerras contra los moros, junto a Vasco, Matallanas, Ponce, el Capitán y tantos otros hombres buenos que perecieron en las tierras de las Andalucías. Derramó ese acero quizás demasiada sangre de infieles y también de cristianos, el Señor perdone mis faltas y mis pecados, pero, en más de una ocasión mi destreza con ese filo salvó mi vida y la de mis amigos. Ay, qué tiempos tan duros y crueles, de todo aquello lo dejaré plasmado en estos legajos. Empero, para llegar a esa parte aún queda mucha historia que recontar.

XXII. UNA NOCHE DE BRUMA

La oscuridad ronroneaba como suspiros de medianoche, y hacía un frío húmedo, molesto, de ese que se te cala en los huesos hasta el tuétano. Se ajustó los cordeles del jubón de terciopelo, negro como el azabache, y observó la silueta de la muralla recortándose entre la bruma. No había moros en la costa. Se persignó entonces encomendándose al mismo Dios del cual se aprestaba a violar uno de sus sagrados mandamientos, esperando que le trajese buena ventura a sabiendas que no lo merecía. Se colocó a horcajadas sobre el pretil, agarróse a la piedra y dejóse caer al tejado sin hacer ruido.

Bendita niebla. A buen seguro era lo que cavilaba don Gonzalo aquella noche de perros, la misma que la emboscada en la plazoleta de San Leandro, cuando hacía equilibrios a cuatro patas sobre las tejas mojadas y resbaladizas del Alcázar de Sevilla.

Isabel había hecho lo convenido. Hacía apenas media hora que, agazapado detrás de una de las fuentes de los jardines, atisbó una ventana iluminada en la alcoba de la reina y, al poco, alguien, ella, no podía ser otra, mató la luz, encendiéndola otra vez al cabo de tres latidos. Era esa la señal. Ahora, él se disponía a hacer su parte cual loco embriagado de amor y deseo por el hechizo de la luna. Como si fuera uno de los blanchetes que le había regalado el embajador de Francia a Isabel, un perrito faldero que saltaba y hacía cabriolas cuando su ama batía palmas.

Permítanme vuestras mercedes que les cuente este pequeño folletín, aderezado en parte por mi mente maliciosa y calenturienta, pero en su mayor parte tal y como fue narrado por don Gonzalo tiempo después, allá en Nápoles entre los vapores del vino, y siendo ya Virrey y habiendo

derrotado a los ejércitos franceses, cuando enteróse de la muerte de su querida Isabel y le entraron los siete males y un ataque de melancolía y arrepentimiento como vi en pocos hombres.

Sería aquella noche o no sería nunca, fue lo que le susurró su señora cuando se encontraron de vuelta de los festejos en los pasillos de palacio. Naturalmente que había aguardado su llegada plantado como un pisaverde dispuesto a agasajar a su dama bajo el arco lobulado y las conchas talladas en madera que adornaban el techo de la entrada a las alcobas del Alcázar. No había vuelto a verla desde que partió para Madrid y, ahora, decían que íbase de nuevo la reina hacia el norte, a la provincia de Vizcaya, a poner orden y hombres de armas en la frontera, y después a Aragón, al reino de su esposo.

Tal y como había imaginado, vino Isabel acompañada de sus damas de vuelta del lanceo de toros, sin el rey, pues se había quedado este de farra con sus adláteres; y, lo más importante, sin Gonzalo Chacón, de buena tinta sabía que estaba de cabalgada este cuervo de la reina, allende los puertos, para solventar unos asuntos de herencias de unos caballeros en Casarrubios, en las tierras de las que era amo y señor. Cuervo de mal agüero sí que era, empero, también razón tenía en sus pensamientos, pues mucho arriesgaba la corona de Castilla y el reino de las Españas en estos escarceos, más propios de jovenzuelos y mozas de espíritu salvaje que de caballeros y señoras de sesos ya maduros. Un regusto amargo le subió por el esófago al Capitán, era el regusto de la culpa y el reconcomio de quien sabe que no hace las cosas según los mandamientos de Dios.

No tendría ocasión de volver a verla en meses, se dijo insuflándose valor y coraje; y, en esos meses, podían pasar muchas cosas en las guerras con los moros y en las tierras del norte. Quién sabía lo que les depararía el destino.

Deslizóse su pie al apoyar la suela de la bota sobre una teja resbaladiza y húmeda, y tuvo que pegar el cuerpo al tejado, y agarrarse con fuerza a la cubierta para no caer al vacío. Se golpeó y se raspó el pómulo derecho. Por Cristo, qué poco había faltado para abrirse la crisma. Se preguntó qué hablillas se murmurarían en la Corte si encontrasen su cuerpo sin vida descoyuntado en los jardines del Alcázar justo debajo de la alcoba de la reina. Desde luego que

daría que hablar durante una buena temporada.

Poco le importan a los muertos lo que piensen los vivos, caviló tomando resuello.

Una lechuza ululó antes de batir las alas sobre su cabeza y después vino de nuevo el silencio. Siguió entonces gateando con tiento hasta llegar a lo alto del tejado, junto a la chimenea que calentaba el dormitorio de la reina. La brisa trajo ahora las risas de los Monteros que vigilaban la muralla del ala de palacio donde se alojaba su señora. De vista los conocía a casi todos, pues a muchos los había escogido y adiestrado él mismo. Eran buenos hombres, valientes y leales. Cargado con un morral les había llevado un par de garrafas de buenos vinos que guardaban en las bodegas y se había tomado un trago con ellos para después desaparecer entre la espesa niebla. Ninguno se percató de que no se iba por donde venía, y si lo hicieron nada dijeron, sino que seguía el curso del adarve para llegar al recodo donde se podía saltar al tejado de palacio sin peligro. Y, de tejado en tejado había llegado a la alcoba de la reina.

Aspiró hondo. Dejó que los latidos de su corazón parasen de aporrearle el pecho. Sabía que, más abajo, entre las sombras y la bruma que se cernía sobre los jardines, había otra cuadrilla de Monteros de Espinosa. Hubiera resultado sospechoso que azumbrase de vino a media guardia; luego para solventar aquel escollo se fiaría a su pericia como escalador.

Del morral que llevaba cruzado al pecho, sacó la cuerda. Hizo un nudo corredizo y la pasó sobre la chimenea. Dejó caer el extremo del cordel por el borde del tejado. Asió la soga con fuerza y comenzó a descender a pulso, pie a pie, con cautela de no levantar ruido, hasta que llegó a la columna de granito que sostenía el techo desde la balconada. Giró su cuello y observó hacia abajo. La niebla lo hacía totalmente invisible a los ojos de los Monteros que a buen seguro estarían maldiciendo la noche de perros que se les había presentado. Flexionó las rodillas y tomó un leve impulso para balancearse y caer dentro del mirador. Apenas hizo ruido cuando sus botas tocaron la piedra. No era la primera vez ni sería la última que asaltaba una fortaleza en el sigilo de la noche, empero, nunca para fornicar con una reina. Sintió como su miembro se envaraba al imaginar los labios de Isabel recorriendo su piel. Espantó los pensamientos pecaminosos de su mente pues cualquier desliz podía ser fatal para acometer la empresa que tenía entre manos o,

mejor dicho, entre las piernas. Pegó su rostro al suelo cubierto por un antifaz de sombra y contuvo la respiración, atento a cualquier señal de los hombres que custodiaban los jardines. Oyó sus pisadas sobre el albero y un breve murmullo mezclado con improperios y risas ahogadas. Aun estuvo así un poco, sus músculos en tensión.

Arrodillóse después de veinte latidos y, a través de las formas intrincadas de la balaustrada del balcón, atisbó como los tres bultos de los Monteros de Espinosa se alejaban a completar su ronda hacia el ala norte.

Respiró hondo echando vaho. Un perro ladró en la lejanía y de las cuadras vino, como respuesta, el relincho de uno de los sementales que montaban los reyes. Por ahora todo iba bien. Bien para meterse en la boca del lobo. Moduló una sonrisa interior, amarga y áspera. De sobra sabía que aquello no tenía futuro ni sentido, era una locura. Y, los campos estaban llenos de locos enterrados bajo la tierra criando malvas. Empero, el simple pensamiento de tomar la fruta prohibida que le brindaba Isabel de Trastámara, reina de Castilla, hacía que se le nublase el entendimiento cual verrionda bestia encelada.

Entre las celosías acertábase a ver un leve resplandor que se filtraba por la rendija de una ventana entreabierta. Respiró hondo y acercóse al postigo, mirando a su alrededor receloso de cualquier ruido o movimiento. Con los nudillos dio dos golpecitos en la madera, seguidos de tres más. Esperó, su corazón golpeando el pecho como si fuera un tambor, ahora más por deseo que por temor a ser descubierto. Era consciente de que si la reina no estaba en su alcoba y lo descubrían cual vulgar ladrón, podría ser ensartado como un puerco, o acusado de traición y condenado a la horca, o peor aún, podrían enviarlo a las mazmorras de la Inquisición y sufrir los peores tormentos, pues había oído que sus verdugos habían refinado sus métodos de tortura y hacían que hablasen hasta los mudos, en latín si hacía falta.

Despejó su mente de pensamientos lúgubres, la recompensa valía la pena.

Oyó como se descorrían desde dentro los pestillos que guardaban las puertas de la balconada. A contraluz se dibujó la silueta de una mujer con el pelo suelto imbuida en un camisón de seda blanco. Isabel. La reina de Castilla. Su reina y su señora.

—Habéis venido, Gonzalo —le susurró ella con una expresión cálida, tan diferente a la mirada dura como el pedernal que le había dedicado en sus últimos encuentros. Una sonrisa asomó entre sus labios.

Le cogió él la mano como respuesta y la besó con fruición.

—He contado cada latido desde la última vez, mi señora.

El mero roce de su piel hizo que a Isabel se le erizase el vello.

—Entrad, Gonzalo. Hace mala noche ahí afuera, os podéis enfriar, y no quiero eso para mi Capitán... —Su tono era dulce como la miel. Tiró Isabel de su capitán y cerró la puerta del balcón con sigilo. Ambos se observaron a la luz anaranjada de la lumbre prendida en el hogar—. Pardiez, tenéis la cara echa un Cristo —con las yemas de sus dedos acarició su barba y su raspón.

—Ese sería el menor de mis males, mi señora... Llegar hasta aquí no ha sido tarea fácil.

—Pero, lo habéis conseguido... —sonrió sin desviar la mirada—. Parecéis ese muchacho que se colaba en mi alcoba allá en los tiempos de Arévalo gateando por la higuera.

Entrelazó ella sus manos callosas con las suyas.

—Eran otros tiempos, mi señora... —Hizo amago de sonreír, esquivo—. Ahora asalto fortalezas por vos.

—Fueron otros tiempos... más sencillos para ambos.

—Mucho más sencillos —corroboró su capitán—. Éramos solo dos zagales enamorados.

Isabel se aupó de puntillas y besó los labios de Gonzalo mesando los cabellos de su amante.

—Estáis tenso como el pellejo de un tambor y en vuestra mirada asoma la tristeza más que el deseo —susurró ella en su oído—. ¿Qué os ocurre, Gonzalo?

—Nada que os deba perturbar, mi señora

—No hace tanto que me llamabais Isabel, simplemente Isabel. —Se retiró un mechón que le caía por la frente.

Suspiró su capitán y clavó sus ojos pardos en los de ella.

—Veros tan cerca y... a la vez tan lejos... me consume... mi señora —. Acarició su mejilla—. No podemos continuar con esta farsa, nada bueno puede traernos... Chacón tenía razón, la

Corona está por encima de nosotros.

Colocó Isabel su dedo índice sobre sus labios.

—Ni una palabra más quiero oír de vos hasta que cumpláis estrictamente con vuestro cometido, Capitán. —Empleó ese tono autoritario que no admitía réplica en una reina, empero con una sonrisa maliciosa bordeando la comisura de sus labios. Empujó los hombros de su amante hacia abajo, dejó caer su camisón y alzó la punta de su pie izquierdo hasta rozar la enterpierna de su amante—. Me place que ya vengáis preparado para la batalla… Esta noche será la última, así que servidme bien.

Observaba Gonzalo como subía y bajaba el pecho desnudo de su reina acompasado a su respiración. A sus treinta y dos primaveras y habiendo parido tres hijos, seguía siendo una mujer hermosa la soberana de ese reino en ciernes que llamaban de las Españas, de piel blanca como la nieve, pechos bien proporcionados y cabellos dorados, sin duda alguna descendiente de la estirpe de los Trastámara. Se había dejado llevar por su deseo y ahora la culpa empezaba a reconcomerlo por dentro como un gusano que roía sus entrañas. Estaba fornicando con la reina de Castilla como si fuera una vulgar ramera, pues ella le pedía cosas que harían sonrojar a cualquiera de sus damas.

Entreabrió ella un ojo.

—¿Qué os preocupa, Gonzalo?

Dejó pasar un suspiro antes de contestar en un susurro.

—Más bien, preguntad qué no debería preocuparme. Si vuestro esposo se enterase de esto... sería una hecatombe.

—Fernando... —carcajeó sarcástica—. Imaginaos donde estará ahora... Encamado con la primera pelandrusca que se le haya abierto de piernas.

—Es el rey, mi señora.

—Y yo la reina, pardiez —replicó presta.

—Sois hembra, bien sabéis que no estaría bien visto, ni por el pueblo ni por la iglesia.

Apretó ella la mandíbula. Bien lo sabía. Observó el cuerpo desnudo de su Capitán. Ese cuerpo, áspero y rudo, que tanto placer y deleite le había dado. Tenía, debía, se corrigió, renunciar al pecado de la carne, por ser mujer y reina. Era su deber por haber nacido Trastámara.

—Os prometí que esta sería la última noche. —Se acurrucó junto a él enredando sus dedos en el vello de su pecho. Pegó su oreja y escuchó los latidos de su corazón. Fuerte. Palpitante. Sincero. Apenas creyó lo que salió de sus labios, esas palabras que tenía ensayadas escocían como sarpullidos—. Debéis volver a tomar esposa, Gonzalo. No es bueno la soledad en un hombre como vos. Se avecinan tiempos difíciles, de guerras, y siempre es reconfortante tener un hogar y alguien que os anhele a vuestra vuelta. —Además de mí, le faltó añadir, pero se guardó de decirlo.

Ahora fue él el que carcajeó.

—No está el casamiento entre mis pensamientos. —Con el dorso de la mano le acarició el perfil de su rostro ovalado.

—No me mintáis, Gonzalo... qué hay de la joven María Manrique —susurró con un punto de ironía, o, más bien de celos—. No estoy ciega por más que lo finja, he visto las miradas que os lanza cada vez que os cruzáis. Y, no cesa de preguntarme por vos… —. Un pellizco le cogió el vientre y se lo retorció. Los celos regios eran malos celos. Cerró los ojos Isabel, intentando espantar las escenas que le venían a la mente.

No contestó el cordobés de seguido. No estaba acostumbrado a hablar con Isabel de sus intimidades ni de sus sentimientos. En la alcoba siempre comentaban de los cotilleos de la Corte o platicaban sobre asuntos de Estado que causaban zozobra a la reina.

María Manrique, caviló el Capitán evocando sus labios, su piel y sus sinuosas curvas. Era una joven bella, sin duda, no carente de ingenio ni inteligencia, en eso le recordaba a Isabel. No podía negar que sentía algo más que deseo por aquella dama de compañía de la reina.

—¿Habéis yacido con ella? —Desvió Gonzalo su mirada de los ojos azules de Isabel—. Ya lo habéis hecho... Cristo... ¡Hombres! ¡Iguales que bestias! —farfulló sin alzar la voz.

—Mi señora... Isabel, os juro por lo más sagrado...

Hizo la reina un aspaviento con la mano. Suspiró hondo.

—No me mintáis, Gonzalo —rezongó desabrida arrugando la nariz—. Es lo único que nos queda, contarnos verdades. Si eso cambia no os quiero a mi lado.

Un silencio plúmbeo se adueñó de la alcoba de la reina solo roto por el crepitar de las ascuas que calentaban la alcoba desde el hogar. Durante unos latidos ambos permanecieron muy quietos, ella sobre él, sintiendo su respiración acompasada.

—Esta será nuestra última noche, Gonzalo —musitó Isabel al fin.

—Así está escrito, mi señora.

—En cuanto a esa moza... Es de buena familia y tiene buenas hechuras. Será una buena esposa y os dará hijos sanos, y no carece de sesos.

—Mi señora... No sé qué nos deparará el futuro, pero os prometo...

Alzó la mano y le puso el índice sobre los labios.

—Mañana partiré a Córdoba, solo unos días… y después hacia el norte. —Su tono había cambiado. Ahora, hablaba como reina de Castilla—. Hay que hacer mucho en la frontera con Navarra. Los nobles están más que inquietos con la sucesión al trono de la hermana del difunto Febo... Y, aún no sabemos que nos deparará el rey mozo en Francia, por lo pronto hizo llamar a su embajador para retirar la propuesta de su padre de devolver a Fernando el Rosellón y la Cerdeña; el muy cretino nos desafía, y ya conocéis a vuestro rey…

—No se amilana.

—Y menos con quien, aunque con buenas palabras, lo desafía abiertamente. —Se tumbó boca arriba y cruzó una pierna sobre la otra.

—Una nueva guerra... en el norte —frunció el ceño el Capitán—. No sería lo más aconsejable para los intereses de Castilla.

—Lo sé, Gonzalo, nuestros esfuerzos se dividirían en dos frentes, y quien sabe si en alguno más, pues ya tuvo que acudir Fernando a Galicia para apaciguar una revuelta en Orense.

—Y, las arcas del reino no dan para más...

—Y las arcas, Gonzalo. —Sintió Isabel una punzada en la sien, se masajeó con el dedo gordo

—. Es por ello que quiero estar cerca de Fernando en Aragón, no sea que su brío y su orgullo nos meta en batalla con los franceses.

—¿Y la guerra con los moros? Ahora que están divididos los nazaríes... Hay que correr sus tierras e infligirles el mayor daño, debilitarlos... No debemos permitir que reciban pertrechos y hombres desde las berberías.

—Me aseguraré de ello, no lo dudéis. Enviaré misivas a los grandes señores para que continúen con las talas. Y ordenaré que la flota siga surcando las aguas de Alborán. Hay que estrangular Granada hasta que sea nuestra.

—Lucharé por vos con la casa de Aguilar y las huestes de mi hermano.

—Gastad cuidado, Gonzalo. —Cogió su mano callosa y la acarició—. Son muchos los peligros que nos acechan.

—Mi espada es fuerte, mi señora, y siempre luchará por vuestra causa.

Sonrió la reina complacida.

—Seréis mis ojos y mis oídos en las Andalucías, Gonzalo, y me informaréis si los nobles cumplen con su cometido y, también, de sus lealtades... No me fío del maestre de Santiago.

—Se mostró remiso a dejar partir al rey moro Boabdil.

—Y, si no fuera por el duque de Sevilla y el marqués de Cádiz... el hideputa hubiera soliviantado a parte de la nobleza y del clero en contra de la Corona. —Se apartó Isabel y se acodó sobre las sábanas.

—No se ha tomado bien el marqués vuestro recado. Hoy no lo he visto en el desfile.

—Alega que tiene jaquecas y fiebres, pero sé de buena tinta que la vergüenza le corroe por dentro. Vuestro espía hizo un buen trabajo.

—Siempre lo hace. Es hombre de hígados y de ingenio.

—Debéis decirle que se esconda por un tiempo.

—Ya le he advertido que vuelva a Córdoba.

—Algún día habré de conocerlo. Tengo curiosidad por ese hombre tan audaz.

—Algún día, mi señora.

Ni por asomo pensaba don Gonzalo en mostrarle todas sus cartas a la reina.

—¿Cómo decís que se llama? Velasco, Gasco, o algo así...

—Vasco —la corrigió—. Vasco Cortés de Astorga.

—Vasco Cortés de Astorga... —musitó ella enroscándose entre sus piernas, buscando sus labios—. Basta de charlas, mi Capitán —susurró—. Ahora, aprovechemos nuestra última noche.

XXIII. LA POSADA DEL POTRO

Despertáronme los mugidos cuando se abrió el portalón de la corrala. Abrí un párpado y después otro, me pesaban como columnas de granito pues no había hallado solaz en el descanso. Recuerdo que el sueño acompañábame ligero en aquellos tiempos y mi caletre de rapaz me hacía elucubrar cuando las sombras se adueñaban del día, luego aún orgulloso como estaba de mi hazaña —éramos pocos los que podíamos contar haber salvado el pellejo a ese al que llamaban el Negro— escuchaba en sueños los estertores de los muertos que habíamos dejado atrás en aquella plazoleta. Decía mi amo que a todo se acostumbra uno, incluso a que los difuntos susurren desde el cielo o el infierno.

Las ruedas de la carreta chirriaron y alguien fustigó el lomo de las bestias con el látigo. ¡Arreeeeeeé, mula! ¡Cagoendios! ¡Arreeeeeeè! Reverberaba por los paredones la voz chillona de Paco el Rana tiznada con su habitual mala uva.

Una salamandra correteaba por las vigas del techo, estaba gorda de tanto bichejo que cazaba, era por ello que la dejábamos campar a sus anchas por la alcoba. Estiré brazos y piernas mientras me desperezaba dando un sonoro bostezo. Quité una telaraña que caía de las vigas que sostenían los maderos del tejado y abrí el pequeño ventanuco. Respiré hondo el aire de la mañana.

El día se presentaba soleado y ventoso en aquella Córdoba resplandeciente de los Católicos, el cielo de un añil intenso solo salpicado con algunas nubes desgalichadas de finales de octubre. Pronto entró el frío que había dejado la helada y también el hedor a gallinácea, a perro, a cabra y

a mula al que tan acostumbrados estábamos, pues daba nuestro cuartucho al corral de la Posada del Potro. Olor a cagarruta y a bestia.

Por encima del portalón se atisbaba la espléndida muralla que circundaba la ciudad, refulgía la piedra brillante por la escarcha acumulada durante la noche, con los pendones de Castilla y Aragón hondeando al viento y también las banderas de la Cruzada, y los guardias con sus lorigas, casquetes y escudos, se paseaban de un lado a otro del adarve oteando más hacia dentro que hacia fuera lo que acontecía en la ciudad, pues extramuros no había mucho que guardar más que el agua que bajaba de los puertos por el cauce del Guadalquivir.

—¡Mateo! ¡Lucas! ¡Despertad, gandules! —gritó la Rosarito por encima del cacareo de las gallinas y los balidos de las cabras. De la chimenea salía el humo de los guisos que estaban preparando en las cocinas y que también calentaba nuestra alcoba—. ¡Hay mucho trabajo por hacer!

Agité a mi fiel Mateo dándole un meneo bajo la manta, alguna chinche saltó al moverse el jergón. Seguía el bendito de siete sueños, pues después de nuestro regreso de tierras hispalenses dormía a pierna suelta en aquel cuarto de la posada que consideraba refugio seguro.

Llevábamos ya casi dos semanas en Córdoba sin sobresalto alguno más allá de las bullas de taberna y de los pescozones del Rana cuando tenía mala sangre y estábamos a mano; lo cual no era decir poco después de las peripecias que habían acontecido en nuestro periplo por Sevilla. Relataré brevemente que la noche de la emboscada en la plazoleta de San Leandro volvimos donde el Cacereño y despertamos a un atribulado don Anselmo que aún estaba con la cogorza entre ceja y ceja y a un asustado Mateo que pronto se veía preso de otro noble. Sin dilación cambiamos de mudas, hicimos hatillos y, después de que el clérigo emplastase hierbas en el agujero que hiciéronle a mi amo, no parecía herida grave, montamos los caballos y pertrechamos las mulas enfilando raudos hacia la puerta de Carmona. Allí aguardamos en sus inmediaciones con ojos en la nuca a que los guardias abriesen la ciudad; pueden maliciar vuestras mercedes que Vasco no se fiaba ni de su propia sombra ni de la palabra del esbirro del marqués que había dejado con vida pues barruntaba mi amo que había errado en su parecer. Cualquier ruido nos

hacía recelar de que íbamos a caer en otra trampa y no fueron pocas las veces que pegamos la espalda a la pared y nos llevamos las manos a las herreruzas creyendo que alguno de los comerciantes que comenzaban a congregarse alrededor de la puerta era en realidad un matarife enviado a husmear y ajustar cuentas. Nada de aquello ocurrió y de las rencillas con el marqués nada más se supo, a buen seguro el noble tenía la mente en otras ocupaciones en las tierras de los moros de Zahara y su criado se guardó el secreto. Así pues, al alba salimos con calma para cruzar el puente del Tagarrete y cabalgar por el camino de Écija entre las carretas que iban para los olivares, las vides y los panes de las haciendas, primero con parsimonia y disimulando nuestra zozobra, y después, en la primera revuelta, hincamos espuelas en los jacos para ir al trote no fuere que las cosas se torcieren en el último suspiro. Y no paramos hasta Córdoba.

Se incorporó Mateo de su jergón quitándose las legañas con el índice y gruñó algo ininteligible tosiendo, moviendo los labios y tragando saliva.

—Demonios, levanta, perezoso... Se hace tarde —le dije a la par que le acariciaba cariñosamente la mata de cabello trigueño y crespo que le caía en guedejas por sus hombros—. Nos vamos a ganar unas collejas de la Rosarito como no bajemos ahora mismo.

—Santo Dios, qué noche de perros. —Estiró el cuello.

—De troncos y puercos... —corregí con una sonrisa.

—¿De troncos y puercos?

—Has dormido como un tronco y roncado como un puerco.

Negó con la cabeza.

—Me despertaron tus gemidos en plena noche y tardé en conciliar el sueño —bostezó con el ceño fruncido. Se levantó y se puso el sayón largo sobre las calzas raídas, el condenado crecía semana tras semana, aunque yo tampoco me quedaba atrás. Nos decía Vasco que ya parecíamos más muchachos que chicuelos y que no iba a haber oro en las alforjas para alimentarnos y vestirnos—. Hablabas algo sobre Leonor… y te movías como un perro encelado —carcajeó ahora con una mueca maliciosa.

—Y un carajo –le espeté desabrido.

Sabía de sobra Mateo como pincharme y también sabía que lo que atribulaba mi mente, aparte de los muertos de la plazoleta, era la enigmática Leonor de Zúñiga.

Confesaré ante vuestras mercedes, con la tranquilidad y la penitencia que me traen los años, que Mateo no iba desencaminado, y las tardes que este se marchaba a la sacristía de San Juan con la encomienda de hacer de escribano de don Anselmo, acercábame a las inmediaciones del Alcázar y mezclábame ufano entre las damas y los lindos y pisaverdes que iban a hacerles la corte, a ver si asomaban entre las almenas el príncipe y las infantas, pues entre ellas pensaba que estuviere Leonor. Ninguna de aquellas tardes aparecieron ni los unos ni la otra, luego había dado la reina orden de que no lo hicieran. Y tardaría en ver a Leonor, tanto que casi me hube olvidado de ella. Empero, en aquel momento aun la tenía grabada a fuego en mi retina, su cabello azabache fino como el hilo de los telares, sus ojos de un azul intenso y su piel blanca como la leche; y era verdad que por las noches tenía calenturas de muchacho. Y, aunque las viejas alcahuetas ya recontaban que la reina había mandado que sus retoños jugasen en los jardines y no subiesen a los adarves, cabezón y obstinado como era, por allí me plantaba, encandilado, a ver el sol esconderse tras los baluartes del Alcázar. Ya se conoce que la esperanza es lo último que pierde el enamorado.

—Será mejor que te olvides de ella, Lucas —rezongó el mudito usando nuestro particular lenguaje.

Tuviera que haberle hecho caso al bueno de Mateo y a tantos otros amigos que me lo mentaron a lo largo de mi vida, pero el destino ya había echado los dados y yo había quedado prendado de Leonor de Zúñiga hasta el tuétano.

—Métete en tus asuntos.

—Pardiez, cabeza de chorlito, si son tus asuntos son mis asuntos —me empujó con el dedo en el torso.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron como un cordel. Empero, la discusión había terminado pues nos reclamaba el deber.

—¡Zánganos agarradores de las haciendas! —La voz de la Rosarito tronó colérica desde la

corrala—. ¡Rufianes melindrosos! ¡A trabajar, que hay huéspedes ya esperando!

Dejamos nuestras diatribas y bajamos los peldaños presurosos y, antes de que nos dieran manduca en las cocinas, servimos buenas viandas —queso, pan de higo, manteca y vino aguado — en la mesa de unos caballeros que venían de las tierras de Jaén a unirse a las huestes del señor de Palma, pues decían aquellos ser primos retirados por parte de madre del bien afamado guerrero y noble Luis Fernández Puertocarrero. Había ganado este noble reciente fama después de liberar cristianos en una aceifa de los moros en la que se cuenta en los libros como batalla de Lopera, junto con el marqués de Cádiz y otros condes, duques y grandes señores. Cuando terminamos de servir a los caballeros nos dieron en las cocinas las sobras de la cena de la noche anterior: unos trozos de carne de cerdo asado, pastel de canela y un vaso de leche de cabra para bajar el bolo. Restos que, a unos correcalles como habíamos sido Mateo y yo —y en el fondo siempre lo seríamos porque aquello deja marchamo en uno—, nos sabían a gloria bendita.

Al poco, con el buche lleno y armado con unos paños de lana gruesos y una cubeta, estaba ayudando a la Rosarito a quitar las cagarrutas de paloma de las mesillas de madera de fuera. Me saludaron alegres los golfillos que jugaban a espadachines con unos palos junto a la fuente y asentí con la cabeza —luego les daría las sobras de los perros como habíamos pactado—, alcé la mano a las vendedoras de legumbres de los soportales que respondieron con mi nombre, y a los ociosos que tomaban el sol conversando en corros junto al paseo de las murallas que también comenzaban a ser conocidos. Mateo barría con esmero puertas adentro los restos del condumio de los otros huéspedes, pues había alojados una cuadrilla de mercaderes valencianos que querían comprar lana para hacer ropajes y vestidos en sus telares, y habían estos desayunado al alba para visitar los puestos del barrio de curtidores con mi amo contratado como adalid y guardia.

Econtrábase la Plaza del Potro animada pues cada vez eran más los negocios que abrían por la Axerquía, cosa que enturbiaba el ánimo de la Rosarito. En poco tiempo habían proliferado como setas en otoño tabernas y posadas en los alrededores de la calle Feria. Aunque los reyes no estaban en el Alcázar, pues habían partido estos hacia Aragón y las tierras fronteras de Navarra, había jolgorio y ambiente de Corte en la ciudad de Córdoba. Se decía en los mentideros del

Colodro, de la alhóndiga y de la Corredera, que se habían ido los Católicos a poner gente de armas en la frontera y solventar los quebraderos de cabeza que les daban los franceses y su nuevo rey mozo con Navarra, el Rosellón y la Cerdeña. Otra nueva guerra en ciernes con estos Trastámara; ya se maliciaba que no iba a haber hombres ni oro para tantos empeños.

Empero, no crean vuestras mercedes que eran días de calma, pues nuestros Isabel y Fernando habían ordenado que había que hacer la guerra a los moros en su ausencia. Y, para asegurarse de que así fuere y se cumpliese su voluntad enviaron a un Tesorero que se llamaba Ruy López de Toledo y a su Secretario que se llamaba Francisco Ramírez de Madrid a la ciudad de Córdoba con sus cartas para el Maestre de Santiago, y para el Duque de Medina Sidonia, y para el Conde de Cabra, y para el Marques de Cádiz , y para don Alonso de Aguilar, y para Luis Fernández Puertocarrero, y para otros caballeros y capitanes y alcaides, y para las ciudades y villas de las Andalucías; mandándoles que se juntasen con los capitanes generales y entrasen en el reino de Granada con sus gentes, y talasen los panes y huertas de la ciudad de Málaga, y de los otros lugares de aquellas comarcas. Otrosí, los reyes habían mandado hacer repartimiento por todas las ciudades y villas de las Andalucías y de Extremadura, y de las tierras de los Maestrazgos de Calatrava, Santiago y Alcántara, y del Priorazgo de San Juan, y de todo el reino de Toledo, y hasta las ciudades de Toro, Salamanca y Valladolid, y de aquellas comarcas allende los puertos, de requisar cierto número de pan, vino y ganados, sal y puercos. Y mandaron asimismo cartas para todas estas tierras y para otras de sus reinos hasta Vizcaya y Guipúzcoa para que enviasen cada pueblo cierto número de caballeros y peones. Otrosí, mandaron traer lombardas y muchos tiros de pólvora y otros aparejos que fueron menester para las guerras contra los moros.

Entretanto pasaban las cosas, eran constantes las caravanas de carretas y acémilas que partían de Córdoba y sus poblaciones aledañas y que portaban los bastimentos y recuajes para los fronteros reales, o que traían viandas y pertrechos de otras partes de las Españas. Es fácil que puedan imaginar vuestras mercedes que las calles de la ciudad eran un hervidero de comerciantes, soldados, sirvientes, banderizos, escuderos, golillas, letrados, curas, frailes, caballeros, buscavidas, pícaros, esclavos, damas, cortesanas y barraganas para todos gustos y

colores. Los reyes y sus guerras atraían dineros y prosperidad a la ciudad. Al menos eso era lo que decían los gentiles que prosperaban con ellos; era otro cantar para los desgraciados que les tocaba batirse el cobre como peones de leva en las talas del rey y de los grandes señores, o los que les tocaba quedarse sin ganado, sin cosechas, sin sal y sin un mendrugo de pan que llevarse al buche para alimentar a las huestes que iban a la guerra. Para estos siervos de Dios y de sus señores, las batallas que se conformaban para correr las tierras de los moros eran sinónimo de miseria, hambre, penuria y frío. Como ya les reconté a vuestras mercedes fueron tiempos duros aquellos de las conquistas de Granada, sobre todo para los más humildes del vulgo.

—Cago en Dios y en la Virgen —refunfuñó la Rosarito, brazos en jarras, oteando cejijunta justo en frente nuestra, como un hombre barrigudo ayudado por dos zagales, también sonrosados y bien criados, ponían las mesillas en la puerta de su taberna.

Di una zancada y me coloqué a su diestra apoyando mi mano en su hombro. Ya sabía yo el motivo de su zozobra y de sus malas pulgas. Estaban Paco el Rana y su mujer con la mosca detrás de la oreja desde el estío.

—No es para tanto.

Eran aquellos que oteábamos, Gutierre e hijos, los encargados que había dejado la Catalana al frente del negocio, familia venida del norte. No eran malas gentes, recuerdo tenían el ánimo afable y trabajador, empero eran competencia.

—Lo es, Lucas, lo es… No va a haber hombres para tantas tabernas —rezongó la posadera estrujando el paño entre sus manos. Hablaba ceceando, con ese acento tosco tan suyo, pues decía que así era como se hablaba en su pueblo—. Puta buchina Catalana…

Se agachó la Rosarito para dejar el lienzo parduzco sobre el borde del cubo, momento que siempre aprovechaba un humilde y calenturiento servidor para otear sus generosas ubres desde arriba.

—Sí que la hay, Rosarito. Los reyes y la guerra atraen a caballeros y oficiales venidos de todos los rincones de las Españas y de la cristiandad, y con ellos vienen abundantes dineros para gastar, pues todo hombre tiene que comer, beber y dormir. Ad augusta per angusta... es lo que

dice don Anselmo, que todo cuesta, pero que al final el trabajo tiene su recompensa.

Una pareja de corchetes apareció por la esquina del fondo y los golfillos que hacían cabriolas sobre el borde de la fuente salieron como virotes disparados hacia las murallas al ver cómo levantaban los bastones y se encaminaban hacia ellos los dos hombres. Por un parpadeo me vi reflejado en los chicuelos y a punto estuve de correr tras ellos.

—Qué buena labia la vuestra, Lucas... —De sus labios brotó una amplia sonrisa. Se recogió la Rosarito un mechón de cabello rizado dentro del pañuelo y lo anudó con fuerza. Parpadeó. Tenía las pestañas inusualmente largas y brillantes—. Deberíais dedicaros a los estudios. Tenéis buena cabeza para eso.

Di una patadita a un chucho escuálido, poco más grande que un gato sería, que siempre andaba rodando la puerta de la posada por si hincaba el diente en alguna sobra.

—El mudito es el estudioso. —Oteé hacia atrás. Mi compinche seguía escobón en mano—. Yo prefiero ver mundo, que dicen que es ancho y grande.

Ni por asomo pensaba dedicar mi vida a los legajos. Para eso ya estaba Mateo que pasaba las tardes en la sacristía con don Anselmo releyendo las escrituras y haciendo de amanuense de los documentos y epístolas de la parroquia. Tan contento estaba don Anselmo con su tarea, que me había contado Mateo que lo había llevado el clérigo al vecino convento de San Pedro el Real a visitar su biblioteca, pues tenían estos ejemplares únicos venidos de las tierras de Francia y de Italia. Sus ojos centellaban cuando hablaba de libros. Los míos no, los míos refulgían con el reflejo de los aceros y del oro.

Me sonrió con dulzura la Rosarito. Mis mejillas se tiñeron de rojo, pues era la suya una de esas sonrisas que podían iluminar las noches más oscuras.

—Debiérais dejaros de ensoñaciones.

—Os aseguro que no tengo ínfulas —mentí.

—¿A qué aspira un rapaz salido de debajo del puente?

Sabía la posadera bajarle los humos a cualquiera. Su realidad era rotunda como el peso de una piedra hundiéndose en el río.

—A caballero y... a servir a mis reyes con honor —repliqué sin pensarlo. Era la verdad, en aquellos tiempos era lo que ansiaba. Iluso de mí.

Un silbido brotó de sus labios carnosos.

—Alto alzáis la mirada.

—Mi destino es seguir los pasos de mi amo.

—Vasco no es un caballero ni sirve a los reyes —apostilló—. Es un soldado, un espadachín que se vende al mejor postor.

—Dicen que es hidalgo —apunté sin irme de la lengua más de lo debido—. Y, no habléis así de él.

Suspiró y me acarició el cabello por aquel entonces lacio y azabache.

—De familia caída en desgracia, según he oído de los labios de Juan Gómez Gato —repuso paciente.

—Es hombre de honor y de hígados —insistí—, que es lo que cuenta en un caballero.

—Vuestro amo, como así lo llamáis, reconozco que es persona de corazón noble...muy en el fondo…

—No lo dudéis.

—Pero el peligro siempre le va rondando. Hay hombres así... Más pronto que tarde os veréis envuelto en algún asunto espinoso del que saldréis escaldado. —Parpadeó muy de seguido y se secó las manos en su delantal. Saludó alzando el mentón a los dos corchetes que, vara en mano, la repasaron de arriba abajo sin mostrar recato—. También deberíais dejaros de pasearos con ese alfanje al cinto… nada bueno os traerá ir con filos y aceros de tan mozo.

No duden vuestras mercedes que la Rosarito era mujer hermosa, vivaracha, de buen entendimiento y lengua fácil, y muy dada a dar consejos.

Me toqué sin querer el pomo del cuchillo largo, como había visto hacer a mi amo. LLevábalo dentro de la vaina recién engrasada que colgaba del cordel que tenía por cinto para ceñirme el sayón.

—Un hombre tiene que saber defenderse.

—Pardiez, un hombre… —rio —. Pero si aún no tenéis bozo… ¿Quién os ha dicho eso? ¿Tu señor, Vasco?

Negué con la cabeza.

—Rafalito Matallanas y Ponce de León.

—¡Por vida de Dios! ¡Rafalito Matallanas! —barbotó manos en jarras—. Si ese bruto tiene menos seso que una mosca, ya os lo digo yo... que lo llevo conociendo desde que era un mocoso y se bajaba por la trocha a Montalbán a robar gallinas, alguna pedrada se llevó en la cabeza de vuelta al Ramblón con el rabo entre las piernas y se quedó atontado... Y, el otro, el Juanillo, a ese, ni caso, se cree el lindo que va a ser un señor o un noble y veremos si no se queda por el camino.

Por supuesto que de nuestra boca no le habíamos contado ni la mitad de la mitad de lo que había acontecido en Sevilla, ni de las peripecias que Vasco y compañía habían pasado en Tánger ni en las aguas del Estrecho. Bueno, si he de ser sincero con vuestras mercedes, Rafalito Matallanas, ebrio de vino, alardeó delante de la posadera haber sido corsario de los reyes por unos días, pero ni ella le echó demasiadas cuentas ni Vasco dejó que largase más, pues le propinó un puntapié en la espinilla que hizo que el rambleño aullase de dolor y despotricase de mi amo el resto del condumio.

He de hacer aquí un breve aparte para contarles que se habían enrolado Rafalito Matallanas y Ponce de León en las huestes de Alonso de Aguilar, hermano de don Gonzalo, para hacer tala y llevar recuajes al conde de Tendilla en Alhama, bastión y punta de lanza de los ejércitos cristianos en tierras de Granada. Cada semana llegaban nuevas de cómo se las componía el de Tendilla, caballero esforzado y de noble sangre don Íñigo López de Mendoza, para guardar las murallas de los moros. Decían las hablillas que intentaba poner a la gente de su capitanía en buenas costumbres, evitando en lo posible el juego y la lujuria, pues muchas veces el justo fundamento de la guerra se pervertía con el injusto ejercicio de los que la siguen. Era caballero recto y no carente de ingenio, el que fuere también embajador de los reyes en Roma y Adelantado de las Andalucías, estando a su servicio don Gonzalo Fernández de Córdoba, pero no

avancemos los acontecimientos. Se contaba que este valiente alcaide de Alhama había puesto en jaque al mismísimo Mulay Hacén haciendo sus hombres incursiones a los campos aledaños a Granada; que ante la carestía de dineros había impuesto en la ciudad el papel como moneda; que repartía propiedades y haciendas entre quienes se quedaban en Alhama a defenderla de los moros; y que había engañado a los infieles cubriendo parte del muro con un lienzo para que sus hombres lo pudiesen reparar sin ser atacados. Así pues, la ciudad de Alhama, a tiro de lombarda de Granada se había convertido en un símbolo para las tropas cristianas, y hacia allí que se encaminaban Rafalito Matallanas y Ponce de León, buscando aventuras y gloria. Y oro, porque estando Ponce de León por medio, alguna recompensa habría.

—Esa pelandrusca de la Catalana nos va a foder el negocio. —Llenó de aire sus pulmones y volvió a la carga cuando María la Catalana asomó el hocico por la puerta de su taberna—. Y, tú, lindo, no la mires tanto que se te van a gastar los ojos. —Me dio un cachete en la mejilla. No era muchacho inocente, pero me sonrojé al momento.

Ya conté que la Catalana era mujer emprendedora donde las hubiera, y rivalizaba en Córdoba con Berenguela Hinestrosa en arrestos, belleza y entendimiento para los negocios.

—Nadie puede igualar vuestras garbanzadas ni el pizporrete. No os preocupéis, la Posada del Potro tiene ya su clientela fiel.

Me dio un medio abrazo y, aun no siendo mozo asustadizo, me ruboricé de nuevo al sentir sus generosos senos sobre mis mejillas. Olía a harina y aceite la Rosarito, siempre recuerdo ese olor suyo tan embriagador, a hembra, y que tantos desvelos me procuraba en las noches en que dormí en el jergón de la buhardilla de la posada, justo encima del que ocupaban Paco el Rana y ella. Puedo maliciar a vuestras mercedes que escuchaba cada noche los arrebatos amorosos de la pareja, pues era la Rosarito mujer vigorosa de armas tomar y dejaba al pobre Paco más seco que una mojama en cada acometida, que, aunque no debía ir sobrado de atributos el hombrecillo, eran muchos los años que le sacaba a su esposa.

—Yo me quedo con los viajeros despistados, los soldados y los truhanes —arguyó—. Los sabios de la Corte prefieren a esa perra bellaca adúltera.

Señaló con el mentón a tres hombres vestidos con ropones y bonetes oscuros, canosos, dos de ellos barbudos y otro con el rostro rasurado. Ya sabíamos que eran eruditos al servicio de la Corona, pues era nuestra reina muy dada a acoger a literatos en la Corte. Juan Barba, el más encorvado, Hernando del Pulgar, el anciano de escasa cabellera, y Antonio el Lebrijano, de rostro alargado y mejillas rasuradas. Solían sentarse los tres a tomar unos vinos a eso del mediodía en la recién estrenada taberna de la Catalana. Y, eso encabritaba a la Rosarito. Se había corrido la voz y se rodeaban sus mesas de un enjambre de dómines, bachilleres, golillas, troteros, escribanos y licenciados que buscaban hacerse un sitio en la Corte. Y, eso la encabritaba aún más pues sus falquitreras tintineaban con abundantes monedas.

Salió la dueña a su encuentro en cuanto los vio llegar. Era una hembra llamativa María la Catalana, de pelo cobrizo casi rojo y de piel clara, y con una sonrisa que podía encandilar al mismísimo sol.

—Los dineros, dineros son —dije—. Tanto valen sus monedas como las que gastan la soldadesca en vuestra posada.

Hizo un aspaviento la Rosarito con la mano como si espantara moscardones.

—Por Cristo que es guapa la buchina —gruñó brazos en jarras.

—Vos no le vais a la zaga —esbocé la mejor de mis sonrisas guiñándole un ojo.

Eran mujeres muy dispares ambas; la Rosarito, una moza rotunda, de amplias carnes y piel morena, caderas anchas y enormes ubres en las que cobijarse; y la Catalana, alta y delgada, de pechos turgentes y cintura de avispa.

—Estáis aún muy tierno, Lucas... para ser tan adulador.

Pasó en ese momento una de las hijas de la verdulera por delante nuestro, sus zuecos resonando por el empedrado, con un cesto lleno de lechugas, zanahorias, cebollas y coliflores para los franciscanos de San Pedro.

Alzó el mentón para saludar. Recuerdo a Adela como una mochuela alegre y pizpireta, más o menos nuestros años tendría. Se apresuró Mateo a salir de las sombras y dar un paso al frente y, a un cabeceo de la Rosarito, dejó el escobón apoyado en el quicio de la puerta y se apresuró a

ayudar a la joven con el canasto.

—Eso deberías hacer... Lo que el mudito... He visto que Lucía os hace ojitos.

Lucía era la hermana de Adela. Y, aunque apuntaba maneras de joven espabilada y hermosa, no tenía yo ojos para ella.

Me encogí de hombros y enarqué las cejas. Estuve tentado de contarle mis intimidades, empero, cerré el pico, pues algo me decía que la posadera me iba a tomar por loco o azumbrado.

—Mirad quien viene… el rey del castillo —sonrió ella.

Desde el paseo de la muralla subía un carro tirado por mulas, sus ruedas chirriando, que llevaba a Paco el Rana en el pescante fustigando a las mulas con un látigo. Se había levantado temprano el cántabro para acudir al mercado para comprar vino, leche y carne de conejo y cerdo. Pasó tieso como un palo ante la Catalana y su excelsa clientela.

—¡A descargar la mercancía! —gritó Paco mientras se bajaba y le daba un beso en la mejilla a su esposa; era con ella el único ser que mostraba el Rana algo de empatía y cariño—. ¿Dónde está el mudo ese que come por dos? —barbotó el calvorota mirando alrededor con ojos saltones. Ya recuento que Paco el Rana era feo como él solo y le sacaría más de diez inviernos a la Rosarito; todos decían que debía tener atributos ocultos para encandilarla, y, por las noches en vela que me hacían pasar, ya me hacía una idea bastante cipotuda del asunto.

—Vamos, Lucas, aprestaos a la faena... que os va a tocar trabajar doble... —dijo la posadera arremangándose la blusa mientras se agachaba y cogía una de las vasijas de vino para colocársela en la cabeza sobre el pañuelo.

Sería a eso de la hora del almuerzo cuando vinieron en busca de mi amo. Encontrábame ayudando al Rana con un chisquero a prender la lumbre del hogar cuando una ráfaga de viento helado apagó la llama. Entró por la puerta una figura embozada, oscura y alargada dando grandes zancadas, sus botas resonando firmes sobre los maderos. Ambos nos volvimos hacia el hombre que avanzaba hacia nosotros. Había aun poca clientela en el lugar: una mesa ocupada con tres guardias de la muralla, charlaban estos animados por los orujos que se destilaban en el sótano de

la posada, y dos buscavidas, de mejillas barbudas y marcas en los antebrazos, que las malas lenguas decían que se dedicaban a mercadear en la frontera con los moros.

Tardé un par de latidos en reconocer al Seco Bargas en persona. No había olvidado su rostro huesudo y anguloso, pues había sido gracias a él, o por él, por lo que nuestros caminos se truncaron con los de Vasco. Recuerden vuestras mercedes que fue seguir los pasos del Seco la primera encomienda que tuve de mi amo cuando este aún no lo era.

Llevaba bien recortada la barba y pendía de su nariz un enorme mostacho. Se paró en frente nuestra y fue el Rana el que rompió el silencio. Me daba mala espina ese fulano. Siempre me la dio, pues daba una de cal y otra de arena, y nunca sabía uno cual le tocaba en gracia. Y, como bien decía la Rosarito, era de esos hombres que hedían a peligro incluso aunque se hubiesen restregado con agua caliente y jabón.

—Reniego de Dios y de la madre que me parió... el puto Alvarito Bargas, en persona. —Se levantó el posadero y sin limpiarse las manos de tizne se la estrechó firme a Bargas. Le sacaba este una cabeza—. Hace tiempo que no os veíamos por aquí.

—Seguís igual de feo que siempre, Paco. Espero que vuestra mujer siga igual de hermosa.

Asomó la Rosarito la testa por la puerta humeante que daba a las cocinas.

—¡Bargas! —sonrió de oreja a oreja enseñando una fila de dientes blanquecinos. Se acercó la moza a abrazar al Seco con demasiada familiaridad.—. ¡Os echábamos de menos!

—Unos más que otros —gruñó el Rana—. Y, aun nos debe una semana de comida y catre... No penséis que me he olvidado.

Rebuscó entre los pliegues de su ropón y con una sonrisa pícara sacó un frasquito de cristal con una sustancia de color blancuzco y espesa.

—Con permiso de don Paco —dijo con voz melindrosa haciendo una leve reverencia.

—Que corra el aire, diablos —rezongó el posadero visiblemente amostazado.

—Un humilde presente para vuestra esposa... —Se lo tendió Bargas con sus dedos huesudos y ella lo cogió curiosa—. Y, que vos también disfrutaréis. —Palmeó el Seco Bargas el hombro del posadero.

—¿Se puede saber qué es esto? —dijo la Rosarito; juraría yo que se había ruborizado aquella mujerona que estaba acostumbrada a todo tipo de lisonjas y comentarios y a que hombres de toda condición la asaetasen con la mirada.

—Oledlo —sugirió Bargas.

Tiró la Rosarito del tapón de corcho y se lo acercó a su nariz, un olor fresco y penetrante inundó la estancia.

—Huele a flores... a rosas... —apuntó ella tapando el frasco—.

—Rosa de mosquera —matizó el Seco Bargas—. Perfume de reinas.

Los buscavidas del fondo torcieron el cuello cuando la fragancia llegó a su rincón. A buen seguro se preguntaban cómo diantres andaba ese fulano con un frasco que podría valer dos excelentes de oro y que provendría de tierras moras, con las cuales la reina había prohibido todo comercio.

—No os pregunto de dónde lo habéis sacado —replicó la Rosarito guardándose el frasco entre los pliegues del delantal.

—Es seguro que lo habrá robado este malandrín —apuntó el Rana rascándose dentro de la oreja.

—Antes quisiera ser quemado vivo que haber cometido tal pecado.

—Con esto pagáis vuestra deuda y estáis invitado a comer garbanzada cuando os plazca —terció la posadera.

Por la cara extasiada que compuso la Rosarito aventuré que la noche iba a ser movida en la alcoba de abajo y de duermevela en la de arriba.

Asintió el Rana a regañadientes con ese mohín que se dibujaba en su rostro cuando fruncía el ceño y los labios a la par, y que lo hacía aún más feo de lo que era.

—Qué corra el aire —gruñó de nuevo el dueño de la posada haciendo aspavientos con las manos.

Se volvió la Rosarito a las cocinas no sin antes esbozar la mejor de sus sonrisas al Seco Bargas que respondió con una leve reverencia.

Prestó entonces toda su atención hacia mí.

—Vos debéis ser el rapaz... ese que dicen que va con Vasco...

—Quién lo dice —respondí sin amilanarme posando la palma de mi mano en mi espada corta. Me fijé entonces en que llevaba daga y herreruza al cinto.

Sonrió esquinado el Seco Bargas cruzando los brazos.

—Las malas lenguas y las hablillas... Debes tener cuidado con ese cuchillo.

—No es un cuchillo, es una espada.

—Pues a mí me lo parece... y soy ducho en filos y aceros de esos —sonrió de nuevo acariciándose el bigote.

—Sé quién sois —pronuncié las palabras sin pensar.

—Ah, ¿sí? —repuso divertido—. ¿Y quién soy?

Apreté los labios. Sabía que en otro tiempo mi amo lo consideró su amigo y que este lo había traicionado; y también sabía que andaba en tratos con los altos estamentos de la clerecía, altos estamentos que más tarde supe que desembocaban en Tomás de Torquemada y en el mismísimo rey Fernando. Era Bargas otro peón, como Vasco, de una partida que se jugaba en otras alturas. Pero nada de eso salió de mis labios. Me decía a menudo mi amo que en boca cerrada no entran moscones y que uno es señor de sus silencios y esclavo de sus palabras. Me apliqué el cuento y aguanté la mirada de chanza del Seco Bargas.

—¿Dónde está el leonés? —preguntó al fin.

—Ha salido —repliqué hosco oteando hacia la puerta pues solía regresar mi amo a la hora del almuerzo.

—Tienes arrestos, muchacho, lo reconozco —carcajeó dando un paso oteándome desde las alturas con curiosidad, sus manos apoyadas en su cinto de cuero oscuro—. Y, ¿cuándo vuelve?

Apreté los labios recelando de sus intenciones. Aunque con el tiempo fuimos compañeros de armas en alguna escaramuza con los moros, nunca confié del todo en el Seco Bargas, pues como recuento era de esos hombres que uno no sabía si iba o si venía, aparecía y desaparecía como las aguas del Guadiana.

No hubo lugar a más circunloquios.

—Aquí me hallo —. La voz pedregosa de mi amo resonó a las espaldas de Bargas, su silueta recortada al contraluz bajo el dintel del portón.

Se volvió Bargas y esbozó una media sonrisa.

—Vasco el Negro... Decían que habíais muerto.

—Otra vez... —repuso el leonés dando una zancada al interior dejando pasar a la recua de comerciantes valencianos que entraron bulliciosos para acomodarse en la mesa alargada cerca de las cocinas.

Se acercó Bargas y le tendió el brazo. Para mi sorpresa mi amo lo estrechó con fuerza y ambos se palmearon la espalda. Pelillos a la mar, parecían decir sus gestos, aunque sus miradas seguían afiladas.

Se sentaron en la mesa que había junto a la puerta que daba al patio y a la corrala, de cara a la entrada de la posada. Era donde solía acomodarse Vasco, por si las moscas, decía, y había que salir con el rabo entre las piernas, pues la tapia del patio no era muy alta.

Salió Paco el Rana de la cocina a servir a la recua de comerciantes que se sentaban sonrientes, parecía que la mañana había sido fructífera para sus intereses. Me hizo un gesto para que le ayudase con los vinos y el condumio.

—Muchacho, ve a por una jarra y tres vasos de orujo, os quedáis aquí —ordenó mi amo sentado a horcajadas sobre un taburete. Tras un latido asentí con expresión de sorpresa y fui a por el vino.

Enarcó una ceja Bargas.

—Quizás no tenga oídos para lo que tengo que contaros.

—Se lo ha ganado, Bargas. Si no fuera por este rapaz estaría criando malvas —escuché henchido de orgullo como mi amo se refería a mí—. Si tiene cojones para coger un filo, tiene cojones para escuchar lo que tengáis que decir.

Se encogió de hombros Bargas, de nuevo oteándome con curiosidad manifiesta.

—Vos sabréis.

Volví lo más rápido que pude, pues no quería perderme nada de lo que platicaban esos dos.

—¿Quién dice que estoy muerto? —quiso saber el leonés.

Estiró las piernas Bargas y las cruzó una sobre otra. Aunque austeras vestía ropas de calidad y llevaba unas botas altas de cuero negro. Serví presto los tres vasitos de orujo.

—Regresé hace un par de semanas de las tierras de los moros y fui a Sevilla, pues allí estaba la Corte, y, casualidades de la vida, recibí una curiosa encomienda... —Frunció mi amo el ceño y dio un trago corto ante la sonrisa de raposa de su otrora compinche—. Tenía que hallar a unos facinerosos que habían robado al marqués de Cádiz y que se rumoreaba andaban por las calles de Sevilla gastando dineros... Decían que uno de los cabecillas era manco y pelirrojo y que lo habían visto de farra por las Tres Blancas, y que otro tenía la nariz torcida y lo llamaban Negro.

Observó mi amo los dedos largos y huesudos del Seco repiqueteando sobra la madera.

—¿Y qué hicisteis vos?

—Acepté el encargo, qué remedio, fatigado como estaba fui al encuentro de una cuadrilla y, cuando llegué me encontré con que contaban los secuaces del marqués que habían resuelto el asunto con algunas bajas en sus filas... Qué infortunio, me dije, esos desgraciados a buen seguro que solo seguían la encomienda de algún gran señor... se rumoreaba que del duque de Sevilla, que quería ajustar algunas cuentas con el de Cádiz. —Se repasó el mostacho—. Lo de siempre... ajustes de cuentas que pagan los de abajo...

Hubo un silencio incómodo en el que mi amo apenas pestañeó, parecía escudriñar a Bargas, desde luego que si este tuviera intenciones de madrugarlo hubiera otras maneras de hacerlo y de presentarse. Me acodé en la mesa y di un tiento largo. Tosí como un descosido, pues acostumbrado como estaba al vino aguado, el caldo de orujo me supo a rayos.

Carcajeó Bargas, divertido.

—Y, decís que este mozuelo os salvó la vida...

No respondió mi amo que me dio una palmada en el espaldar para que el orujo entrase por buen camino.

—¿Quién os envió a Sevilla? —se mesó la barba Vasco.

Hizo un aspaviento con la mano.

—Eso es lo de menos... Por ahora, mejor será que no sepáis más, os amostazaría el humor. Solo os lo recuento para vuestro entendimiento, que si nadie larga más de lo preciso, estáis en paz con los hombres del marqués...

Dio un sorbo mi amo para acabarse el vaso y se limpió con el dorso de la mano. A un gesto suyo le rellené la vasija.

—Dejaos de juegos, Seco... ¿A qué habéis venido? —quiso saber Vasco apretando la mandíbula.

De nuevo me repasó el moro tornadizo con la mirada, ahora era fría y dura como el acero, sin atisbo de curiosidad ni chanza. Asintió Vasco circunspecto.

—Alguien reclama vuestra presencia —susurró—. Alguien poderoso. Tomás de Torquemada.

—¿Os acordáis de Hernando del Pulgar?

—Ese está afuera donde la taberna que ha abierto la Catalana, con el erudito de Lebrija y otro que llaman Juan Barba —no pude evitar abrir la boca.

Me miraron los dos con cara de que no sabía ni de la misa a la media.

—Cállate, muchacho. Y trae más vino si quieres seguir escuchando –me espetó mi amo visiblemente molesto por la interrupción —sonrió Bargas esquinado, como una raposa—. Por supuesto que recuerdo a ese loco... ahora lo llaman Hernando el de las Hazañas. Dicen que es gentilhombre y contino real.

Como supe un poco más adelante se referían a otro Hernando del Pulgar quien sería caballero destacado en la conquista de Granada, además de historiador y cronista, pues por mandato del propio emperador Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico escribió una curiosa obra que se llamó «Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán». Y, en aquellos días se ganaba fama de guerrero de valor desmedido para ganarse el apodo de Hernando el de las Hazañas.

—Sigue loco de remate, eso dadlo por sentado.

—¿Qué le ocurre al bueno de Hernando?

Agucé el oído y, ante los susurros que brotaron de los labios del moro tornadizo no pude por menos que abrir los ojos y cerrar la boca; empero aquella será otra historia que quizás habrá que recontar a su debido tiempo.

Toledo, 9 de marzo de 2023

SOBRE EL AUTOR

J.R. Escudero (La Rambla, 1977). Replicante Nexus 5. Álter ego de G.R. Squire. Desde niño he sido un apasionado de la literatura y del género de la novela de ficción.

He publicado dos novelas de ciencia ficción con el pseudónimo de G.R. Squire: 2042. El Sueño de Eli (2016) y La Sombra del escritor (2017). El Juego de Valeria (Ese dulce mal) (2019), fue mi primera incursión en el género de novela negra. Con Perros de Presa (2019), No siempre ganan los buenos (2019), Cabeza de Turco (2020) y Oriente (2021) di un giro a mi narrativa adentrándome en el universo del thriller y el espionaje. También he publicado dos novelas infantiles ambientadas en un Toledo mágico: El Misterio de la Mesa del Rey Salomón (2020) y Estrella del Norte (2020). Con la publicación de Vasco el Negro (2022) volví a dar una vuelta de tuerca para adentrarme en el mundo de la novela histórica. «Corsarios de los reyes» (2023) es la segunda novela de esta saga histórica. Actualmente estoy trabajando en una nueva entrega de la serie.